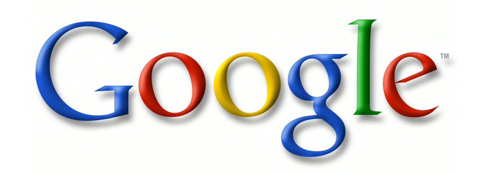








BIBLIOTECA

DE

AUTORES MEXICANOS



OBRAS

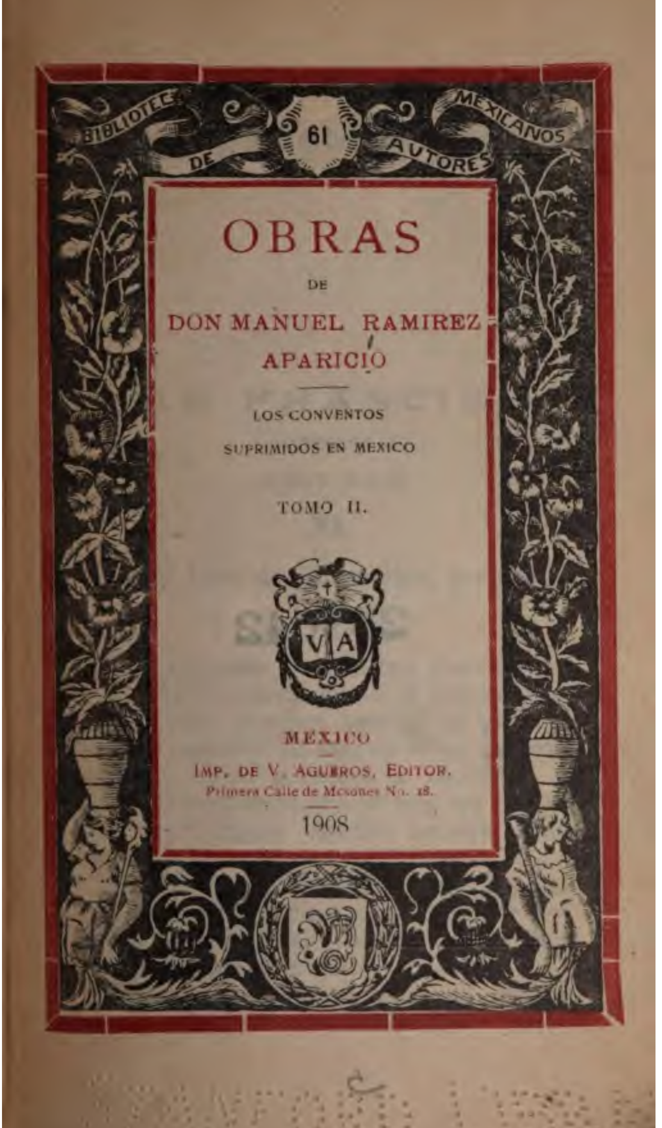
DE

DON MANUEL RAMIREZ APARICIO

LOS CONVENTOS SUPRIMIDOS EN MEXICO

TOMO II.

MEXICO
IMP. DE V. AGÜEROS, EDITOR.
Primera Calle de Mesones No. 18
1908



OBRAS

DE

DON MANUEL RAMIREZ APARICIO

LOS CONVENTOS
SUPRIMIDOS EN MEXICO

TOMO II.

MÉXICO

IMP. DE V. AGÜEROS, EDITOR.
Primera Calle de Mesones No. 18.

1908



SAN FRANCISCO

(CONTINUA)

XI.

Fray Luis de Fuensalida, y otros.

I.

Pero ninguno dominó tan absolutamente la lengua azteca, como el venerable religioso cuyo nombre aparece al principio de este capítulo. El fué, de entre sus compañeros, quien primero la aprendió, según tenemos asentado, si bien no hay noticia que hubiese escrito en ella alguna obra.

Sucedió al P. Valencia en la dignidad de custodio; y aunque el Emperador Carlos V le propuso el Obispado de Michoacán, no quiso aceptarlo.

Después de algunos años de residen-

cia en nuestro país, volvióse á España c
ánimo de pasar á la Africa a conquist
otras naciones para el Evangelio; mas r
pudo llevar adelante su determinació
por habérselo estorbado San Pedro A
cántara, á la sazón provincial, que conce
tuó su presencia más necesaria en la pr
vincia, en la que desempeñó dignamen
los cargos de guardián y definidor.

Obtenida la licencia de regresar á M
xico para seguir ayudando á sus herm
nos en las apostólicas labores, se puso
camino el año de 1545; pero al llegar
la isla de San Germán, se sintió enferm
y terminó su gloriosa carrera, quedand
allí sepultado.

II.

Si el venerable apóstol, cuya vida ac
bamos de reseñar, no nos dejó ningún e
crito que conozcamos, no sucedió ot
tanto con Fr. Francisco Jiménez, que fi
el primero que compuso gramática y v
cabulario de la lengua mexicana, y seg
se expresa Vetancurt: "una breve doct
na cristiana." Escribió, igualmente, la v
da del venerable Fr. Martín de Valenci

La suya se hizo notable, por la cons
gración eficaz á las labores de su san
ministerio, especialmente á la predic
en que descollaba por su fervor

copia de doctrina. Poseía grandes conocimientos en derecho canónico.

Su mucha humildad le impidió en España ordenarse de sacerdote, y vino á México de corista; pero á instancias de sus Prelados, y atendida la escasez de ministros, se decidió al fin á recibir las órdenes sagradas, y fué el primero que cantó misa nueva en el país.

Ejercitado continuamente en la oración, solía andar ensimismado, y era preciso que alguno de sus hermanos cuidara de que tomase alimento, pues de lo contrario, él no recordaba á veces si había comido.

Llegaba á tal extremo su enajenamiento, que fijo en su idea se olvidaba no sólo de sí mismo, sino de todo lo que le rodeaba, dando lugar á incidentes curiosos. Sirva de ejemplo el siguiente:

Siendo guardián de Cuernavaca, venía á la capital con Fr. Miguel de las Garrobillas, que adolecía del propio achaque, y aunque ambos caminaban á pie, como era costumbre en todos los frailes de aquel tiempo, traían un caballo cargado con su vitualla. En llegando á cierto paraje, húyeseles la bestia; notan su falta á poco andar; búscanla, pero ninguno de los dos recordaba ni aun el color que ella tenía.

Murió este buen religioso en el convento de México, á 31 de Junio de 1537.

III

Más aventajado que los anteriores como polígloto fué el P. Fr. Andrés de Olmos, natural del reino de Burgos, cerca de Oña; que por haberse creado en Olmos adoptó el apellido del nombre de este pueblo. Tomó el hábito en el convento de Valladolid, y vino á México con D. Fr. Juan de Zumárraga. Dedicóse con tesón al estudio de lenguas indígenas y llegó en breve á poseer la mexicana, la totocana y la huasteca, de las cuales compuso gramáticas y vocabularios, que no sabemos si se imprimieron, ó dónde se encuentran actualmente los manuscritos, si ya no se han perdido, bien que según dice el cronista antes citado, el "arte, vocabulario, doctrina cristiana y confesonario en lengua huasteca" se conservan hasta su tiempo en Ozolama, pueblo de Tampico.

Compuso, además, en lengua mexicana "tratado de sacramentos, tratado de los sacrilegios, tratado de los siete pecados capitales" y un sermonario. Tradujo del latín en castellano el libro de "Hoeresibus" del P. Fr. Alonso de Castro, y dos epístolas de los Rabinos. El siglo en que floreció era el de los amos sacramentales; especie de composición dramática del que son un resto adultera-

do nuestras "pastorelas y coloquios;" y cediendo él á la influencia de la época, compuso el "auto del juicio final," que se representó en la capilla de San José en presencia del virrey Don Antonio de Mendoza y del señor Zumárraga, siendo de mucha edificación para españoles y naturales.

Representaciones de esta especie, abundaron en nuestro país durante aquel período de fe sencilla y devoción apasionada. La mayor parte se desempeñaban por los indios recién convertidos, con una habilidad y destreza, que causaban admiración á los conquistadores y aún á los mismos religiosos, que eran quienes los aleccionaban para ese efecto. Prueba de ello son las entusiastas descripciones que de esos autos, y de la impresión que causaban en los espectadores, nos ha dejado el P. Motolinía en su historia de los Indios, de que hablamos no ha mucho, y que se contraen á los que se presentaron en Tlaxcala con ocasión á varias solemnidades religiosas.

Una de ellas fué la que celebraron los cofrades de Nuestra Señora de la Encarnación en el año de 1559, distinguiéndose en esa vez los naturales por varios rasgos de caridad, repartiendo alimentos á los pobres, pues según parece la cofra-

día estaba instituída con la mira de socorrerlos y sostener un hospital para los enfermos desvalidos. En esta fiesta y para mayor lucimiento, se presentó un auto cerca de la puerta del expresado hospital, cuyo asunto fué la caída de nuestros primeros padres. He aquí como lo describe Motolinía.

Estaba tan adornada la morada de Adán y Eva, que bien parecía parai o de la tierra, con diversos árboles con frutas y flores, de ellas naturales, y de ellas contrahechas de pluma y oro; en los árboles mucha diversidad de aves desde buho y otras aves de rapiña hasta pajaritos pequeños, y sobre todo, tenían muy muchos papagayos y era tanto el parlar y gritar que tenían, que á veces estorbaba la representación: yo conté en un solo árbol catorce papagayos entre pequeños y grandes.

"Habían también aves contrahechas de oro y pluma, que era cosa muy de mirar. Los conejos y liebres eran tantos, que todo estaba lleno de ellos, y otros muchos animalejos que yo nunca hasta allí los había visto.

"Estaban dos tecolotes atados, que son bravísimos, que ni son bien gato, ni bien onza; y una vez descuidóse Eva y fué á dar en el uno de ellos, y él de bien

criado desvióse: esto era antes del pecado, que si fuera después, tan en hora buena ella no se hubiera llegado.

"Había otros animales bien contrahechos, metidos dentro unos muchachos; estos andaban domésticos y jugaban y burlaban con ellos Adán y Eva.

"Había cuatro ríos ó fuentes que salían del paraíso, con sus títulos que decían Phison, Gehon, Tígris, Euphrates; y el árbol de la vida en medio del paraíso, y cerca de él el árbol de la ciencia, del bien y del mal, con muchas y muy hermosas frutas contrahechas de oro y pluma.

Estaban en el redondo del paraíso tres peñoles grandes y una sierra grande, todo este lleno de cuanto se puede hallar en una sierra muy fuerte y fresca montaña y todas las particularidades que en Mayo y Abril se pueden hallar, porque en contrahacer una cosa al natural estos indios tienen gracia singular.

"Pues aves no faltaban chicas ni grandes, en especial de los papagayos grandes, que son tan grandes como gallos de España; de estos había muchos, y dos gallos y una gallina de las monteses, que cierto son las más hermosas aves que yo he visto en parte ninguna; ten-

dría un gallo de aquellos tanta carne como dos pavos de Castilla. A estos gallos les sale del papo una guedeja de cerdas de caballo, y de algunos gallos viejos son más largas que un palmo; de estas hacen hisopos, y duran mucho.

"Había en estos peñoles animales naturales y contrahechos. En uno de los contrahechos estaba un muchacho vestido como león, y estaba desgarrando y comiendo un venado que tenía muerto; el venado era verdadero y estaba en un risco que se hacía entre unas peñas, y fué cosa muy notada.

"Llegada la procesión comenzóse luego el auto; tardóse en él gran rato, porque antes que Eva comiese ni Adán consintiese, fué y vino Eva de la serpiente, á su marido y de su marido á la serpiente, tres ó cuatro veces, siempre Adan resistiendo, y como indignado alanzaba de sí á Eva; ella rogándole y molestándole decía, que bien parecía el poco amor que le tenía, y que más le amaba ella á él que no él á ella, y echándole en su regazo tanto le importunó, que fué con ella al arbol vedado, y Eva en presencia de Adán comió y dióle á él también que comiese, y en comiendo luego conocieron el mal que habían hecho, y aunque

ellos se escondían cuanto podían, no pudieron hacer tanto que Dios no los viese, y vino con gran majestad acompañado de muchos ángeles y después que hubo llamado á Adán, él se escusó con su mujer, y ella echó la culpa á la serpiente, maldiciéndolos Dios y dando á cada uno su penitencia.

"Trajeron los ángeles dos vestiduras bien contrahechas, como de vestiduras de animales, y vistieron á Adán y á Eva. Lo que más fué de notar, fué el verlos salir desterrados y llorando: llevaban á Adán tres ángeles y á Eva otros tres, é iban cantando en canto de órgano, "circumdederum me." Esto fué tan bien representado, que nadie lo vió que no llorase muy recio; quedó un querubin guardando la puerta del paraíso con su espada en la mano. Luego allí estaba el mundo, otra tierra cierto bien diferente de la que dejaban, porque estaba llena de cardos, y de espinas, muchas culebras; también había conejos y liebres.

"Llegados allí los recién moradores del mundo, los ángeles mostraron á Adan cómo había de labrar y cultivar la tierra, y á Eva diéronle husos para hilar y hacer ropa para su marido é hijos y con

solando á los que quedaban muy desconsolados, se fueron cantando por deshechas (por último) en canto de órgano un villancico que decía:

"Para qué comió
La primer casada,
Para qué comió
La fruta vedada.

"La primer casada
Ella y su marido,
A Dios han traído
En pobre posada
Por haber comido
La fruta vedada.

"Este auto fué representado por los indios en su propia lengua, y así muchos de ellos tuvieron lágrimas y mucho sentimiento, en especial cuando Adán fué desterrado y puesto en el mundo."

Ved ahí cómo nuestros misioneros no perdonaban medio alguno para mejor inculcar los dogmas cristianos en el entendimiento de los neófitos. No contentos con el recurso común de la predicación; poco satisfechos de las explicaciones doctrinales del catecismo echaban mano de símbolos y animadas figuras, invocando el auxilio de la imaginación, y aún pe-

dían á las musas, para revestir su enseñanza, las galas del arte y las flores de la poesía.

Mas no perdamos de vista al P. Olmos.

Preparado con el conocimiento de algunas de las lenguas indígenas, como se prepara el guerrero con sus armas para el combate, empuñando una cruz y ardiendo en celo por la conversión de las almas, salió de México á recorrer, como lo hizo, las provincias más remotas del territorio nacional. Sin más compañía que su fé en Dios, y sin otro móvil ni sostén que su amor al hombre, atraviesa todo el país comprendido desde Hueytlalpan hasta las sierras de Tuzapan, bregando contra la aspereza y des igualdad del suelo, y molestado por el calor y los mosquitos que le maltraron el rostro hasta el extremo de parecer leproso.

A su paso enseñaba y bautizaba copiosamente, derramando al mismo tiempo en los corazones todos los consuelos del cristianismo.

No se detiene.

Emprende su viaje á Pánuco y Tampico: llega hasta el país de los chichimecas bravos, nuestros actuales bárbaros de la frontera del norte, y dispuesto á

hablar en nombre de Dios, desplega l labios, siendo suficientes la magia de palabra insinuante para que aquellas t bus feroces depongan la actitud host renuncien á la vida errante y se junt á formar poblado.

A él se debe la civilización de Tama lipas.

Refiere la crónica que muchas vec intentaron los salvajes matarle, disp rándole flechas, y que las que le tiraba se volvían contra ellos con la misma fu ria; que en cierta ocasión pusieron fu go á la choza pajiza donde se albergab pero que la acción de las llamas fué im potente para destruirla, y que con tale maravillas cobraron tanto respeto lo bárbaros, que de cuarenta y más legua venían á escuchar la voz del Evangeli y á recibir el bautismo. Agrega despué que muerto ya nuestro religioso, en en contrando aquellos á cualquier fraile d San Francisco, dejaban arco y flechas a instante y se venían de rodillas hasta é diciendo:—Andrés, Andrés.—con lo cua significaban que por el P. Olmos era l estimación que de él hacían.

Mas ¿á qué recurrir á portentos par dar prestigio á un héroe cuando los he chos de su vida real son más admirables ¿Lo bueno y lo grande en el orden de

la naturaleza son menos asombrosos por ser naturales? ¿Es tan común la virtud que para ponerla en la categoría que le corresponde sea menester adornarla con la aureola de los milagros? Bastante se ensalza y se hace respetar por sí misma.

No, no hay necesidad de trastornar las leyes de la naturaleza para darse cuenta de esa benéfica revolución que la palabra y el ejemplo del venerable apóstol efectuaron en las costumbres y hasta en la índole de los salvajes.

Esa sumisión, ese acatamiento á la voz de los ministros de paz que fueron los inmediatos triunfos del apostolado en aquellos tiempos, se verían también al presente si hubiera eclesiásticos bastante animosos, bastante penetrados del espíritu evangélico, que renunciando á la comunidad y holganza de las ciudades, se decidiesen á calzar las sandalias y empuñar el báculo del misionero, y asimismo—preciso es hacer justicia á todos—si hubiéramos tenido un gobierno bastante ilustrado para comprender, con las páginas de nuestra historia á la vista, todo el bien que hicieron en otro tiempo las misiones en la frontera del norte, y todo el que podían hacer hasta hoy. Nuestra constitución política, que dis-

pensa protección á todos los cultos,
vería con desdén, hay más, vería con
riño el restablecimiento de aquellas p
cíficas colonias de indígenas reducidos
la vida civil por un discípulo de Jesú
y presididos por él con entera sujeci
á las leyes: en lugar de tribus bárbara
plaga social, terrible amenaza á la tra
quilidad de los establecimientos agríc
las y á las poblaciones todas de aquel
parte del territorio, tendríamos aldeas c
vilizadas y aun tal vez ciudades opulen
tas, que serían la gloria de la nación: ¿n
fué este el origen de San Luis Potosí
de Monterrey, fundadas la primera po
Fr. Diego de la Magdalena, y por Fr
Diego de León la segunda?

¿Y quién duda que los bárbaros reci
birían hoy á los misioneros con el mis
mo amor y con la misma veneración qu
en otro tiempo? ¿Es grande, es terribl
el encono de sus pasiones por la impolí
tica guerra que se les ha hecho? Pero
todo lo contrasta la caridad, y el hijo del
Evangelio lleva siempre consigo un ta-
lismán misterioso que le concilia todas
las voluntades y le allana todos los ca-
minos.

Hay un honroso ejemplo.

Tenemos noticia de que el actual obis-
po de Durango, cumpliendo con un de-

ber que imponen los cánones y que descuidan algunos otros diocesanos, hace anualmente ó cada dos años la visita de su obispado, que es bien extenso. Jamás figura en su comitiva una escolta; y con todo, atraviesa ileso aquellas inmensas y despobladas regiones, teatro de las depredaciones de los salvajes, por donde apenas se atreven á pasar ejércitos. No sólo, sino que los desalmados guerreros que habitan en torno de sus víctimas, que se divierten arrancando la cabellera á las mujeres, y lanzando al aire el cuerpo de los niños para recibirlo en la punta de la lanza, desarmados á la voz del pastor ilustre, doblan ante él la rodilla y le reciben en el desierto ó en sus aduares con tanto entusiasmo como si fuera una deidad bienhechora.

Hechos como este hablan muy alto.

Dígase lo que se quiera, el hombre es el mismo en todas partes, en todos tiempos y en todas condiciones; y por ínfimo que sea el punto que ocupe en la escala social, á ciertas armas opone siempre las mismas resistencias, y á tales otras se doblega indefectiblemente. Poco alcanza la fuerza y mucho la persuasión y la benevolencia.

IV

Algo tenemos aún que decir del P. Ol mos.

De regreso en México, con objeto d recobrar la salud harto deteriorada po sus incesantes trabajos en el curso d las misiones, tuvo que salir á poco tiem po para ir á sofocar un levantamiento acaecido entre los chichimecas. Púsose en camino enfermo como estaba: llega á las serranías donde se habían fortificado los sublevados: predícales, manifiéstales las inapreciables ventajas de la paz y de la vida regular consagrada al trabajo: recuérdales las dulzuras que acompañan al cumplimiento de los deberes sociales, y en breve tuvo la satisfacción de observar que sus pasos no habían sido en balde, volviendo los naturales al estado tranquilo en que los dejara, y coronando de esta manera la obra que habían emprendido.

Después de ese suceso, ya no pensó en volverse á la capital, y se quedó en Tampico.

Llegóse entre tanto el tiempo en que como buen obrero en la viña del Señor, descansara, recibiendo el merecido salario. "Fatigado de una apostema (dice

Vetancurt) llamó á la gente del pueblo, y en agradecimiento del hospedaje repartió un rosario que traía, unas cuentas benditas, unas disciplinas y un silicio. que eran las ricas alhajas que le acompañaban: y diciendo el credo dió su espíritu al Señor."

He aquí un buen modo que debieran imitar todos los que se dedican á la carrera del apostolado; he aquí una vida perfectamente ajustada á los preceptos del divino código de Jesús: nada para sí y todo para sus hermanos; llama siempre activa que se alimenta con la caridad.

V

Para completar, en cuanto es dable, el cuadro de los hijos de San Francisco que dedicaron su talento á las letras durante los primeros años que siguieron á su establecimiento en el país, permítasenos agrupar todavía algunas figuras: cada cual mostrará en la mano las obras debidas á su pluma.

Comenzaremos por el P. Fr. García de Cisneros, uno de los doce fundadores, como tenemos dicho. Era de prendas tan grandes y relevantes, que entre aquellos primitivos religiosos fué escogido para

primer provincial el año de 1536 con unánime consentimiento de todos: en su tiempo se fundó el colegio de Santa Cruz de Tlaltelolco, y él dió á Fr. Toribio de Benavente la traza según la cual hubo de edificarse la ciudad de Puebla. No contento con la predicación propiamente tal, escribía sus sermones en mexicano, los cuales daba á los naturales para que los leyesen al pueblo. Ignoramos si hayan pasado hasta nuestros días. Murió en México en el año de 1537.

Fr. Alonso Rangel.—Compuso gramáticas de las lenguas mexicana y otomí, y en esta última, además un tratado de la doctrina cristiana. Pasó á México el año de 1529. Fué el primero que predicó en los distritos de Tula y Jilótepec, ocasionándole su empeño en la propagación de la santa doctrina, tenaces persecuciones de parte de los sacerdotes idólatras que más de una vez intentaron asesinarle. Desempeñó el cargo de guardián de muchos conventos, entre otros, del de Tula, cuya iglesia empezó á fabricar, si bien la prosiguió y acabó Fr. Antonio de San Juan. Electo provincial el año de 1546, y emprendiendo poco después viaje para asistir al capítulo general de Asís, que se celebraba en 1547, se perdió el buque en que navegaba y murió en el mar.

Fr. Maturino Gilberti, francés.—Vino á México con el P. Testera, y se aventajó á sus compañeros en el conocimiento de la lengua tarasca. Imprimió un escrito en la misma, con el título de Tesoro Espiritual. Fué un gran latino y escribió para los gramáticos de Tlaltelolco un arte de este idioma, que se imprimió en México el año de 1559, en la tipografía de Antonio de Espinosa, cuya obra tuvo en su poder y apreció mucho don Carlos de Sigüenza.

Fr. Juan Bautista de Lagunas, provincial que fué de Michoacán, escribió también en lengua tarasca gramática y doctrina cristiana. Fué natural de México.

El Ilmo. señor D. Fr. Francisco del Toral, primer Obispo de Yucatán, fué el que supo antes que ningún otro religioso la lengua popoloca, de Tecamachalco, en la que compuso gramática, vocabulario y algunas otras obras doctrinales. Aprendió también el mexicano y fué muy perito en ese idioma.

El venerable Padre Fr. Andrés de Castro, predicaba con mucha soltura en lengua batalzinca, y compuso en ella sermones, gramática y vocabulario. El matalzinca se habla en el valle de Toluca. Acerca de este religioso nos da Vetancurt los apuntes siguientes:

"Administró con tanto fervor, que los

domingos y dias festivos, predicaba tres sermones al día, á los españoles, mexicanos y matalzincas: salía á los montes á reducir y convertir infieles; fué grande el número que catequizó y bautizó con tezón, que se le pasaba el día bautizando los niños, y confesando al sol y al aire, con un jarro de agua que bebía; todo el tiempo que cobraba ocupaba en el oficio divino y en la oración mental, en que fué muy ferviente; su abstinencia fué singular, porque comía muy poco, una vez en veinte y cuatro horas. Fué estimado de los naturales, que aunque les reprendía los vicios con severidad, era con ellos apacible: algunas veces intentó dejar los matalzincas y pasar á los mexicanos, diciéndoles que no había de volver á verlos hasta que se enmendasen de sus vicios; pero le salían al camino, unos llorando y otros abrazándose con él, y otros le volvían al convento en hombros."

Fuera nunca acabar el presente catálogo, si continuásemos la enumeración de todos los religiosos que enriquecieron la literatura nacional con sus escritos, especialmente de los que se dedicaron al estudio de las lenguas indígenas. Con todo, no podemos concluir sin hablar del padre Fr. Alonso de Molina, que sobresalió tanto en el conocimiento del mexicano, que su ciencia en esta parte fué repu-

tada infusa. Este es el niño Alonso de quien hicimos mención como de uno de los que más contribuyeron á la propagación del cristianismo por la eficaz ayuda que dió á los primeros varones apostólicos. El citado cronista asegura que e. P. Molina fué el primero que compuso vocabulario de la lengua mexicana, que hasta hoy sirve. Compuso además toda la doctrina cristiana, confesonarios y otras muchas obras que dieron luz á los ministros evangélicos.

De los padres Sahagun y Torquemada, célebres historiadores á quienes tanto deben las letras, hablaremos cuando tratemos del colegio de Tlaltelolco.

Varias veces hemos mencionado al P. Fr. Juan de Zumárraga, y justo es que no terminemos la relación de las vidas de nuestros primeros misioneros, sin que fijemos en él una mirada. Lo haremos en el siguiente capítulo.

XII

El primer Arzobispo de México

Recién establecido el cristianismo en el país, hubo un fraile venido de España en 1,528 con el título de Obispo electo y protector de los indios, que tres años después dirigía al capítulo general de su religión, celebrado en Tolosa, una carta del tenor siguiente:

"Muy RR.PP.: sabed que andamos muy ocupados con grandes y continuos trabajos, en la conversión de los infieles, de los cuales, (por la gracia de Dios), por manos de nuestros religiosos de la orden de nuestro seráfico P. S. Francisco, de la regular observancia, se han bautizado más de un millón de personas, quinientos templos de ídolos derribados por tierra, y más de veinte mil figuras de demonios que adoraban, han sido hechas pedazos y quemadas. En muchos lugares están edificadas iglesias y oratorios, y en muchas partes levantadas en alto y adoradas de los indios las armas resplandecientes de la santa cruz. Y lo que pone admiración es, que antiguamente en su infidelidad, tenían por costumbre en esta ciudad de México, cada año sacrificar á sus ídolos más de veinte mil corazones humanos, y ahora no á los demonios, más á Dios, son ofrecidos, con innumerables sacrifi-

cios de alabanza, mediante la doctrina y buen ejemplo de nuestros religiosos; por lo cual al mismo solo Dios se honra, y gloria, el cual es adorado, con reverencia en aquellos lugares, por los niños, hijos de estos naturales. Hacen muchos de éstos, algunos ayunos, disciplinas, y continuas oraciones, derramando lágrimas, y dando muchos suspiros. Muchos de estos niños, y otros mayores, saben bien leer, escribir y contar, y hacer punto de canto. Confiésanse á menudo, y reciben con mucha devoción al Santísimo Sacramento del Altar, y con grande alegría predican la palabra de Dios á sus padres, industriados para ello de los religiosos. Levántanse á media noche á maitines, y dicen el oficio entero de Nuestra Señora. á quien tiene muy particular devoción. Acechan, con mucho cuidado, adonde tienen sus padres escondidos los ídolos, y se los hurtan, y con fidelidad los traen á nuestros religiosos; por lo cual algunos han sido muertos inhumanamente por sus propios padres, ó más bien coronados en la gloria con Cristo. Cada convento de los nuestros, tiene otra casa junto para enseñar en ella á los niños, donde hay escuela, dormitorio, refectorio, y una devota capilla. Son estos niños muy humildes y obedientes á los religiosos, y ámanlos más que á sus padres, y tratan verdad

con ellos. Son castos y muy ingeniosos, especialmente en el arte de la pintura, y han alcanzado buena ánima con Dios: bendito sea él por todo. Entre los frailes más aprovechados en la lengua de los naturales, hay uno particular, llamado Fr. Pedro de Gante, lego. Tiene diligentísimo cuidado de más de seiscientos niños. Y cierto, él es un principal paraninfo, que industria los mozos y mozas que se han de casar en las cosas de nuestra fe cristiana, y cómo se han de haber en el santo matrimonio; é industriados los hace casar en los días de fiesta con mucha solemnidad. Para la manutenencia y doctrina de las mozas, envió de España la Serenísima Emperatriz Da. Isabel seis mujeres honradas, castellanas, avisadas y prudentes; y mandó, por sus cédulas, que se hiciese una casa, tan grande y cumplida, que las mismas mujeres recogidas, viviendo debajo del amparo y favor del Obispo, pudiesen tener y enseñar mil doncellas que viviesen honestamente. Y así, por una admirable manera, se convierten á la santa fe católica los indios; y las doncellas aprenden los primeros rudimentos de la fe, de las mujeres honradas; y los indios, de varones religiosos. Después, ellos y ellas enseñan a sus padres gentiles lo que aprendieron, por lo cual parece haber dicho de ellos

el profeta David: De la boca de los niños y de los que aún maman, hiciste, Señor, perfecta tu alabanza. Cristo sea salud de vuestras reverencias, á quien suplico yo humildemente rueguen, que lo que él ha comenzado, por su clemencia lo acabe. De México, 12 de Junio de 1531 años."

El religioso que en las lineas precedentes trazó el cuadro más acabado de sus apostólicas tareas, era el venerable Fr. Juan de Zumárraga, primer Arzobispo de México.

Vése asimismo en esa pintura representado fielmente su carácter, tal como era, tal como conviene que el mundo le conozca, y aprecie, y no como le desfiguran plumas apasionadas ó aturdidas, á quienes copian otras servilmente por no tener el trabajo de prepararse á juzgar con alguna dósis de crítica. La cualidad que en él resalta, es el ardiente celo por la conversión de las almas al cristianismo: cualidad que se pondrá en su punto por medio de una suscinta relación de la vida del héroe.

Fué ese natural de la villa de Durango en Vizcaya, aunque no falta quien diga que lo fué de la de Zumárraga. Tomó el hábito de San Francisco en el convento de Aranzazu de la provincia de Canta-

bria, y ya profeso vivió allí algunos causando á todos admiración y res por sus raras virtudes.

Después de haber sido guardián convento de Avila, y en seguida de dor y provincial, nos le encontra presidiendo la comunidad del monast de Abrojo, cerca de Valladolid, en do á los grandes méritos antes conquist por su santidad, añadió una acción tinguida que le hizo célebre en su ti po, y cuya memoria ha pasado á la teridad. Fué la siguiente:

El Emperador Carlos V., como to los hombres de su temple, era aficion al retiro. Un día llamó á las puertas expresado convento con ánimo de pa en el claustro la semana santa. Recib y agasajado por los cenobitas, como fué dable, quiso él á su vez pagarles alguna manera la hospitalidad, á cu fin dió órden para que se les ministr una suma en clase de limosna con pudiesn tener en esos días una com regalada. ¿Qué hace el venerable Zur rraga? Admite la limosna, pero en de destinarla á la comunidad, la distri ye íntegra entre los menesterosos lugar, no reservando para sí más que satisfacción de haberlo ejecutado —¡ mo! dijo á sus hermanos: mientras S.

se retira en este santo tiempo de ayuno por abstinencia á los religiosos se les ha de permitir regalo!—Ved ahí al fraile.

Prendado Carlos V. de tan bello carácter, estando México conquistado poco tiempo hacía, presenta á Fr. Juan á la silla apostólica para primer obispo del nuevo reino. Opone resistencia el apóstol á aceptar la dignidad que se le ofrece; pero al fin tiene que ceder ante la firme voluntad del monarca, y antes de consagrarse viene á nuestro país en la clase y con el honroso título que dijimos al principio.

Hallábase México á la sazón devorado por la guerra civil. Pesaba sobre la ciudad el yugo de los ambiciosos que habían quedado gobernando en ausencia de Cortés, el cual aún no regresaba de la funesta expedición á Hibueras. Ya hemos presentado el cuadro de esos desórdenes ante los cuales se pierden de vista los que han turbado la paz de la nación después de su gloriosa independencia; porque si en nuestros días se ha derramado la sangre de hermanos en el campo de batalla, no tenemos todavía, por fortuna ejemplares de las crueldades, de las bajezas y de las villanías que entonces se cometieron en una sola población para apoderarse del gobierno.

La conducta del venerable ı
en esa vez toda de paz y co
hasta que los excesos de la
obligaron á usar de rigor con l
tas. Limitado al principio el señ
rraga, á cubrir con su sagrado
todas las víctimas, dispensan
protección á indios y español
quienes dispuso un asilo en el
de San Francisco, valióse despu
más terribles armas de la iglesi
los que trataban de burlar ese
extrajeron del convento á los re

Pero esta misma entereza, est
energía le acarrearon la enemistá
hombres á quienes hacía frente
manera tan digna: mandan est
corte los informes más desfa
tanto respecto de la persona del
como de los franciscanos, en que
nian á unos y á otros; inpiden
cartas y memoriales de los acusa
sen á España; y con tal medida
habrían triunfado, si la industria
marinero vizcaino no hubiera
do sacar al mar dentro de una b
breada una carta del venerable a
de allí conducirla secretamente h
nerla en manos de la emperatriz.

"Aquella carta, (dice el seño
la) produjo todo su efecto, volvi

.quilidad á la República con la remo-
. del Gobernador y oidores que se ha
. abrogado el poder, haciéndoseles em
:ar de órden de la emperatriz gober-
ora para España, á dar cuenta de su
gular conducta. Pasó igualmente á la
ma Península el venerable Zumárra-
para consagrarse de Obispo el año de
2, siendo un nuevo objeto de edifica-
n el ver la pobreza con que llegó á su
ria, volviendo de una tierra de la que
os regresaban ricos. Los dos años que
maneció en España, se ocupó con el
yor empeño en defender con el mayor
or apostólico la libertad de los indios,
acarlos de aquella miseria y vejacio-
, que sufrían de los encomenderos. Ya
de el año de 1530 se había expedido la
mera real provisión para que fuesen
numitidos los indios esclavos, á con-
uencia de las muchas y vigorosas re-
sentaciones del memorable Obispo de
iapas, Don Fr. Bartolomé de las Ca-
y otros varones religiosos; pero pro-
uiendo los abusos no había tenido ma-
: cumplimiento. Nuestro prelado lo re-
sentó á la Emperatriz, y consiguió
a nueva orden con el mismo objeto,
misionándole expresamente para que
ase sobre su observancia, renovándo-
e el título que anteriormente se le

habla dado de preceptor de los i
Igualmente y en la misma cédula
facultó para que representase an
gobierno de México á fin de que se
derasen los tributos que tanto al re
mo á los encomenderos pagaban lo
dios, de oro, plata, piedras preciosas,
mas y mantas ricas y que no fueser
jados con el trabajo de los suntuosos
ficios que fabricaban para los españ
Y no pudo darse la comisión á per
más á propósito y que más amara á
indios: al venerable Zumárraga se
bió la primera reducción de estos or
sísimos tributos, que en los siglos si
tes llegaron á una cantidad insignifi
te por cabeza; así como se le debió t
bién la escensión del trabajo de las
nas, de la siembra de caña y de otros
nosísimos con que los neófitos e
oprimidos por los encomenderos.

"Habiendo regresado á la Nueva
paña en 1534, con una escogida y cop
sa misión de religiosos de su orden
reducido en México con sumo honor
parte de los conquistadores, y muc
mayor alegría de la de los indios, que
amaban cordialmente. Desde luego
menzó á aliviar su suerte corporal, co
siguiendo, si no todas las ventajas q
quería y para las que venía comisiona

cuantas le fué posible á favor de sus amados indios, en aquella época tan difícil y comprometida para los ministros del Evangelio que tenían que chocar de frente con hombres ambiciosos, soberbios y en lo general de desarregladas costumbres. Pero considerando que su misión, más bien que de auxiliar las necesidades corporales era la de convertir las almas de que habría sido nombrado pastor, con mayor empeño se dedicó á instruir á los indios en sus deberes de cristianos y de arrancar de sus corazones los vicios y supersticiones de la idolatría; y al efecto, él mismo tomó á su cargo este cuidado, sin desatender por esto los demás oficios públicos de su cargo pastoral. En la Catedral, recién edificada señaló un lugar donde tenía púlpito y altar para decir misa y predicar diariamente á los indios, negros y demás gente de servicio de los españoles: su enseñanza no era solo en común y dirigiéndose á todos, sino que con un celo verdaderamente apostólico y paternal, á cada uno iba enseñando perfectamente la doctrina cristiana, les explicaba los misterios, les hacía las preguntas necesarias y los examinaba con mayor atención que si fuera un simple maestro de escuela.

Además de los servicios que van enu-

merados, la humanidad debe al Sr. Zumárraga, otro no menos importante, como fué el establecimiento de varias casas de beneficencia, entre otras, un hospital en Veracruz y otro en esta ciudad, conocido primitivamente con el nombre de San Cosme y S. Damián, y después con el del Amor de Dios, el cual estaba destinado á los que padecían enfermedades venéreas y ocupaba el mismo lugar donde hoy está la Academia de Bellas Artes. Toda la renta del obispado no pasaba por sus manos sino para ir á la de los pobres, y se refiere con este motivo, que no teniendo una vez que dar á un indio que le pidió limosna, le dió el paño con que se limpiaba el rostro.—Ved ahí al obispo.

Después de lo dicho, no parecerá exagerado lo que asentamos en órden á su carácter, señalando en él, como la cualidad de más bulto, el ardiente celo por la conversión de las almas al Evangelio. Pero este mismo celo es el que, considerado por sus detractores como un fanatismo absurdo, ha dado origen á un hecho memorable que se cita en su contra para guardarle de bárbaro: Zumárraga mandó reducir á cenizas un cúmulo de manuscritos aztecas en la plaza de Tlaltelolco ó en la de Texcoco, según otros

opinan, aniquilando de esa suerte quizá los monumntos más preciosos de la historia, de la poesía y de la literatura indígenas. Es cierto el hecho; y si no nos equivocamos, el mismo religioso alude á él en esta expresión que forma parte del expresado documento: "y más de veinte mil figuras de demonios que adoraban (los indios) han sido hechas pedazos y quemadas." Pero comprendía él todo el alcance, toda la trascendencia de su acción?

Hablando de ella el señor Prescott, se expresa en estos términos:

"El primer Arzobispo de México, Don Juan de Zumárraga, cuyo nombre será tan inmortal como el de Omar, reunió las pinturas de todos los lugares, especialmente de Texcoco, la capital más culta de Anáhuac, y el gran depósito de los archivos nacionales; mandó apilarlas haciendo un monte, según lo llaman los mismos escritores españoles, en la plaza del mercado de Tlaltelolco, y luego fueron reducidas á cenizas. Su más célebre compatriota, el Arzobispo Jiménez, había celebrado un auto de fe semejante con los manuscritos árabes en Granada unos veinte años antes. Jamás había conseguido el fanatismo un triunfo más señalado que el de la des-

trucción de tantos documentos curi sos del ingenio é instrucción humana.

Comprendemos bien que un escrito las prendas del célebre historiador am ricano, rara vez deja pasar una coyunt ra como ésta, sin asestar un epigram pero de aquí á rendir á la verdad en t do caso el homenaje que merece, ha una enorme distancia. ¿Qué punto c comparación ofrece, bien mirado, el h cho de Zumárraga con el del Califa suc sor de Mahoma?

"Si estos libros dicen lo mismo qu el de Alcovan, son inútiles; y si l contrario, perjudiciales."

Tales fueron, según se refiere, las pa labras que dijo Omar al mandar quema la biblioteca de Alejandría; palabra que revelan toda la fatuidad de un ex clusivismo intolerante y desmedido; pa labras nacidas de una inteligencia encas tillada en una sola idea, fuera de l cuel no concibe nada bueno ni útil.

No era esta la verdad de la creenci del venerable obispo, porque de lo con trario era menester suponer que no juz gaba bueno ningún libro, sino el Evan gelio.

No, la falta de instrucción fué lo qu le indujo á obrar de esta manera. Re cuérdese que España en el siglo décimo

sexto, si bien sobresalió en poesía, se hallaba en un atraso lamentable respecto de los otros ramos del humano saber, no cultivando con buen éxito en punto á ciencias más que las teológicas.

¿Cómo podía, pues, el señor Zumárraga dar á los manuscritos de que se trata toda la importancia que en sí tenían?

De ninguna manera.

Pero si veía en ellos un obstáculo y no pequeño, para que los aztecas viniesen á la fe cristiana, y para que se afirmasen más en ella los neófitos. Tal era la creencia común, y así lo asienta el mismo Prescott cuando dice: "que los caracteres extraños y desconocidos, inscriptos en aquellos (los manuscritos) excitaban sospechas; porque eran vistos como escrituras magníficas y á la misma luz que los ídolos y templos como los símbolos de una superstición pestilente que debía extirparse."

Pues bien: el Obispo de México quiso remover un obstáculo, quitar un peligro, y eso es todo; se hizo el instrumento de una necesidad que los demás comprendían como imperiosa, y la prueba de ello es, que nadie condenó aquella acción como un atentado, y antes bien, parece haber sido reputado muy natural y edificante; en una palabra, se do-

blegó á la influencia del tiempo y las circunstancias y á la más poderosa todavía de la opinión autorizada; y cierto, nadie, sino el númen goza el privilegio de ser superior al siglo en que vive.

Depurado este hecho, terminemos la relación de la vida de nuestro fraile.

Fiel observante como obispo de la ley de pobreza evangélica, tanto cuanto eran otros aficionados á atesorar riquezas para sostener un boato escandaloso, vivió siempre como simple fraile, mostrándolo así en el menaje, en el vestido y en la comida. Llegó en este punto á tal extremo su escrupulosidad, "que por haberle dicho cierta vez, con motivo de unas pobres colgaduras, que se habían puesto en la sala de recibir de palacio, que ya era obispo y no fraile, se conmovió tanto, que al momento comenzó el mismo á quitar aquel adorno, diciendo con lágrimas á sus familiares:—Dícenme que ya no soy fraile sino obispo; pues yo más quiero ser fraile que obispo.

Acreditó este deseo renunciando varias veces el obispado y aún abandonando el puesto, como lo hizo cuando en compañía del padre Valencia y de Fr. Domingo de Betanzos, dispuso pasar á

China á predicar la doctrina de Jesús, como simple misionero.

Pero Dios le tenía destinado no sólo para esa alta dignidad, sino para la de primer Arzobispo de México, pues que estando ya establecidas las diócesis de Puebla, Guatemala, Oaxaca, Michoacán y Yucatán, el sumo Pontífice Paulo III le envió en 1545 el sagrado palio para sí y para sus sucesores. Con todo, no llegó á tomarlo. Rehusando aceptar el arzobisdo, y para librarse de los ruegos de los que querían obligarle á doblar el cuello á esta nueva carga, se retiró al pueblo de Tepetlaoztoc donde á la sazón moraba su íntimo amigo, el venerable Betanzos. El cansancio del camino, su avanzada edad, que pasaba ya de ochenta años, así como la fatiga consiguiente á una tarea tan pesada como la de haber confirmado en el pueblo en cuatro días catorce mil quinientos naturales, quebrantaron su salud de tal manera, que ya sólo pensó en disponerse para morir. Agrávase su enfermedad; vuelve á México conducido por los religiosos sus hermanos, que deseaban atenderle con más esmero; pero todo es inútil, y expira en los brazos del venerable Fr. Domingo de Betanzos en la mañana del domingo des-

pués de la fiesta de Corpus, el año de 1548.

Poco antes de morir, manifestó deseo de que su cadáver fuera sepultado en el convento de su órden; pero el virrey y la audiencia dispusieren que lo fuese en la Catedral, y así se verificó con acompañamiento de personas de todas clases, y muy particularmente de los indios, que con la muerte del varón ilustre perdían á la persona que mejor desempeñara los oficios de padre, protector y maestro.

XIII.

Misiones.

La religión de San Francisco fué una planta que se aclimató en nuestro suelo y extendió en breve su benéfica sombra hasta los confines del territorio nacional; planta robusta y magnífica que tenía la raíz en México y las ramas dilatadas hasta los pueblos más extraños y bárbaros.

Ya con motivo de los viajes apostólicos del padre Olmos indicamos algunos de los servicios que prestó la orden

seráfica en pro de la causa de la civilización de nuestra frontera septentrional; ya vimos cómo varias poblaciones de las más importantes de aquellos distritos son los monumentos que acreditan gloriosamente el paso de los primeros misioneros por unas regiones donde no se atrevían á poner la planta las huestes de Cortés; y cuando se reflexiona que estos hechos tenían verificativo aun antes de que expirase el siglo décimosexto, no puede menos el corazón de interesarse y aplaudir el celo que los dictaba, como se encariña con la memoria del bien pasado y que no volverá jamás.

Reunir metódicamente estos hechos, considerarlos en todas sus relaciones, determinar su influencia y resultados, deducir por ellos el espíritu de la época, en una palabra, estudiarlos profundamente, sería emprender una labor para cuyo desempeño no bastarían algunos volúmenes; sería tanto como formar una historia, y lejos está de ser esa nuestra intención.

Pero sí entra en el plan de este libro seguir á los religiosos en algunas de aquellas santas peregrinaciones que tenía por objeto sacar de la barbarie á pueblos enteros y á veces tribus numerosas, que bien merecían escuchar la pa-

labra de vida: de ellas unas se debían sólo á los esfuerzos de los misioneros, y otras al espíritu emprendedor de estos favorecido y sostenido por el gobierno colonial. Consagremos por ahora algunas líneas á las de la última clase.

XIV.

Nuevo-México.

La provincia de este nombre fué descubierta por el capitán Francisco Hernández Coronado, que en el año de 1540 llegó por Chiametla y Valle de Corazones á los Tiguas y campos de Cíbola; pero no fundó población ninguna, y hubo de volverse á la capital, logrando solamente el reconocimiento de aquellas vastas regiones y sus habitantes, para disponer la translación y establecimiento de misioneros que llamaban estos "hacer una entrada." No obstante estar allanado en cierto modo el camino, pasaron once años para que ésta llegara á verificarse, y fué con ocasión del cristiano empeño del venerable lego Fr. Agustín Rodríguez, el cual salió de México llevando en su compañía dos sacerdotes del

convento, que fueron Fr. Francisco López y el R. P. Fr. Juan de Santa María. Dióseles para su seguridad algunos soldados, por temor de que corrieran la suerte que otros religiosos en provincias habitadas por gente semejante; caminaron por Zacatecas hacia el norte cuatrocientas leguas; dieron con los Tiguas, y contemplando con asombro la muchedumbre de aquellas tribus, de quienes eran recibidos con benevolencia, llamaron á la provincia Nuevo-México.

Pero tampoco se alcanzaron por entonces muchos frutos, porque habiéndose separado el P. Santa María de sus compañeros para venir á dar la noticia á sus hermanos de México, tomó por distinto rumbo del que habían seguido, y á los tres días de camino, cayó en manos de los bárbaros, que le quitaron la vida. Los soldados que le acompañaban y que lograron escapar de aquel trance, fueron los que trajeron al virrey la funesta nueva.

A este descalabro siguió otro no menos deplorable. El año de 1582, Don Antonio de Espejo penetró en la provincia con cien caballos, algunos soldados bien equipados y un misionero, el P. Fr. Bernardino Beltrán; llegan al país de los

Tiguas, pero hallando muertos á los PP. López y Rodríguez, tuvieron por conveniente retirarse, quedando abandonada la empresa por mucho tiempo.

Bien podía el gobierno haber intentado reducir por la fuerza á tribus como aquellas de condición tan intratable, pues ya contaba con los elementos necesarios; pero se conoce que la doctrina de Las Casas que reprobaba este medio violento para la conversión de los infieles, iba conquistando día á día en la opinión más terreno, del que se cree comunmente. Tarde ó tempano llega la razón á abrirse paso por entre las nieblas con que la ofuscan bastardos intereses.

Corriéndo el año de 1595, se preparó y puso en camino otra misión compuesta de ocho religiosos, mandados por el comisario general Fr. Pedro de Pila, y presididos por el P. Fr. Rodrigo Durán, á quien sucedió Fr. Alonso Martínez en el mismo cargo. Llevaban en su compañía á varios colonos bajo el mando de Don Juan de Oñate, nombrado capitán general del nuevo establecimiento. Llegaron felizmente, y entre dos ríos fundaron una villa dedicada á San Gabriel, la cual prosperó en breve á causa de los aumentos que tuvo su población con

los indios que se iban convirtiendo al cristianismo.

Satisfechos los ministros apostólicos con el buen éxito de sus predicaciones, enviaron á México á algunos de sus compañeros para informar de lo ocurrido y á principios de la centuría siguiente, partió nueva misión á la villa recién fundada, llevando por custodio al venerable P. Fr. Juan de Escalona. Desde entonces fué en progreso la colonia, reforzada constantemente con nuevos obreros, y ya en 1623 se contaban siete monasterios, dechados de celo y observancia, estabecidos entre diferentes tribus, como eran las de los Mansos y Lanos, Tiguas y Teguas, Piros y Tumpiros, Pecuries, Taos, Pecos, Xumanas, Tanos, Queres, Hemes y Apaches. Por entre todas ellas hicieron brillar los frailes la antorcha del Evangelio, dando impulso á las labores agrícolas, secundados por la fertilidad asombrosa del terreno, y todos estos establecimientos formaron lo que entonces se llamó "Custodia de la conversión de San Pablo de la Nueva-México."

Para dar idea de los dones con que favoreció á aquel país la Providencia, traslademos á este lugar la pintura que de

él hacía Vetancourt en el siglo décimo séptimo. Védla ahí:

"Dista de la ciudad de México hacia el norte, con declinación al poniente, la que era la Nueva-México, cuatrocientas leguas: está en 37 grados de altura, cuyo temple es al de nuestra España, parecido, porque nieva como en Europa, y llueve al tiempo que en España llueve; tiene arroyos y ríos que la bañan, en particular el río grande del Norte, donde se crían varios géneros de pescados regalados, se cogen nutrias y castores, de que se han hecho sombreros; tiene montes de arboledas y pinos, donde se cogen piñones, que no se han visto mejores, ni más tiernos; montañas ásperas y fragosas, donde habitan leones, osos, lobos y todo género de caza: conejos, liebres y venados, que llaman alazanes, casi del tamaño de toros.

"En los campos, que se dilatan por muchas leguas, hay cíbolas, que son especie de vacas con el pelo largo, y andan vagando en manadas cuantiosas. Hay aves y pájaros de diversos colores: águilas, gavilanes, ruiseñores, gallinas, pavos, codornices, perdices, palomas, golondrinas, y todo género de patos, y ánsares, zenzontles, de aquellos que son en México célebres por los varios cantos, que en

mexicano cenzontli es número de cuatrocientos; hay minas de plata, de cobre, de azabache, de piedra imán, y una de talco transparente á modo de yeso, que lo sacan como tablas, y adornan las ventanas con ellas como si fueran de cristal.

"Hay árboles frondosos, encinas, sauces y álamos; á la orilla del rio se va por sombra de álamos por más de cuatro leguas: las semillas, legumbres, viñas y árboles frutales se dan con abundancia como en España; las carnes son gustosas y de substancia, y se procrean vacas y carneros mejor que en otra parte de las Indias: la salud de los hombres es más robusta, porque los temperamentos á sus tiempos no son variables. En toda la tierra no se usa de moneda, porque los tratos son á cambio, trocando una cosa por otra en especie, y así siempre corren los géneros por un precio."

¡Dichosa la nación que posee actualmente ese dilatado territorio, donde la bendición de Dios hizo brotar un paraíso! El régimen colonial con su mezquina política de aislamiento y exclusivismo, si bien trató cuerdamente de poblar aquellas regiones en los primeros años que siguieron á la conquista, descuidó á la larga de proteger la inmigración, único medio de civilizar á las tribus bárbaras

que las habitaban: después de la Independencia siguieron sus huellas nuestros gobiernos, sin pensar que colonizando la frontera con familias extranjeras y mexicanas, se hubiera levantado una barrera, donde se estrellaran los tiros ambiciosos del coloso del Norte. Al presente ha dado este un paso hacia nosotros. La mitad de nuestro territorio le pertenece y tiene fija la mirada sobre la otra mitad. Los bárbaros le preceden, y son la terrible espada de llamas que nos impiden la entrada de aquel encantado Edén.

XV

La Paz

No tuvieron tan feliz éxito en Californias los afanes de nuestros misioneros, bien que se frustraron por mucho tiempo igualmente las tentativas que hicieron varios expedicionarios navales por sojuzgar aquellas dilatadas provincias.

Cortés, capitán ambicioso y afortunado, no contento con haber puesto á la obediencia de su soberano los reinos de México y Michoacán, intentó asimismo, primero por otros y después por sí con-

quistar las Californias, que se presentaban á su acalorada imaginación como un país de oro bañado por un mar de perlas.

Pero todas estas expediciones, así como algunas otras que se verificaron después, sólo sirvieron para adquirir el convencimiento de que la empresa ofrecía dificultades no previstas hasta entonces y acaso insuperables por muchos años.

Mas llegó el de 1596, y la fortuna pareció deponer el desdén con que había tratado á la ambición. Sebastián Vizcaino, hombre de mucho mérito, fué nombrado por el rey para expedicionar nuevamente á efecto de poblar y fortificar los puertos de California, que ya empezaba á ser objeto de la codicia de otras naciones, según pudo percibirse por el hecho de haber arribado poco antes á la península Francisco Drake, célebre corsario inglés y de haber tomado posesión de la parte septentrional, poniéndole el nombre de "Nueva Albión."

Con tres navíos bien provistos de todo lo necesario partió Vizcaino de Acapulco, llevando en su compañía cinco religiosos franciscanos que se ofrecieron para ese objeto, y fueron los RR. PP. Fr. Francisco de Balda, Fr. Diego Perdomo. Fr. Bernardino de Zamudio, Fr. Nicolás

de Zaravia y Fr. Cristóbal López. Llegaron al puerto de Zalagua y de allí á Mazatlán, donde desertaron algunos soldados y se quedó por enfermo el P. Balda

Arribaron en seguida á un puerto que llamaron San Sebastián, donde hallaron gente que no usaba vestido, y de quienes no recibieron ninguna muestra de hostilidad. Finalmente, después de quince días de navegación trabajosa, llegaron á mejor puerto, donde los naturales los acogieron hospitalariamente ofreciéndoles desde luego perlas, pescado, pitahayas, ciruelas y una fruta menuda muy sabrosa, según el cronista, que no fué conocida de ninguno de los expedicionarios Desembarcaron, y con asombro suyo llegaron á entender, por señas que les hacían los naturales, que allí mismo habían estado otros españoles, presumiendo que serían los que formaron la armada de Cortés, mandada por él mismo. Construyeron desde luego algunas cabañas para su habitación, y entre ellas una mayor para que sirviese de iglesia; tomaron posesión de la tierra con las ceremonias de estilo en aquella época, y aludiendo al buen recibimiento que les habían hecho los naturales, no menos que á la pacífica condición de éstos, llamaron á la nue-

va colonia el "Puerto de la Paz," nombre que conserva hasta el día.

Los religiosos con un ardor inestinguible y que parecía crecer con las dificultades, se dedicaron á la conversión de los indios, procurando disponerlos al bautismo con la enseñanza cristiana; mostrábanseles aficionados, esforzándose en aprender la lengua del país, y atrayendo á los niños con caricias y regalos; los indios correspondían á esta benevolencia sometiéndose á los apóstoles con la docilidad y cariño de hijos; y en una palabra, todo parecía afianzar para siempre la conquista de aquel territorio, cuando un incidente vino á echar por tierra esperanzas que se creían muy bien cimentadas.

Pero ese incidente, que nada tiene de ficticio, ha servido de base á una conseja que brevemente referiremos en seguida.

XVI

Perder un tesoro por lograr otro.

I

Era D. Lope un joven juicioso, traba jador, de fisonomía agradable, de geni suave y condescendente y de modale atractivos; era, en suma, lo que ahor suele llamarse "un mozo de provecho."

Aunque en España tenía lo suficient para vivir con decencia, pues que era hi dalgo de casa solariega, contagiado de espíritu aventurero de la época de los Pi zarros y Corteses, vino á Nueva Españ como paje del virrey D. Luis de Velasc el II, deseoso de mejorar de fortuna, y sirviendo un empleo lucrativo en palaci ó ya entrando en la carrera eclesiástic con no dudosa esperanza de obtener u pingüe beneficio.

No le faltaban estudios, habiendo pa sado la flor de sus años en la célebre un versidad de Salamanca, de donde conclu dos sus cursos, salió á viajar por Ital con el único fin de aumentar el caudal d sus ya no vulgares conocimientos.

Estas prendas, unidas á las demás ve ıs que su posición le daba, hacían

él una persona que hubiera podido captarse la amistad de lo más florido de la sociedad mexicana, á no ser por su poca ó ninguna afición al trato humano, especialmente con individuos del sexo hermoso.

Procedía en gran parte este despego de cierta aventurilla amorosa que tuvo en sus primeros años, de la cual no salió tan airoso como deseara, y que había dejado en su corazón una huella muy profunda de pesar. No obstante, su estado habitual por lo tocante á afectos de esta especie era la más completa indiferencia. ¿Hablábasele de amores? contestaba con una ronsira amarga ó con alguna expresión irónica, que revelaban un alma herida de tristes decepciones.

No hay que dudarlo. Esa postración de las potencias afectivas del hombre como resultado de alguna contrariedad en los primeros pasos por la senda del amor, no es el patrimonio exclusivo de la juventud de nuestros días: hoy se decanta por el empeño mímico de ostentar una experiencia precozmente adquirida; pero en realidad de verdad ha sido enfermedad endémica en todos los siglos y en todos los países, y eso de "cruel escepticismo, desengaños atroces, ensueños desvanecidos, pesares roedores, mortal des-

aliento y perdidas ilusiones," era achaque de que adolecía nuestro D. Lope como el más desaforado romántico.

II

A la sazón vivía en México una señorita, criada en el mimo, ávida de lucir su hechicera persona en concurrencias escogidas, ardiente apasionada del baile, admiradora de jóvenes aturdidos con humo de calaveras, y para no decir más, el reverso de D. Lope.

La naturaleza y la sociedad parece que se complacen en tales contrastes, y no pocas veces se divierten intentando destruírlos por medio de la asimilación.

El joven juicioso vió una vez en la corte á Da. Elvira (tal era el nombre de la dama), la vió, es verdad; pero la vió sin el menor movimiento de admiración ó de entusiasmo: la vió como el matemático que se halla en presencia de un sólido, cuya densidad y volumen pretende averiguar por medio del cálculo.

No sólo la vió y contempló á todo su sabor sin el más mínimo peligro, sino que pudo resistir el brillo fascinador, las centellas que brotaban de los ojos de la hermosa, y lo que es más, el prestigio de su gallardo continente y de las dulces

mas sonrisas que traveseaban en sus labios infantiles.

Terminó aquella casual entrevista. Da. Elvira se retiró de palacio sin haber reparado siquiera en la interesante figura del sesudo D. Lope; mas no sucedió otro tanto con éste, que al entrar á su aposento conoció que había visto demasiado, acaso con exceso, á la joven.

Alarmóse un momento al notar en su alma alguna zozobra: procura restituirse á la antigua calma, toma un libro en la mano y se empeña formalmente en distraerse con la lectura, pero son inútiles todos sus esfuerzos. Mientras recorría las páginas, leyendo sin entender lo que leía. escuchaba en sus adentros la voz argentina, sonora, melodiosa de Elvira, como si transportado al cielo escuchara el canto de un ángel; y cuanto más empeño ponía en librarse del recuerdo de la seductora virgen, más se sentía atraído, magnetizado, fascinado, poseído por su picante hermosura. Parecíale que una mano misteriosa estampaba en su corazón la imágen de la bella con un hierro ardiendo.

¿Será menester declarar que D. Lope estaba enamorado?

III

—"Nihil novun sub sole," nada hay nuevo en el mundo, verdad trillada y que sin embargo podrá, á mi juicio, valerme con las personas de seso que me conocen, cuando lleguen á enterarse de la locura en que estoy abismado. ¡Qué dirán! (hablaba consigo mismo el infortunado joven) D. Lope visita á Da. Elvira; D. Lope se casa; D. Lope, las esperanzas del reino, el ídolo de las personas sensatas, el ejemplo de la corte, está perdido de amores, ¡y por quién! por una niña casquivana, antojadiza, indiferente y juguetona como el agua de un arroyo que corre sin saber á donde va, y murmura sin expresar ningún sentimiento.

—¡Pues bien! esa es la verdad! ¡Lejos, lejos de mí la ambición! Nada deseo, nada quiero sino á Elvira: ¡Elvira es el aire que respiro, la vida que me sostiene, el sol que me alumbra y el amor de mi alma! Por seguirla recorrería sin descanso día y noche toda la tierra; una sonrisa suya es mi gloria; sus palabras suenan dulcemente en lo íntimo de mi corazón como una música divina; la adoro como á una deidad, y por alcanzar su cariño le tributaría el homenaje de todo mi ser!..

IV

Por lo dicho se ve que nuestro D. Lope estaba de buen temple.

No se requería más para que la niña fuese demasiado esquiva con el amante. Si hubiese sido menos leal, menos amartelado, menos rendido, acaso, y sin acaso, le habría tratado con más consideraciones; pero era todo lo contrario, y la traviesa dama le mataba á desdenes, no tenía para él ni una palabra afectuosa, ni una mirada compasiva, ni un ademán que le hiciese concebir la más ligera esperanza.

—¡Oh mujeres! ¡mujeres! ¡cuán terribles sois con las víctimas de vuestros hechizos!

Así exclamaba D. Lope á sus solas, dándose fuertes palmadas en la frente, haciendo propósitos de no volver á visitar á la joven y maldiciendo con todas veras el imán irresistible de su peregrina, aunque maligna hermosura.

Pero el amor hacía desaparecer tales resoluciones, como las plumas que arrebata entre sus alas un remolino.

V

Presentóse el joven una mañana en la casa de su amada, y la encontró sentada en un sillón, sola, con el pañuelo á los ojos y llorando á lágrima viva.

—¿Puedo saber lo que os aflige, señora mía? díjole con acento que hubiera conmovido á una roca.

—¿Qué pueden importaros mis padecimientos? contestó sollozando la dama; y aunque os importaran, ¿está en vuesta mano alcanzar lo que deseo? ¿teneis poder para remediar mi desventura? ¡Ah, si así fuera, mi mano os pertenecería! yo no sería más que de vos, porque ningún otro merecería mi afecto; pero ¡qué digo!..... El pesar me trastorna la cabeza: ya no sé ni lo que me digo, perdonad....

—¡Decid, decid! Hablad con franqueza á un alma que es toda vuestra, y que se siente con fuerzas bastantes á realizar imposibles por mereceros, por grangearse vuestro amor, por decirse con orgullo—¡es mía!

El joven estaba asombrado de ver acongojada á una niña que, en su concepto, era incapaz de enternecerse por nada ta vida; á quien no había visto se-

ria, verdaderamente seria, sino para desdeñarle; y que no había empleado sus diez y siete primaveras, sino en bailes, tertulias, paseos y diversiones de todo género, fuera de cuyo círculo no concebía felicidad alguna para los mortales. Aprovechando, pues, esta coyuntura que le ofrecía la conmoción de la bella, redobló sus esfuerzos para conquistar un objeto que hasta entonces había huído de su amoroso empeño, como la mariposa que se retira volando de una flor al tiempo que va á ser presa de los dedos de un niño.

—¡Hablad, hablad! no tenéis que hacer sino mandarme para ser obedecida: vuestros pesares son también mis pesares, vuestra dicha, la gloria de mi alma, y por libraros de un instante de pena, por excusaros el más leve disgusto, daría toda mi vida, todo mi reposo, toda mi fortuna, todo lo que soy y puedo!

—Sois galán á las derechas, D. Lope (contestaba la dama); pero, creedme, es inútil manifestaros mis cuitas ...¡se han hecho tantas diligencias!.... Nada.... todos mis parientes se han dado á buscarla con el mayor empeño.... se perdió cuando mejor guardada se creía.... y no, no parecerá jamás... oh! soy muy desdichada!—¡Adiós!

Terminando estas palabras se retiró Da. Elvira á llorar á su retrete, dejando al mísero amante hundido en la mayor confusión, de que no salió, sino con la llegada de algunos individuos de la familia, que le encontraron triste y cabizbajo.

VI

Y después de todo, ¿cuál era la causa de tanta angustia? ¿cuál el verdadero concepto que envolvían las expresiones inconexas que pronunció Elvira poco antes de retirarse?

Lo diremos aun con riesgo de que nuestra heroina baje quizá demasiado en la estimación de los lectores. Se susurraba lo siguiente:

Poseía Elvira entre sus alhajas una perla de extraordinario tamaño y de un oriente maravilloso. Su padre la adquirió en Portugal de un rico negociante de la India, que al vendérsela le dijo:— ¡Oh, señor! os haceis dueño en este instante de un objeto que casi, casi vale una fortuna: creedme, los mil ducados que me dais por ella es suma bien mezquina en comparación de su verdadero precio; y el Gran Turco me los ofrecía, y aun quizá me habría hecho mejor propuesta á tener yo ánimo de vendérsela;

pero no quiero á esos perros de musulmanes, y si no hubiera un caballero cristiano que se quedase con ella, más bien se la regalaría á mi rey.

Elvira cifraba en la perla todo su orgullo de muchacha. Amábala no por el valor que tenía—mil ducados para su fortuna eran una bagatela—sino por la estimación de que era objeto entre sus amigas, por el placer que le causaba cuando todas á porfía se empeñaban en que les dijese la procedencia, el costo, y en una palabra, toda la historia del dije.

Pero este dije adorado se había perdido sin saber cómo ni cómo nó. Para dar con él se hicieron laboriosas y exquisitas diligencias: todo fué inútil; y he aquí por qué la dama estaba inconsolable; he aquí por qué se conceptuaba la mujer más infeliz en toda la redondez de la tierra, y he aquí también por qué D. Lope, que había ido á visitarla dos días después de este suceso, fué recibido por ella de tan mal talante.

VII

Más cuando el amor ha echado profundas raíces en el corazón, jamás se desalienta ni amilana: todo lo cree hacedero, menos prescindir del culto que tributa á su ídolo.

Habiendo el joven emprendido todos los caminos decorosos que podían guiar á la conquista de su amada, y todos sin fruto, se decidió á valerse de un recurso, en la mayor parte de los casos, infalible: el interés.

—¡Oh! el interés! se decía á sí mismo como peseído de febril demencia; ¡el interés!.... ¡será posible!.... ¡no hay remedio! ¡rendirle parias!.... ¡maldito interés! El es la polilla que roe la sociedad: se mezcla en todos los negocios de los hombres, como esas dulzonas palabras de mentido afecto que se cambian ordinariamente en las conversaciones, y asoma en las acciones más generosas como entre la grama y las flores del prado suele aparecer una víbora.

En efecto, no hubo remedio. Volvió D. Lope á tener una entrevista con la bella, y moviendo el resorte consabido, le habló de esta manera:

—Estoy ya perfectamente informado de lo que causa vuestra desventura.

—¿Sabéislo? contestó Da. Elvira sonriendo con esfuerzo.

—Y no sólo, sino que....

—¿De veras? ¿no soy disculpable en afligirme tanto?

—Tenéis razón; pero lo que puede remediarse....

—¡Cómo! no alcanzo....

—¿Qué recompensa otorgais á quien os entregara la presea?

—Ya lo dije una vez delante de vos, y lo dicho, dicho.

—¿Cuál?

—Mi mano.

—¡Pues bien! tendréis lo que os hace tanta falta para ser feliz.

—Muy difícil lo veo.

—Para el amor no hay imposibles: adiós!

VIII

Una nora después llamaba D. Lope á las puertas de una casa ruinosa, sita en uno los barrios más solitarios de la capital.

Tocó dos y tres veces con brío.

Nadie acudió al llamamiento.

Ya se retiraba enfadado de tanta espera, cuando una voz que sonó en lo alto de la habitación le detuvo. Producíala una muchacha que asomando á una ventanilla, con una mirada en que se pintaban la desconfianza y el recelo, después de contemplar unos instantes al joven, le habló de esta manera:

—¿Qué desea usted, niño?

—¡Abre pronto, muchacha!... . ¡O qué dilación!

—Pero dígame vuesa merced lo qu quiere, si no, no abro.

—¡Mujer de... Dios! Abre, vengo á hacer á tu ama una consulta.

—Eso es otra cosa. Allá voy.

—¡Pronto!

En efecto, la puerta amarillenta del zaguán giró rechinando sobre los goznes, y dió franca entrada al joven, que sin duda tenía tanta prisa, temeroso de que alguno de sus conocidos no le viese por aquellos andurriales. Un ambiante húmedo y mefítico le salió al encuentro, y el aspecto decrépito de las paredes descascaradas por la acción del salitre le prensó el corazón; pero no era cobarde, y pasó adelante con intrepidez.

Atravesó un patiecito desigual, en uno de cuyos ángulos yacían varios tiestos donde crecían sin cultivo algunas pobres plantas, que parecían participar de la miseria que respiraba toda aquella morada siniestra; y á la entrada de un callejón que conducía á otro patio más reducido y lóbrego, salió á recibirlo una figura escuálida, de cabello cano y desordenado, de ojos pequeñuelos y penetrantes, que era ó parecía mujer.

El joven y ella se miraron un momen-

to sin hablarse: él estaba mudo de estupor; ella procuraba sonreir, y cuanto más desplegaba los labios, adquiría su semblante una expresión más horrible. Después, con una voz estridente rompió el silencio, hablando de esta manera:

—Amito mío, ¿tendreis á bien decir en qué puedo serviros? La casa es pobre como veis; pero la voluntad de seros útil es grande. Pasad, vos pareceis cansado... y tal vez agobiado con algún pesar... ¡Oh! estos mozos que se dan tanta prisa en vivir.....

—No os engañáis buena mujer, yo he padecido un quebranto en mis días que llena de acíbar mi corazón, mi corazón que antes rebosaba paz y bienestar.

Diciendo esto tomaban asiento ambos interlocutores en lo más recóndito de una pieza sombría, míseramente amueblada. en donde la luz natural que con parsimonia entraba por la puerta, luchaba con la lúgubre claridad que producía una lámpara colocada á la pared delante de la pequeña imagen de un santo

El joven continuó:

—Seré breve.

—Decid cuanto queráis, que no tengo más gusto que escucharos.

—Sabed que tengo el alma herida de amores.

—Todo lo sé, proseguid.

—Pues si todo lo sabéis, decídme ¿qué es lo que me ha movido á venir á visitaros?

—La dama á quien servís exige mucho de vos....

—¡Bien! muy bien!

—Cosas que rayan en lo imposible... ¿no es verdad?

—Adelante, y pues que adivináis, decid ¿dónde se encuentra la malhadada perla, ó dónde podré proporcionarme otra semejante?

—¡Ah sí.... la perla!

En este instante la extraña mujer, fijando un dedo sobre los labios é inclinando la cabeza hacia el pecho, se puso á reflexionar repitiendo maquinalmente: la perla... la perla... sí, la perla.

Después, como si hubiera penetrado en su mente un rayo de luz, levantó el rostro y volviéndose al joven que esperaba con impaciencia una respuesta, díjole con aire triunfante:

Ya es tiempo perdido
Buscarla en la corte;
¡La miro en el norte
La miro brillar!

Princesa arrogante,
De estirpe guerrera,

La halló en la ribera
Del pérfido mar;

Y osténtala ufana
Del labio pendiente,
Con garbo inocente
Que provoca á amar.

Partid, caballero,
Partid de la corte
Que miro en el norte
La perla brillar.

—Pero vos me hacéis desesperar, buena mujer.... ¡será posible!... en el norte... ¡bien! pero ¿en dónde? ¿en qué país?.... ¡esto es muy vago! Explicaos algo más.

Y el desdichado D. Lope al pronunciar estas palabras, estrechaba entre sus manos con expresión un si es no es afectuosa, los descarnados dedos de aquella especie de sibila que había escapado por milagro de la garra de la Inquisición.

Mas la mujer permaneció muda.

Viendo el joven que el oráculo no se dignaba ya proferir ni una sílaba, puso un bolsillo con oro sobre el asiento que ocupaba y salió precipitadamente del albergue, conducido hasta el zaguán por la muchacha que le había hablado desde la ventana al entrar.

IX

—Ya no más que este absurdo me faltaba cometer en mi malaventurada carrera de amores para tener la gloria de haberlos cometido todos: ¡Vaya con el mozo de seso!... ¡Cómo quiso mi mala estrella que viniese á dar á manos de esta bruja ruín!... ¡Y vamos que se reviste de toda la majestad de una pitonisa!.... aire inspirado... respuestas en verso... poca precisión en los conceptos.... manía de todos los embusteros de su clase.... ¡Pero y si la Providencia ha querido darme un aviso por medio de esta mujer!... ¿Volveré á suplicarle que se dé á entender conmigo con más claridad? Pero ¿y si es inútil? ¿Y si ella misma no sabe acerca de la perla más de lo que me espetó en sus mal forjadas coplas?.... "La miro en el norte" ¡así podía estarla viendo toda su negra vida!..... ¿A qué tierra del norte os dirigís á buscarla?.... Pero aguardo.... ¿no es cierto que las nuevas provincias que llaman Californias se están haciendo famosas por las ricas perlas de los mares que las bañan?... Cabal: la bruja tiene sobrada razón. Pero vamos á que nos coma vivos un bárbaro chichimeco... En fin, ya veremos.

Tal fué el soliloquio de nuestro D. Lope después de salir de la casa de la sibila.

Llegó á su morada; entregóse á sus habituales ocupaciones; pensó en su suerte, soñó y deliró con el objeto de sus desvelos; en una palabra, su vida siguió el cauce acostumbrado; pero él desapareció de la ciudad después de algunos días, sin que nadie pudiese dar noticia de su paradero.

X

Hacia este tiempo se embarcaba en Acapulco la colonia que después se estableció en la Paz.

Luego que arribó al puerto de este nombre, mientras los franciscanos con parte de los soldados se dedicaron á construir habitaciones, el capitán Vizcaino á la cabeza de la otra parte siguió explorando la tierra, internándose hasta cien leguas de distancia. Al mismo tiempo hizo salir del puerto un navío á reconocer la costa que se dilata hacia el noroeste, previniendo á los que en él iban que no desembarcaran, sino en los lugares donde viesen á los indios dispuestos á recibirlos amigablemente.

Hicéronlo así, pero su expedición fué desgraciada, porque habiendo saltado á

tierra una vez, durante la navegación, fueron acometidos por los bárbaros, perdiendo en el encuentro unos diez y nueve soldados, si bien hay quien atribu.. este desastre á que estos mataron á cuatro de los primeros. No habiendo descubierto, sino tierras estériles, volviéronse á la Paz, donde ya estaba de regreso Vizcaíno, que había sido más afortunado en su correría.

Pero comenzaron á escasear los víveres, y los soldados á mostrarse descontentos y aun impacientes por volver á México.

Había entre éstos uno, cuyo porte adusto y sombrío le alejaba las simpatías de sus camaradas, si bien él los miraba á todos con el desdén de un hombre que acoge con igual ánimo así la amistad como los odios de sus semejantes. Huía de las conversaciones; á ninguno descubría su verdadero nombre; unos le creían loco, otros desgraciado, y no faltaba quien le tuviese por algún criminal de alta clase, prófugo por no dar en manos de la justicia. Pero él se desentendía de todos los comentarios que podían hacerse acerca de su persona, y no variaba de conducta, porque tampoco estaba en su mano.

Paseando una tarde este soldado por la playa y espaciándose en la contempla-

ción del océano, vió á corta distancia á una india que venía majestuosamente sentada en una piragua conducida por algunas remadoras de gallarda figura. Era la hija del jefe de los naturales que habían dado hospitalidad á los españoles.

El soldado la observó con ahinco, y quedó admirado del gentil continente de la misma, cuando al desembarcar le saludó con una modesta sonrisa, y precedida de las muchachas que antes remaban, se encaminó al aduar de su tribu. Siguióla un momento con la vista, y dando después un grito que en vano procuró sofocar, echó á andar desaladamente tras ella hablando consigo mismo:

—Algo que luce á modo de perla he visto pendiente de su labio...... ¿será verdad?..... ¿habrá llegado el instante de conocer que no se equivocaba la vieja de marras? Sigamos á la india:

Princesa arrogante
De estirpe guerrera....

—¡Cabal!... ¡Oh dicha! ha vuelto el rostro para verme y ¡no hay duda! lleva la perla tan ansiada....

El militar apresura el paso; habla á la joven; pídele la joya; niégasela ella; insiste él en su pedido, y por fin se la quita por fuerza, dando lugar con este aten-

tado á que los indios se subleven y no dejen á los colonos más partido que el de embarcarse apresuradamente y tomar el rumbo de Acapulco.

Buscaron éstos con todo empeño al autor de la violencia, al soldado misterioso, pero había desaparecido poco tiempo antes de que se descubriese su delito.

XI

—¡D. Lope se casa!

—D. Lope obtiene lo que tantos otros mozos pretendieron en balde, la mano de la hermosa, de la sin par Da. Elvira.

—¿Y por qué ha estado ausente tanto tiempo?

—Se dice que fué á España á recibir una cuantiosa herencia.

—¡Bien! y ¿cuándo es la boda?

—Muy pronto, según se barrunta por ahí.

Tal era con corta diferencia el resumen del diálogo que entablaron los amigos de Elvira dos meses después del suceso poco hace referido, con ocasión de haberse presentado el joven juicioso en la casa de aquella, tan enamorado, tan rendido como siempre, á pedir en toda forma la mano de la ninfa.

El desvío, los desdenes habían desaparecido como por encanto. ¿Quién podía

explicar esta mudanza? ¿Poseía el joven la costosa perla, cuya entrega á Da. Elvira sería premiada con la posesión de ésta?

No cabe duda, atento el carácter de la dama, que esta era la única explicación que podía darse de aquel fenómeno.

Pero hay más.

Don Lope tuvo una entrevista á solas con su amada.

—Al fin os dejáis ver en la corte después de una ausencia de tantos meses: ¿habéis caminado mucho, D. Lope? Supongo que ya habréis tomado estado, ¿no es así? ¿cuál es el nombre de vuesta esposa? En punto á hermosura, doy por supuesto que ha de ser un prodigio, aunque no solías tener en esta parte muy exquisito gusto. Pero creo no llevaréis á mal que os pida por favor que nos véamos ella y yo en casa para conocernos, y espero que seremos buenas amigas; ¿ó pensáis de otro modo?

He aquí las palabras con que la dama recibió al galán y de las cuales no se prometió este ningún buen resultado.

—¡Oh señora! sois muy cruel con quien tanto os ama, y que no ha dejado pasar un sólo instante de su vida sin consagrároslo!

Al hablar así D. Lope sacaba del bol-

sillo un cofrecito de nácar, y poniéndolo en manos de la hermosa, siguió diciendo:

—Ved aquí la única respuesta que debo dar á las expresiones con que no ha mucho me habéis zaherido: ¡abridlo!... ¿Os causa sorpresa? ¿Es la misma joya que perdísteis y que tantas lágrimas costó á vuestros hermosos ojos?

La joven quedó mirando atónita el interior del cofrecito, donde lucía una perla maravillosa. Entre tanto ambos interlocutores guardaron profundo silencio.

—Sabeis amar, D. Lope, estoy convencida, dijo la dama después de un minuto. La perla de que os hablé hace meses, y que dió motivo á vuestro viaje, no ha existido más que en mi fantasía: he querido probaros, y no me arrepiento. Ahora disponed de mí á vuestro albedrío; y en cuanto á la perla que me ofreceis, tiene ya mejor destino, mejor dueño: el primer día después de nuestra boda iremos al Santuario de los Remedios y la pondremos en la corona ó en el manto de la Virgen: ¿os parece bien?

XII

Días después acaecieron en México simultáneamente dos hechos que llamaron la atención de una manera particular;

fué uno de ellos el matrimonio de D. Lope, y el otro la llegada de los soldados que habían salido para Californias al mando del capitán Vizcaino.

Toda la ciudad se conmovió al saber el hecho que apresuró la venida de los expedicionarios, y fué la causa porque se perdió la colonia de la Paz.

Misioneros y soldados no cesaban de repetir en todas las conversaciones sobre este particular:—"por una perla se perdió un tesoro."

Sólo D. Lope, que no daba tanta importancia á las lamentaciones, repetía á su vez estampando un ósculo en la mano de su esposa:—No lo niego, vida mía: soy culpable, pues conocí todas las consecuencias de mi acción; pero me consuelo con esta idea, que si por una perla se perdió un tesoro, por esa misma perla he ganado otro.

XVII

Obras de pública utilidad.

Volviendo á los religiosos de S. Francisco, bien pudiéramos aumentar el catálogo de los que prestaron eminentes servicios á nuestro país en las misiones, ya poniendo un dique al furor de los salvajes, sin más armas que un Crucifijo, ya descubriendo nuevas tierras á cuyos moradores se atraían no menos por la enseñanza evangélica que por los beneficios de la civilización, y ya finalmente, dando impulso á los adelantos del ingenio mediante la iniciación en las artes y las ciencias.

Con mucha generalidad se da por cierto que nuestros primeros religiosos vivían tranquilamente en sus monasterios, como los que conocimos en estos tiempos; este es un error: la base ó más bien el espíritu, el alma de aquella sociedad, era la vida activa, y los frailes la observaban en gran manera laboriosa y fecunda en resultados magníficos. Díganlo las tareas literarias á que se consagraban con ardor, y cuyos monumentos conservamos con cariño; dígalo la instrucción que adquirían los párvulos en las

escuelas dirigidas por ellos en todas las poblaciones donde se establecían; y díganlo también las lecciones prácticas de agricultura que dieron á los naturales, conforme á las cuales cultivan estos hasta el día la tierra, y tantas obras materiales que para bien de los mexicanos de su tiempo y de la posteridad hicieron construir ó ejecutaron ellos á veces con sus propias manos. No entraremos en el estudio de la vida de todos los religiosos á quienes somos deudores de estos bienes; pero, ¿cómo pasar en silencio nombres tan estimables y populares como los del P. Fr. Francisco Tembleque y del beato Sebastián de Aparicio? ¿Quién ignora que á éste se debe el camino de México á la ciudad de Zacatecas, y que aquél fué quien levantó el magnífico acueducto vulgarmente conocido con el nombre de "Arcos de Zempoala"?

Fuera pues incurrir en notoria injusticia negar á las biografías de esos ilustres religiosos un lugar en las páginas de esta obrita especialmente destinada á presentar el bosquejo de las glorias de los primeros varones apostólicos que florecieron en nuestro país. Digamos dos palabras acerca de la del beato Sebastián de Aparicio.

XVIII

Una visita á la iglesia de San Francisco de Puebla.

La ciudad de los ángeles atesora monumentos religiosos de primer orden. La Catedral, San José, La Compañía, San Agustín y la Concordia son otros tantos templos que á la majestuosa belleza de la arquitectura hermanan el prestigio de interesantes memorias. La iglesia de San Cristóbal llama justamente la atención por su Purísima de Cora y por el lujoso ornamento de su fachada. Pero ninguno de esos edificios está situado más ventajosamente para el efecto pintoresco que la iglesia de San Francisco. Separada de la parte más poblada de la ciudad, así como todo el monasterio, por un arroyo, cuya orilla izquierda está hermoseada por la alameda llamada el Paseo Viejo, se asienta en el suave declive de la ribera señoreando una muchedumbre de iglesitas y casas de recreo. Muy grata y duradera es la impresión que causa la vista de este edificio, cuya fisonomía grave, imponente y religiosa, parece decir á la alma que la contempla: yo soy una página sagrada que conserva el secreto de

las dichas y el pesar de cien generaciones. Por mis puertas han pasado el poder, la riqueza, la gloria, la hermosura.... ¡todo ha desaparecido, todo irá desapareciendo! ¡Sólo yo vivo la vida de los siglos, y el Eterno me sostiene como la imagen de la esperanza en medio de las vicisitudes y miserias de la humana existencia!

Dominados por esta impresión nos hallábamos años hace en presencia del airoso edificio, á la sombra hospitalaria de uno de los árboles que pueblan el cementerio.

Era de tarde.

Los rayos del sol poniente se quebraban en la parte superior de la fachada y atravesaban por entre los arcos de la torre en haces luminosos de un efecto mágico.... ¡La torre!... La torre de San Francisco de Puebla es la maravilla de la ciudad; ¡el arquitecto quiso por ella remontarse al cielo! A su base formó una capilla, sobre la cual fué hacinando sillares hasta levantar un campanario esbelto, gallardo y ligero, como un alminar.... no, como un obelisco.

Dirigimos después los pasos hasta la entrada de la iglesia, y al penetrar en lo interior observamos con gusto la graciosa columnata que decora los muros

laterales, ostentando en los intercolumnios además de los altares bellos cuadros que representan pasajes bíblicos.

La bóveda sobre que descansa el coro, es otra maravilla: es tan atrevidamente plana, que no puede verse sin una mezcla de espanto y admiración. El arquitecto que la construyó no quiso presenciar el acto de quitar la cimbra, temiendo que se despiomara luego que le faltase el sostén, y desapareció, dejando á los religiosos sin saber qué partido tomar. Pusieron éstos fuego al armazón y con asombro suyo vieron que la bóveda se sostenía firme y sólida como permanece hasta el día.

En los altares hay efigies de primorosa escultura; pero ninguna llama tanto la atención como la Purísima, que ocupa el tabernáculo del altar mayor. En la tarde á que nos referimos, estaba vestida con una túnica blanca y manto azul de gasa, con lo cual, y recibiendo abundante luz por la parte posterior, la vimos tan vaporosa, tan aérea, tan idealmente hermosa, que parecía transfigurada ó que acababa de bajar del cielo.

Pero el objeto principal de nuestra visita á la iglesia de San Francisco, era contemplar los restos del beato Sebastián de Aparicio, religioso lego que flo-

reció en la segunda mitad del siglo décimo sexto y cuya historia en que se han empleado varias plumas, más que pintura de una vida real, parece una novela. Traigamos á la memoria los más importantes sucesos de esta vida.

Nació Aparicio en Gudiña, villa del Obispado de Orense en la provincia de Galicia, el año de 1502, y fué hijo de Juan de Aparicio y Teresa del Prado, que le criaron en la práctica del bien y le dedicaron desde sus primeros años á la labranza, en que se ejercitó la mayor parte de su vida.

Después de haber residido en varios lugares de España, pasó á México en 1531, embarcándose en San Lúcar de Barrameda, puerto feliz de donde en años anteriores habían salido también las colonias franciscanas y dominica que plantaron el estandarte del cristianismo en estas regiones. Hay lugares predestinados á ser repetidas veces el principio ó el punto de partida de la realización de grandes acontecimientos; lo fué el de que se trata respecto de los viajes de mi siones apostólicas, así como el puerto de Palos lo había sido igualmente con respecto á los de descubrimientos en el Nuevo Mundo.

Llegado Aparicio á nuestro país, se

dedicó á conducir de Veracruz á México en carretas tiradas por bueyes los géneros y demás efectos, que venían de la Península, y en este ejercicio permaneció hasta el año de 1542: el comercio le es deudor, según se ve, de la introducción de ese medio de transporte que en aquella época fué sin duda considerado como una gran mejora material.

Pero dió un paso todavía más agigantado en esta senda con haber emprendido sus viajes, no ya á Veracruz, sino á Zacatecas, y desde entonces data la existencia del camino que llamamos ahora de Tierradentro. General admiración hubo de causar aquel hombre animoso que sólo y conduciendo una carreta, proporcionaba un medio de comunicación entre poblaciones importantes, sin arredrarse por los peligros, no siendo el menor de éstos el encuentro más que probable con los bárbaros.

Sin embargo, nunca tuvo el menor contratiempo en todo el período dedicado á esta ocupación, de la cual se apartó luego que llegó á juntar de utilidades una suma de consideración para comprar una finca de labor, como en efecto, la adquirió en el valle de México, cerca de Tlalnepantla.

Trabajando asiduaemnte en esta ha-

cienda, los productos correspondían á su dedicación; pero los distribuía él casi á todos los pobres, cuya triste situación aliviaba aún á costa de su propia conveniencia. Viniendo una vez á la capital, vió por el camino á un vecino suyo, á quien traían á la cárcel de corte por deber tres mil pesos que no podía pagar; no lo sufrió él y por librar de aquel trance al insolvente, aprontó la cantidad, de que no llegó jamás á reembolsarse.

Otra de sus excelencias, además de la caridad y la extremada pureza de costumbres, fué un candor angelical, era uno de los niños del Evangelio.

Aunque permaneció mucho tiempo sin contraer matrimonio, ya en el último tercio de su vida fué dos veces casado, si bien en el trato íntimo con sus jóvenes consortes nunca llegó á desempeñar otro papel que el de un padre con su hija.

Triste y desconsolado por la pérdida de su segunda mujer, á quien mucho amaba, quiso consagrarse á Dios lejos del mundo, y á este fin, siguiendo el consejo evangélico, renunció á todos sus bienes en favor de las monjas de Santa Clara de esta ciudad, que hacía poco tiempo habían fundado su monasterio. Dedicóse, además á servirlas en clase de donado.

Acaecía este cambio de su vida por los años de 1573.

En el siguiente, á 9 de Junio, tomó el hábito de San Francisco en el convento grande, subiendo un escalón de la vida monástica, pues de donado pasó á lego.

Ya profeso fué destinado al convento de Tecali y después al de Puebla, en donde rsidió hasta su muerte acaecida en 25 de Febrero de 1600, viviendo, como se advertirá, casi un siglo.

En todo este último período de su vida no se empleó sino en recoger limosnas para el convento, recorriendo con este objeto la mayor parte de los pueblos comarcanos, para lo cual se le proporcionaron carretas tiradas por bueyes, volviendo de esta suerte al ejercicio que tuvo en sus primeros años de residencia en México.

Este género de vida le abrió también un vasto campo á la práctica de la virtud en que más sobresalía, la caridad. Socorría, hasta donde le era dable, á los menesterosos; poniéndose en contacto con las clases pobres de la sociedad, penetraba en el secreto de las necesidades que ordinariamente las aquejan, y si no estaba en su mano remediarlas, lloraba con el afligido, y aconsejando la resigna-

ción, derramaba en los corazones un bálsamo divino.

Era ingenioso en eludir el precepto de la obediencia monacal cuando se oponía esta á la ejecución de algún acto de humanidad. Refiérese que el guardián de Puebla, observando que no pocas veces regresaba al convento sin el manto por darlo á los pobres, le previno expresamente que no volviera á desprenderse de él. Salió al camino, llegó á cierto paraje, pídele el manto un mendigo que estaba casi desnudo, y él le contesta:

—"Hermano, á mí me han mandado que no lo dé; pero si vos me lo quitáis, ¿qué puedo hacer?

"Quitóselo el pobre, y después, reconvenido del guardián, dijo:

—"Si vos, como me mandásteis que no lo diera, me mandárais que no me lo dejara quitar, no lo consintiera; pero si tenía necesidad, ¿se lo había yo de quitar?"

Vetancurt, de quien tomamos este pasaje, haciéndose eco de la tradición refiere otros casos no menos notables de la vida del virtuoso lego á la cual por otra parte tampoco ha faltado el esmalte de lo maravilloso: los milagros son las flores con que honra la piedad cristiana la memoria de los justos, si bien están de

sobra cuando en la vida de éstos resplandecen otras flores de más suave olor, como son las virtudes.

Enumerando las de nuestro héroe, esperábamos en la iglesia de San Fancisco de Puebla la llegada de un religioso para pedirle nos mostrase los restos venerables cuya vista apetecíamos y ya los postreros rayos del sol penetraban horizontalmente por las ventanas, iluminando las sencillas labores de las bóvedas.

El silencio de aquel retiro de paz y santidad convidaba á la meditación.

Al fin se dejó oír un ruido, y abriéndose la puerta de la sacristía, salió un religioso con una luz en la mano, el cual nos condujo á una capilla dedicada al beato Sebastián de Aparicio.

Entramos á un camarín; subimos algunas gradas, y á la apacible claridad que derramaban los cirios, nos hallamos en presencia de la urna magnífica que contiene el objeto sagrado que tratábamos de contemplar.

Al fijar en él nuestras miradas, no pudimos menos de reflexionar cuán cierto es que rara vez deja el hombre de hacer justicia al hombre; y aquella urna costosa, aquel respeto que se tributa á un religioso humilde que se deslizó

tranquilamente animada por las armonías de la caridad y la inocencia; tanto amor, tantas solicitudes, tanto apego á ese polvo santificado por el bien, están mostrando de una manera patente é irrecusable, que la especie humana sabe estimar el mérito y tributarle el homenaje debido, tanto cuanto los hombres son individualmente injustos y avaros de merecidos elogios.

Satisfecho el deseo que nos había conducido á la referida iglesia, volvimos al cementerio cuando ya la campana mayor en graves tañidos anunciaba las oraciones. Las frentes del Popocatepetl y del Iztacxihuatl, se dibujaban en la pálida vestidura del crepúsculo; buscaban las aves un asilo en las copas de los fresnos y álamos del paseo contiguo, y el ruido vago y monótono producido por la gente en la ciudad, se oía como un suspiro gigantesco, ó como el rumor de las aguas que se despeñan tumultuosas en una torrentera lejana.

XIX

Arcos de Zempoala.

"Condolido el V. P. Fr. Francisco Tembleque, de que tanto número de gentes como las poblaciones de Otumba y Zempoala que en aquel tiempo eran crecidas, careciesen del agua necesaria por causa de que si en su gentilidad en unos jagüeyes rebalsaban la llovediza teniendo la necesaria, después los ganados de los españoles se la bebían, y les obligaban á los naturales á traerla de nueve leguas; determinó el traerla por barrancas y cerros en atargea de cal y canto, y aunque tuvo así de seglares como de religiosos contradicciones, emprendió la obra y en tres barrancas hizo tres puentes de arcos: la primera de cuarenta y dos varas y dos tercios de alto, y de ancho veinte y tres varas y una tercia, que á los que lo ven causa asombro, que si fuera paso podía por debajo de él pasar un navío de porte á vela tendida: de este arco, en que gastaron cinco años en hacerlo, van después disminuyendo sesenta y siete arcos colaterales conforme va subiendo la barranca hasta que vuelven á coger el plan de la atargea. Es-

tando en esta obra fué un alcalde de corte á ver las dificultades que ponían los que juzgaban imposible que el agua, por parecer estaba muy baja, subiese á tanta altura, y sin darse á conocer fué á comunicar con el religioso esta dificultad, y con su conversación y ver que un gato que tenía le trajo un conejo para comer, y que diciéndole el religioso que fuese á traer otro para el huésped, le trajo, quedó convencido á que tendría efecto la obra que se hacía.

"Lo que es digno de ponderarse, es el ingenio con que lo hizo tan perfecta, sin haber aprendido el arte para tan insigne obra, la perseverancia que tuvo en diez y siete años que gastó en hacerla, y la fortaleza con que ha perseverado en más de ciento y cuarenta años, sin que se haya descantillado una piedra, y sin que le haya nacido una yerba en distancia de quince leguas que corre la atargea por los rodeos que hace, sin haber faltado agua en tantos años..."

Así se expresaba el P. Vetancurt acerca de esta obra admirable á fines del siglo décimoséptimo. El excelente religioso que la llevó al cabo de una manera todavía más admirable, fué natural de Tembleque (lugar de cuyo nombre tomó su apellido), perteneciente á tierra de To-

ledo. Vino á nuestra patria en compañía del P. Fr. Juan de Romañones, y á los pocos años de residencia supo la lengua mexicana con tal maestría, que no sólo conversaba en ella como cualquiera de los naturales, sino que en la misma les predicaba con notable desembarazo.

Por mandato de sus prelados fué á morar á Otumba, donde se dedicó á construir la obra referida, una parte de la cual se edificó cerca del campo donde años antes el ejército azteca había sido derrotado por el conquistador: los hijos de Otumba, que presenciaron aquel descalabro, ó sus descendientes, no pudieron menos de conocer á vista del acueducto, la distancia que separa la conquista que se vale de medios violentos, de la que para consolidarse estudia las necesidades de los pueblos, y las remedia con obras de pública utilidad.

No lejos del puente principial edificó el P. Tembleque una ermita que dedicó á Nuestra Señora de Belén. y junto á ella una celdita donde vivía pobremente, proporcionándose alimento del modo ya indicado. Moró allí muchos años, y ya en los últimos de su vida, pasó con el cargo de guardián al convento de Puebla, y después á Zempoala, donde acabó sus días en la observancia de su instituto y ocupado en aliviar las miserias de sus semejantes.

La obra portentosa que ha transmitido su nombre hasta nosotros, y que le hará pasar á las más remotas generaciones con el sello de la gratitud de la nación mexicana, resistió imperturbable el empuje del tiempo por más de dos siglos. El descuido y la indolencia hicieron después que ya no sirviese al objeto á que la destinara el venerable religoso, y hoy, de toda fábrica colosal, no quedan en pie sino algunos arcos monumentales que causan al viajero la misma admiración que las ruinas de los acueductos romanos; huellas magníficas del paso de un gran pueblo por el mundo.

XX

Inundaciones de México y desagüe de las lagunas.

Nadie ignora que la capital de la República ha tenido sus diluvios causados por las crecientes de los grandes depósitos de agua que cubren una buena parte de la superficie que la rodea.

A este mar se han aplicado dos remedios diferentes, pues ha tratado de impedir la invasión de las aguas, bien oponiéndoles un dique, ó bien proporcionán-

doles un derrame para disminuirlas en su lecho natural: lo primero se ha logrado en parte por medio del sistema de albarradas, y lo segundo también en parte, por medio del desagüe del lago de Zumpango, al cual se ha abierto paso por el canal de Huehuetoca. Púsose en práctica, además, otro medio, que podemos llamar negativo, y fué, impedir la entrada de ciertos ríos en las lagunas, como se hizo con el Cuauhtitlán respecto de la de Zumpango, variándole el cauce.

Para impedir las inundaciones en lo antiguo, sólo se echó mano del primero de los medios indicados, y es famosa la albarrada que Moteuczoma el mayor mandó construir ayudado de Netzahualcoyotl, el rey de Tacuba y los de Iztapalápam, Coyohuacan y Xochimilco, la cual tenía más de tres leguas de longitud y dos brazas de anchura, que reformada modernamente es la calzada de Mexicaltzinco y San Antonio Abad. Su objeto era el detener las aguas de los lagos de Chalco y Xochimilco.

Años después, Ahuizotl, antecesor del segundo Moteuczoma, quiso introducir á la capital las aguas de un manantial llamado "acuecuexco," que brota en el pueblo de San Mateo Churubusco, entonces Huitzilopocho. La afluencia de esas aguas fué tal, que México se inundó otra vez.

Remedióse el mal y conjuróse el peligro para mucho tiempo después, con la industria de que se valió otro rey de Texcoco, Nazahualpiltzintli, cegando el referido manatial que, según se dice, fué á abrirse paso á la otra parte de la cordillera oriental, cerca de Huexotzinco. Parece que en Anáhuac estaba la ciencia vinculada á los reyes de Texcoco.

Sobrevinieron en los siglos posteriores las inundaciones, pues que, según se ha observado, son inevitables después de cierto período las crecientes de los lagos.

El Gobierno español, para atajar el daño, siguió empleando el procedimiento azteca, reparando las antiguas albarradas y construyendo otras nuevas, como lo verificó en las inundaciones acaecidas en el año de 1553, siendo Virrey don Luis de Velasco el primero, y en el de 1604, cuando regía á México el marqués de Montesclaros.

Pero advirtiendo que la medicina aplicada hasta entonces era insuficiente, puesto que el mal persistía, hubo de pensarse más seriamente en el modo de cortarlo de raíz, y se acudió al desagüe de las lagunas.

La historia y descripción de esa obra hidráulica, nos las da compendiosamente

nuestro poeta Ruiz de Alarcón en los siguientes versos:

"Mexico, la celebrada
Cabeza del indio mundo,
Que se nombra Nueva España,
Tiene su asiento en un valle,
Toda de montes cercada,
Que a tan insigne ciudad
Sirven de altivas murallas
Todas las fuentes y rios
Que de aquestos montes manan,
Mueren en una laguna,
Que la ciudad cerca y baña.
Creció este pequeño mar
El año que se contaba
Mil seiscientos y cinco,
Hasta entrarse por las casas:
O fuese que el natural
Desaguadero, que traga
Las corrientes que recibe
Esta laguna se harta:
O fuese que fueron tales
Las crecientes de las aguas,
Que para poder bebellas
No era capaz su garganta.
En aquel siglo dorado
Dorado, pues gobernaba
El gran marques de Salina.
De Velasco heroica rama.
Símbolo de la prudencia.

Puesto que por tener tanta,
Después de tres virreinatos
Vino á presidir á España),
Trató este nuevo Licurgo,
Gran padre de aquella patria.
De dar pasó á estas crecientes
Que ruina amenazaban;
Y después de mil consultas
De gente docta y anciana,
Cosmógrafos y alarifes,
De mil medidas y trazas,
Resuelve el sabio virrey
Que por la parte más baja
Se dé en un monte una mina
De tres leguas de distancia,
Conque por el centro dél
Hasta la otra parte vayan
Las aguas de la laguna
A dar á un rio arrogancia.
Todo es uno el resolver
Y empezar la heróica hazaña:
Mil y quinientos peones
Continuamente trabajan.
En poco más de tres años
Concluyeron la jornada
De las tres leguas de mina,
Que la laguna desagua.
Después, porque la corriente
Humedeciendo cavaba
El monte, que el acueducto
Cegar al fin amenaza,

De cantería inmortal
De parte á parte se labra,
Que dá eterna paz al reino
Y á su autor eterna fama."

En esta agradable pintura notamos, sin embargo, una omisión y la aserción de un hecho hasta el día no averiguado, y más bien desmentido por la experiencia.

Atribuye Alarcón á solo el virrey toda la gloria del desagüe y no nos dice ni una palabra de Henrico Martínez que fué el ingeniero director de la obra.

Además, da por cierto que en la laguna, (que sin duda se refiere á la de Texcoco), hay un desaguadero natural que traga las corrientes que recibe la propia laguna. Este es un problema que trató de resolver el P. Francisco Calderón, jesuita, sondeándola durante tres meses consecutivos; más el sumidero no pareció por ninguna parte, si bien el P. Calderón pretendía fundar la existencia de él en el testimonio de algunos naturales de los más entendidos, y en el de antiguos mapas mexicanos. Por lo demás, todavía al presente afirman los indios qué hacen en canoa la travesía de México á Texcoco, que hay en la laguna tal sumidero, llamado por ellos "el remolino."

Sea de ello lo que fuere, lo que no ad-

mite duda es que tanto en la construcción de las albarradas y calzadas, como en la del desagüe, tuvieron los franciscanos una parte muy eficaz, ora dirigiendo las obras como peritos, y ora estimulando á los operarios á que trabajasen activamente, proporcionándoles, no obstante, la debida remuneración, librándolos de las pesadas faenas á que otros directores menos compasivos los condenaban. Vivos están entre otros los ejemplos de los PP. Fr. Gerónimo de Zárate y Fr. Juan de Torquemada, citados en otra parte con ocasión de la calzada de la Piedad que, así como otras, alinearon y construyeron. Estos mismos religiosos dirigieron, como maestros de obras, la reparación de la albarrada que mandó hacer D. Luis de Velasco el primero, y tuvieron á su cargo la construcción y aderezo de las calzadas de San Cristóbal, San Antonio Abad, Chapultepec y Guadalupe, y en la que trabajaron á un tiempo cerca de dos mil peones. Otros religiosos de la misma orden, como el P. Fr. Francisco Moreno; cuidaron del hospital que se dispuso para asistencia de los operarios que enfermaran durante la apertura del canal de Huehuetoca, y otros, como los PP. Luis Flores, Bernardino de la Concepción y Manuel de Cabrera, muerto Henrico Martínez, tuvieron la

superintendencia del desagüe. Y aunque para el desempeño de este encargo no tuviesen toda la aptitud que hubiera sido de desearse, el mismo nombramiento que de ellos se hizo manifiesta que á lo menos eran las personas que, en su tiempo, estaban dotadas de mejores luces, ó que inspiraban á la autoridad por otras prendas mayor confianza.

Una de éstas era, sin duda, la caridad que los inflamaba, la caridad que ejercían, aliviando los padecimientos de los indios, desdichados ilotas cuyas fuerzas eran las que se agotaban en la ejecución de esas empresas colosales. En comprobación, y como una muestra del honroso papel que representaron los religiosos en las inundaciones de la capital, véamos lo que dice el P. Vetancurt, describiendo uno de esos cataclismos:

"El año de 629, día de San Mateo, amaneció la ciudad inundada con cerca de vara y media de agua, donde menos; fué considerable la ruina, así de las casas que se cayeron como, de la hacienda que se perdió en las bodegas, por haber sido de noche y repentina. Era virrey el Marqués de Cerralbo, y Arzobispo el señor D. Francisco Manzo, que salía en canoa á repartir pan á los que no podían salir á buscar el sustento. Todos se mostraron caritativos á tanta lástima; pero

los religiosos de San Francisco, como quienes tenían sus conventos á las orillas de las lagunas, se hallaron más dispuestos para el socorro de las canoas y barcas en que sacaban la ropa y gente, que pobló la comarca, huyendo del riesgo de las casas, y buscando el sustento para sus familias; para consuelo espiritual de los fieles ponían altares portátiles en las azoteas, donde celebraban los días festivos para que oyesen misa los que no podían salir con conveniencia de las casas.

"A toda diligencia se hicieron calzadillas á raíz de las paredes, porque no batiesen las aguas, y para el pasaje á los negocios con puentes levadizos en las encrucijadas, y había cantidad de canoas pequeñas que se alquilaban, navegando por las calles. Duró más de cinco años la inundación, valiéndose en los conventos y casas grandes de norias con que achicaban el agua: permitió la Divina Providencia que en todo este tiempo no se quebrase caño, y así hubo agua dulce en las pilas, que la que inundó la ciudad era salobre: quedó sin inundación la plaza mayor, la Catedral, el palacio y plazuela del Volador, y toda la parte de Santiago, por tener más altura que las calles; el barrio de San Juan de la Penitencia y Santa Cruz, por estar bajos, tu-

vieron más agua, y fueron los últimos que quedaron enjutos.

"Después de enjuta la ciudad con un temblor de tierra que hubo, se trató de que se limpiaran las acequias; señalaron religiosos de San Francisco, que repartidos con cantidad de indios por sus barrios, veinte y tres religiosos limpiaron veintidós mil varas de acequias, ahorrando más de cincuenta mil pesos, porque pedían ciento y cuarenta mil, y con menos de noventa mil se hizo, en especial por los PP. Fr. Juan de Sanabria y Fr. Andrés de Meneses, que llegaron hasta los planes antiguos; y entonces se vió cómo todo lo que coge de la plaza y palacio la acequia principal está enlosada con losas cuadradas de piedra tenayocan, que después no se han descubierto en las que ya se han limpiado.

"En el ínterin de la inundación, como se cerraron las compuertas y creció la laguna de Chalco, temieron no reventara la calzada de Mexicaltzinco, y encomendóse su aderezo al P. Fr. Sebastián de Garibay, guardián que era de dicho pueblo, y á toda diligencia, con estacas y terraplén la dejó segura; y porque se advirtió que de las vertientes del volcán venía un arroyo considerable que entraba en ella, se le cometió lo divirtiese, co-

mo lo hizo, haciéndole madre, y por una barranca lo encaminó á las Amilpas, de que está adelante de Amequemécan en el camino del volcán que va á la Puebla un padrón donde está escrita la obra para perpetua memoria. Después acá, conociendo la utilidad con que los religiosos asisten en las ocasiones que se han limpiado las acequias, se han encomendado á la Religión cada cinco ó cada seis años, que les han dejado á satisfacción de la República, y con menos costo de lo que se ha gastado en otras ocasiones, porque con la asistencia y cariño de los religiosos trabajan los indios más animados."

Como nuestro objeto no es elogiar sistemáticamente, excusamos multiplicar ejemplos de los religiosos franciscanos que intervinieron con honra así en el desagüe de las lagunas de México, como en otras obras que redundaban en provecho de la nación: abundan en las crónicas y puede cualquiera consultarlas con agrado, cierto de que hallará en ellas pruebas irrecusables de lo que ya hemos asentado varias veces, esto es, que nuestros primitivos frailes eran para su tiempo hombres eminentes, colocados á la altura de la civilización que entonces se alcanzaba, aptos no solo pa-

ra el ejercicio de las virtudes monásticas, sabios consumados, artistas ingeniosos, y más que todo, espejos de caridad evangélica, derramando su entrañable cariño especialmente sobre la raza conquistada y abyecta, sobre los desgraciados indios.

Pero ¡qué fatal carcoma se oculta en el seno de las instituciones humanas! ¡por qué todo está sujeto á la ley de decadencia y aniquilamiento! ¡por qué el sér va gradualmente resolviéndose en la nada, como una llama que se extingue poco á poco! ¿Dónde está ese espíritu sublime, ese favor creciente, esa constancia imperturbable que distinguían al misionero del siglo décimosexto y le dotaban de una naturaleza hercúlea para acometer las empresas más árduas? ¿Dónde están esos hombres singulares, de costumbres sencillas, de vestido pobre, que decantaban su separación del mundo, y vivían, sin embargo con el mundo, para difundir la ciencia y avivar el amor del bien entre sus semejantes?

Fueron un instrumento de que se sirvió la Providencia para la obra de regeneración de un mundo; fueron para su época un elemento de progreso, que no

echa menos nuestra sociedad, porque ya no lo ha menester.... ¡Quimera!

Existe la necesidad, y se hace sentir imperiosamente; la necesidad de obreros desinteresados, activos, inteligentes, y constantes que sin blasonar de filántropos, siembre la semilla de la civilización en nuestros pueblos, en nuestras rancherías y en los aduares de los indios bárbaros.

Los frailes pudieron, no hay duda, haber desempeñado ese papel glorioso; los frailes pudieron haber conquistado ese laurel, obtener esa prenda más de gratitud á que en otros siglos se hicieron acreedores; pero el antiguo fervor había acabado; no abrigaban ya la conciencia de su benéfico destino, y aunque vivían en cuerpo éran un cuerpo sin alma.

XXI.

Segunda edad.

Hubo, sin embargo, hasta nuestros días miembros ilustres, y sería hacer un insulto á la verdad el negar á las comunidades religiosas esta gloria que fué, á no dudarlo, la principal causa porque se retardó el golpe que después les sobrevino. Pero ¿qué son algunos miembros llenos de salud cuando el mal reside en la fuente de la vida? ¿qué son algunas columnas firmemente cimentadas cuando se desmorona la parte principal del edificio?

Hubo hasta nuestros días frailes eminentes—nos complacemos en repetirlo—frailes dignos de aspirar al prestigio que ejercieron sus mayores debido sólo al mérito, y que ellos pudieron alcanzar caminando por la misma senda; no lo hicieron, y sin embargo, bien pudieron haberlo hecho. Aún en esta parte los franciscanos tenían ejemplos que imitar y eran los que les dejaron los venerables religiosos de su orden que florecieron en el siglo décimoséptimo, en lo que llamamos nosotros la segunda edad del instituto en nuestro país.

Ya por ese tiempo había ocurrido una modificación importantísima en la condición de la orden seráfica que la constituyó en una nueva existencia. Por una medida de la autoridad, sobre cuya conveniencia no disputaremos gran parte de los pueblos donde los religiosos ejercían la cura de almas, quedó sujeta á la jurisdicción de los diocesanos, y en consecuencia los feligreses de aquellos pasaron á serlo del clero secular. Reducidos de este modo los franciscanos á los conventos de las principales poblaciones, se limitaron en lo general á esa vida sedentaria, esencialmente monástica, y bajo cierto aspecto infecunda que observaron hasta nuestros días. Mezquina á la verdad era esta esfera; pero no tal que fuese un obstáculo á las nobles empresas; abierto quedaba todavía un vasto campo á los vuelos del pensamiento, y á los sublimes arranques del celo apostólico: en comprobación de lo dicho citaremos las fundaciones de nuevas custodias y provincias en las regiones septentrionales del territorio mexicano, las crónicas que hasta entonces se escribieron, producciones amables, hijas del amor á la verdad, que son las fuentes más puras de nuestra historia, y los fructuosos viajes de algunos misioneros que,

desdeñando el reposo de la celda, partían á remotos países á buscar almas para comunicarles la luz del Evangelio.

Estos varones distinguidos son los que pudieron servir de norma á los demás: entre ellos se señalaron los que emprendieron sus misiones sin auxilio humano, impelidos solo por su propio esfuerzo, guiados por la caridad como los primeros discípulos de Jesús; y entre ellos también descolló el venerable religioso cuya vida bosquejamos á continuación.

XXII

Fray Antonio Margil de Jesús

La curiosidad nos condujo una tarde á la nueva calle bautizada con el glorioso nombre de la "Independencia," para visitar una casa que formaba parte del convento de San Francisco.

Hay algo verdaderamente interesante en esa rápida transformación que reciben algunos edificios antiguos de Méjico, al impulso del dedo de la reforma. De la noche á la mañana vemos convertidos los

anticuados monumentos de ayer en elegantes monumentos de hoy; los muros toscos, irregulares, desaliñados y hasta informes abortados por una arquitectura sin arte y caprichosa, ceden el puesto á edificios de formas correctas y graciosas donde se admiran esa sobriedad de ornato, ese primor sencillo que revelan las obras de un gusto más adelantado. Pero toda la gala, pulidez y refinamiento que distinguen á las nuevas construcciones no bastan á darles el sello especial, el prestigio, el imán de las que han resistido incólumes el embate de los siglos; y cuando hemos visto á varias personas lamentarse en presencia de los escombros de un claustro ó de una iglesia, hemos respetado su sentimiento, porque estamos ciertos de que en la mayor parte no es fruto de una devoción exagerada ó de antipatías de partido, sino de la inclinación natural á compadecer lo que fué por mucho tiempo y deja de existir. El hombre se encariña con las ruinas, porque ve en ellas una imagen de su destino, y porque en la destrucción de un monumento llora su propia destrucción.

Pero la casa de que hablábamos no es propiamente un edificio nuevo, ni aun siquiera trasformado. Si prescindís de la fachada, que es bien pobre, y del patio casi enteramente ocupado por la base de

la escalera que conduce al piso superior, todo lo demás conserva las facciones de su primitiva existencia; es un fragmento de monasterio separado del resto por una calle; todo en él se halla en el mismo estado que tenía cuando era de los religiosos; los mismos claustros prolongados y obscuros, el mismo aspecto vetusto, y la misma sucesión de celdas con sus puertas alineadas y numeradas en la parte superior como las páginas del libro del tiempo.

Sólo una cosa ha huido para siempre de aquel melancólico recinto, y es el silencio: el ruido que forma el ir y venir de los moradores, las voces y risas de estos, contrastan singularmente con la adusta configuración de la casa que descubre á primera vista su orígen cenobítico.

Esta parte del monasterio era la enfermería, ó por lo menos un departamento de ella. Sabíamos por la historia que allí falleció el venerable P. Fr. Antonio Margil, y el deseo de conocer el lugar donde ocurrió ese suceso, nos hizo enderezar los pasos á la casa y en seguida al aposento número 6 de la misma. Habitaba en él un anciano pobre, de maneras francas, que parecía estimar debidamente la fortuna de vivir bajo aquel techo que atesora una página tan bella y provecho-

sa: su menaje era el de un monje: tenía colocado su lecho precisamente en el ángulo donde el buen religioso exhaló el último suspiro, y mostraba por ello una gran satisfacción.

En la pared correspondiente á la cabecera, y á unos dos metros del suelo, se ve pintado el retrato del santo misionero y á su pie leímos la siguiente inscripción:

> Verdadero retrato del venerable P. Fr. Antonio Margil de Jesús, misionero apostólico, el cual falleció en este sitio y convento de N. P. San Francisco de México, el día 6 de Agosto de 1726 años, á 70 de edad.

Desde esa fecha á la prsente ha transcurrido más de un siglo, durante el cual han bajado á la huesa no pocas de esas oleadas de vida que llamamos generaciones, no pocos de esos hechos que nacen y mueren aspirando inmerecidamente á la inmortalidad, no pocas de esas ambiciones de humo que suelen usurpar el nombre de gloria, y en una palabra, no pocas de esas miserias que brindan á los humanos la escasa copa de la di-

cha de un día. Entre tanto ha vivido y vive la memoria de un fraile que, por el contrario, si algún deseo vehemente abrigaba con respecto al mundo era atravesar por él obrando bien, pero ignorado.... ¡Privilegio envidiable de la virtud! Ella no busca recompensas, porque en sí misma tiene siempre su más preciado galardón; hace su peregrinación sobre la tierra con la mirada fija en Dios y derramando á su paso raudales de consuelo; y al emprender el camino á las estrelladas regiones de la bienaventuranza, deja en pos de sí una fragancia divina que jamás disipa el viento del olvido.

Dicha nuestra ha sido aspirar la que exhalan las virtudes del venerable Margil de Jesús, y toma creces esa dicha al reflexionar que no faltan en la generación presente corazones que las estimen, y para quienes no estarán de sobra las pocas líneas que sobre la vida del héroe vamos á trazar.

I.

En la mañana del 6 de Junio de 1683, hubo una gran conmoción en la ciudad de Veracruz.

Avistóse en el mar una flota que si bien parecía procedente de España, por

traer los buques bandera de esa nación, se temió con fundamento no lo fuera más que en apariencia.

Pocos días antes se había hecho á la vela el famoso Lorencillo después de saquear la ciudad, cometiendo todo género de crímenes y como tras un mal vienen otros, recelaban los moradores que las naves que entonces se acercaban al puerto no fuesen portadoras de otros ó de los mismos piratas.

No era así á la verdad.

En la tarde del mismo día todos estaban ya ciertos de que aquella flota era la que se esperaba de la Península desde principios del mes anterior, y entre los navegantes se contaban algunos misioneros que venían destinados al colegio de la Santa Cruz de Querétaro, recientemente fundado.

Uno de estos varones apostólicos era Fr. Antonio Margil de Jesús.

Después de llorar sobre el pasado infortunio de la población donde había encontrado hospitalaria acogida, sin embargo de estar desolada, obedeciendo la orden de su prelado que lo era el R. P. Linaz, se puso en camino para lo interior del país acompañado de otro sacerdote, á pie, y como dice un biógrafo, con sólo el breviario, un báculo y un santo Cru-

cilijo, sin otro subsidio, esperando el sustento de la Providencia divina.

Todo este viaje fué una continua predicación.

Notables fueron los frutos que alcanzaron los misioneros en Cotastla, Huatusco, San Martín, San Salvador el Verde y San Juan del Río, si bien los compraron á costa de mil penalidades, pues siendo entonces como era el tiempo de aguas y extraviándose varias veces por aquel suelo que no conocían, se veían cuando menos lo pensaban sumergidos en pantanos y precisados á que la ropa se les orease en el cuerpo, no trayendo otra túnica de remuda.

Finalmente, asociados en San Juan del Río á otros misioneros llegaron al expresado convento de Querétaro á 13 de Agosto del mismo año.

II

Veinte y seis antes nacía en Valencia un niño que había de ser el blasón más ilustre de todo su linaje, y que era entonces la delicia de sus padres, personas decentes aunque de mediana fortuna.

"Las familias, dice un escritor, suelen tener muchos altos y bajos desde su primer origen, variándose los sucesos según se alternan los tiempos. Sufre la sangre

encañada en las venas las desigualdades que el agua oculta en sus arcaduces, que ya sube á los mármoles, ya se abate á los riesgos, sin que pierda lo claro la profundidad á que se humilla, la alteza de quien tuvo su origen. Nadie es tan mucho que haya dejado de ser nada, ni es tan poco que no haya sido mucho. Ha muchos días que se tratan hermanablemente buena sangre y mala fortuna, pues no son los hombres nobles por solo ser ricos, ni menos ilustres por estar colocados en la categoría de los pobres."

Desde sus primeros años mostró el niño excelente índole, y como debió al cielo la dicha de una madre virtuosa, empezó conforme iba creciendo á recibir en su tierna alma las semillas del bien, que germinando más tarde, produjeron esas flores divinas con que la veremos después engalanada.

Los escasos medios de subsistencia de su familia no fueron parte á impedir recibiese una decente educación literaria, sin decuidar por ello las prácticas piadosas á que era singularmente inclinado: ¿qué alma sensible, nacida en el seno de la religión cristiana, no se ha hallado en el mismo caso cuando al salir de la infancia empieza á presentir las misteriosas borrascas de la juventud? ¿quién es el que no recuerda, como uno de los goces

más cumplidos de su primera edad, esas horas de entusiasmo religioso en que se extasiaba al escuchar en el santuario las graves armonías del órgano, y el canto del anciano sacerdote celebrando las glorias del Eterno?

Creció el niño, y ya joven de diez y seis años pasó á esconder su vida al convento de recolección de franciscanos de la misma ciudad, llamado de la Corona de Cristo por conservar como preciosa reliquia la mitad de una espina de la corona de Jesús. Hecha su profesión, la obediencia al prelado le condujo al convento de Denia á proseguir los estudios que comenzara en su niñez; y aprovechando notablemente en la filosofía, se creyó conveniente que volviese, como volvió, al de la Corona á seguir el curso de ciencias teológicas.

Ordenado el presbitero pasó á vivir al monasterio de Santa Catarina de Onda para dar principio al noble ejercicio de la predicación, en que había de adquirir tantas excelencias. Allí, en el retiro y silencio del claustro, fué donde escuchó en lo íntimo de su alma una voz que le llamaba á ejercer su apostólico ministerio á las apartadas regiones del Occidente. Cedió el hechizo de esa voz celestial, y en breve le vemos tomar el camino de Cádiz, donde se embarca para México; no pier-

de tiempo durante la navegación que fué de noventa y tres días, empeñándose por medio de pláticas y sermones en mejorar las costumbres de los pasajeros; y aportando en fin á las playas de Veracruz, emprende su viaje á Querétaro. Ese misionero no era otro que el V. P. Fr. Antonio Margil de Jesús.

III

El colegio apostólico de la Santa Cruz de Querétaro ha gozado siempre de tanta nombradía, que se nos echaría en cara como una omisión imperdonable el no consagrar algunas líneas á su historia, particularmente cuando la circunstancia de contar entre sus fundadores á nuestro héroe, le hace merecedor de perdurable memoria.

Su iglesia fué la primera que hubo en la ciudad, y fué asimismo la primitiva parroquia, pues según nos informa el curioso libro titulado "Gloria de Querétaro," "en ella se bautizaban, casaban y enterraban los que se convirtieron del gentilismo, hasta que se mudó al lugar donde se halla hoy el convento grande capitular de N. P. S. Francisco."

"Se hizo la primera vez (continúa el libro citado) en el año de 1531, una pequeña ermita de ramas y materiales cam-

pestres, en donde se dijo la primera misa el día de Sra. Santa Ana, 26 de Julio del mismo año: se hicieron también del mismo material algunas pequeñas celdas para los pocos religiosos y ministros que había, y una vivienda contigua que sirvió de hospital para curación de los indios. Habiendo mudado los religiosos el convento, como dijimos, con el tiempo se consumió la primera ermita, dentro de la cual estaba colocada la milagrosa cruz de piedra; con esto estuvo algunos años esta preciosa reliquia en campo descubierto, obrando muchos y grandes prodigios. La repetición de éstos movió la piedad de los fieles, y á instancias de los religiosos franciscanos se fabricó una ermita de carrizo y tajamanil (tablilla), la que á los cuatro años se mejoró de cal y canto, con techo de madera. Así se conservó esta iglesia hasta el año de 1654, en que vencidas varias dificultades y controversias, y conseguida licencia del rey, se fabricó de nuevo una iglesia más capaz, con un convento anexo á ella para los religiosos que cuidaban de la Santa Cruz, el que sirvió un poco de tiempo de enfermería de la santa provincia de San Pedro y San Pablo de Michoacán: y el año de 1666, estando ya enteramente concluido el convento con todas las oficinas necesarias, lo destinó dicha provincia para

casa de recolección, con el título de San Buenaventura; hasta que por fin el año de 1683 se entregó á los padres apostólicos para que fundaran en él un colegio de misioneros de "propaganda fide," por bula del Sr. Inocencio XI, de 8 de Mayo de 1682, el que hasta el día se conserva sin haber decaído un punto de su primitivo fervor y exactísima observancia.

"La fábrica material del colegio y de la iglesia ha tenido muchos y grandes aumentos desde el año de 1683 hasta el presente (1802). El complemento del crucero de la iglesia, del coro, de la sacristía y del hermoso camarín que está detrás del altar mayor, es debido á la generosidad y beneficencia del Br. D. Juan Caballero y Ocio, que lo hizo á sus expensas. La iglesia principal, que es de un tamaño proporcionado, está bien adornada de colaterales, y tiene contigua una hermosa capilla con tres puertas, por donde se comunica con ella, y ambas tienen su fachada hacia el Poniente. El colegio es bastante amplio y cómodo para la habitación de los religiosos: tiene una famosa librería, con obras muy selectas y apreciables; en el día ascienden sus libros al número de siete mil y tantos volúmenes."

Venéranse en la iglesia algunas imágenes notables, entre otras, una de María con Jesús niño en los brazos, obra de

no vuela zumbando por cima de los floridos matorrales.

Mírase en el horizonte una cinta indecisa de apacible lampo, más no es todavía el primer albor de la mañana. Brillan los luceros en todo su explendor, y en la inmensa bóveda del cielo reina una calma imperturbable, una calma que envidia el corazón y le obliga á suspirar.

Una casa de apariencia rústica, pero de sólida construcción, se levanta hacia la falda del vecino collado: rodéanla una muchedumbre de cabañas, asomando el techo de palma por entre los plantíos de nopales y magueyes.

De uno de esos pobres albergues sale una luz rojiza, aprovechando los espacios que dejan entre sí los mal unidos juncos de que están formadas las paredes: prodúcela la llama del hogar, cerca del cual se dispone á salir un hombre de semblante altivo y formas robustecidas en la escuela del trabajo; su esposa é hijos duermen tranquilamente.

Después de algunos minutos este hombre, que es el mayordomo de la hacienda, pasa de choza en choza despertando á los operarios, deteniéndose á la entrada del cercado de cada habitación, y saludando á cada uno de aquellos con un prolongado ¡Ave María Purísima!

Finalmente, reunidos en el patio de la casa de la hacienda todos los peones, car-

gados con los instrumentos de labranza respectivos, de enmedio del concurso se levanta una voz sonora que entona el primer verso de un himno religioso. Esta voz es grave y tierna como el dolor, como la esperanza próxima á desvanecerse.

Síguenla en coro las de los otros campesinos, y alternándose de este modo el coro y la voz principal llegan al fin del sagrado canto, que parece una queja sostenida y vigorosa, un gran gemido compuesto de gemidos, y el himno del quebranto y la resignación, en cuya melodía van envueltos los corazones como una ofrenda al supremo Autor de la felicidad.

Así cantan nuestros labradores antes de que la selva suspire conmovida por el céfiro, antes de que el Oriente se ilustre con los primeros asomos de la aurora, y antes de que las flores desplieguen la brillante corola para tributar al cielo su fragancia.

Este cántico, que resuena á la misma hora en todos los distritos agrícolas de nuestro país, es el "alabado."

Baña después el sol la inmensidad del espacio en mares de esplendor y gloria. Las sombras se refugian á los pliegues de la vestidura de las montañas; y mientras el hombre riega la tierra con el sudor de su frente, empuñando la esteva y caminando al paso del robusto buey, compañero de sus fatigas, los árboles del valle

mueven perezosamente la olorosa cabellera, y las aves, llenas de júbilo, circulan en bandadas por el cielo formando coros armoniosos: las aves son los ángeles del aire.

A la bochornosa siesta suceden horas más apacibles. El sol declina al ocaso, y ocultándose después tras la montaña, deja en pos de sí el crepúsculo como la memoria aun fresca de la felicidad que acaba de pasar.

Los objetos empiezan á cubrirse con una gasa sombría; vuelve el silencio á dominar en montes y valles; el ave atraviesa el aire en tardo vuelo, sin trinar, buscando el árbol donde ha de reposar durante el imperio de la sombra, y la campana suspendida en la torre del lejano pueblo, se asocia vibrando á la melancolía del alma, produciendo una voz triste y apacible como un adiós á la luz...

En estos momentos vuelven los cansados labradores á congregarse para repetir el himno que entonaron en la mañana. Pero ¡cuán diverso carácter tiene el alabado á estas horas! Si alguna vez lo habéis escuchado al llegar á hospedaros en la hacienda después de caminar durante un día entero, ó si tal vez morando en la ciudad habéis enderezado los pasos hacia algún sitio de los alrededores que conserva para vos alguna memoria sagrada, y al volver del paseo os sorprende la no-

che cerca de la finca en los momentos en que los labradores están juntos para representar la tierna escena de que vamos hablando, ¿á qué pretender recordaros la impresión que causó en lo íntimo de vuestra alma? ¿á qué intentar reproducir una imagen que está viva, y que adoráis en secreto siempre que pensáis en la suerte de esos mortales beneméritos que riegan con sus sudores y á veces con lágrimas un suelo ingrato, para obligarle á producir el pan que nos sustenta, que nos sustenta quizá sin merecerlo?

Juntos los campesinos en el lugar indicado, dejan oír de nuevo la voz que en la mañana era un lamento, y hoy es el canto animado, vibrante, triunfal del agradecimiento y de la dicha. Con él expresan el regocijo por la victoria sobre la tierra, mediante el trabajo, el deseo que pronto van á satisfacer, de tornar á su pacífica morada, donde gustarán las delicias de la familia, y tal vez la esperanza de mejorar de condición, para proporcionar una existencia menos penosa á sus hijos. ¡Oh! bien haya e que inspiró á los hombres del campo la idea de juntarse diariamente para llorar ó bendecir. ¡Bien haya el corazón piadoso que inventó tan inocente y suave melodía! ¡Y bien haya mil veces el humilde religioso, el P. Margil de Jesús, que al

introducir esta costumbre entre los labradores, les enseñó el modo más adecuado y bello para pedir al cielo favor, ó para significarle su reconocimiento por medio de un canto tierno y sencillo, que es al mismo tiempo un himno y una plegaria!

V

Sí, el P. Margil fué el inventor del alabado, que, como ha dicho muy bien un escritor, es nuestro verdadero canto nacional.

Entonábanlo al entrar en los pueblos, y así publicaba su misión; así anunciaba que el enviado de Dios ponía las plantas en aquellos lugares, y que bien pronto iba á hacer resonar la palabra de vida.

Descalzo y sin más armas que el Crucifijo recorrió con el P. López, religioso de la misma orden y su inseparable compañero, gran parte de la provincia antes mencionada. Pasó después á Tabasco y á Ciudad Real; en seguida á Guatemala y á todos los pueblos de la costa y sierra, que dan al mar del Sur, á la Talamanca y á los térrabas, á la provincia de la Vera Paz, á las montañas donde habitan los apóstatas choles del Manché y al país de los indómitos lacandones.

En todas partes se atraía las volunta-

des por medio del ejemplo y de la predicación: su presencia era la de un mensajero de paz y caridad, y dejaba al ausentarse el gérmen de las buenas costumbres, juntamente con la memoria suavísima de una virtud acrisolada.

Los pueblos, por su parte, acogían á los ministros del Evangelio con vivas demostraciones del más puro entusiasmo. "Conmovíanse, (dice el P. Espinosa, biógrafo de nuestro Margil), los circunvecinos pueblos con tal extremo, que sucedió tal vez congregarse por los caminos cuatro mil indios, saliendo desalados de sus chozas, por acompañar á estos dos varones memorables. Quisieran demostrar lo crecido de su afecto y veneración, desgajando verdes ramos de los árboles, los llevaban en las manos muy festivos: y por la multitud frondosa que se movía, pudo parecer, ó que se transladaban de una á otra parte las selvas, ó que, como se le representaron al ciego del Evangelio, caminaban los hombres como árboles. Afligíanse los humildes misioneros con demostraciones tan extrañas, y á fuerza de ruegos, persuasiones y amenazas, cortaron el hilo á estos piadosos excesos, protestando no saldrían de los pueblos, hasta que arrojasen al campo las ramas, por obviar semejantes emulaciones en los vecinos."

VI

Sin embargo, no en todos los lugares que visitaron durante su peregrinación apostólica, tuvieron igual acogida. Poblaciones hubo entre infieles, donde al entrar eran saludados con una lluvia de piedras y saetas, salvando la vida por uno de aquellos suce·os cuyo secreto se reserva la Providencia.

Predicando entre los salvajes de la Talamanca, llegaron á una ranchería, donde maltratados de mil maneras á cual más punzante, estuvieron á punto de ser matados de hambre; entre los lacandones iban á ser pasto de aquellos caníbales; y puede afirmarse sin exageración, que sus peregrinaciones entre los gentiles fueron un continuo peligro, llegando hasta el extremo de que, hipócritamente obsequiados en algún palenque, (aduar de los naturales), con varias frutas, recibieron oculto en ella un fatal veneno, de cuya acción, no obstante, se vieron milagrosamente libres. Asegúralo así el mismo P. Margil en una carta, en que haciendo mérito de este hecho, refiere que admirados los intérpretes, les hablaron cierta vez de esta manera: "¿Padres, los indios dicen, si sois dioses?, porque os han dado veneno en la comida, y no os morís."

Los dignos misioneros, entre tanto, correspondían á esta conducta malqueriente con la mansedumbre y caridad, que son el distintivo de los verdaderos apóstoles. Agenos de ese celo indiscreto en que ardían algunos frailes del siglo décimo sexto, no entraban en los pueblos de idólatras, destruyendo los torpes objetos que adora la superstición: empezaban su bienhechora conquista, procurando alumbrar los entendimientos con la luz de las eternas verdades y sembrar en los corazones el amor de Dios y de los hombres; proseguían su obra desarraigando malas costumbres y corrigiendo vicios, especialmente el de la embriaguez, á que son tan dados los indios, y la coronaban felizmente algunas veces, haciendo deponer á los bárbaros la vida en los montes y reduciéndolos á formar poblaciones regulares, para lo cual les patentizaban la miseria de la condición aislada y beligerante, y las ventajas de la vida civil y cristiana.

Una vez alcanzado este triunfo, ¡qué cuadros tan risueños los que representan á los neófitos dirigidos y aleccionados por los discípulos de Jesús! Para establecer las poblaciones elegían éstos por lo regular los valles dilatados y enriquecidos con todos los dones de la naturaleza; formaban la planta correspondiente,

trazando calles y señalando los sitios donde se proponían edificar iglesias; procedían luego á la formación de ellas y de las chozas destinadas á los habitantes; y era de ver la animación, el entusiasmo, el afecto con que se ejecutaban todas estas obras, siendo los misioneros no sólo directores, sino de los primeros en contribuir á ellas con su trabajo físico. La actividad de los nuevos pobladores podía significarse propiamente con una imagen mil veces empleada en casos como éste, por los escritores griegos y romanos, con la que presentan las abejas al construir su panal.

"Toda la fábrica de estas iglesias era pajiza, (dice el biógrafo antes citado), compuesta de jarales y troncos, y adornados los altares con estampas y vitelas, formándoles sus tabernáculos de cañas y flores de diversas plumas: las colgaduras eran de esteras bien tejidas, y éstas eran las preciosas alhajas que les ministró á los religiosos en aquellos desiertos su re camarera la santa pobreza. El ornamento lo cargaban consigo, que por ser único les servía en todas partes, y para que uno dijese misa, esperaba, ayudándole de ministro, el otro. Para este sacrificio conservaban unas sandalias de una suela, y no les servían más en todo el día, por-

que en toda su peregrinación llevaban los pies enteramente desnudos."

Pero si bien es cierto que este desabrigo les parecía natural y consiguiente á su estado, y por lo mismo, no sólo llevadero, sino apetecible para más asemejarse á los primeros apóstoles, también lo es, que para las pobres chozas que con el nombre de iglesias habían fabricado y destinado al culto, anhelaban alguna más decencia, y así lo pidieron en un informe dirigido al presidente de la audiencia de Guatemala, cuyo pasaje relativo vamos á trasuntar en seguida:

"La mucha caridad, (dicen), que U. S. hace á nosotros, mandando á sus ministros, que todo lo que pidamos por nuestras firmas lo provean de las arcas reales de su majestad, sea por amor de Dios; pero nosotros, por la misericordia del Señor, no necesitamos de firmar cosa alguna, porque siendo Dios Nuestro Señor servido, con estos hábitos que sacamos del colegio, hemos de volver á él: y en cuanto á la comida, así entre cristianos como entre gentiles, no nos ha faltado lo necesario, y tenemos esa fe en el Señor, que jamás nos ha de faltar; aun que es verdad que en todas estas naciones no hay más comidas que plátanos, yucas y otras frutas cortas, y algún po-

co de maiz; y en la Talamanca un poco de cacao; pero el afecto con que nos asisten en estas casas, hartas veces nos ha enternecido el corazón, y en todo ésto no hemos hallado menos las comidas de otras partes. Pero para las iglesias son necesarias hechuras de los titulares y ornamentos, á lo menos según los ministros hubieren de entrar, y que uno y otro se provea de Guatemala, á donde á U. S. mejor le pareciere, porque en Cartago cualquiera cosa se vende muy cara."

Acaso las poblaciones que tuvieron por fundadores á estos religiosos insignes, son en el día villas y ciudades florecientes; acaso muchas de ellas sin salir de su obscuridad, han desaparecido del mapa. De todos modos, su existencia en el mundo ó en las páginas de la historia. es un monumento imperecedero que da testimonio del espíritu benéfico y civilizador que animaba á los dignos obreros del cristianismo.

VII

Empleando el P. Margil su vida de esta manera tan fructuosa y estando un día en el pueblo de Dolores, situado en la montaña del Lacandan, recibió carta del R. P. comisario general, en que le

ordenaba, partiese inmediatamente á Querétaro á desempeñar el cargo de guardián del colegio de la misma ciudad, para el que había sido electo un año antes.

Púsose luego en camino, y á mediados de Abril de 1697, un viandante notició á los religiosos del expresado colegio, haber dejado algunas leguas atrás, en la vía que conduce de México á Querétaro á un fraile, que, según las señas que dió de él, no podía ser otro que Fr. Antonio Margil de Jesús.

Era él en verdad, y en la tarde del lunes 22 del propio mes, salieron á encontrarle á extramuros la comunidad, y casi toda la población en tumulto. Iba el humilde fraile con el rostro tostado del sol, el hábito remendado, el sombrero, que correspondía al vestuario, colgado á la espalda, y en la cuerda, pendiente, una calavera, que le servía en los sermones. Aunque durante su peregrinación apostólica había traído los pies siempre desnudos, quiso en esta vez no mostrarse excesivamente austero, y calzaba esa especie de sandalias groseras que usan los naturales, formadas de una suela de cuero crudío, que tan sólo abrigan la planta del pie, y que llaman "huaraches" en unos pueblos y en otros "cacles."

Los repiques de las campanas de toda

la ciudad anunciaron la entrada de la comitiva, en medio de la cual iba el apóstol con semblante modesto y lleno el pecho de gratitud por un recibimiento que él conceptuaba inmerecido. Al llegar á la iglesia del colegio, entonó la comunidad el "Te Deum laudamus," y dió fin á aquel acto el venerable Padre con una breve plática que dejó edificado á todo el concurso.

VIII

Por tres años gobernó con sabiduría á la grey encomendada á su cuidado, y después de haber desempeñado en el mismo colegio los oficios de presidente "in capite" y vicario, pasó de nuevo á Guatemala por mandato del superior y llamado del gobierno, para restituir la paz á los corazones de muchos, que turbaban el sosiego público con sediciones.

Su viaje fué un ejercicio continuo de caridad y enseñanza evangélica, y como dice el biógrafo que antes citamos, "en tan dilatado camino iba haciendo lo que el sol, á quien llamaron corazón del cielo, que no se movía sin ir comunicando calor, lucidos rayos y benignas influencias, dejando en cada posada, ciudad ó pueblo, estampado un beneficio."

Llegado á Guatemala, y habiendo cum

plido satisfactoriamente con el objeto á que le llamó la obediencia y el deseo de contribuir al bien de los pueblos, funda un colegio de su orden en la ciudad; parte en seguida á nuevas misiones, entre pueblos ya convertidos al cristianismo; pero ciegos todavía con algunas creencias supersticiosas; vuelve á ponerse en camino para su colegio de Querétaro; pasa después á fundar el colegio de Guadalupe de Zacatecas; emprende la conquista del Nayárit para el Evangelio; intérnase con el mismo objeto hasta la provincia de Tejas; y finalmente, después de lograr los mismos bienes entre los infieles del septentrión, que entre los del mediodía, nos le encontramos en camino de Querétaro para México. Venía gravemente enfermo, y en esta ciudad, teatro poco antes de sus predicaciones, le esperaba la muerte.

IX

Este último viaje se verificaba hacia fines del mes de Julio de 1726. El 6 de Agosto del mismo año, el venerable religioso pasó á mejor vida.

Pintar las circunstancias de su fallecimiento, es tarea inútil; su muerte fué la muerte del justo.

Al anuncio de este doloros suceso, la

capital se conmovió como herida de una calamidad repentina, y nadie se mostraba dispuesto á creer lo que realmente había pasado en la celda de que hablamos al principio. Una de las más tristes ilusiones del hombre, es imaginarse que el bien ha de ser eterno en la tierra.

Acudían todos al convento de San Francisco á tributar el último homenaje de respeto y gratitud á unos restos queridos, que pronto iba la tierra á esconder en su seno. El cuerpo del digno misionero fué expuesto en la iglesia á la admiración pública. Llamaban la atención por su hermosura el rostro, modestamente inclinado hacia el pecho, y los pies, que sellaba la piedad con mil ósculos, bañándolos en llanto; aquellos pies siempre prontos á caminar, á donde había desgraciados á quienes dispensar consuelo, y que descalzos no habían temido hollar las sierras más ásperas de México y Guatemala.

Asistieron al funeral el virrey, la audiencia, los tribunales, la clerecía, y en una palabra, todo lo más florido de la sociedad mexicana: todos aclamaban por santo al venerable Margil, todos pregonaban á voces las virtudes en que más se había señalado; y eran estas manifestaciones tan expontáneas y entusiastas,

que habrían bastado en los primitivos tiempos de la iglesia, para canonizarle.

Los condes del Valle de Orizava, Don José Hurtado de Mendoza y Da. Graciana Vivero, cedieron para sepultura del venerable cuerpo, una bóveda, que poseían bajo el presbiterio, al lado que llaman del Evangelio.

He aquí la inscripción, que entre láminas de estaño se dejó encerrada en el sepulcro:

Hic yacet sepultus V. Servus dei P. Fr. Antonius Margil: Missionarius, Praefectus et Guardianus Collegiorum de propaganda Fide Sanctae Crucis de Queretaro, Santissimi Crucifixi de Guatemala, et Sanctae Mariae de Guadalupe in hac Nova Hispania erectorum: fama utique virtutum, miraculorumque illustris:

Obiit in hoc percelebri
Mexicano conventu
Die VI. Agusti Anno
DNI. M.DCC.XXVI.

Traducida la anterior inscripción, es como sigue:

"Yace aquí sepultado el venerable siervo de Dios Fray Antonio Margil, misionero, presidente y guardián de los cole-

gios de propaganda fide de la Santa Cruz de Querétaro, del Santísimo Crucifijo de Guatemala, y de Santa María de Guadalupe, fundados en esta Nueva España, varón en gran manera ilustre, por la fama de sus virtudes y milagros. Murió en este insigne convento mexicano, el día 6 de Agosto del año del Señor, de 1726."

X

Difícil es encerrar en los estrechos límites de una inscripción, el relato de los hechos notables y de los rasgos característicos de un hombre virtuoso; pero en la que acabamos de leer, no sólo se nota esa falta por los términos generales en que está redactada, sino que se omitió en ella precisamente lo primero y más bien dicho, lo único que debía haberse expresado. Háblase vagamente de virtudes y milagros, y no se llama la atención hacia el distintivo de nuestro héroe, el espíritu altamente evangélico de que estaba animado, que le hacía arrostrar con frente serena los mayores peligros por llegar á su objeto, y en virtud del cual ejecutaba hechos que se pueden poner en parangón con los de los primeros apóstoles.

¿Será que esta prenda, verdaderamente singular en aquel tiempo, no fuese estimada en todo su valor? ¿Se creería acaso que la vida de un religioso no podía emplearse de una manera más digna que administrando sosegadamnte los sacramentos en los templos de las ciudades?

No, sin duda; y la prueba es, que el venerable Margil fué objeto en vida y muerte de las más vivas simpatías, y que su memoria ha sido honrada hasta nuestros tiempos con todo el amor y veneración que se tributa á los varones beneméritos; se ha tratado de su beatificación, según nos ha informado una persona; han escrito su biografía plumas tan gallardas como las de los PP. Espinosa y Villaplana, y Larrañaga le ha cantado en versos latinos, pues tal es el asúnto de la "Margileida."

Ahora bien, si tanto amor, si tanto entusiasmo ha excitado en los corazones de seglares y eclesiásticos, ¿cómo es que su vida ha tenido tan pocos imitadores?, ¿qué obstáculo invencible se ha presentado para que siguiesen sus huellas tantos regulares que verdaderamente eran dignos y capaces de esa gloria?

El espíritu del siglo actual dicen algunos, todo lo corrompe y envenena; es un viento helado y asolador que extingue

las más nobles aspiraciones y sofoca en germen los más valientes impulsos: esta es la causa principal de la decadencia de los institutos monásticos.

Pero ¿qué tiene que ver el espíritu del siglo con unos hombres que se apartan del mundo precisamente para contrariar con sus doctrinas y ejemplo la influencia de ese mismo espíritu que suponen tan dañado? ¿ó es otro el objeto de la vida del claustro? ¿Ha sido diverso respectivamente en tiempos anteriores? ¿No es un hecho que el mal siempre ha existido, y que á combatirle es á lo que se han consagrado en la antigüedad los filósofos y después los discípulos de Jesús, ma-mente los que, como los religiosos, han adoptado una vida más austera? ¿Y no es también un hecho que estos divinos atletas han triunfado? ¿Por qué no pudo suceder lo mismo en nuestros días?

Luego el espíritu del presente siglo, dado que se le identifique con el mal, no es la barrera incontrastable que se opone al desarrollo de la acción del bien, y por lo mismo de las virtudes apostólicas.

Otro ha sido el adversario de ese desarrollo, y es, la falta individual y colectiva de perseverancia en el fervor primitivo: eso es lo que nota y censura el espíritu del siglo, tan mal comprendido y

calumniado, y eso es lo que deploran los hombres pensadores y con ellos toda la sociedad.

Sí, la sociedad, animada de las ideas filosóficas reinantes, anhela, exige que las instituciones llenen su objeto y no sean una mentira sistemada; exige que los hombres que hacen profesión de virtud y heroismo, sean realmente héroes y virtuosos; exige de ellos el cumplimiento del precepto del Salvador, "sed santos como lo es mi padre celestial:" y de otra manera, también exige que desaparezcan de su seno, porque eso está en el orden invariable de las cosas, según la sentencia del Evangelio: "¡árbol que no da fruto será quemado!"

Finalmente, otros oponen que la falta de auxilio, especialmente de los gobiernos, ha cortado las alas al genio emprendedor que en otros siglos dió tanto crédito á los religiosos, y que ella es la que hace imposibles las misiones entre los bárbaros.

No negaremos que la cooperación eficaz del gobierno á las empresas apostólicas sería de alta importancia para obtener buenos resultados; pero jamás concederemos que sea necesaria é indispensable, y antes bien podemos afirmar, sin temor de equivocarnos, que los viajes más fructuosos de los misioneros han sido

los que realizaron sin protección de ninguna clase, llevados sólo del ardiente celo que los impulsaba y entregados enteramente al cuidado de la Providencia. Buena prueba de ello nos suministra el P. Margil, quien además siempre esquivó en su bienhechora carrera ayudarse del poder humano. Con este motivo, y para concluir, referiremos un caso notable de su vida:

Emprendida por él, como dijimos, la conversión del Nayárit, le excitó la real audiencia á que propusiera los medios más aptos para civilizar aquellas tribus bárbaras, á lo que él respondió: "Los que se me ofrecen son á mi ver los más propios para la suave introducción evangélica, y los que su Majestad, en sus leyes, tiene establecidos para convertir y reducir, disponiendo que siempre preceda la paz evangélica y los más suaves de la persuasión.... Siendo del agrado de esa real audiencia, entraré por aquel rumbo, como tengo intención, con sólo un compañero, predicador misionero, de nuestro colegio, á la sierra, sin escolta ni cuidado de armas."

¿No os parece escuchar el razonamiento de un discípulo de San Pablo?

XI

Dos palabras más.

Los restos del P. Margil fueron exhumados con autoridad apostólica en 10 de Febrero del año de 1778: en el de 1861, á 2 de Abril, cuando ya la mano de la destrucción desmantelaba la iglesia y claústros del convento de San Francisco, eran trasladados á la Catedral por los religiosos Fr. Amado Montes, Fr. Buenaventura Merlin y Fr. Luis Ogazón, acompañados del Lic. D. Luïs Rivera Melo, joven de ideas progresistas, y de grandes esperanzas para la literatura. El cuerpo del venerable sacerdote iba encerrado en una caja de madera, forrada de piel roja, y con tres cerraduras. Quedó depositado en la capilla de la Virgen de la Soledad.

Si la afición á las virtudes del héroe cristiano pretende corroborar más la memoria que de él anida en nuestras almas, guárdese de estampar en esa caja una pomposa inscripción: recuerde tan sólo, y este será el mejor epitafio, las palabras que el santo misionero profirió en una ocasión solemne, y que tan bien revelan su desprendimiento de cualquier otro

afecto que no fuese el de la virtud: "no tengo más padre y madre que Jesucristo."

XXIII

EL CONVENTO

Extrañará acaso el lector haber visto el bosquejo de la vida del P. Margil incluido en el cuadro que hemos destinado á los religiosos franciscanos llamados de la observancia, siendo así que el gran misionero pertenecía á los de "propaganda fide," por cuya circunstancia parecía más natural fijar en él la atención al tratar del monasterio de San Fernando; pero hay que saber por una parte que así el colegio de la Santa Cruz de Querétaro, donde floreció al principio de su carrera en nuestro país, como el mencionado poco antes, fueron fundados por la provincia del Santo Evangelio, de que era matriz el convento de San Francisco de México, y por otra, que el venerable padre vino á morir á este último, en él descansaban sus restos, al propio edificio pertenecía la celda donde pasó su postrer enfermedad, según ya expresamos, y todas estas razones nos autorizan á creer que esta era la ocasión de consagrarle las líneas antecedentes.

Por lo demás, los apuntes que dimos sobre esa celda y la enfermería, de que formaba parte, nos conducen naturalmente á hablar de lo restante del convento.

Este grandioso edificio que, según ha dicho un escritor, considerado bajo el aspecto religioso no tiene igual en la República, gozó en todo tiempo de bien merecida celebridad, ora por la hermosura de su iglesia y capillas, ora por la amplitud de los claustros y demás partes anexas, y ora en fin, por los magníficos paramentos y riquezas artísticas que acaudalaba.

Admiración de nacionales y extranjeros fué en nuestros días, y la iglesia en particular se consideró siempre como el punto de reunión de lo más granado de nuestra sociedad, que asistía allí á los divinos oficios celebrados con un esplendor y pompa sorprendentes.

Durante el régimen colonial, por idénticos motivos, fué objeto de la misma afición, del mismo cariño. Los pocos viajeros que entonces recorrieron el país y se detuvieron en la capital, le visitaron: hacian otro tanto los españoles que pasaban á ella con ánimo de avecindarse, ó con el de morar algunos años como los vireyes; y contrayéndonos á los segundos, citaremos el ejemplo de la visita que le hizo el primer conde de Revillagigedo

con su familia, de que nos ha conservado memoria el Diario de D. José Manuel de Castro de Santa Anna, en las siguientes líneas:

"La tarde de este día (12 de Septiembre de 1754) S. E., acompañado de la Exma. Sra virreina, los señoritos sus hijos é hijas, sus damas, varios caballeros y sus familiares, entraron en el convento principal de nuestro P. S. Francisco, porque dicha Exma. señora deseaba verlo por ser el más capaz y hermoso de esta ciudad; le circunvalan cuatro cuadras en que se incluye su hermosa iglesia y capillas, pulidos claustros, anchurosos dormitorios, general noviciado, enfermería de bella arquetictura; gastaron toda la tarde en pasearlo, y en la celda principal del reverendísimo padre comisario general, pasaron después hacer mansión; hallábase pulidamente aderezada, y allí se les suministró un opulento refresco, siendo obsequiados por dicho reverendo padre y demás prelados de aquel convento, de donde cerca de las ocho de la noche se retiraron á su palacio."

La importancia, pues, del monumento de que se trata, exige una descripción la más completa que de él pueda darse, y aunque no poseemos todos los datos necesarios para esa tarea, vamos á empren-

der una relación de sus partes principales, para lo cual distinguiremos en él dos estados, el que tuvo hasta principios del año de 1861, y el en que se encuentra actualmente como consecuencia de las mutilaciones y ruina que ha padecido.

I

El P. Vetancourt, cronista de la orden, nos pinta el estado que tenía el convento hacia fines del siglo décimo séptimo, de la manera siguiente:

"Dejo lo antiguo que pasó, y paso á lo moderno que permanece, que aunque en la relación latina escribí lo que supe, no sé si sabré decir en romance lo que á la vista tengo, porque es otra cosa el verlo y mucho menos el decirlo, y sólo el que lo mire podrá creer y decir que es más lo que ve que lo que se dice. No es lo más lo que tiene de vivienda en los altos el convento, aunque en nueve dormitorios unos altos y otros bajos por haber sido en varios tiempos su fábrica: tiene casi trescientas celdas, donde prelados, moradores, enfermos y huéspedes moran de ordinario cerca de doscientos frailes, sobrando celdas altas, bajas y entresoladas para otros muchos, todas acomodadas y con distinción de personas, ordenadas las viviendas, según la calidad de los suje-

tos, con sus pasadizos y oficinas necesarias para todos.

"Tiene dos claustros, y en medio de cada cual una pila de agua que le alegra la del principal es de piedra de jaspe blanco (que acá llaman Tecale) con dos tazas hermosas de lo mismo y una imagen de talla de San Diego por remate. Los claustros bajos están adornados con lienzos grandes del pincel famoso de Baltasar de Chávez, en que se registra toda la vida de N. P. S. Francisco, y entre cuadro y cuadro una tarja que tienen dos ángeles en que está escrita la historia de cada lienzo en romance lacónico y sucinto: en todo el techo no se divisa viga porque está cubierto de lienzos pintados de varios lazos, alfombras y alcatifas fingidos que hacen á la perspectiva agradable vista; el soclo es de madera con países y montería, y en él pintado el monte Alberne con primor. De allí sigue de norte á sur las dos piezas del refectorio y sala de "profundis;" en esta, que es del tamaño del refectorio, está el sepulcro de los señores Cervantes; en las paredes están las efigies de los dos obispos de Huaxaca (Oaxaca) que ha tenido, con el epitafio funeral cada cual, en que se dicen sus dignidades y oficios: acompaña en esta sala una devota imagen del Santo Cristo de Burgos en su retablo. El refectorio

es tan capaz, que en las mesas caben más de quinientos religiosos, con sus oficinas necesarias y patio donde se asolea el agua que se ha de beber en sus tinajas.

"Tiene cuatro escaleras principales: al entrar de la portería está una con tres ramales de escalones, á San Buenaventura dedicada, con tres lienzos de su vida que la adornan; el techo de artesón dorado con las ocho virtudes de relieve y el Espíritu Santo en medio pendiente, que las corona: en los cuatro ángulos los cuatro pontífices de la religión, de talla entera, con las tiaras en las manos como que al santo las ofrecen; en las cuatro pichinas los cuatro más célebres autores de la orden: Scoto, Lyra, Alejandro de Ales y S. Antonio, de pincel todo, cubierto de plomada, obra que hizo y dedicó el M. R. P. Fr. Buenaventura de Salinas á expensas de bienhechores, con una misa dotada de cincuenta pesos cada año, que en la misma escalera el día de San Buenaventura se canta con su responso; en el primer descanso está una puerta grande y dos pequeñas por donde se entra á una capilla de doce varas en cuadro á nuestra señora de Aranzazu dedicada: tiene dos altares á los lados, uno de N. P. S. Francisco, y otro de S. Buenaventura, de talla entera en sus retablos: en las repisas de los cuatro ángulos cuatro lienzos, de N.

P. Santo Domingo, S. Francisco, S. Agustín y S. Ignacio; el techo, de lazos dorados, con los ocho atributos de la Virgen de medio relieve, por artesón, y en medio un lienzo de la Asunción de nuestra Señora, que á la perspectiva parece que va penetrando las nubes para el cielo, todo cubierto de plomada, con una tribuna, y su órgano en ella, donde se entra por la sala de ordenación, y con otra puerta baja que va al noviciado, y por ella salen los novicios á rezar el oficio de nuestra Señora en alabanza. Hoy pertenece al capitán Antonio Calderón.

"Las otras tres escaleras no son de menos arquitectura y adorno: una que baja á la sala de "profundis," cuyo espacio ocupa un lienzo grande del Tránsito de N. P. S. Francisco, y al otro lado, de su tamaño en proporción, otro lienzo de los milagros del B. Fr. Salvador de Orta. Otra baja á la antesacristía, que se compone de tres ramales y dos derrames: uno que va al claustro principal, y otro al cuarto de los lectores; en el descanso tiene una capilla pequeña de nuestra Señora de Guadalupe, y en el hueco del arco de en medio, en lo bajo, otra pequeña capilla de S. Antonio. La cuarta escalera cae á la parte del poniente en el segundo claustro, que sube al cuarto y dormitorio donde viven los MM. RR. PP. comisarios

generales; está en el techo adornada con diferentes imágenes cuadradas de santos de la orden.

"La sacristía, entierro de los señores condes de Santiago, es de las más vistosas y adornadas piezas que tienen las Indias, toda cuajada de lienzos grandes con sus marcos dorados, y entre lienzo y lienzo de la sagrada Escritura pintados: el paraíso, la escala de Jacob, los triunfos de Judit y de Joel, y las aguas que dió á beber Rebeca; atributos de María Santísima, de mano del insigne Fr. Diego Becerra, religioso lego; toda está con cenefa de azulejos por abajo, con un trono de ángeles y varios lazos por arriba, y toda de cajones de nogal embutidos para los ornamentos, el techo de artesón dorado y su plomada, con cuatro ventanas al oriente, que con las vidrieras finas aumentan la claridad de sus luces.

"La iglesia tiene un hermoso retablo dorado en el altar mayor de obra mosaica y corintia, con diez y seis santos de talla entera que entre las columnas le acompañan; tableros de mano del afamado Basilio, de los misterios de Cristo y de su madre: en medio está una hermosa imagen de talla entera de N. P. S. Francisco y otra más arriba de la Concepción de nuestra Señora, y un Santo Cristo en el tercer cuerpo. El sagrario está de reli-

quias de santos adornado, así en las puertas portátiles con que se cierra, como en lo interior, donde está una espina de la corona de Cristo en su custodia, el "Lignum Crucis" en una cruz de cristal que tiene de los doce apóstoles reliquias y la canilla entera de San Felipe de Jesús. El cuerpo y capilla mayor tiene tantos retablos, que están unos en pos de otros, tan contiguos, que no permiten ver nada de las paredes que ocupan: tiene una reja de fierro, que divide la capilla mayor del cuerpo de la iglesia, que tiene ocho varas en alto y quince de latitud hecha de maravillosa hechura en la provincia de Cantabria, que su costo llegó á más de diez mil ducados; el techo es todo artesón y de plomada, y por estar con las inundaciones y en su terraplén más de cuatro varas sumido el templo, se trata de hacerlo de bóvedas y levantarlo; obra que el M. R. P. Fr. Juan de Eluzuriaga, comisario general, intenta (cuyo celo será de todos los devotos que lo desean agradecido), y si los bienhechores ayudan, le verán acabado. No se ejecutó.

"Está al lado del Evangelio un lienzo del invicto marqués del Valle D. Fernando Cortés debajo de dosel y con el estandarte de sus armas, y al pie del lienzo en

que está su efigie, están en un baúl pequeño forrado en terciopelo negro sus huesos y los de su hijo el marqués Don Martín Cortés, para cuyo entierro se trajeron de Texcoco, porque fuese con la ostentación de capitán general, yendo los huesos de D. Fernando Cortés en el entierro; quedáronse unos paños azules con sus armas por la paga del funeral, que se consumieron de servir. En el mismo lado está depositado el cuerpo del Sr. D. Nicolás de Vivero, tercero conde del Valle de Orizava, para que se lleve á Tecamachalco al entierro de sus antepasados, y en otra sepultura están las armas de Francisco de Heredia, con cuya limosna de catorce mil pesos se doró el retablo.

"Debajo de la lámpara, al pie de las gradas, están tres losas con sus epitafios, que la una es de D. Juan López Murillo, abuelo del Sr. D. Juan de Mañosca, inquisidor que fué de esta Nueva España y obispo de la Habana, que dejó dotado el aniversario; la otra es de D. Fernando de Hoyos y Azoca, caballero de Calatrava, y de sus descendientes, que dió la primera lámpara que se llevó al convento de la Puebla cuando se puso la que hoy sirve; la otra es de D. Prudencio de Armentia, todas contiguas. En la iglesia y claustros hay altares y entierros de diversos caballeros y conquistadores, cuyas sucesiones

han faltado, y son pocos los que la tienen, porque en las Indias duran muy poco las generaciones, y menos que las generaciones las haciendas, que hay nietos que no gozan lo que ganaron sus abuelos"....

II

La iglesia principal, cuya descripción nos acaba de hacer Vetancurt, no es la que vimos en nuestros días. Ya el cronista sentía la necesidad de que fuese reparada la que existía en su tiempo, levantándola y substituyéndole el techo de artesón y de plomada por otro de bővedas; y aunque, según hemos visto, dice que no se ejecutó la obra, sí llegó á realizarse este intento pocos años después, fabricándose la magnífica iglesia que nosotros alcanzamos, la cual se dedicó á 8 de Diciembre de 1716, veinte años depués del en que escribía el cronista.

Además de este templo existian entonces, y todavía están en pie otros de menores dimensiones, aunque igualmente suntuosos. Para indicar su situación precisa, entraremos en algunas explicaciones, que servirán al mismo tiempo para ilustrar la historia de todo el monasterio.

Empezaremos por asentar, que este ocupaba una superficie casi cuadrada de unas 3,249 áreas, ó bien 32,490 metros cuadrados.

Fraccionado en consecuencia del decreto de 16 de Septiembre de 1856, de que hablaremos en breve, quedó reducido á una superficie de casi 2,191 áreas, ó sea 21,919 metros cuadrados. La parte del edificio que fué separada del resto por la calle de la Independencia y enajenada, comprendía varios departamentos, entre otros, el jardín, que ya desde antes estaba dado en arrendamiento, la enfermería, y las piezas y capilla que fueron en otro tiempo de los padres comisarios generales de la orden.

Ese resto que quedó á los religiosos era todavía una casa enorme, un palacio. Dividiéndole por una línea imaginaria de Oriente á Poniente, se pueden considerar en él dos partes diferentes y aproximadamente iguales: una hacia el Sur, que abrazaba el panteón, el refectorio, la sala de "profundis," todo el claustro principal, otro menor que ha servido de cuartel, la sacristía y antesacristía, de que se ha hablado; y otra hacia el Norte, donde se asientan la iglesia mayor y las capillas, separadas del pórtico y unas de otras por el cementerio, que tiene dos puertas á la calle, una á la de San Francisco y otra á la de San Juan de Letrán, la primera al Norte y la segunda al Poniente.

Al entrar por la que da á la calle últimamente indicada, se ve á la derecha la

capilla del Señor de Burgos, situada de Norte á Sur; á este rumbo el altar mayor, y á aquél la puerta principal. Se estrenó el 6 de Febrero de 1780, y tiene 31 metros de largo y 12 de ancho. Un siglo antes ocupaba el mismo sitio la capilla de San José de españoles, que se dedicó con asistencia del virrey, duque de Alburquerque, y de la audiencia en 19 de Marzo de 1657, según la crónica de Vetancurt, y en 19 de Julio del mismo año según el Diario de Guijo, aunque parece más probable lo primero. El mejor adorno de sus paredes laterales, consistía en varios cuadros grandes que representaban la vida de San José, obra del célebre Baltasar de Chávez. Tiene otra entrada que dá al oriente.

Frente por frente de la puerta principal de esta capilla se asienta, con entrada al oriente y al altar mayor al rumbo opuesto, la iglesita llamada de los Dolores ó de la Segunda Estación, fabricada á expensas de D. Cristóbal de la Plaza, secretario que fué de la Universidad. Tiene de longitud unos once metros y cinco de anchura; estaba adornada con cuadros de la Pasión de Cristo.

Pero el punto desde donde el espectador puede formarse una idea completa de la muchedumbre de templos que abarca el atrio, es la puerta que comunica con la

calle de San Francisco. Entrando por ella se encuentra á la derecha la capilla de la Tercera Orden, situada de Oriente á Poniente, á este rumbo el altar mayor y al opuesto la entrada principal, pues tiene otra por el Sur dando al atrio.

A la izquierda se ve la capilla de Aranzazu en la misma línea que la anterior, con cuya puerta principal corresponde la suya, de manera que tiene el altar mayor á la parte de Oriente. Su longitud es de treinta y dos metros, y de diez metros su anchura.

En frente se levanta la magnífica capilla de Balvanera, anexa al templo mayor y comunicada con él, la cual fué construída á expensas de los naturales de la Rioja mucho tiempo después del que abraza la crónica antes citada. Tiene una laboriosa fachada á estilo de las de la Santísima y del Sagrario; estilo que algunos malamente reputan gótico, y que es más bien del renacimiento.

La capilla de la Tercera Orden, que como dice bien Vetancurt puede servir de templo al mayor convento, tiene cuarenta y cuatro metros de largo y doce de ancho. Se dedicó, según el cronista antes citado, en 22 de Diciembre de 1624. En la parte superior de la fachada que mira al Sur se halla medio borrada una inscrip-

ción por la que consta que la capilla se acabó y fué dedicada en 8 de Noviembre de 1727, lo cual hace conjeturar, ó que la primera dedicación fué sólo de una parte, ó que la segunda se refiere á otra capilla posteriormente construida en el propio sitio.

En la misma fachada, y al pie de la citada inscripción, se halla un cuadro con figuras de relieve, explicado por el siguiente letrero que tiene á su base:

San Luquesio, á quien N. P. S. Francisco
dió el primer hábito de la tercera
orden.
año de 1221.

A un lado de la puerta que da al Oriente se lee esta noticia:

Fué agregada por cuarenta años esta iglesia á la sacrosanta lateranense de Roma, en 10 de Julio de 1831.

El adorno interior de la capilla era de buen gusto, así como el de las demás, especialmente en las festividades que en todas eran muy pomposas y frecuentes.

La fachada de la capilla de Aranzazu llamó siempre la atención por cierta elegancia que la distingue. En el friso que sigue al arquitrabe, bajo el cual se abre la en-

trada, se lee dividido en sílabas el letrero que sigue:

Sacrosancta lateranensis ecclesia

Un poco más arriba hay un cuadro con figuras de relieve que representa á un pastor rodeado de una grey, sentado al pie de un árbol y con la vista fija en la copa de éste, donde aparece la imagen de María. Acaso se refiere á la leyenda de nuestra Señora de Aranzazu.

En la parte inferior del cuadro se halla inscrita la relación siguiente:

Capilla de la milagrosa imagen de Nuestra Señora de Aranzazu, y entierro de los hijos y naturales de las tres provincias de Vizcaya y reino de Navarra, de sus mujeres, hijos y descendientes, á cuya costa se fabricó y dedicó en el año de 1688

Comprenderá bien el lector, que los hijos y naturales de las provincias vascongadas costearon la fábrica de esta iglesia; pero le parecerá un poco árduo que los descendientes de ellos hayan contribuido también á la obra, según declara la relación antecedente. Cesará no obstante su

asombro luego que reflexione, que esta clase de inscripciones eran ordinariamente parto de personas que sabían poco de achaques gramaticales.

Hacia el remate de la misma fachada se ve lo siguiente:

Tu honorificentia populi nostri.

Tiene asimismo esta capilla una puerta lateral hacia el Sur, arriba de la cual, y ocupando el centro de la portada, se ve una figura de relieve que representa á S. Prudencio obispo.

Por minuciosos que parezcan los pormenores acerca de las pinturas ó efigies de esta clase, suelen ser útiles é interesantes cuando contribuyen á hacer perceptibles algunos pasajes históricos de importancia, ó se refieren á objetos que recuerdan algún hecho ó suceso memorable, ó bien cuando á estos mismos objetos se tributa un culto sostenido y sancionado por antiguas tradiciones.

De estos objetos abundan en nuestras poblaciones y señaladamente en México.

¡Cuántas veces al pasar por la esquina de la segunda calle de San Francisco y callejón del Espíritu Santo, hemos contemplado con una mezcla de horror y de tristeza el mascarón formidable de pie-

dra que, sobresaliendo en la misma esquina, señala la altura á que llegaron las aguas en una de las mayores inundaciones que ha padecido la ciudad!

Y contrayéndonos especialmente á efigies colocadas en la portada de un templo, ¿ha visto el lector la de la Purísima que ocupa el nicho central de la fachada del hospital de Jesús Nazareno? ¿ignora que esta estatua ha sido en otro tiempo objeto del culto más entusiasta, condecorada con el nombre de "Nuestra Señora de las Maravillas?' ¿Sabe la tradición acerca del origen de este objeto sagrado?

"Pasemos (dice el P. Florencia en su "Zodiaco Mariano") del hospital del amor de Dios al hospital que vulgarmente llaman de Jesús Nazareno por una milagrosa imagen de Jesús con la cruz á cuestas colocada en su altar al lado del Evangelio en la iglesia del hospital. Pero su propio nombre es el de Hospital de la Concepción, título que dió al hospital el insigne conquistador de la Nueva España, D. Fernando Cortés, que fué su fundador.

"En la portada, pues de la iglesia de este hospital se venera una imagen de piedra de la Concepción de la Santísima Virgen, cuyo origen es como se sigue. Al tiempo que se fabricaba la iglesia del dicho hospital, se fabricaba también la casa

de un mayorazgo, en la cual se halló una columna ó pilar de piedra, que según lo que mostraba, se discurría haber sido algún ídolo de los indios. Pero trabóse contienda entre dos parte sobre el derecho á dicha columna, que por su antigüedad les parecía ser estimable; y llegó á tal extremo la discusión, que pusieron pleito sobre ella ante la real audiencia, la cual solicitó composición, haciendo que las partes cedieran cada cual del derecho que alegaban, y se convinieran en que dicha columna se entregase en alguna obra de las varias iglesias que entonces en México se fabricaban.

"Hízose así, y habiendo echado suertes, le salió la suerte á la iglesia del hospital de la Concepción. Y los que cuidaban de la fábrica determinaron, que pues la titular de aquella iglesia y hospital era la Concepción de la Santísima Virgen se hiciese una estatua que representase á la soberana Señora en ese misterio.

"Así se hizo, y se colocó encima de la puerta principal de la iglesia, como para su defensa, y para que todos los que entrasen en la iglesia, mirando á la imagen, se moviesen á pedirle su intercesión y patrocinio para con su Santísimo Hijo en todo lo que en la iglesia le pidiesen.

"Los señores condes de Santiago, cuya casa principal cae en la plazuela de dicha iglesia, desde los principios tomaron por devoción, y la han continuado hasta ahora por mucho más de cien años, el encenderle todas las noches una vela en farol, que para ello está prevenido.

"Pocos años ha que un buen hombre que vendía maderas en dicha plazuela, comenzó á tener devoción especial á esta santa imagen, y procuró no sólo limpiarla del polvo, sino pintarla y estofarle la vestidura, con la cual se concilia más veneración y devoción de los fieles; y esta ha crecido de tal manera, que acudiendo á ella en sus necesidades han conseguido especiales favores de la Señora, de que son testigos los muchos votos que penden delante de la imagen.

"Y son ya tan frecuentes los beneficios que de su benigna mano han recibido y reciben cada día, que por eso se le ha dado el título de nuestra Señora de las Maravillas. Y es grande el concurso de gente que acude á venerarla; y aun pasando por allí muchas de las principales señoras de México en sus forlones, se apean y en publicidad de aquella plazuela, y en el cementerio de la iglesia se hincan de rodillas, y se encomiendan á su sagrado patrocinio.

"Es verdad que habiéndose hecho á la imagen una hermosa corona de plata, no faltaron sacrílegas manos, que por estar tan patente una noche la robaron. Pero antes de ocho días ya se le había hecho otra corona también de plata, y se le puso el resguardo de vidriera competente, que encierra y defiende toda la estatua." Hasta aquí el P. Florencia.

En el día ni la imagen tiene vidriera, ni farol con luz por la noche, ni votos pendientes delante de ella, ni señoras de landó que se arrodillen en el atrio de la iglesia á orar en su presencia. Pasan las generaciones y los pueblos se transforman. México actual es el fénix nacido de las cenizas de México azteca y español, tal como le formaron tres centurias de dominación monárquica y devota; fénix ardiente de amor y libertad en los primeros días de su nueva existencia. Contempló el espacio; sus pupilas se abrieron y aspiró á embriagarse de luz; mas al volar por regiones desconocidas, se desnudó de algunas de esas plumas lucientes y vistosas que esmaltaban en otro tiempo su galana vestidura.

Lo diremos sin embozo: nosotros al presente no poseemos ni las virtudes de los aztecas ni las de los españoles; nuestra vida como nación es un pobre con-

sorcio de insensata energía y de culpable debilidad. Con un pruritu ciego de imitar todo lo extraño y de abandonar lo nuestro sólo por serlo, vamos ya careciendo de carácter propio, ó más bien, nuestro carácter es no tener ninguno. Y en el pálido mosaico que presentan en conjunto nuestras condiciones sociales, en vano se buscan los instintos y las aspiraciones de un pueblo nacido á grandes destinos, y sí se notan en cambio mil usos exóticos, que han venido á ocupar el lugar de las antiguas costumbres, no todas buenas, pero las más llenas de candor y de poesía..... Volvamos á San Francisco.

III

La iglesia mayor, que es de una hermosa nave, hace fachada exactamente al Poniente, lo cual observan los franciscanos en la disposición de todos sus templos, para conformarse con la costumbre que en esta parte seguían los primeros cristianos. Tiene setenta metros de largo y catorce de anchura.

A la espalda de la misma iglesia, se hallaban todavía en tiempo de Vetancurt la célebre capilla de San José de los na-

turales, mencionada en otro lugar de este libro.

Edificóse por los indios á quienes dirigía y alentaba Fr. Pedro de Gante para toda clase de empresas.

Era el principio á manera de un gran pórtico, compuesto de muchas naves, sin puertas, para que aunque fuera copioso el concurso de gente que asistiese en ella á los divinos oficios, pudiera de lejos presenciarlos. Redújose después á cinco naves, cada cual de treinta varas de largo y diez de ancho, y se le pusieron cuatro puertas grandes.

Por tradición se sabía, que el sitio donde estuvo asentada era parte del jardín de plantas, fieras, aves y peces, anexo á la casa ó palacio de recreo de Moteuczoma; y si bien los historiadores al hablar de la capilla dicen vagamente que estaban detrás del templo principal, parécenos que el sitio que ocupaba puede determinarse con precisión, á lo menos tanto cuanto lo permiten los datos que tenemos á mano.

Ante todo se debe saber, que la calle abierta nuevamente en la misma dirección de la de Betlemitas y que atraviesa el convento hasta rematar en la de Independencia, existía antiguamente, aunque

no tan ancha, pues era, según nos han informado, un callejón.

Por otra parte, sabemos también por informe de sujetos curiosos, que el "hotel de Iturbide," ó bien la casa que precedió en el mismo sitio al hotel, era propiedad de una familia apellidada Córdoba y descendiente de persona que figuró entre los conquistadores del país.

Además, el Lic. Guijo da esta noticia con el epígrafe de "Asistencia de la virreina"

"El día de Corpus Christi (Junio de 1655) asistió la duquesa de Alburquerque á ver la procesión en casa de Francisco de Córdoba, contador mayor de cuentas, y estrenó el dicho su casa con esta visita, que es "junto al campanario de la capilla de San José de los indios;" hizo un gasto muy costoso en el regalo de almuerzo, dulces y dádivas á la dicha duquesa virreina y á su hija, y dentro de pocos días se dijo en toda la ciudad que el virrey, presente la dicha virreina, por ocasión pequeña, le dió de mogicones en la boca al dicho Córdoba, que lo bañó en sangre y derribó un diente.

Ahora bien; sabiendo, como se sabe, que en aquel tiempo la procesión de Corpus que salía de la Catedral, pasaba

por la calle de Betlemitas: suponiendo que la capilla de que vamos hablando mirase al Poniente, como todos los templos franciscanos, y que el campanario de la misma estuviera junto á la portada, debemos concluir, que la capilla de San José de los naturales ocupaba una área entre el hotel de Iturbide y la casa de diligencias.

Como quiera que sea, la expresada capilla fué uno de los más ilustres monumentos de la capital, asociando á su existencia memorioas interesantísimas.

Fué la primera parroquia del continente americano, por lo cual y por haber sido seminario de la doctrina cristiana como dice Vetancurt, le concedieron Carlos V y Felipe II privilegios de iglesia catedral.

Celebróse en ella el primer concilio mexicano, así como también el primer auto del santo oficio y las primeras confirmaciones. Hiciéronse en ella también las honras del emperador, á que asistieron los tribunales y todos los caballeros y caciques comarcanos.

Cerca de su entrada se veía en pie una cruz enorme, que los primeros religiosos hicieron de un alto ciprés ó ahuehuetes de los que había y aun hay en Chapultepec

el cual, por su gran corpulencia era objeto de idolatría entre los mexicanos. Esa cruz gigantesca descollaba por cima de los edificios todos de la ciudad, sin exceptuar las torres, y era vista desde lejos por los viandantes.

IV

Esta capilla se demolió el año de 1769, en que de orden del Rey dejó de ser curato.

Años después se empezó á fabricar hacia el mismo sitio la capilla de los Servitas, que se estrenó en 1791. Véamos lo que acerca de este suceso y del establecimiento de la hermandad de ese nombre, nos dice "La Gaceta de México" del martes 15 de Noviembre de 1791:

"En los días 12 y 13 se solemnizó con vísperas, misa, sermón y procesión, el establecimiento del venerable orden tercero de los siervos de María Santísima de los Dolores, en la iglesia del convento grande de N. P. S. Francisco, siendo el orador su R. P. guardián Fr. Damián Martínez, quien, como delegado del Reverendísimo general de los Servitas, antes de comenzarse la función de la mañana, procedió á darles la profesión á los

hermanos que componen mesa. Fué la concurrencia á ambos actos tan lucida como numerosa, respecto á haberse hecho general convite así á todos los venerables órdenes terceros y santas escuelas, como á muchos individuos de las sagradas religiones y sugetos distinguidos por sus empleos, entre todos los cuales se repartieron más de dos mil luces para la expresada procesión. en que fueron conducidas las sagradas imágenes de San Felipe Benicio y la B. Juliana, S. Francisco, S. Agustín, Nuestra Señora de los Dolores, objeto principal de esta fundación y de tan religiosos cultos: yendo de escoltar una manga de granaderos del regimiento Fijo de Puebla, con su correspondiente música.

"Concurrió á la solemnidad de estas procesiones la iluminación en ambas noches, así de la torre, atrio y portal de dicha iglesia, como de las calles circunvecinas, haberse quemado dos árboles de rara invención, (fuegos artificiales), y el adorno de colgaduras de las mismas calles y demás, por donde transitó la procesión. Pero respecto á que escribimos para lo futuro, no será fuera de propósito dar razón del origen de esta fundación.

"Por el año de 1786, D. Cristóbal Es-

pinola, piloto retirado de la real armada, habiendo consultado con el Rev. Padre Fray Nicolás Ramírez, religioso observante, sobre que quería establecer una congregación con la advocación de los Dolores de María Santísima, dirigido por éste, se asoció con el señor Conde del Valle de Orizava, D. Diego Peredo Hurtado de Mendoza, como hermano de la santa escuela de Cristo, del expresado convento, y ocurrieron á la majestad del señor D. Carlos III, impetrando su real permiso para proceder á la expresada fun dación en dicha santa escuela, á honor de los Dolores, con el título de "Siervos de María," y con los mismos reglamentos con que se erigió en Cádiz en la iglesia de Nuestra Señora del Pilar; cuya piadosa pretensión logró favorable despacho, dignándose S. M., por sus cédulas de 25 de Enero y 22 de Abril de 1787 conceder la licencia, previniendo á los interesados se presentasen en la cura eclesiástica de esta capital, y que procediesen á formar las reglas que considerasen oportunas al gobierno espiritual y económico de la congregación, conformándose en todo lo posible al ejemplar de constituciones que rige el tercer orden de servitas de Cádiz, que habían remitido á S. M. los postulantes.

"En consecuencia, se procedió á la for-

mación de los estatutos con la autorizada asistencia del señor D. Baltasar Ladrón de Guevara, oidor decano de esta real audiencia: los aprobó en todas sus partes el Excmo. é Ilmo. señor Arzobispo; y pasados por el superior gobierno al señor D. Lorenzo Fernández de Alva, fiscal de lo civil, no se advirtió reparo alguno. Presentáronse al fin en el real y superior consejo de las Indias, y S. M. se dignó aprobarlos por su real cédula fechada en Madrid á 4 de Agosto de 1789.

"Para asegurar los frutos espirituales, y dar todo el esplendor posible al nuevo establecimiento del tercer orden y congregación de los siervos de María Santísima de los Dolores, se ocurrió al M. R. P. Fr. María Clementi de Beluno, Prior general del orden de los servitas, quien por sus letras patentes dadas en Roma el día 2 de Enero de 1791, delegó al R. P. Guardián del convento de N. P. S. Francisco de México, amplísimas facultades para erigir el pretendido tercer orden y congregación, conceder indulgencias y otras gracias, á beneficio espiritual de los terceros y congregantes de uno y otro sexo.

"El expresado fundador de la de esta capital, para dar una nueva prueba de su devoción á María Santísima, ha costeado el hábito á ciento setenta y seis her-

manos de ambos sexos, así terceros como cofrades, y entre ellos algunos eclesiásticos, y para que en lo sucesivo puedan asentarse los que gusten, se ha determinado que en la santa escuela se ponga una mesa para este efecto en todos los días festivos."

La capilla era de tres naves, con techo de vigas, descansando en columnas de madera, y tenía la fachada al Poniente. Llamóse al principio de la Santa Escuela.

Con este título fué también conocida últimamente una capillita, cuya puerta daba al pórtico del convento: era de forma irregular y nada ofrecía de notable.

No así las de la Purísima y S. Antonio, anexas, como la de Balvanera, á la iglesia principal, con entrada por la misma: y situada á la parte del Norte. Fabricóse la primera á expensas del Capitán Cristóbal de Zuleta el año de 1629, quien se la dejó al tribunal del consulado; y aunque el techo era de artesón, cubierto de plomada, se hizo de bóvedas cuando se reedificó la iglesia mayor. Otro tanto se hizo con la de San Antonio, la cual fué construída en el año de 1639, y perteneció á una cofradía célebre por la calidad de las personas que la componían. Ultimamente se cerró al público por haberse inundado.

Ambas capillas eran de hermosa arquitectura, y en la de la Purísima se veneraba la imagen de esta advocación, que, adornada de joyas y ricamente vestida, se sacaba en las procesiones en la fiesta que á la Concepción hacía el convento, y en la que celebraban al propio misterio los doctores de la Universidad.

V

Aunque con riesgo de dar en el escollo de la proligidad, no omitiremos una inscripción que está grabada en la portada de la iglesia principal, y es la siguiente:

Fulgoribus vestita sola predis
Alba solis es: sic soli reddit Alba;
Luces scoti calamo, suis, que, notis,
Opera dicant eius, siempre in portis.

A los lados de la puerta del templo se halla apuntada la fecha de la conclusión del mismo, en esta forma:

Año. . . . . . . .de 1716

La riqueza y gusto en el ornato de lo interior del edificio estaban en consonancia con la hermosura de la fábrica. Basta decir, por lo tocante á la primera, que sólo el tabernáculo del altar mayor, que

era de plata, costó veinticuatro mil pesos.

VI

La otra parte en que dividimos el convento, y abrazaba la habitación y oficinas de los religiosos, queda ya bien descrita por Vetancurt en el pasaje que trasuntamos al principio de este capítulo. Añadiremos, sin embargo, que además de los cuadros de la vida de San Francisco, obra de Chávez, que decoraban las paredes inferiores del departamento principal, había otros en las de arriba debidos al pincel de Juárez, y eran los siguientes:

La Invención de la Santa Cruz,
San Lorenzo mostrando á los pobres, cuando se le pidieron los tesoros de la Iglesia,
Ananías volviendo la vista á S. Pablo,
La curación del paralítico por S. Pedro, y
El martirio de S. Sebastián.
De Ibarra se conservan allí mismo:
La visión de S. Juan (Apocalípsis);
En el refectorio:
Varios cuadros de los apóstoles;
En la antesacristía:

La bajada de Jesús al Limbo, con algunos otros cuadros de mérito;

Y finalmente, en el lienzo interior del pórtico:

Varios cuadros que representan la vida de S. Sebastián de Aparicio.

Estos últimos, así como los que estaban en el refectorio y en la antesacristía, son de un autor, cuyo nombre ignoramos, y todos, ó los más, han sido transladados á la Academia de Nobles Artes para enriquecer las galerías de este amable plantel que, no lo dudamos, recibirá algún día de nuestro gobierno toda la protección que merece.

Para concluir las noticias relativas á la iglesia mayor, diremos, que en el presbiterio estuvieron depositadas las cenizas de Cortés, hasta tanto no fueron transladadas á la iglesia del hospital de Jesús, de donde para librarlas de una estúpida profanación, tuvo una persona que sustraerlas ocultamente y remitirlas, según nos han dicho, á la Habana.

En el mismo presbiterio tenían sepultura los provinciales de la orden, y en él también fueron enterrados, entre otros personajes, los siguientes:

El Lic. D. Mariano Esteva,

El general Valencia, y

Da. Dolores Caballero de los Olivos, última condesa del Valle.

En el panteón, situado á espaldas de la iglesia, estaban sepultados; el general Lombardini y el conde de Cossato.

La iglesia de que venimos tratando conserva, además, algunas memorias tiernas, íntimamente ligadas con la historia nacional.

En ella se cantó el primer "Te Déum," en acción de gracias por el triunfo más santo y sublime que ha alcanzado hasta hoy el valor mexicano, la consecución de la Independencia de la patria. Presidió la función D. Agustín de Iturbide, objeto entonces de admiración y simpatías de todo un pueblo; y en esa misma iglesia, diez y siete años después, en 1838, el consumador de la obra más gloriosa, la primera victima de nuestros rencores políticos, recibía de ese mismo pueblo la más patética expresión de arrepentimiento por la ingratitud con que había pagado sus sacrificios: honrábase la memoria del héroe en sus restos transladados á la capital desde el cementerio de Padilla.

La pompa con que se verificó este acto religioso en S. Francisco, es de aquellas que no se ven, sino en ocasiones tan raras y solemnes como esta; y para formarse idea del aspecto imponente que

presentaba entonces lo interior de la iglesia, vamos á transladar aquí un pasaje de la relación que de esa solemnidad fúnebre escribió el Sr. D. José Romano Pacheco. Hélo aquí:

"El fondo de la iglesia estaba vestido de negro desde las bóvedas hasta el pavimento: lo estaban igualmente en toda su altura las cuatro columnas del centro del crucero, resaltando más en aquel inmenso fondo obscuro un haz de tres banderas trigarantes, atadas y colocadas en cada una de estas columnas á cierta elevación. Los colores de todas estas banderas estaban en armonía con un grandioso pabellón suspendido bajo la media naranja, cuyo círculo tenía veintiuna varas de circunferencia, y del cual salían, abriéndose cuatro fajas también tricolores de más de cuatro varas de ancho á colocarse sobre los capiteles de las columnas enlutadas en que se hallaban las banderas. Terminaba este pabellón por su extremo superior en un penacho trigarante. Como para disputar la altura al pabellón se levantaba un suntuoso catafalco á más de treinta pies de elevación; su base tenía seis varas por cada lado del cuadrado con tres ó cuatro gradas: encima un pedestal. y sobre éste la esbelta pirámide. En la cúspide truncada de su cono se coloca

ron los restos de D. Agustín de Iturbide dentro de una urna de cristales y bronce dorado, cerrada con una cubierta de lo mismo, que tenía encima los trofeos en que se miraba erguida el águila nacional: todo el conjunto de cortes y molduras era de un trabajo acabado.....

"En los ángulos de la base del catafalco se veían cuatro columnas de quince pies de elevación, vestidas en todo su tamaño de terciopelo negro, con franjas de oro: estaban coronadas con unos fumigadores ó incensarios, que eran unos enormes jarrones de plata maciza.

"En los dos ángulos del frente se hallaban dos inmóviles granaderos, y tras de ellos, en los costados, dos ayudantes de la persona del Presidente, de riguroso luto, con espada en mano y cubiertos.

"En todos los altares del cuerpo de la iglesia se sucedían sin intermisión las misas de "requiem," que se celebraban por el ilustre difunto, á más de las solemnes que se cantaban en el altar mayor y para las que se alternaban las comunidades religiosasas y el cabildo eclesiástico. En todos los altares, en el sarcófago y en el cuerpo de la iglesia, ardían constantemente multitud de cirios de toda magnitud."

Las cenizas de Iturbide estuvieron ex-

puestas en San Francisco á la veneración pública, desde el día 24 de Octubre hasta el 26, en que transladadas á la Catedral, fueron sepultadas en la capilla de San Felipe de Jesús, donde permanecen hasta el día.

La nación no pondrá sobre el mausoleo que las encierra el sello de la indiferencia ó del olvido.

VII

Las capillas también despiertan en el alma algunos recuerdos, y de sus respectivos archivos pudiera extraerse una crónica interesante, que sería nada menos que una descripción acabada de muchas costumbres piadosas de nuestros antepasados.

En el de la capilla del Orden Tercero se registra la noticia de las tomas de hábito y profesión de varias personas notables de ambos sexos, que se verificaban á veces, y conforme á la calidad del sujeto, con extraordinaria pompa. Hasta el día se conserva memoria de la profesión en dicha orden de la duquesa de Alburquerque, persona ya antes mencionada; porque es de saberse que en aquellos siglos de exaltada y general devoción, no sólo el vulgo, sino los caballe-

ros y damas de más noble alcurnia blasonaban de pertenecer á la gran familia franciscana, y la misma reina Da. Isabel la católica fué tercera.

México se modelaba por España, y los usos y costumbres de los reyes y su corte se reproducían en los virreyes y nobleza en la colonia.

Por lo demás, los terceros de la capital formaban no sólo una asociación encaminada á los ejercicios devotos, sino una verdadera familia, cuyos miembros se daban mutuo auxilio en las necesidades de la vida, y es célebre el asilo de caridad que fundaron para sus enfermos, conocido con el nombre de "Hospital de Terceros."

Para los que no tengan noticia de este establecimiento, daremos la siguiente, tomada de los apuntes que sobre él hicimos en el año de 1861.

Fué costeado de los fondos de la Tercera Orden y ocupa un soberbio edificio que se asienta en el sitio donde estuvieron las casas del mayorazgo de los Villegas, esto es, en una área de mil seiscientos metros cuadrados, comprendida en el ángulo que forman las calle de Santa Isabel y San Andrés. La entrada mira á la segunda de estas calles. Desde la puerta goza el espectador de la vista del

patio principal, que es de lo más risueño, alegrado por plantas siempre en flor, y por las aguas de una bonita fuente que ocupa el centro. Como la mayor parte de nuestros antiguos edificios públicos, se compone de dos pisos con amplios corredores en uno y otro lado, dando al patio principal, estando sostenido el techo de estos por arcadas de majestuosa arquitectura. Tiene capilla, enfermerías con separación para personas de ambos sexos, habitaciones para el capellán y los que asisten á los pacientes, y en una palabra, todas ó casi todas las comodidades apetecibles. Concluyóse la fábrica en Junio de 1756, siendo virrey de México el marqués de las Amarillas.

En el día, suprimida como está la Orden Tercera, ha dejado de existir el hospital, y el edificio está convertido en posada con el título de "Hotel del Ferrocarril."

Sin salir todavía de la historia antigua no pasaremos en silencio un acontecimiento notable enlazado, aunque accidentalmente, con el monasterio de San Francisco; queremos hablar del célebre tumulto acaecido en la capital el día 8 de Junio, infraoctava de Corpus, del año de 1692. Pero la relación de ese acontecimiento exige un capítulo por separado.

XXIV

Hambre y codicia.

En la mañana del 23 de Agosto de 1691 la ciudad de México ofrecía el cuadro de la más espantosa inquietud. Los moradores todos, firmes en la creencia de que el mundo iba á acabarse, corrían despavoridos á los templos, donde, al toque de rogativa, se exponía al Santísimo Sacramento.

Una sombra siniestra se iba extendiendo como un sudario sobre la naturaleza.

El sol parecía agonizante, y las estrellas, como para dar su postrer adiós al hombre, dejaban ver la triste faz en el firmamento, opaco y torvo como la bóveda de una caverna.

Los relojes de la ciudad hicieron oir su voz en lánguidos tañidos: eran las nueve.

En este instante murió la luz del sol: el astro del día desapareció como si una mano monstruosa le hubiera sumergido en un piélago de sombra.

Los luceros brillaron como á la mitad de la noche, y en medio del sepulcral silencio que reinaba en la población, sólo se oía uno que otro ay desgarrador,

el llanto de algún niño perdido en la calle, la sorda voz ó los gemidos del que pide al cielo favor, y el melancólico canto de los gallos.

Fué este un eclipse total de sol, que duró algo más de un cuarto de hora, y á él se atribuyó la plaga de gusano que después cayó á los trigos y causó mucha escasez de mantenimientos.

Perdida asimismo la cosecha de maíz en aquel año, se alarmó justamente la población, previendo el hambre que amenazaba para el siguiente.

Intérprete fiel de esta inquietud fué el P. Fray Antonio de Escaray, de la orden franciscana, que el lunes 7 de Abril de 1692, segundo día de Pascua de Resurrección, predicó en la Catedral en presencia del virrey (que lo era entonces D. Gaspar de Sandoval Sílva y Mendoza, conde de Gálve), de la audiencia y tribunales. Fué el asunto del sermón la falta de víveres, y el predicador se condujo con tal imprudencia, según se expresa el Lic. Robles, "que fué mucha parte para irritar al pueblo, de suerte que si de antes se hablaba de esta materia con recato, desde este día se empezó á hacer con publicidad, atribuyendo las diligencias que hacía el virrey solicitando bastimentos para la ciu-

interés y utilidad suya;" agregando el ismo Robles que el predicador fué en tremo aplaudido.

En tal estado se hallaban los ánimos ando amaneció el día 8 de Junio, tris-mente célebre en los anales de la do-inación española en nustro país.

I

Durante las primeras horas de ese día, ada pudo notarse que fuera capaz de fundir temores.

No así á las cuatro de la tarde, hora n que se vió llegar á las puertas del ar-obispado á una muchedumbre de indí-enas de ambos sexos, todos respirando uror.

Algunos de ellos llevaban en hombros l cadáver de una mujer, mientras otros lecían á voces que ésta había muerto n la alhóndiga á manos de un mulato un mestizo repartidores del maíz, de ue entonces había, como dijimos, gran arestía en la ciudad.

El Sr. D. Francisco Aguiar y Seijas, ue era el arzobispo, dispensaba á los ecesitados en aquel año calamitoso to-los los consuelos que estaban en su ma-no, y se asegura que en socorrer la in-digencia no sólo gastó las rentas de que

disfrutaba, sino que aun contrajo deudas cuando ya aquéllas no fueron suficientes, para continuar tan santa obra. Era además gran protector y, digámoslo así, el paño de lágrimas de los naturales, por lo cual, los de que hablamos, iban á quejarse con él de la tropelía usada con la infeliz mujer que, ya difunta, conducían á su presencia.

Pero sea que él no se hallara á la sazón en su palacio, ó bien que los sirvientes negasen con cualquier pretexto á los quejosos la entrada á la habitación donde estaba, la verdad es, que la familia del prelado no les dió más consuelo que decirles: Ocurran ustedes á Palacio, que allí se les hará justicia.

Enderezaron, en efecto, los pasos hacia las casas reales; pero á la puerta hubieron de dar desde luego con un tropiezo: sus excelencias el virrey y su esposa habían salido, y así lo anunciaron los soldados á nuestros indios, prohibiéndoles con altanería pasar los umbrales.

Despechados por dos repulsas consecutivas, y disimulando la hiel en que rebosaba su corazón, partieron con la difunta apresuradamente por las calles del Reloj hasta el barrio de San Francisco Tepito, de donde era originaria;

barrio que pertenecía á la gobernación de los indios de Santiago Tlaltelolco.

II

Entre tanto, unos veinte de ellos siguieron instando por entrar en palacio, arrojando piedras á las puertas y balcones; mas encontrando resistencia en el cuerpo de guardia, y especialmente en el alférez, hubieron de retroceder pronto hasta el cementerio de la Catedral, donde reforzados con más de doscientos de su misma clase, acometieron de nuevo á los soldados que les hacían frente, arrojándoles una granizada de piedras y aprovechando una de éstas en la mano con que el alférez sostenía la rodela, la cual perdió con el golpe. Para recobrarla le fué menester emplear otras; pero todo su brío se esterilizó ante el denuedo de los amotinados, que le obligaron á refugiarse en el palacio con pérdida de dos soldados, y sin hacer ya más resistencia que cerrar las puertas.

Alentados aquéllos con este triunfo, pusieron fuego inmediatamente á las puertas, provistos, como estaban, de materia combustible, pues allí mismo se la ministró la madera de que estaban for-

madas las chozas situadas enfrente de palacio, que servían á los figoneros.

A las seis de la tade el incendio había cundido por todo el palacio, las casas de ciudad, la cárcel, los oficios de provincia, las viviendas de madera que rodeaban parte de la plaza, en las cuales había tiendas de ropa y comestibles, que se llamaban "cajones."

Las llamaradas despedían una claridad infernal que reflejaba en todos los edificios circunvecinos, y especialmente en la Catedral, que todavía entonces no estaba acabada.

La gente corría llena de espanto por las calles buscando asilo en las casas propias ó en las ajenas.

Los caballeros eran desarmados en el paraje donde encontraban con alguno de los sublevados, si bien no recibían más que esta injuria.

Todo el amor de que antes era objeto el arzobispo se había convertido en odio, como lo probó el hecho de que pasando el Sr. Seijas en su coche cerca de los portales que entonces llamaban de provincia, fué saludado con una lluvia de piedras acompañada de alaridos, derribando de una pedrada al que le servía de sotacochero.

En una palabra, los indios, ordinaria-

-mente mansos y casi indiferentes á la felicidad ó á la desgracia, parecían trasformados por la rabia en unas deidades infernales salidas del abismo para tomar venganza de una raza opresora y maldecida: y en medio de la confusión en que estaba la ciudad, en medio de los ruidos de los carruajes que se alejan, de las puertas y ventanas que se cierran con estrépito, de las voces de los que piden al cielo misericordia y de la trápala de los que huyen de la plaza para ocultarse, domina una voz, un grito imponente y horrible, un acento que resuena en los aires como venido de una región misteriosa y lejana:—¡viva el rey y muera el mal gobierno!

III

Este grito sobrecogía de terror á los que le escuchaban en circunstancias en que podían considerarlo como una amenaza.

El arzobispo había tenido por más acertado retirarse á su palacio, luego que conoció lo estéril de su presencia para poner un dique al desorden.

Los nobles, los caballeros, dando crédito apenas á lo que veían desde sus moradas, no se atrevían á salir á prestar au-

xilio al gobierno; y pensando sólo en el peligro que corrían sus vidas y haciendas, esperaban de un momento á otro verse asaltados en sus propios hogares, bien por los amotinados, bien por el fuego que hacía progresos inauditos en varios cuarteles de la ciudad.

La compañía que daba guardia en palacio, continuaba entre tanto defendiéndose de los ataques que recibiera desde el principio. Colocados los soldados en la azotea disparaban sus armas contra todo el que se ponía á tiro; y aunque les había prevenido el alférez que no cargasen con bala, algunos de ellos desobedecieron esta orden y mataron muchos de los amotinados.

Al ver estos caer á sus compañeros se encendian en nuevo furor, y su audacia ya no tuvo límites: corren de un lugar á otro empuñando horribles teas, en cuya corona de llamas va el principio de la destrucción de toda una casa, quizá de una manzana entera. Un violento huracán coadyuva á sus intentos, y la ciudad va á ser en breve una inmensa pira que reducirá á cenizas el cadáver del despotismo colonial.

IV

En medio de tantos y tan innumerables peligros capaces de poner espanto al corazón más intrépido, hubo sin embargo algunos hombres valerosos. Fué uno de ellos el alférez mencionado, que perdida toda esperanza de contener el tumulto, no pensó ya más que en salvar del fuego las alhajas y preseas de los virreyes, trasladándolas al arzobispado, para lo cual, y asistido de los criados del virrey, abrió un portillo en la pared que da á la casa destinada entonces al balanzario de la caja real, por donde pasaron á la calle y después á las casas del arzobispado, quien les hospedó en ellas aquella noche.

No menos denodado fué otro hombre que, mientras la gente del palacio se afanaba por salvar riquezas, él, con un ardor extremado, con el entrañable cariño de un padre que ve á sus hijos á punto de perder la vida, pugnaba por arrebatar de entre las llamas otra especie de tesoros de más estima: era un clérigo, era el limosnero del Sr. Aguiar y Seijas, que servía de capellán en el hospital del Amor de Dios, y que al saber en su retiro que el fuego había prendido en las casas de

cabildo, corre á ellas acompañado de sus amigos; intentan por las piezas bajas subir á las superiores; no lo consiguen por estar invadidas de las llamas; pero discurren valerse de escaleras portátiles para lograr su intento, y en un instante, forzadas las ventanas, se les ve penetrar en el archivo, de donde sacan, para arrojarlos á la plaza, los códices y libros capitulares que no habían sido presa del fuego, salvando así los monumentos más preciosos de la historia antigua y moderna de nuestra nación que allí se conservaban. ¿Es menester nombrar al sujeto que dió cima á un hecho tan glorioso? ¿Hay mexicanos que ignoren que ese hombre benemérito de las letras, fué nuestro esclarecido compatriota D. Carlos de Sigüenza y Góngora?

Si el denuedo que acreditó en esta vez hubiera tenido imitadores entre las autoridades civiles en la órbita que les correspondía, el incendio habría sido prontamente atajado y los alborotadores reprimidos; mas no parece, sino que estaban resignados á perecer y dejar perecer á todos los vecinos de la capital, bajo los escombros de lo edificios, y sobre todo, bajo el peso de las iras populares.

En este trance el Dr. D. Manuel de Escalante y Mendoza, tesorero de la Ca-

tedral y abad de la congregación de San Pedro, tuvo una ocurrencia que, puesta desde luego en ejecución, fué la medida verdaderamente salvadora de tantos intereses como peligraban, el paso atrevido que hizo salir de su estupor á los funcionarios públicos y demás personas de influencia, y la aurora de paz que conjuró aquella tormenta desencadenada. Pasa al Sagrario de la Catedral, y acompañado de tres monacillos, dos sacerdotes clérigos y un religioso de Santo Domingo, saca en procesión al Santísimo Sacramento; dirígese á la plaza, y advirtiendo que la ruina del palacio era inevitable, retrocede hasta la gran cruz de piedra colocada en el cementerio de la metropolitana, frente á la puerta principal de en medio, y que llamaba el vulgo la "cruz de los bobos."

De allí se encamina hacia la calle del Empedadillo para contener á los indios que ya ponían fuego á las casas del marqués del Valle, y logra con sus exhortaciones que ellos mismos apaguen el incendio en debida veneración al Santísimo Sacramento que llevaba en las manos. Otro tanto consigue en diversas partes; con este arbitrio y el auxilio del presbítero D. Nicolás de Rivas, que predicaba á los mexicanos en su lengua

aconsejándoles la paz, comienza á obtener los resultados más lisonjeros.

Agotadas sus fuerzas por el cansancio, empeña á otro eclesiástico á proseguir en la misma tarea, recogiendo éste los mismos frutos. Siguen después el ejemplo los religiosos de la Merced y de la Compañía de Jesús; y aunque al presentarse los segundos en la plaza, se les recibe á pedradas por venir con ellos algunos paisanos armados, separados éstos alcanzan los religiosos con sus predicaciones un triunfo decisivo y completo sobre los amotinados.

A las nueve estaba sola la plaza, y á la luz sangrienta que despedían los restos del incendio, no se veía más que una que otra figura humana huyendo con paso apresurado, y deslizándose después entre las sombras como fantasmas.

V

Entre tanto, ¿dónde estaban el virrey y su familia?

Los gritos de "¡viva el rey y muera el mal gobierno!" fueron á herir sus oídos y su amor propio en el monasterio de S. Francisco, donde acaso se hallaban de visita, sirviéndoles aquel asilo de un pode-

roso escudo contra los ataques de sus encarnizados enemigos.

En efecto, debieron su salvación al respeto tradicional que los naturales tributaron siempre á los religiosos franciscanos.

Hubo no obstante, quien se atreviera á faltar á ese respeto, procurando penetrar en el convento para arrancar de allí al virrey y la virreyna y entregarlos al furor de los amotinados, valiéndose de un pretexto que tenía visos de verdad.

—¡Una confesión! ¡una confesión, por amor de Dios! se oyó exclamar á las puertas del monasterio en lo más recio del tumulto: ¡una confesión! para un pobre sacerdote que acaba de recibir un balazo!....

Conocieron los religiosos la estratagema, se negaron redondamente á obsequiar los deseos que se les manifestaba, por lo cual se vieron ya descaradamente amenazados de correr la misma suerte que el gobierno, si persistían en tener cerrado el convento para contener á los que anhelaban apoderarse de las personas objeto de tanto encono.

A pesar de esta amenaza, prevaleció el amor y respeto que tenían los mexicanos á la morada de los religiosos, y el conde de Gálve y su familia se salvaron.

VI

Aunque D. Lucas Alamán asiente en su "Tabla cronológica de los gobernantes y virreyes que tuvo Nueva España," que el motín fué reprimido por D. Juan de Velasco, conde de Santiago, que salió á caballo con toda la gente principal, Cabrera, en su "Escudo de ármas de México" y el licenciado Robles en su "Diario de sucesos notables," afirman todo lo contrario, conviniendo en que durante el desorden "nc se vió ni se supo que se tratase de prevenir defensa ó estorbo temporal," y que si bien se presentaron en la plaza el conde de Santiago y algunos otros nobles y funcionarios públicos, fué después de que ya no hallaron á quien castigar, por haberse retirado los principales actores que hicieron papel en las escenas referidas.

Esta conducta, no menos que la actitud hostil que adoptó el gobierno en los días posteriores al 8 de Junio, dieron lugar á que la gente ridiculizase las providencias de aquél, repitiendo en las conversaciones el siguiente adagio: "después de los ladrones, arcabuzasos."

Toda la noche se pasó en el mayor de-

sasosiego, temiendo á cada instante nuevas y más lamentables desgracias.

El número de las víctimas fué crecido, y no obstante los muchos cadáveres que en la misma noche y á deshora fueron sepultados en el cementerio de la Catedral, se hallaron todavía algunos al día siguiente esparcidos en la plaza y en otros lugares.

Al amanecer de este día se encontró en el palacio destruido un pasquín del tenor siguiente:

Aqueste corral se alquila
para gallos de la tierra
y gallinas de Castilla.

Horas después, en conformidad de un bando que se publicó, pusiéronse en arma los habitantes de la ciudad formando cuerpos á manera de nuestros batallones de guardia nacional, y fueron á San Francisco los oidores, los caballeros, el conde de Santiago, y otros doscientos hombres, todos á caballo, á traer al virrey, que vino también á caballo, vestido de negro y con valona, por las calles de San Francisco, en medio de repetidas aclamaciones populares.

Al llegar junto á la Profesa se detuvo la comitiva, y el virrey saludó al arzo-

bispo, que le estaba esperando en aquel sitio, entrando después en el coche del prelado y dejando á la virreina caminar por delante en el que antes ocupaba. En este orden prosiguieron hasta la plaza; dieron vuelta por ella á los gritos de "¡viva el rey y el conde de Gálve!" y encaminándose en seguida á las casas del marqués del Valle, se despidió el virrey del arzobispo y quedóse á vivir en ellas mientras se reedificaba el palacio.

VII

Pasada la sorpresa causada por tan inesperados sucesos, empezaron las autoridades á emplear las medidas de rigor así para descubrir y castigar á los culpados, como para prevenir la repetición de los mismos ó semejantes sucesos.

Hubo arcabuceados, ahorcados y azotados.

Los bandos se sucedían unos á otros con ridícula y asombrosa profusión.

En uno se prohibía, pena de la vida, que anduvieran juntos arriba de cinco indios; en otro se mandó que saliesen á morar fuera de la ciudad, que se les cortasen las melenas y que trajeran el vestido y cabello á su usanza, como se había prevenido varias veces; y en otro, fi-

nalmente, se prohibió el baratillo y el uso del pulque, atribuyendo á esta bebida la culpa del tumulto.

Estas disposiciones produjeron el efecto deseado; mas como no eran las más á propósito para conciliarse á los descontentos, queriendo éstos mostrar su disgusto, á falta de imprenta, apelaron al único recurso de que entonces podían echar mano, y eran los pasquines. Apareció uno en estos términos:

Represéntase la comedia famosa de
"Peor está que estaba."

¿No se ve asomar en estas manifestaciones el espíritu que más tarde dictó la independencia de la patria?

Presentíanlo así los gobernantes, y de ahí emanaban todas las providencias que tendían á sofocar la menor falta de mesura en la expresión del pensamiento, que bien podía decirse estar encadenado, pues que sólo la proclamación de la libertad de imprenta hubiera sido entonces reputada por blasfemia ó herejía.

Con todo, el sistema de pasquines era el medio adoptado por los oprimidos para echar en cara á los tiranos su maldad, cuando el peso del yugo se hacía sentir en extremo; y en esa vez las palabras y los

hechos tuvieron tal elocuencia, que obligaron al gobierno á variar de conducta. En efecto, no parece, sino que el levantamiento de los naturales tuvo una influencia milagrosa en hacer cesar la carestía de mantenimientos, como que luego al día siguiente hubo maíz y trigo en abundancia; de que se concluyó entonces que la falta que antes había de esas semillas fué obra de ciertos personajes que las ocultaron para venderlas, llegada el hambre, á muy subidos precios.

XXV

El Sacristán.

Viniendo ahora al dominio de la historia moderna, el convento de San Francisco nos abre su tesoro de memorias, de entre las cuales sólo escogeremos las que, á juicio nuestro, son más interesantes.

Desde luego la capilla del Señor de Burgos nos invita á consagrar algunas líneas á su célebre sacristán, á Pablo Morales, cuya aventura anda en boca de todos, y que ha dado asunto á una comedia y á varias relaciones novelescas. Añadiremos otra á las ya escritas.

Pablo era el prototipo del sacristán, pero no así como quiera, sino del sacristán mexicano, del sacristán de iglesia rica, á donde concurren diariamente diez ó veinte eclesiásticos á decir misa; amigo del canónigo F., ciego admirador de los sermones del obispo S. y familiarizado, como ninguno, con el lenguaje particular usado en el trato con reverendos y reverendas.

Mocetón afable con las damas que frecuentaban la capilla; sumiso, reverente, y un si es no es adulador de los superiores, sabía captarse las simpatías de los que le trataban obteniendo esa especie de consideraciones que no son ni amistad ni indiferencia, pero que abren la puerta á la confianza.

Bien lo había menester para realizar el proyecto que llegó á concebir en hora menguada.

Pablo no era ambicioso.

Su modesto salario, sus gages no siempre pingües, le ministraban lo suficiente para vivir sin apuros, y estaba contento con su suerte.

Pero llegó á verse, cuando menos lo pensaba, envuelto en las redes acerinas del amor: prendóse de una joven hermosa, y según fundadas presunciones, de fortuna superior á la suya.

Este fué el origen de su desgracia.

Declaró sus ansias; fué desdeñado al principio, correspondido después y al lado de su ídolo llegó á pasar horas de seráficas delicias.

Vino sin embargo, un día en que el desenlace del drama era inevitable: era forzoso casarse.

¡Casarse y sin tener una gruesa suma para comprar ostentosas donas y amueblar una casa decentemente!... esto era un suplicio atroz, insufrible.

¿Qué hacer para haber á las manos esa suma?

La codicia se apoderó entonces del corazón de Pablo, como una serpiente que se desliza por la yerba y se introduce en su guarida de cieno al pie de un matorral.

El sacristán fué otro.

Su genio de ordinario alegre, sus modales zalameros, le abandonaron, dejando en su lugar la aspereza y la melancolía.

—¿Qué tienes, Pablo? solían preguntarle los religiosos al notar este cambio: ¿estás enfermo? ¿estás descontento con el destino? ¿aspiras á mejorar de sueldo? Habla, di, te haremos algunas propuestas que puedan convenirte.

El sacristán contestaba con evasivas.

y seguía taciturno, incómodo, desapacible y mal encarado con todos.

Pero las decoraciones se mudan en el teatro de la vida cuando menos se piensa, y las pasiones, los caracteres, las fortunas, las situaciones políticas se transforman ó se suceden como los cambios de temperatura, como la serenidad del cielo y los nublados, como la aurora y el crepúsculo, y como el invierno que despoja á los árboles de su vestidura y el verano que se la devuelve llena de frescura y lozanía.

Pablo se presentó una mañana en la celda del padre sacristán respirando bienestar y regocijo; sus ojos despedían relámpagos de dicha, de sus labios manaban palabras de miel hiblea, y su semblante sonrosado y expresivo era una fiesta.

—¡Gracias á Dios que te veo como en tus días mejores, Pablo! ¿á qué atribuir tan feliz mudanza?

—¡La Providencia me ha favorecido, padre nuestro! soy rico, muy rico!..... ¡dos loterías á un tiempo!

—¡Cómo es eso! ¡vamos, explícate!

—Sí, señor, como su paternidad lo oye: ¡dos loterías á un tiempo! ¡la de tres mil duros de la Virgen y....y....y.... la de cien mil .... de la.... Habana!

—¡Hombre! tú vas á dar hoy á San Hipólito!.... ¡pobre muchacho! no hay duda, ha perdido la chaveta....sí.... en eso había de venir á parar esa tristeza mortal que sin cesar le devoraba..... ¡pobre!

—¿Pobre?... pobre era antes, hoy,—lo digo en mi entero juicio,—soy un potentado, créame su paternidad, y en prueba de ello, vengo á pedirle los mejores paramentos de la iglesia grande para adornar mi capilla, porque voy á costear en ella una función en acción de gracias, que hará ruido.... ¡qué, es humo de pajas el favor que Dios acaba de dispensarme! Esto será antes de mi partida.... sí.... porque yo mismo he determinado ir á la Habana á cobrar mi dinero, y espere su paternidad buenas albricias á mi regreso.

El reverendo quedó largo rato mirando de hito en hito á su interlocutor, y algo menos incrédulo que antes se manifestó dispuesto á condescender con los deseos que éste le había significado.

Días después, los estrepitosos repiques, las cortinas colgantes de las torres, las ruedas de cohetes, la ruidosa armonía de la orquesta, y la concurrencia de las principales señoras de la capital, ostentando su elegante traje de iglesia, anunciaban

una gran solemnidad religiosa, una fiesta "de tono," en la capilla del Señor de Burgos.

El sacristán, primorosamente vestido, risueño, remozado, con una miradilla distraída, y un tanto cuanto protectora, repartía almibarados saludos á sus numerosos amigos y amigas, y la promesa de darles albricias se desprendía á menudo de sus labios.

Predicó el sermón el señor Obispo Madrid, que era el orador más popular en aquella época, y en él hizo alusión honrosa al sacristán, y á la manera con que correspondía á los beneficios de la Providencia, exhortando á los fieles á imitar una conducta tan noble y edificante.

El templo, á la luz de mil cirios, resplandecía con los ricos paramentos y la muchedumbre de adornos de oro y plata de la iglesia grande. La mitad de aquellos objetos valían cien veces más que el importe de las dos loterías con que había sido premiado Pablo; pero él, á juzgar por el tono de sus conversaciones, imaginábase dueño de una fortuna superior á la de Creso, y tantos tesoros reunidos, apenas le llamaban la atención, si ya no era por amor al objeto á que estaban destinados.

Nueva decoración.

La gente, que sale en tumulto de la

iglesia, los bulliciosos repiques y los truenos de las ruedas de cohetes antisociales, anuncian el fin de la solemnidad.

Pablo recibe nuevas y más cordiales enhorabuenas, y un momento después, todo estaba en silencio en lo interior de la capilla y en el atrio del convento. No así en una sala, donde el brillante Pablo había mandado preparar un refresco para obsequiar á los religiosos y á varios seglares convidados.

Allí todo era algazara

Con el calor del festín, las conversaciones se animaban, tomando un rumbo por donde no podían menos de llegar á lisonjear al héroe del día; y como en torno de la mesa no faltaban personas de cuenta, los juicios que formaban acerca de él y sus hechos, tenían un barniz de autoridad envidiable.

Quién sostenía que el insigne sacristán era verdaderamente digno, por sus prendas, del favor que acababa de dispensarle la fortuna; quién aspiraba á la honra de llamarle amigo, ofreciéndole su casa, su hacienda, su influencia y crédito en la sociedad; éste, abundando en sentimientos más benévolos, le manifiesta que, sin saber por qué, hacía tiempo le era muy aficionado, y que no podía verle con ojos serenos en una situación para la cual ciertamente no había nacido; aquél le juzga-

ba capaz de grandes acciones, y no vacila en pronosticar que será con el tiempo la gloria de su patria; y el de más allá, mirándole con recato á veces, y á veces con estudiado asombro, le pregunta al fin el nombre de su padre y abuelo, concluyendo con exclamar:

—¡Bien me lo decía el corazón! al fin, había de encontrar algún vástago de esta noble familia. Según me han informado, usted se llama Pablo Morales.... nativo de México, ¿no es así?.... hijo de Don Pablo, que casó con.... ¡Oh! ¡vaya! si yo casi, casi puedo tutearte. Figúrate que tu padre y yo, de solteros, nos tratábamos como hermanos, más que hermanos, porque los hermanos suelen andar con pleitos, y Pablo y yo, jamás tuvimos el más ligero disgusto, originado de alguna oposición entre los dos, y antes bien, no podíamos estar el uno sin el otro, y todo entre nosotros era común, dinero, amistades, paseos, goces y pesares..... Pero tu padre casó, y cuando tú naciste, yo tuve que partir á la Habana (adonde irás en breve, y cuenta que para allá te daré excelentes cartas de recomendación) y desde entonces, ni yo volví á saber de tu padre, y sin duda ni tu padre de mí. Pero era forzoso que alguna vez la fortuna me deparase la dicha de abrazar al hijo de mi buen amigo Pa-

blo.... ¡Señores, créanme ustedes! acabo de hacer un descubrimiento que me rejuvenece; este muchacho es un objeto á quien deseaba ver hace tiempo, y que hacia falta á mi corazón.... ¡Pero tú aquí destinado! ¡válgame Dios, y á dónde van á parar las familias cuando falta el cabeza de casa algo más temprano de lo que era regular!.... En fin, la Providencia acaba de deshacer la injusticia con que te ha tratado hasta hoy la fortuna..... Haz por aprovecharte.... ya entraremos juntos en algunos negocios que triplicarán tu hacienda en un santiamén. Sin necesidad de esto, mis bienes son tuyos, y dispón de ellos como gustes.

Pablo estaba aturdido.

Oía alternativamente ó casi á un tiempo, todas aquellas ofertas y alabanzas, sin saber qué contestar, sin acertar á explicarse el por qué de tantas atenciones, dudando si estaba soñando ó despierto, y le zumbaban los oídos como si estuviera á punto de ser atacado de un vértigo.

Pero en sus lúcidos intervalos, sonriendo con el más alto desdén, decía en sus adentros:

—¡Mundo ruin! indecentes cortesanos de la fortuna, hombres de cieno, tigres con aquel de quien nada esperáis, y sabandijas inmundas con el que puede seros de algún provecho!.... ¡Cuánto más val-

go que vosotros, yo, que dentro de poco tiempo seré.... y soy ya.... en fin.... pero á lo menos no me nivelaré jamás hasta vosotros, hasta el fango en que os arrastráis!

Terminada aquella escena, Pablo aparece en la casa de su novia, cargado de joyas y soberbios trajes, para engalanar á la bella el día de la boda, que ya estaba próxima.

Para la novia fué esta visita uno de aquellos acontecimientos que dejan una huella profunda en la memoria, y ella también desconoció al sacristán, pareciéndole más joven, más hermoso, de más talento, y sobre todo, más amable y galán. Algo singular había pasado en él, que ella no sabía lo que era, ni á qué atribuirlo; algo verdaderamente maravilloso que le había transformado en un sér de nueva especie, y que le revestía de un hechizo inefable, irresistible.

Pablo se entristeció mucho más, al notar que también de su novia era objeto de tan desmesurada é intempestiva admiración. Pero, ¿qué hacer? ¿Cómo variar la dirección que regularmente sigue el torrente de los afectos humanos?

A lo menos, aquella mujer no le había desdeñado antes de su engrandecimiento....

Pero llegamos al desenlace del sainete.

Algún tiempo después de los sucesos referidos, se notó en el convento cierto desasosiego, cierto alboroto, que aunque velados al principio por el misterio, no pudieron después ocultarse aún á los ojos menos perspicaces.

Por fin, la causa de aquel sordo movimiento tuvo la más completa publicidad.

—Esto es hecho, Pablo se ha despedido á la francesa, y ni se acordó de dejar sustituto en la sacristía.... ya se vé.... ¡lo que es el dinero!.... ¿qué le importa ahora el convento? ¡y vaya si soy un cándido! ¿pude imaginar que Pablo seguiría en su destino, siendo ya tan rico?

—¡Calle, hermano, qué bien se conoce que no sabe lo que pasa!

—¡Pues qué pasa!

—¡Que el bueno de Pablo ha desaparecido!

—Ya lo veo.

—Pero no así como quiera, sino cometiendo el más horrible de los sacrilegios.... ¡esto es vergonzoso! ¡y que el convento haya alimentado tanto tiempo á esta víbora en su seno!

—Ahora sé menos lo que pasa.

—¡Pues sépalo bien! Pablo se ha fugado, llevándose consigo innumerables alhajas, pertenecientes á la iglesia; ha vendido algunas antes de irse, regaló

otras á su novia, y ni hay lotería de la Habana, ni....

—Pero, ¡cómo ha sido eso! ¡no lo creo!.... Pablo capaz de semejante crimen!.... ¡oh! ¡vamos, su paternidad se chancea!

—¡Nada de chanza! ¡Vaya y tome informes de nuestro padre guardián!..... ya verá lo que le dice.... todo ha sido un ardid de ese tunante.... la función que costeó en la capilla del Señor de Burgos, fué no más que el medio de reunir en un solo lugar la plata y joyas del convento, para escoger lo que más convenía á sus miras.

—¿Y no se procura averiguar el paradero del delincuente?

—Sí; pero hasta este instante, las diligencias de la justicia no han dado ningún resultado satisfactorio. Se cree que todo, ó la mayor parte de lo robado, parecerá; pero á Pablo se lo ha tragado la tierra. No obstante....

—En fin, ya veremos, y este golpe nos hará más cautos en lo sucesivo.

Así departían los religiosos en la sacristía del templo mayor, después de decir misa y antes de tomar el desayuno.

Entre tanto, los objetos robados iban pareciendo en diferentes casas, donde el ladrón los había ocultado. La misma novia fué despojada de las alhajas y preseas

que en donas había recibido de su futuro, como una planta pierde sus flores á impulsos del huracán.

Las requisitorias se sucedían á las requisitorias, y las pesquisas á las pesquisas.

La policía abrió sus cien ojos.

El proceso seguía con la mayor actividad, y el Juzgado continuaba haciendo cada día nuevos y más importantes descubrimientos. Una mañana se supo que en el camino de México á Veracruz, había sido detenido un carro que transportaba un cajón con varias piezas de plata de iglesia: averiguándose la procedencia del cajón, se vino en conocimiento de que un francés residente en la capital, dueño de una casa de empeño, le había remitido á Veracruz, para que de allí siguiera su camino á Europa. El francés fué puesto á buen recaudo, y las pruebas demostraron que era cómplice del sacristán.

Pasado algún tiempo, se hallaron en la casa de otro francés, también residente en la capital, algunos otros cajones, con piezas de plata de iglesia, y examinadas éstas, así como las del cajón antes mencionado, no hubo la menor duda en que eran las de San Francisco. Pero este nuevo cómplice en el robo, había sabido ponerse en salvo anticipadamente.

La causa llegaba ya á su término; pe-

ro, ¿dónde estaba, entre tanto, el principal delincuente?

Nadie lo sabía.

Sin embargo, la Providencia había decretado no dejarle sin castigo.

Pasado algún tiempo, y cuando ya se iba evaporando la impresión que el atentado causara en los ánimos, una comisión de policía se encaminó á la villa de Guadalupe Hidalgo, en busca de un sugeto procesado por otros delitos.

Llega á una tienda, y de entre los dependientes saca á un joven, que tembló y se inmutó extremadamente al recibir aquella terrible visita.

Era de modales decentes; pero tenia el rostro desfigurado con algunas cicatrices... reliquias de quemaduras causadas con piedra infernal. El Maestro de Escuela de los "Misterios de París" había tenido un alumno.

Éste era Pablo Morales.

Transladado á la capital, fué reducido á prisión, en la que hubo de permanecer hasta que sentenciado á presidio por los tribunales que conocieron de su causa, salió de la cárcel para cumplir su condena en Santiago Tlaltelolco, ó en Ulúa, según otros afirman.

Tal fué el desenlace de este suceso, que bien puede considerarse como un episodio de la historia del convento.

Pablo, en el día, está ya en libertad.

Se le ha visto en las calles de la capital como á un habitante de otro planeta transladado al nuestro.

Pasa frente á la casa donde vive la que fué su novia, y no se atreve á pasar los umbrales.

Huye el rostro á sus conocidos, y de sus mejores amigos se recata.

Sólo halla solaz en el convento de San Francisco. Allí, entre los escombros de los derribados muros, imagen de su destino, pasa largas horas entregado á los inefables placeres de la meditación; y cuando endereza los pasos á lo interior de la capilla del Señor de Burgos, no puede menos de suspirar y de verter una lágrima.

XXVI.

Particularidades

La función religiosa con que el astuto sacristán solemnizó el supuesto cambio de su fortuna, nos trae á la memoria la brillantez, la gallardía, el boato que inseparablemente acompañaban á todas las fiestas en la iglesia mayor y capillas de San Francisco.

Lejos de nosotros, la idea de describir esas fiestas que todos los habitantes de la capital, y muchos forasteros, han podido presenciar, llevados de la curiosidad ó de una devoción que jamás quedaron sin recompensa; pero no es dable concluir el bosquejo de la Orden franciscana en nuestro suelo, sin llamar la atención hacia algunos de esos espectáculos religiosos verdaderamente notables por su magnificencia ó por cierto carácter especial.

I.

El de gravedad y sencillez distinguía la festividad vulgarmente llamada "jubileo de Porciúncula," celebrada el 2 de Agosto en los Monasterios franciscanos de ambos sexos.

Desde el día anterior, se empezaba á ganar la indulgencia, visitando las iglesias de los expresados monasterios, que se abrían á los fieles á la hora de vísperas. ¿Véis esos carruajes, que se detienen á las puertas del convento de San Francisco?

De ellos descienden damas bellas y opulentas. que con aire de recogimiento dirigen los pasos al recinto sagrado, á derramar sus lágrimas ante los altares, y á confundir sus suspiros con los de la po-

bre mujer que sólo cuenta para vivir, con un mezquino salario. Esta pide al cielo el remedio de sus necesidades físicas, mientras aquéllas solicitan con ahinco la medicina que cura las dolencias del alma. Ningún estado, ninguna condición, están libres de miserias, y la riqueza suele ocultar en su seno llagas terribles que le carcomen, y que sólo se atreve á descubrir á los ojos de Dios....

El altar mayor está adornado con flores naturales, y en los rayos de oro que circundan el relicario donde se contiene la hostia consagrada, refleja la luz de los cirios, que arden apaciblemente, colocados en hileras, con simetría.

Ligeras nubes de incienso se levantan despacio hacia las bóvedas: tal vez en su camino se encuentran con un rayo solar que penetra por una de las ventanas del cimborrio, y al atravesarle se tiñen de oro encendido.... ¡Imágenes de los pensamientos que nacen de un alma desgraciada! Tristes y adustos mientras se arrastran por la tierra, alegres y risueños cuando se convierten al cielo.

El canto grave y severo de los religiosos, los suspiros del órgano combinados acaso con los tiernos gorjeos del "saltapared," de esa ave que se complace en frecuentar nuestros templos, la muchedumbre, arrodillada, el murmullo sordo

y no interrumpido del rezo fervoroso, todos estos accidentes, reunidos, contribuyen á dar al cuadro un carácter de majestad, de unción y de tranquila y seductora melancolía.

Al día siguiente, hay misa solemne, y no concluye la función sino hasta la tarde, á puestas del sol, precediendo al acto de depositar al Santísimo Sacramento, la majestuosa letanía de los santos, y las preces de la Iglesia, con las cuales el sacerdote pide al Altísimo la abundancia de los frutos de la tierra, y la paz universal del género humano. El mundo, á esa hora, se despide de la luz: las calles y paseos apenas pueden contener el gentío, los hijos mimados de la fortuna corren en pso de unos placeres que si brindan una gota de dicha, pronto entregan á la alma á los descarnados brazos del hastío. Entre tanto, salen del templo los fieles sencillos, para volver al seno de la familia, abrigando en el espíritu una memoria piadosa y un bálsamo en el corazón.

Una palabra acerca del origen de esta festividad:

Hubo á principios del siglo XIII, un joven singular, venerado de muchos por santo, y tenido por visionario en concepto de sujetos no vulgares, de aquellos que suelen ser el mayor obstáculo con que

cha durante su carrera el hombre nacido á cumplir en la tierra un destino extraordinario. Después de renunciar á todos los bienes de fortuna, vestido con un grosero sayal, consagraba parte de su tiempo á servir á los enfermos en los hospitales, y la otra parte á reedificar con su trabajo corporal algunas iglesias hacía mucho tiempo abandonadas: este joven era San Francisco de Asís.

Una de las iglesias á quienes cupo ser objeto de esta solicitud, fué la de Santa María de los Angeles, seiscientos pasos distantes de Asís, y perteneciente á los monjes benedictinos, la cual, reedificada y cedida al santo patriarca de los frailes menores, fué dedicada solemnemente, y pudo desde entonces considerarse como cuna de la Orden.

En el convento anexo á ella, pasó San Francisco gran parte de su vida, y orando allí una noche, por la salvación de los pecadores, se sintió movido á pedir á Dios una indulgencia plenaria en favor de todo el que con las disposiciones debidas, y poniendo por intercesora á la Virgen María, visitase aquella iglesia en un día determinado.

Concedida esta gracia directamente por Dios, según se refiere, fué años después confirmada por el Papa Honorio III, y vinculada no sólo á la iglesia de Nuestra

Señora de los Angeles, sino á todas las de los monasterios franciscanos de ambos sexos; habiendo sido designado para ganar el jubileo el día 2 de Agosto, en que la Orden seráfica celebra la dedicación de la expresada iglesia. Y como por estar ésta situada en una parte mínima de cierto terreno, perteneciente á los benedictinos, era llamada "la porciúncula," de ahí vino que á la indulgencia se le aplicara el mismo nombre.

II.

Del 2 de Agosto, tenemos que transladarnos al 3 de Octubre, víspera del aniversario de la gloriosa muerte de San Francisco de Asís.

En la tarde de ese día, poco antes de vísperas, un repique á vuelo, simultáneo, en los conventos de Santo Domingo y San Francisco, indicaba un acontecimiento repetido anualmente, una ceremonia singular, cuyo verificativo aguardaba con ansia la muchedumbre curiosa de la capital, en las calles de Vergara y San Francisco. Apiñábase en mayor número hacia la esquina de las calles antedichas, con el ordinario acompañamiento de vendedores y vendedoras de golosinas, jinetes y carruajes colocados en fila en las bocacalles, y jóvenes hermosas y elegantemente ve-

tidas, apoyadas de brazos en los balcones de los edificios contiguos.

Momentos después se veía venir á paso lento á la comunidad de religiosos franciscanos, y tras ella, una música militar y un cohetero bien provisto de los temibles productos de su industria. Colocábanse en el sitio poco antes mencionado, vuelto el rostro á la calle de Vergara, como en busca de un objeto vivamente esperado.

No tardaba mucho en asomar, doblando la esquina de las calles de Vergara y Santa Clara, la comunidad de religiosos dominicos, que continuaba caminando por la primera de las calles indicadas, hasta llegar al punto donde se hallaban los franciscanos.

En el momento del encuentro, la compañía de músicos llenaba el aire de alegres armonías, y el cohetero enarbolaba gentilmente una asta, coronada de una rueda de cohetes, con la mecha encendida, la cual rueda empezaba inmediatamente á girar con celeridad vertiginosa y á espantar con truenos y horribles zumbidos á caballos, niños y mujeres.

Entre tanto, cada religioso de una comunidad saludaba con un abrazo á un individuo de la otra, eligiendo al que le correspondía en dignidad ó categoría; y concluída esta ceremonia, se dirigían jun-

tos al convento de San Francisco, donde los dominicos daban principio desde luego al oficio de vísperas.

Ese encuentro era el que conocía el vulgo con el curioso nombre de "El Topetón."

Al día siguiente, en la misa solemnísima celebrada en honor de San Francisco, oficiaban también dominicos, lo que correspondían de la propia manera los franciscanos de la festividad de Santo Domingo.

Estas demostraciones recíprocas de benevolencia, tenían por cimiento un hecho antiguo: la confraternidad de dominicos y franciscanos, que aun en los tiempos tormentosos de las disputas escolásticas entre tomistas y escotistas, se conservó á lo menos en apariencia. Nació de la amistad con que vivieron ligados los patriarcas de las Ordenes de que vamos hablando, y que tuvo principio desde que se conocieron en Roma, cuando San Francisco pasó á esa ciudad á solicitar del Papa Honorio III la confirmación de su instituto.

III.

¿Sabe el lector, qué es calenda, y especialmente, qué es calenda de Navidad?

Calenda, en el oficio divino, es la lec-

tura del martirologio romano que se hace diariamente en los coros de las iglesias catedrales y de las comunidades religiosas, para recordar constantemente, como una lección á los cristianos, los ilustres hechos y las virtudes de los santos que han florecido en todos tiempos y naciones.

Calenda de Navidad es la relación en que se determina la fecha del nacimiento del Salvador, computando el tiempo con arreglo á diferentes épocas históricas.

La celebración de esta Calenda era también otra de las particularidades de nuestros frailes menores, y para dar á conocer el ceremonial usado en ella, copiaremos aquí la descripción que de él nos hace el "Tercer Calendario Franciscano," y es la siguiente:

"La víspera del día en que celebra la Iglesia el nacimiento del Salvador del mundo, á las cinco y media de la mañana, se toca con una esquila de las que sirven en los días de primera clase, y mientras ella suena, van entrando al coro, completamente iluminado, todos los religiosos, aun los que por ocupaciones ó enfermedad están dispensados de esta obligación. Se canta la hora de prima, con acompañamiento de órgano, y concluída la última oración, viene de la sacristía un sacerdote, revestido de capa pluvial mora-

da, con el martirologio en las manos, precedido de la cruz alta y ciriales con los religiosos legos de roquete, y cirios encendidos, en forma procesional. Llegado á la puerta del coro, descienden todos de sus asientos al plano, y formados en dos alas, se coloca el celebrante en el medio, incensa tres veces el libro, y comienza á cantar la calenda, que vertida al castellano, es como sigue:

"A los cinco mil ciento noventa y nueve años de haber creado Dios el cielo y la tierra, dos mil novecientos cincuenta y siete del diluvio, dos mil cincuenta del nacimiento de Abraham, mil quinientos diez de la salida del pueblo de Israel, de Egipto, conducido por Moisés, mil treinta y dos de la unción del Rey David, en la semana sesenta y cinco del profeta Daniel, olimpiada ciento noventa y cuatro, á los setecientos cincuenta y dos años de la fundación de la ciudad de Roma, y cuarenta y dos del imperio de Octaviano Augusto, estando en perfecta paz el orbe, en la sexta edad del mundo, Jesucristo, Dios Eterno, Hijo del Padre Eterno, queriendo consagrar el mundo con su piadosa venida, á los nueve meses de concebido por obra del Espíritu Santo, nació en Bethlehem de Judá, de María Virgen, hecho hombre.

"A estas últimas palabras se postran

todos los religiosos, con la frente hacia el suelo.

"Después de las preces de costumbre, para pedir á Dios un día feliz, salen el sacerdote y los acólitos, y el corista más antiguo pronuncia un discurso breve para preparar á sus hermanos á celebrar la Natividad de Jesucristo. Al salir del coro los religiosos, se saludan cordialmente, dándose los parabienes por haber podido celebrar un aniversario más, de la salud del género humano: la conclusión del oficio se anuncia con un repique.

"Quien presencie un ceremonial tan minucioso, sin reflexiones de ninguna especie, lo creerá inútil; pero el que inquiera los motivos que tuvo su autor para arreglarlo así, verá el recuerdo anual de un acontecimiento el más grande, y que dió principio á la era del mundo católico, anunciado primero á pobres pastores de corazón humilde y sencillo, comunicado por éstos á los hombres sabios y poderosos, que juntos tributaron el homenaje de gratitud al recién nacido Infante que venía á dar la alegría y la paz á la tierra.

"La historia del patriarca de los menores, nos dice que él en esta festividad excitaba amorosamente á todos para que con santa alegría le celebrasen, y hasta quería que los animalillos domésticos tuvieran doble ración de la ordinaria, y es-

te, sin duda, es el origen del sermón de la calenda de Navidad." .

IV.

No daremos punto á esta relación, sin consagrar algunas líneas al modo especial con que celebraban los franciscanos sus capítulos provinciales, y que, sin duda alguna, fué ideado para alejar de estas juntas canónicas las intrigas y escandalosos desórdenes de que no pocas veces adolecían las de las demás comunidades de regulares. ¡Cuántas veces en los conventos de San Agustín y Santo Domingo, fué menester la presencia del virrey ó de los oidores para hacer volver al orden á los religiosos descontentos con el resultado de alguna elección! ¡y cuántas veces, ya en nuestros tiempos, para lograr el mismo efecto, se ha tenido que recurrir al auxilio de la fuerza armada.

No era éste, en verdad, salvo algún caso raro, el carácter de los capítulos que celebraba la provincia del Santo Evangelio.

El sábado de una de las semanas que preceden á la Pascua del Espíritu Santo, al medio día y al toque compasado de una esquila, iban llegando al convento uno á uno, todos los prelados de las va

rias casas pertenecientes á la provincia, los cuales tenían derecho de votar.

Los foráneos venían, regularmente, acompañados de algunos naturales, á quienes ellos mismos habían educado, y que miraban como á hijos.

Reunidos en el convento, se les alojaba en las celdas destinadas á los huéspedes, sin permitirles comunicación alguna entre sí, lo cual se ejecutaba mediante los celadores nombrados al efecto, de entre los mismos religiosos, y que recorrían incesantemente el departamento habitado por los vocales.

En esta especie de cónclave permanecían hasta el momento de la elección, que se verificaba á los ocho días, pasada la cual, se daban gracias á Dios, en el templo mayor del convento.

Elegidos el provincial y demás prelados, tenían que llenar algunas formalidades, entre otras, dar parte al Gobierno, del resultado de la elección, lo cual se observaba desde el tiempo de la dominación española, como se comprueba con el auto acordado de 8 de Mayo de 1732, por el cual se disponía: "Que siempre que se celebren capítulos generales por las sagradas religiones y provincias de esta gobernación, siendo en esta ciudad y sus confines, los provinciales que salieren electos, y demás prelados locales, priores,

guardianes, comendadores y rectores, den noticia personalmente de sus empleos á todos los ministros togados de esta real audiencia, de cuya ceremonia les avisen los escribanos de cámara, siempre que se celebren capítulos."

Los electos hacían, además, una visita de etiqueta al Virrey y demás autoridades de primer orden; y en cuanto á las otras provincias, tenían obligación de remitir, y remitían, al gobierno, las tablas de la elección de sus respectivos capítulos. Celebrábanse éstos cada tres años.

Secularizados en gran número los conventos de franciscanos, desde mediados del siglo décimo séptimo, según ya hemos dicho, y no poco amortiguado el espíritu monástico hacia fines del anterior, los capítulos celebrados en el actual presentaron el aspecto de una reunión común en cuanto á la suma de concurrentes. No así los que se verificaron en tiempos más lejanos, entre los cuales hubo alguno que por lo copioso pudo compararse con el primero que celebró la orden seráfica, á que asistieron más de cinco mil frailes, y que se llamó "el capítulo de las esteras," porque de ellas principalmente, se levantaron en un espacioso campo, cerca del convento de Nuestra Señora de los Angeles, antes mencionado, las celdas nece-

sarias para alojar á tan numerosa concurrencia.

XXVII.

Un Pronunciamiento.

No parece, sino que el convento de San Francisco está predestinado á representar un papel importante en las conmociones populares.

Ya hemos visto, hace poco tiempo, cómo sirvió de asilo al conde de Galve y su esposa, durante el tumulto acaecido en 8 de Junio de 1692; la misma hospitalidad brindó al marqués de Gelves en el motín de 15 de Enero de 1624, ocasionado por las diferencias suscitadas en materia de jurisdicción entre el virrey y el Arzobispo Don Juan Pérez de la Serna, cuando para sustraerse aquél al furor de los amotinados, tuvo que salir de Palacio, mediante un disfraz, y refugiarse al convento de San Francisco, donde estuvo diez ó doce días encerrado en una pieza obscura que servía de cárcel, detrás del refectorio.

En estos dos casos, las olas de la revolución se han estrellado contra los muros del convento, por haber servido éste

de reparo á los que tuvieron la poca cordura de motivarla; pero hay un caso en que, por el contrario, la revolución fué quien tomó asilo en la morada de los religiosos para preparar desde allí sus ataques contra las autoridades constituidas, y este caso pasó en la noche del 14 de Septiembre de 1856.

Todos sabemos cuánto se afanó el partido conservador en derrocar la administración que tenía en sus manos los destinos de la nación en aquella época memorable.

Días antes, la policía había informado al Gobierno, repetidas veces, de que en los conventos de San Agustín, Santo Domingo y San Francisco, había reuniones de gente sospechosa, hasta horas avanzadas de la noche.

"Al mismo tiempo (leemos en la obra titulada "México en 1856 y 1857"), se supo que en una casa de la calle de Medinas, había también juntas y conferencias que se daban la mano con las otras; que se estaban reuniendo armas en algunas casas inmediatas á aquellos conventos, y que varios religiosos, entre ellos un P. Angel, excitaban á la plebe de los barrios para que se levantara contra el Gobierno. Más tarde hubo indicios de que el Dr. Serrano, provisor de Puebla, ministraba los fondos necesarios para un movimien-

to, por medio del P. Miranda y de otros agentes. Y por último, después de otras noticias más ó menos fundadas sobre el caso, adquirió el Gobierno la certeza de que se aproximaba un grave peligro para el orden público, por un capitán de la guarnición, que habiendo sido invitado para tomar parte en el movimiento, se lo manifestó al comandante general del Distrito, agregándole que á la cabeza de la revolución debía ponerse el General Don Florencio Villarreal, sobre lo cual se formó un proceso en aquellos días. Todo esto hizo que el Gobierno estuviera alerta, para no dejarse sorprender por un golpe inesperado; pero como el más profundo secreto envolvió en aquella ocasión los trabajos de sus enemigos, no supo más, hasta el 14 de Septiembre, por la noche, en que una señora solicitó hablar al Presidente, y le dió noticias más exactas acerca de aquella revolución, diciéndole que estaba preparada para el 16, á la hora de la procesión cívica."

"Algo se había traslucido de estas especies en el público; pero, acostumbrado éste á tales rumores, no les había dado mucha importancia, cuando en la mañana del 15, la ciudad se vió repentinamente sorprendida con una escena que pasaba en San Francisco. Las puertas del convento estaban cerradas; los frailes es-

taban presos; guardias dobles de soldados, custodiaban el edificio, y la multitud se agolpaba allí, curiosa de saber lo que había pasado. Pronto corrió la noticia: un oficial del batallón de Independencia se había pronunciado aquella noche con algunos soldados del Cuerpo y algunos paisanos: las autoridades habían tenido pronto aviso, y en la madrugada habían estado allí el Presidente de la República, el Gobernador y el comandante general del Distrito, para sofocar el movimiento."

Abortó éste, merced al valor y energía del mayor del mismo batallón de Independencia, Don Vicente Pagaza, el cual, auxiliado de los oficiales Don Pedro Valdés, Don Ramón Salazar, y otros, logro desarmar al jefe pronunciado, y hacer volver al orden á los soldados comprometidos en la asonada.

Al día siguiente, aniversario de nuestra Independencia, salió á luz un decreto de la autoridad, reducido á estos dos artículos:

1o. Para la mejora y embellecimiento de la capital de la República, en el término de quince días, contados desde la fecha de este decreto, quedará abierta la calle llamada Callejón de Dolores, hasta salir y comunicar con la calle de San

Juan de Letrán, y se denominará calle de la Independencia.

2o. Se demolerán los edificios y se ocuparán los terrenos necesarios, por causa de utilidad pública, previa indemnización ajustada con los propietarios.

"El 17 (dice el "Calendario Franciscano") amaneció triste y lluvioso; los religiosos celebraron en el altar de la Impresión de las Llagas de su santo patriarca, el aniversario de este acontecimiento, y al retirarse uno de ellos se quejaba de la distracción que notara en otro al cantar los oficios, y manifestando grande temor porque los expulsaran de su convento."

Este temor no era infundado; nacia de un presentimiento que hubo de confirmarse en el mismo día, como lo probó el decreto cuya parte substancial está contenida en los artículos siguientes:

1o. Se suprime el convento de franciscanos de la ciudad de México, y se declaran bienes nacionales los que le han pertenecido hasta aquí, comprendiéndose la iglesia principal y las capillas, que con sus vasos sagrados, paramentos sacerdotales, las reliquias é imágenes, se pondrán á disposición del Ilmo. señor Arzobispo, para que sigan destinados al culto divino.

2o. El Ministerio de Fomento dictará

las medidas conducentes al aseguramiento y enagenación de los bienes declarados nacionales en este decreto.

3o. El producto de dichos bienes se repartirá desde luego en el orfanatorio, casas de dementes, hospicio, colegio de educación secundaria para niñas, y Escuela de Artes y Oficios de esta capital.

En el referido decreto se indica como fundamento de las disposiciones que abraza el hecho de haberse sorprendido infraganti delito, y en los claustros y celdas del mismo convento, muchos conspiradores, y entre ellos, varios religiosos.

Peligroso, y mucho, es juzgar los sucesos contemporáneos. Cuando la pasión, aún ardiente, y los intereses heridos se interponen como una sangrienta nube, entre los hechos y el entendimiento, es más prudente callar que pretender salvar el círculo de lo presente y usurpar á las generaciones venideras el derecho de fallar definitivamente.

No obstante, hay hechos, como el que nos ocupa, tan claros de suyo, que por más que el espíritu de partido se empeñe en embozarlos, aparecen en toda su desnudez. En este caso, el juicio que acerca de ellos se forma, es involuntario y exacto, como que se trata de hechos evidentes.

Hemos oído opinar de diversa manera

con respecto al papel de la comunidad de franciscanos en la asonada de que se trata, sosteniendo algunos que no tuvo en ella ninguna parte, mientras otros afirman, por el contrario, háber sido ella su principal móvil. Unos y otros van descaminados acaso, por no tomarse el trabajo de hacer competentes indagaciones antes de pronunciar sentencia, que si así fuera, habrían adquirido una certidumbre completa, en cuanto cabe, acerca de la realidad.

Hechas esas indagaciones, se llega, inevitablemente, á esta conclusión: los religiosos fueron culpables, y, por tanto, se hicieron acreedores al condigno castigo.

No hay que atribuirles parte mayor de la que realmente tuvieron en el hecho: no fueron los promovedores de la sedición: pero hubo alguno de ellos inodado en el delito, y en lo general, no pueden alejar de sí el cargo de encubridores. El convento no es un sitio público; en su recinto, en el atrio, á donde no se entra sino por dos puertas, cuyas llaves guardaba el portero, fueron sorprendidos los conspiradores á deshora, en masa, casi en tumulto y próximos á desbordarse por la ciudad como un torrente. ¿Quién si no los religiosos, pueden ser responsables de este hecho?

Por lo demás, el Gobierno, si fué ri-

goroso en el castigo, fué también clemente, y cinco meses después de la supresión de la comunidad, en 19 de Febrero de 1857, á petición de algunos sujetos de los más distinguidos del partido liberal, se expidió un decreto absolutorio que comprende los siguientes artículos:

1o. Se concede á los franciscanos de la ciudad de México, la gracia de restablecer su convento en la parte del mismo edificio que designe el Ministerio de Fomento.

2o. La autoridad respectiva sobreseerá en la causa que se estaba formando á los religiosos del expresado convento.

Con esta página se cerró la historia de un suceso que dió abundante pasto á la prensa y á las conversaciones, y que tuvo un eco prolongado en toda la República.

Reflexionando sobre su naturaleza y causas que le prepararon, no puede menos de presentarse al entendimiento como una prueba dolorosa de las inconsecuencias y extravíos á que conduce el ciego espíritu de clase, cuando preocupado por mezquinos intereses actuales, se desentiende de las ventajas más positivas y duraderas vinculadas al sistema de principios que constituyen la fe social, política y religiosa del presente siglo.

El gran problema que actualmente tra-

ta de resolver la humanidad, que conmueve sin cesar el espíritu de las naciones, y de cuya resolución está pendiente el porvenir del mundo, es, á juicio nuestro, la aplicación práctica, y en su sentido más lato, de la filosofía del cristianismo al gobierno de las sociedades. Así se comprende en todas partes, aun cuando al plantearlo se le dé á conocer con nombres diferentes. Pero llámese como se quiera: socialismo y progreso en Francia, filosofía en Alemania, filantropía en Inglaterra, y libertad en América, á través de todas estas denominaciones, por diversas que parezcan las ideas que envuelven, se descubre en substancia un solo principio cardinal, único, absoluto: el principio evangélico, el principio de caridad elevado á la categoría de principio político y humanitario.

Pero la resolución del problema, la adopción del principio así formulado, encuentra vigorosas resistencias de parte de los sostenedores de inveterados abusos, de parte de los campeones de lo antiguo sólo por antiguo, y de parte de los eternos adversarios de toda innovación, aun cuando sea enderezada al bien. Esas resistencias constituyen la guerra incesante que se hace en Europa al principio evangélico, invocando la idea monárquica y el legitimismo, mientras en México tiene

que sostener la misma lucha contra lo que se apellidaba partido de religión y fueros, de orden y garantías, y hoy, sin máscara, "partido histórico ó de las tradiciones," como si tradiciones no quisiera decir para nosotros lo mismo que conquista sangrienta, explotación de la raza indígena, depravadas costumbres de los magnates, ignorancia del pueblo, tribunal del Santo-Oficio, y como si partido histórico pudiera significar en nuestro país otra cosa que clases privilegiadas, distinción de castas, tributos para enriquecer el tesoro público de España, tiranía sistemada y correlativa desde la primera hasta la última de las gradas sociales, mengua de la dignidad humana, y, en una palabra, gobierno colonial....

Y sin embargo, el alción se cierne en medio de la tormenta, mirando impávido las olas embravecidas, cuidando apenas de los rayos que por donde quiera lanzan las nubes, porque espera ver en breve hacia el Oriente, la serena luz que apacigua las tempestades: el principio es combatido, pero no vencido; zozobra, pero se levanta; y cuando se le juzga próximo á perecer, asoma, triunfante y coronado de esplendor.

¡Lucha gloriosa en que la verdad prevalece contra el error, la luz contra las sombras!

Mas, ¿por qué se ven filiados entre sus más encarnizados enemigos á los mismos que debieran sostenerle, aun á costa de su sangre?

El sacerdote del Altísimo, el que se llama sucesor de los apóstoles, ¿es precisamente quien le niega? ¿Desconocéis la doctrina de Jesús, porque tiene ya más vastas aplicaciones, porque del terreno de las costumbres pasa á entronizarse á la esfera de la política, porque permaneciendo la misma en su esencia, muda de nombre?

El principio cristiano no se transforma; se desarrolla, se dilata, en proporción de las necesidades de los tiempos, de las civilizaciones y de las circunstancias especiales de los pueblos. ¿Por qué, pues, atenerse sólo á sus inmediatas consecuencias, y negar y oponerse á las más remotas? Jesús dijo: yo soy la luz del mundo; ¿y queréis que la luz no se propague hasta las regiones más lejanas?

Desde el instante en que se acepta el principio de caridad, hay que reconocer el de igualdad social de derecho, porque ante Dios y ante la humanidad, ningún hombre es superior á otro, porque ni la fuerza física, ni el talento, ni aun la misma virtud, pueden ser un título para dominar necesariamente, y porque la caridad nivela todas las condiciones y todos

los poderes que derivan de la naturaleza ó de la fortuna.

De aquí la apoteósis de la voluntad humana;

El dogma de la soberanía popular;

El derecho de las naciones para constituirse libremente;

La injusticia de los privilegios;

El derecho de destruir ó repeler la opresión;

Y la facultad santa para hacer volver las sociedades viciadas al sendero de lo justo;—de aquí la Reforma.

Estos principios, que constituyen el evangelio social y político de los pueblos modernos, empezaron á tener aplicación entre nosotros, desde los primeros lustros del siglo actual, y el inmediato fruto del principio cristiano en nuestra nación, fué la independencia.

Para el triunfo de tan noble causa, se afanaron, de mancomún, todos los hombres descollantes por su elevada inteligencia y por sus sentimientos generosos; y consecuentes entonces con el alto destino á que están llamados en el mundo, varios eclesiásticos la apadrinaron con cariño, combatieron otros por ella en el terreno de la política, y no pocos le sacrificaron su bienestar en las cárceles, ó su sangre en el cadalso ó en los campos de batalla. ¿Hay necesidad de comprobar es-

te aserto, citando los nombres de Orcillez, Luna, Mejía, Jiménez, Villaseñor, Vargas, Saenz de la Santa, Oronoz, Cano, Manrique y Navarrete, también ilustre por otros títulos? ¿Quién ignora que fray Bernardo Conde y fray Carlos Medina, franciscanos, compañeros del héroe de Dolores, fueron sacrificados por el Gobierno español en la hacienda de San Juan de Dios, inmediata á Durango, la mañana del 17 de Julio de 1812? ¿Y quién ignora que el Ilmo. Don fray José María de Jesús Belaunzarán, de la orden de franciscanos descalzos, con un valor heróico y digno del célebre Papa que contuvo el furor de Atila, arrostró con los peligros de una situación espantosa, por oponerse al degüello que en el año de 1810 inundó de sangre á Guanajuato?

Sí, el período sublime de 1810 á 1821, admiró entre los héroes de nuestra grandiosa epopeya á varios individuos del clero mexicano, y con ellos no pocos hijos de la orden seráfica. Y esta conducta era lógica. Los que siempre habían abogado por la causa de los oprimidos, ¿podían permanecer espectadores egoístas en los momentos solemnes en que la voz de libertad resonaba desde las desiertas sabanas de Nuevo-México, hasta las abrasadoras regiones de Yucatán y Guatemala?

¿Por qué renegar después de tan honrosos antecedentes? ¡Fulminaron contra el despotismo extranjero, y se filian entre los sostenedores de la tiranía doméstica! ¡Hicieron pedazos el dosel de los virreyes y conspiran á que la nación conserve sus resabios de colonia! ¡Rompieron las cadenas de la arbitrariedad, y se declaran campeones del privilegio, y amamantan y acarician el abuso!

¡Los bienes eclesiásticos!....

¡Quién de vuestros mayores los tuvo! ¿Olvidáis que el patriarca de vuestra orden sagrada los miraba con horror, por peligrosos, y vinculó su dicha en despreciarlos? ¿Olvidáis que el fundamento de su regla fué este consejo del Evangelio: "No queráis tener oro, ni plata, ni dinero; ni en vuestros viajes llevéis alforja, dos túnicas, ni zapatos, ni báculo?" ¿Y olvidáis, por último, que una de las razones que tuvo Cortés para pedir al Emperador religiosos de vuestro instituto, que viniesen á evangelizar á los naturales, fué la sencillez y pobreza de sus costumbres, en nada semejantes á la pompa y boato que despliegan los altos dignatarios de la Iglesia? ¿Por qué, lo diremos otra vez, renegar de tan honrosos antecedentes? ¿por qué detenerse á la mitad del camino?

El espíritu de clase, sí, sólo el espíri-

na de clase, que es el egoísmo individual convertido en egoísmo mancomunado de muchos, es el que ha podido poner una venda en los ojos de los eclesiásticos que combaten contra la idea progresista, para no ver la inconsecuencia de tal conducta, pues que la Reforma en su sentido genuino, no es más que la consumación de la Independencia.

XXVIII.

Estado actual del Convento.

Pero la Reforma es un árbol á cuyo tronco y ramas vegetan adheridas algunas plantas parásitas, que suelen impedir su natural y benéfico desarrollo. Esas plantas que por su organización repugnan la savia generosa de aquél, y que extraen de la tierra jugos venenosos por alimento, producen abundantes aunque dañados frutos; produciéndolos también la Reforma, si bien de diferente naturaleza; mas como aparecen unos al lado de otros, los de la planta venenosa junto á los del árbol saludable, he aquí por qué la ligereza ó la mala fe los confunden frecuentemente, para desacreditar al segundo.

Por lo mismo, hay que saber distin-

guirlos, para no tomar unos por otros, ni atribuir al espíritu de la Reforma las hazañas de algunos reformistas.

Esta distinción es aún más necesaria para el que observa el estado lastimoso en que se encuentran varios conventos de la capital, como efecto de una destrucción injustificable, y entre ellos, el de San Francisco.

Hay, por desgracia, en nosotros, una fatal tendencia á imitar lo malo de las demás naciones, y especialmente, de la francesa. No parece sino que teniendo en poco lo de casa, sólo en lo extraño hallamos mérito y atractivo. Desdeñamos ser mexicanos, y cómicamente nos hacemos artistas, poetas, literatos y políticos á la francesa.

¿Gobernamos como conservadores? Pues hay que crear títulos y condecoraciones; hay que aplicarse un "alteza serenísima" y exhumar la "orden de Guadalupe," sólo porque las monarquías europeas se engalanan con bagatelas de esta especie, que son para la vanidad de los hombres lo que los juguetes para el candor de los niños.

¿Somos liberales? ¡Ello es otra cosa! ¿Quién duda que 93 debe ser nuestro modelo? ¡El árbol de la libertad ha de ser regado con sangre para que fructifique; las logias y los clubs son de imprescindi-

ble necesidad; en los congresos, debe haber "izquierda" y "derecha;" nada antiguo, "recedant vetera;" muerte á los monumentos del obscurantismo; abajo los templos, y de ellos no quede piedra sobre piedra!....

¡Triste monomanía! ¡Pueril remedio! Hasta en esto obedecemos todavía el impulso español, porque en la Península se representaron las mismas bufas escenas durante el período de su revolución reformista.

Séamos conservadores ó progresistas, en hora buena; pero sepamos serlo á nuestro modo, conforme á nuestras costumbres y á nuestros hábitos, teniendo en cuenta las circunstancias peculiares de nuestra civilización, abandonándonos á las inspiraciones de nuestro genio y sin chocar con nuestro carácter nacional; en una palabra, séamos conservadores ó progresistas, pero séamos, ante todo, mexicanos.

Por no proceder de esta suerte, vemos en el día abandonados, desmantelados, casi derruidos, los famosos templos del convento de San Francisco, y todo ello sin qué ni para qué.

De los objetos preciosos que contenían, excepto algunos cuadros, nadie da razón. Su producto, si es que fueron enagenados, estamos casi ciertos de que no

ingresó en el tesoro público. Bien es que en cambio habrán quedado muy satisfechos los micos de la revolución francesa, y un tanto cuanto, saciada la voracidad de algunos vándalos que se empeñan en cubrirse con la bandera del progreso.

El desorden que suponen estos hechos, no ha podido atajarlo el gobierno en los primeros días que siguieron al triunfo de nuestra gloriosa revolución, porque no estaba en su mano, porque tenía preferentes atenciones, porque otros puntos de más vital importancia atraían sus miradas hacia las altas regiones de la administración; mas al presente, ¿qué obstáculo habría para que los templos de que se trata fuesen consagrados de nuevo al culto cristiano, como lo están, por ejemplo, los de Santo Domingo y la Profesa?

Aunque forman parte respectivamente, de los lotes en que se ha dividido el convento, para enagenarlo, es un hecho que pocos de esos lotes, si alguno, han de tener compradores, á lo menos por ahora, ya se atienda á lo subido de los precios, y ya á lo difícil que es ponerlos en vía de producir, pues que prescindiendo de los costos que demanda la construcción de edificios habitables al gusto del día, la mera operación de echar abajo los existentes en los mismos sitios, requiere un capital.

Así que, por una parte nada se pierde, y por otra, algo se lograría con restituir esas iglesias á su anterior destino; se lograrían cuando menos, las simpatías de todos los pechos sensibles, que no pueden menos de deplorar la ruina inminente de unos monumentos levantados á costa de los sudores de los naturales, enriquecidos por la munificencia de muchas generaciones, y que son verdaderamente el sagrario de las más tiernas memorias nacionales.

Allí gustaron momentos de tranquilo bienestar nuestros abuelos; de su recin brotan quizá para muchos individuos de la actual generación, los recuerdos más queridos de la niñez ó de la juventud; y en el período tormentoso de la efervescencia de las pasiones, cuando abrumado el corazón por los cuidados de la vida, herido de crueles decepciones, anhela un mundo desconocido y se siente, digámoslo así, ávido de infinito, ¡cuántos de nosotros no han hallado la paz, la resignación y aun la esperanza, debajo de aquellas bóvedas amigas que escucharon la oración de nuesrtas madres y que acogieron complacidas la exaltación de su fe religiosa!

En el día, las puertas de esos templos están cerradas para el infortunio: todo es desolación, vacío lúgubre, ambiente de

fosa, en aquellos edificios gigantescos, en cuyo interior han sucedido, á las solemnes armonías del órgano, los vagos suspiros del viento, que tiene libre paso por las ventanas sin vidrieras y ennegrecidas con el musgo.

Si de las iglesias se pasa á la sacristía mayor, y se atraviesa después por los patios solitarios; si se recorren las abandonadas galerías; si se visitan las celdas, ahora deshabitadas, y donde tantas existencias tuvieron asilo, el alma experimenta un sentimiento indefinible.... ¡cuántos secretos no guardarán entre sus sombras aquellos muros carcomidos!

Finalmente, al despedirse del recinto silencioso desde una de las puertas que dan á la calle, no se puede menos de mirar por última vez aquella antigua mansión, comprendiendo entonces toda la tristeza, toda la amargura que encierra esta expresión de Arolas: "fué un convento."

Sí, allí está el inmenso edificio; allí se divisa el pórtico desierto, aquí el atrio con algunas losas separadas de sus lugares, en parte anegado y en parte sembrado de escombros, más allá la torre sin campanas, y la portada debajo de cuyas cornizas forma su nido la golondrina.... sí, pero todo esto ya no es el convento, es la fantasma del convento. El tiempo hará desaparecer aún ese resto desolado.

Hablando así en lo más recóndito del alma, ponemos las plantas en la calle, y nos confundimos con la muchedumbre indiferente, sintiendo abrumado el espíritu con un mundo de recuerdos, como si acabara de tener una entrevista con la eternidad.

LA CONCEPCION

I.

Años antes de la fundación.

Conventos hay fuera de la ciudad de México, cuyos cementerios, sobre muy dilatados, son cada cual un verdadero jardín. Grupos de palmeras y papayos, de anonas y guayabos, de naranjos y adelfas mezclados á veces con otras plantas tropicales como la ceiba majestuosa, brindando su azahar al ambiente, y sus lucidas flores á la vista, mantienen una eterna primavera en esos sagrados lugares, si los conventos están situados en países calientes, y si en tierra fría ó templada, los pinos en hileras, los olivos y los sauces de ramas suspiradoras hacen veces de esa vegetación risueña, si no tan adecuada á la mansión de los finados.

Así eran también en su mayor parte los cementerios de los conventos desde los primeros años que siguieron á la conquista, y entre ellos no pocos de la capital. Mas no se crea que estos árboles galanos, este lujo de flores y perfumes, tenían por objeto el mero halago de los sentidos. En medio del vergel se levantaba una gran cruz, el árbol santo de redención del linage humano, á cuyo derredor se apiñaba la familia cada día creciente de los recién convertidos á la fe cristiana, para escuchar de labios del misionero la palabra de paz y caridad que recibían los corazones, como las flores casi agostadas beben el rocío de los cielos: no lejos de allí, y á la sombra apacible de aquella olorosa enramada, juntábanse por barrios y formaban corrillos los niños y las niñas aztecas para ejercitarse en aprender las diversas partes de la doctrina cristiana, enseñados los primeros por los que habían sido inmediatos alumnos de los religiosos, y las segundas, por algunos de los mismos niños. Venían las niñas á la iglesia, y volvían á sus casas, bajo la guarda de matronas respetables.

Siguióse este sistema durante el tiempo que fué preciso, para que de entre ellas mismas hubiese quien pudiera enseñar, á su vez, que llegado este caso se doctri-

naban unas á otras. Pero de todos modos, la inocencia tenía un abrigo contra los ardores del sol en aquellos cementerios ó grandes patios, y éste fué el principal objeto que se intentó conseguir, poblándolos de vegetales.

Túvose, además, otra mira, y fué, proporcionar un lugar bastante amplio y abrigado á la muchedumbre de asistentes á los divinos oficios, en días como los festivos, en que, no siendo la iglesia capaz para abarcar toda la concurrencia, era menester celebrarlos fuera. En cada uno de esos mismos patios enormes, se construyó después una pieza, por lo regular á la parte del Norte, donde los músicos de la iglesia ejercitaban su arte, bien por amaestrarse, ó bien por enseñarle á los niños, quienes, además, aprendían allí á leer, escribir y contar, cuando ya sabían la doctrina cristiana.

En cuanto á las niñas, luego que mostró la experiencia cuán dóciles é ingeniosas eran para aprender los rudimentos de nuestra fe, se pensó sériamente en darles una educación en común, que abrazase asimismo la enseñanza de las artes amables propias de su sexo, para lo cual se les puso al cuidado de señoras que pudiesen servirles de modelo, por su intachable conducta.

Eran éstas, unas dueñas ó beatas, y la-

primeras á quienes se encomendó el papel importante de maestras del sexo femenino en nuestro país, fueron cuatro que vinieron con la marquesa del Valle, según el historiador Herrera, á quienes, como él mismo afirma, les puso clausura Don Sebastián Ramírez de Fuenleal. Torquemada, al hablar de ellas, dice que vinieron de Castilla por mandado de la Emperatriz Doña Isabel, con recomendación á las autoridades para que les hiciesen casas honestas y competentes, donde pudieran tener recogidas algunas niñas, hijas de los señores, é indios principales, y allí les enseñasen principalmente buenas costumbres y ejercicios cristianos, y juntamente los oficios mujeriles que usan las españolas. Otros historiadores, refiriéndose ya al primer convento de la Concepción, que hubo en México, opinan que fué fundado con el título de colegio por el Ilmo. señor Zumárraga, en el mismo sitio en que hoy se encuentra, con cuatro doncellas que vinieron con los conquistadores, conforme á la disposición de Andrés de Tapia. Si las cuatro señoras á que se contraen los autores mencionados, son ó no unas mismas, es difícil de averiguar; lo cierto es que ellas presidieron el primer ensayo que de vida común hicieron las hijas de este suelo; y aunque no del todo perfecto, puede, sí, considerarse como el

cimiento del edificio que pocos años después había de levantarse.

II.

En qué empleaban el tiempo Las Colegialas.

La vida que observaban esas jóvenes educandas no era rigurosamente común, en el sentido que por lo regular damos á la expresión, significando con ella el estado monástico. Faltábanle los votos, y sobre todo, la clausura estricta y permanente, que muchas veces era infringida, como se observará por la relación de las ocupaciones á que de ordinario se entregaban las colegialas.

"Finalmente (dice Torquemada), púsose por obra lo que la devota Emperatriz mandaba; y hechas las casas, recogiéronse las niñas, y aquellas buenas mujeres que les dieron por madres, pusieron todo su cuidado en doctrinarlas; mas como ellas, según su natural, no eran para monjas, y allí no tenían que aprender más que á ser cristianas y á servir honestamente en ley de matrimonio, no pudo durar mucho esta manera de clausura, y así duraría poco más de diez años. En este

tiempo, muchas que entraron algo grandecillas, se casaban, y enseñaban á las de fuera lo que dentro, en aquel recogimiento, habían aprendido, es, á saber, la doctrina cristiana y el oficio de Nuestra Señora, romano, el cual decían cantando y devotamente en aquellos sus monasterios ó emparedamientos, á sus tiempos y horas, como lo usan las monjas y frailes. Y algunas, después de casadas, antes que cargarse el cuidado de los hijos, proseguían sus santos ejercicios y devociones. Entre los otros pueblos, particularmente en el de Huexotzinco, quedó esta memoria por algunos días, mientras hubo copia de estas nuevamente casadas, que tuvieron cerca de sus casas una devota ermita de Nuestra Señora, adonde se juntaban por la mañana á decir prima de la Sagrada Virgen María hasta nona, y después, á su tiempo, las vísperas. Era cosa de ver oírlas cantar sus salmos, himnos y antífonas, teniendo su hebdomadaria ó semanera y cantoras que comenzaban los salmos y antífonas, y hacían el oficio como en coro formado de monjas. El tiempo que estas mozas estuvieron recogidas en clausura, no dejaban de salir algunas de ellas á lo que era menester, pero siempre acompañadas, á veces con sus maestras y á veces con las viejas que tenían por porteras y guardas de las ni-

ñas; y á lo que salían era solamente á enseñar á las otras mujeres en los patios de las iglesias, ó á las casas de las señoras, y á muchas convertían á bautizarse y á ser devotas cristianas y limosneras, y siempre ayudaron á la doctrina de las mujeres"....

Este esmero en la educación religiosa del bello sexo, no tardó en producir buenos frutos. Bien arraigadas en el alma las ideas de virtud y honestidad, era imposible que dejaran de extender su influencia á la vida práctica, comunicando á varias de esas vírgenes un vigor sublime, para salir vencedoras de algunos peligros que á primera vista se juzgaran superiores á la misma fortaleza. En comprobación de esta verdad, pudiéramos referir algunos casos de los más conocidos, merced á las crónicas; pero no es bien que nos detengamos más tiempo en llegar á la época de la fundación, propiamente dicha, del convento de la Concepción.

III.

Quiénes fueron las primeras monjas.

Ignoramos los datos que haya tenido á la vista el autor de "Los Celos de una Reina" para decir que la fundadora de la Congregación de concepcionistas fué Doña Beatriz de Lara; Beatriz de Silva la llaman cuantos historiadores hemos consultado acerca de este punto, y con el mismo apellido se designa en la introducción al libro de la regla que siguen las religiosas de esta orden.

Como quiera que sea, esta dama, portuguesa, descendiente de una de las casas más nobles é ilustres de su nación, y á quien la Reina Doña Isabel, hija del Rey D. Duarte de Portugal, llevó consigo á España cuando fué á casarse con D. Juan II de Castilla; siendo pretendida de muchos caballeros para contraer matrimonio con ella, á causa de sus prendas relevantes, y habiéndose ocasionado de aquí serios disgustos, sin que de ellos hubiera tenido la más mínima culpa, incurrió esto, no obstante, en la desgracia de la Reina, quien la hizo encerrar por tres días, prohibiendo que se le diese de comer. De esta dama pudo muy bien decirse lo que cantó un poeta:

"¡Ay, infeliz de la que nace hermosa!"

En este trance, invocó á María Santísima, prometiéndole guardar perpetua castidad si lograba con su ayuda disipar la nube que ofuscaba su inocencia; y como á poco tiempo se viese libre del encierro, para mejor cumplir su promesa, determinó alejarse de los peligros de la Corte, y obtenida licencia de la Reina, se entró en el monasterio de las dueñas de Santo Domingo el Real de Toledo.

En él permaneció de seglar por unos treinta años, entregada á los ejercicios de la más ruda penitencia, y en él también concibió el designio de fundar una orden de religiosas, en reverencia de la Inmaculada Concepción: comunicólo á Doña Isabel, y acogido benévolamente por ella, le cedió para su ejecución unos palacios en Toledo, donde estuvo, y quizá estará, el monasterio de Santa Fe.

Tomó posesión de su nueva morada, juntamente con otras doce doncellas nobles, en el año de 1484, ocho antes del descubrimiento de América, y en el 89, á instancia suya y de la Reina, el Papa Inocencio VIII, que á la sazón presidía la Iglesia, le concedió la institución y continuación de la orden que había comenzado con el nombre, hábito y oficio de la Concepción, con ciertos estatutos y

ceremonias, y quedando bajo la obediencia del Prelado diocesano.

Muerta Beatriz, las monjas ya profesas, según las constituciones de Inocencio VIII, y otras del Cister de la orden de San Benito, hijas de otro monasterio también de Toledo, con autorización apostólica, hicieron juntas profesión de la regla de Santa Clara, sin dejar el hábito de la Concepción, en el monasterio ya dicho de Santa Fe, donde vivieron así hasta el año de 1501, en que el Papa Alejandro VI las sujetó á los franciscanos.

Mas como no pareciese después conveniente profesar la regla de Santa Clara con el hábito y oficio de la Concepción, adoptaron otra particular, compuesta por unos frailes menores de la provincia de Castilla, y confirmada en el año de 1511 por el Papa Julio II.

Fundada la orden, empezó á ramificarse por varios otros lugares de España, erigiéndose monasterios en las principales ciudades, siendo uno de ellos el de Santa Isabel, de Salamanca, de donde salieron las primeras religiosas que vinieron á nuestro país, las cuales se establecieron en el mismo sitio donde hoy se encuentra el convento de la Concepción.

Pero antes hemos indicado que en él hubo un colegio de niñas, dirigido por

cuatro señoras venidas de España, y esto requiere explicación.

Bien sea que esas señoras hayan venido con los conquistadores, bien que la Emperatriz, movida de su propio celo, las haya enviado poco tiempo después de consumada la conquista, ó bien que la Marquesa del Valle, por encargo del señor Zumárraga ó á instancia del mismo Cortés, las haya traído consigo para poner al cuidado de ellas la educación de las jóvenes mexicanas, lo cierto es que llegaron á México antes del año de 1530, y establecieron clausura en el sitio indicado, según la disposición de Andrés de Tapia, que es el mismo sujeto que con este nombre figura entre los conquistadores como capitán de cuenta, y á quien cupo ese solar en el repartimiento que se hizo, de la ciudad recién ganada.

Eran, según Herrera, unas beatas de San Francisco y de San Agustín; bien que esta noticia no está apoyada en la autoridad de Motolinia, ni en la de Torquemada, contemporáneo de aquel autor, ni en la de Bernal Díaz, que era bien minucioso, y que hablando de la venida de la Marquesa del Valle, menciona á los padres mercedarios que trajo ésta en su compañía, siendo muy notable que ni una palabra diga de las beatas.

Sea como fuere, las matronas de que

venimos hablando, continuaron en la dirección del colegio con notable aprovechamiento de las educandas, hasta que por los años de 1541 se fundó el convento de la Concepción con las religiosas que hemos mencionado, las cuales trajo el V. P. Fr. Antonio de la Cruz, y fueron tres, llamadas:

Paula de Santa Ana,
Luisa de San Francisco, y
Francisca de San Juan Evangelista.

Hay quien afirma que fueron cuatro con la superiora, á quien el maestro Gil González Dávila, citado por Vetancurt, llama Elena de Mediano ó Medrano.

Para asignar esa fecha á la fundación del convento, nos hemos apoyado, principalmente, en la autoridad de Cabrera, quien á su vez se guía por las averiguaciones del célebre Sigüenza. Vetancurt hace retroceder ese acontecimiento once años, fijándole en el de 1530, equivocando tal vez la fecha del establecimiento de las monjas en la capital, con la de la cédula del Rey que autorizó la fundación del monasterio.

La erección de éste fué aprobada por la Santa Sede, hasta el año de 1586, por bula de San Pío V, en la que, según opina el señor D. J. M. Dávila, sujetó estas fundaciones á los ordinarios; si bien el

cronista poco antes citado asegura, en cuanto á las monjas de que se trata, que pasaron á la obediencia de los diocesanos, por no poder ya ser atendidas de los frailes menores, que escaseaban en los conventos.

Entramos ahora en el campo de las suposiciones.

Como quiera que Andrés de Tapia puede ser considerado primer patrono del convento, es creíble que no sólo haya cedido á las religiosas el solar que poseía, sino que levantara en él, á su costa, templo y habitación para ellas, siendo una y otra como la mayor parte de los edificios de aquel tiempo, de cortas dimensiones y de pobre arquitectura.

No es menos creíble que, muerto Tapia, las monjas quedaron sin patrono, bien porque aquél no dejase herederos, ó bien porque éstos rehusaran continuar en el mismo encargo; lo cual se colige de que habiéndose arruinado años después el monasterio, nos encontramos sacando de cimientos la nueva fábrica, á Don Tomás de Aguirre Suasnaba, que no pudo concluirla por su fallecimiento, ni tampoco sus herederos, quienes, por lo mismo, renunciaron el patronato.

Entre tanto, y esto sí ya consta de cierto, el número de las monjas fué aumentando asombrosamente cada día, y se

mantuvo siempre en un guarismo elevado, á pesar de la diminución que frecuentemente ocasionaba la salida de muchas para formar en otras casas, nuevas comunidades, ó como decía Balbuena:

Gerarquías de humanos serafines,
Que en celestial clausura y vida santa
Buscan á Dios con soberanos fines.

Hijas de las familias más encumbradas, doncellas eminentes por sus talentos y sus gracias, eran las que aspiraban á encerrar su juventud, llena de fragancia y armonías, en este retiro humilde y estrecho, en cuyo seno deponían las exigencias de una aristocracia radicada en las costumbres, y se despojaban de todas las galas del siglo.

No obstante, el hábito de la Concepción no podía eclipsar del todo los hechizos de una educación esmerada, y hé aquí por qué en medio de los rigores de una vida austera, descollaba en todo lo de las monjas, y particularmente en las funciones de iglesia, esa elegancia, ese gusto exquisito, ese refinamiento que son los naturales frutos de unas potencias cultivadas por el estudio ó aleccionadas por el buen ejemplo.

Distinguíanse las hijas de este convento, sobre todo, en la música, y por eso,

al hablar de ellas el poeta antes citado, recordando sin duda los ratos deliciosos que gozaría en el templo oyéndolas cantar, dice con entusiasmo:

La limpia Concepción, cuyas gargantas
Suenan á cielo, y en aqueste fueron
De sus vergeles las primeras plantas.

IV.

La caja del milagro.

Para saber quién fué el sucesor de Aguirre Suasnaba en el patronato del convento de la Concepción, conviene que asistamos á una escena curiosa representada en lugar sagrado. Ella nos probará que si hay y ha habido héroes por fuerza, bienhechores hubo también por compromiso.

Era el día consagrado al culto de la Virgen titular del convento.

Como la fábrica del templo que hasta hoy existe se hallaba á medio empezar, los oficios divinos se verificaban en una capilla ó ermita, y en ella se celebraba ese día la misa solemne á que asistía lo más selecto de la capital, ó del reino, según la expresión de aquel tiempo.

Llegado el momento del sermón, sube al púlpito un eclesiástico virtuoso, pero de muy pobre hacienda: empieza su discurso, todo alabanzas al objeto de la función, todo entusiasmo al elogiar la piedad de los fieles empeñados en sostener aquellos cultos, y todo ternura al reflexionar en la pompa de aquel acto, digno, ciertamente, de una iglesia menos estrecha y mejor engalanada.

Por un encadenamiento de ideas muy natural, pasa de ahí á encarecer á las monjas la necesidad de que ofrezcan el patronato á alguno de los muchos sujetos acaudalados y piadosos avecindados en la ciudad, asegurando que no duda lo aceptará cualquiera, y que aun sabe ya, que un caballero hermano suyo, Don Simón de Haro, pensaba solicitarlo por sólo el deseo de unir su nombre á una obra de beneficencia.

Por último, concluye exhortando á la concurrencia á perseverar en la devoción á María Santísima, y á Don Simón de Haro á no apartarse un punto de su hidalga disposición para con las religiosas.

Pero antes de pasar adelante en la relación, hay que apuntar un ligero incidente.

Mientras hablaba de esta suerte el eclesiástico, todas las miradas se clavaron en el futuro patrono, que presente estaba, el

cual no lo sufría, y conforme subían de punto los elogios, mostraba en el semblante una congoja, una palidez tal, que parecía colocado sobre el potro de la Inquisición: atribuyeron muchos á modestia esta turbación; pero el verdadero motivo lo manifestó sólo á su hermano, cuando ya concluída la misa se vieron juntos en la sacristía.

—¡Pardiez! que me habedes puesto en gran aprieto, hermano!

—¡Cómo! no alcanzo....

—Alentado de vuestra devoción, que es grande, y sin reparar en nuestra hacienda, que, como lo sabe todo el reino, es corta, tuvísteis ánimo para comprometerme en una empresa que dará con mi honra al traste.... mirad bien en ello.

—Hablemos claros: no sé de qué queréis acusarme.

—¡Cómo de qué! ¿Perdísteis ya el juicio? ¿No hacéis memoria de lo del patronazgo? ¿Qué haré si las monjas se muestran dispuestas á dármelo, habiéndoles vos asegurado que yo lo estaba á pedirlo?

—¡Pero yo no he dicho tal!

—¡Cómo, si lo dijísteis! no os hagáis del olvidadizo.

—¡Cómo! ¡cuándo! ¡en qué manera!

—¡En el sermón que acabáis de regalarnos!

—Creedme, hermano Don Simón, por las sagradas órdenes que recibí, que no hago memoria de haber dicho en el sermón ni una palabra de patronazgo.

En llegando á este punto el diálogo, los interlocutores, á cual más confusos, quedaron gran rato en silencio, abismados en un piélago de reflexiones.

Después, como si obedeciesen ambos al impulso de una misma idea, sus miradas se encontraron, y el clérigo habló de esta manera:

—¿Hay sino ver en esto la mano de Dios? El en sus altos juicios os tiene destinado para bienhechor de este convento, y por eso yo, sin pensarlo, me he expresado en el púlpito según habéis oído: no hay que titubear, que el galardón se os guardará en el cielo; ánimo y echar la carga á cuestas.

—Todo, bien considerado, creo también que en el caso hay algo que trasciende á maravilla; pero, ¿de dónde haber caudales para fabricar convento, iglesia, y lo demás que han menester las religiosas?

—¿Cuál es vuestro haber en el día?

—Os váis á reir: trescientos pesos!

—Principio quieren las cosas.

Dicho y hecho. Tres días después, las monjas habían ya concedido á Don Simón de Haro y su esposa, Doña Isabel de Ba-

rrera, él español y ella mexicana, el patronato del convento; y extendida la escritura respectiva, con aprobación de los superiores, el nuevo patrono, aguijoneado incesantemente por su hermano, emprendió continuar la fábrica de la actual iglesia, contratando operarios, comprando materiales, para lo cual tuvo que dar desde luego el primer jaque á los consabidos trescientos pesos, que cuidadosamente guardaba en una caja de cedro.

A fin de semana, á la hora de pagar á los operarios el salario que hasta entonces habían devengado, ó, como vulgarmente se dice, hacer la raya, acudió á la caja de cedro, y se proveyó del dinero necesario: pasó otra semana y sucedió lo mismo; pero entonces advirtió, revisando sus cuentas, que llevaba ya gastados no sólo los trescientos pesos referidos, sino diez veces más, y con todo, la caja atesoraba la misma cantidad de siempre.

No hay más que decir, sino que la fábrica del convento y de la iglesia hubo de concluirse, subiendo el costo á doscientos cincuenta mil pesos, y sólo hasta entonces se agotó el dinero del arca prodigiosa: ¿podía desear más el patrono del convento?

Desde que á todos se hizo público este hecho, el precioso mueble, que si no hubiera al fin perdido su virtud productora,

fuera la más rica mina del mundo, empezó á llamarse "la caja del milagro," y fué conservada con estima hasta nuestros días en el convento.

V.

El estreno de la Iglesia.

La noticia que antecede pertenece al dominio de la tradición cíclica.

La historia, en cuyo semblante, animado aunque modesto, descubre á las claras ser incapaz de alucinarse, sin que nada turbe su mirada de águila; si bien sonríe al vislumbrar el manto vaporoso de la conseja, esquiva prudente acogerla en su palacio de luz y escuchar de unos labios seductores conceptos llenos de armonía, que á manera de eslabones de una cadena mágica, aprisionan al alma incauta, adormeciéndola con tornasoladas mentiras.

Sólo la realidad la lleva en pos de sí, arranca sus suspiros, ocasiona su desvelo y le merece apasionado culto; la realidad, altiva hermosura que desdeña vanos arreos, enemiga jurada de sombras y misterios, deidad ingénua que se complace en presentarse á los ojos de la historia en

inocente desnudez, y que apaga en ella cualquiera otro anhelo que no sea el de contemplarla y poseerla.

La historia es, por lo tanto, la sacerdotisa favorecida de la verdad; es un oráculo, y un oráculo temible para los adoradores de la fábula.

Así, pues, si no queremos ver disiparse como el humo nuestra hechicera caja del milagro, no consultemos á la historia; mas si pretendemos saber de positivo con qué caudales contó Simón de Haro para llevar su obra adelante, interroguémosla confiados, y nos responderá, que el buen caballero, el noble republicano, era, como quien dice nada, un mercader de plata y que para cualquier empresa podía disponer con desahogo de muchas barras de aquel precioso metal.

Sentado esto, quien quiera podrá escoger entre la severidad un poco brusca de la historia, y la fragancia de la conseja.

Por lo demás, siguióse con tesón la fábrica del monasterio, y en menos de cuatro lustros, las monjas vieron coronadas sus esperanzas con el éxito más halagüeño, pudiendo ya proceder, como procedieron, á la dedicación de la iglesia.

Verificóse este acto con las solemnidades acostumbradas, y para dar de ellas una idea, trasuntamos en seguida el pa-

saje correspondiente, del diario del Licenciado Guijo:

"Dicho día sábado 13 (de Noviembre de 1655), se abrió la iglesia de Nuestra Señora de la Concepción, de esta ciudad, sujeta al ordinario, de donde es Vicario Simón Estéban de Alzate, Canónigo de esta Catedral; la cual se edificó desde las paredes á expensas de Simón de Haro, mercader de plata, vecino de esta ciudad: porque sus cimientos los había hecho el capitán Tomás Aguirre Suasnaba, alguacil mayor que fué del tribunal del Santo Oficio de este reino, y muerto él por el año de 45, renunciaron sus hijos el patronato y le tomó el dicho Simón de Haro, y empezó luego á edificar costosamente la iglesia, coro alto y bajo, sacristía y sus oficinas, y sala de labor y torre: en que dicen tiene gastado más de ciento sesenta mil pesos: salió la procesión este día, á las tres de la tarde, de la Catedral, y fué á reconocer los balcones de Palacio, donde estaba la virreina, y de allí fué por la calle del Reloj, hasta la esquina del campanario de Santa Catalina de Sena, para que la viese una religiosa devota de la virreina, y de allí pasó por la delantera del convento de la Encarnación y plazuela de Santo Domingo, y llegó hasta la esquina de las casas del regidor Don Fernando de la Barrera, y torció á

. pila de la Cerca de Santo Domingo, y ié por la delantera del convento de San órenzo, hasta llegar á la Concepción, »nde se colocó el Santísimo Sacramen-, y se cantaron las vísperas por el Caldo de la iglesia: y el domingo siguien-dijo la primera misa y predicó el dicho r. Simón Estéban, y á todos estos actos istió el virrey, audiencia, ciudad, tribu-.les y todo el reino: colgáronse las ca-:s costosamente, y pusiéronse muy lu-los altares, y entre todos lo fué el que iso el convento de Santo Domingo, por r Prior de él un cuñado del dicho pa-5n, llamado el maestro Fray Alonso de Barrera: púsose en la peaña de la cruz : la plazuela de Santo Domingo: ocu-ió toda la clerecía con sobrepellices, »r édicto de ruego y encargo, y tódas s religiones por convite, y por mandado :l Provisor los estandartes de todas las »fradías; quemáronse grandes fuegos irante la procesión, y á la noche, y asi-ismo en casa del patrón, sin embargo : que estaba impedido y en riesgo de vida de hidropesía, y lo sacramentaron bado 20 de dicho mes."

Vetancurt coloca este suceso dos años :spués, es decir, en el de 1657, si ya no que ésta diferencia de fechas sólo pro-:nga de una de tantas erratas tipográ-

ficas de que abunda el libro del cronista franciscano.

Volviendo á Simón de Haro, añadiremos, que gravemente enfermo como estaba, el día del estreno de la iglesia, no pudo gozar por mucho tiempo de las preeminencias anexas á sus derechos de patrono, y en el mismo año, á 28 de Diciembre, murió, dejando una cuantiosa fortuna, consistente en numerario, barras de plata y oro, que subía á cuatrocientos diez y seis mil pesos, sin contar el menaje, plata labrada, esclavos y posesiones.

Fué, sin disputa, uno de los magnates más opulentos de su tiempo. Nombró por sucesores en el patronato, después de los días de su mujer, al rector y diputados de la cofradía del Santísimo Sacramento. Fué enterrado en la bóveda que á este fin hizo construir en la referida iglesia, y aún no concluía el acto, que tuvo verificativo á las cinco de la tarde, cuando se supo en la ciudad que de orden del virrey se estaba procediendo al embargo de todos los bienes que dejó, por resulta de las veces que fué prior del consulado.

Sin embargo, parece que esos bienes tuvieron la rara fortuna de salvar de las garras del Fisco, lo cual puede conjeturarse de que Doña Isabel de Barrera quedó en posibilidad de seguir aplicando una parte de ellos á obras como las de la Con-

cepción. El ya citado Lic. Guijo nos informa, que á expensas de esa señora, se reedificó la parroquia de Santa Catarina Mártir, la cual fué abierta de nuevo con una procesión solemnísima, el día 22 de Enero de 1662.

VI.

Progresos

Desde que nuestras monjas abrieron su nueva iglesia á la admiración de los fieles, creció el ahinco en las nobles familias de los vecinos de México, y señaladamente en las descendientes de conquistadores, porque sus hijas tomasen el hábito de la Concepción, y pocos años después, según refiere el curioso Vetancurt, encerraba el convento ciento treinta monjas de velo, con otras tantas niñas educandas y sus correspondientes mozas de servicio.

Y esto era natural, atendidos los elementos constitutivos de nuestra sociedad en aquel tiempo.

La aristocracia era intransigente en sus aspiraciones y exigencias, tratándose de dar estado á las doncellas nacidas en su seno. Por otra parte, los hombres que pudieran satisfacer esas exigencias y con-

tentar esas aspiraciones, escaseaban cada día más y más. Pero, ¡cómo era posible que una señorita de sangre goda, cuya madre había sido acaso dama de la reina, uniese su suerte á la de un criollo plebeyo, por adinerado que fuese! Bien podía el amor tener unidos los corazones de uno y otra, con vínculos de fuego; bien podía el amante estar dotado de prendas personales no comunes; bien podía ser dueño de los tesoros de un judío; el padre, y en especial la madre de su pretendida, desestimaban todas estas ventajas reales, y antes que consentir en dar al criollo la mano de la señorita, la ofrecerían gustosos al mozo pobretón, jugador y pendenciero, pero de sangre azul, ó sacrificarían el bienestar de la ninfa encerrándola, contra su voluntad, en un convento.

Ya por este tiempo estaba fundado el real de Jesús María, cuyo patronato tuvieron los monarcas españoles, y que fué expresamente destinado para servir de asilo á las doncellas desvalidas, vástagos de conquistadores, que anhelaran sepultar sus días en el claustro; pero el de la Concepción gozaba privilegios de antigüedad y de hermosura que no podía ningún otro disputarle: era ya una rica mansión que brindaba en su recinto silencioso todas las comodidades que hacen la vida llevadera y aun amable; habitábanla

damas de sangre ilustre, enriquecidas con el prestigio de la juventud, las gracias y los dones de una fortuna colosal y cada día en aumento; y sobre todo, pertenecía á una orden en cuyo establecimiento y adelantos intervinieron sucesos tan maravillosos como los ya referidos. Que ¡Doña Beatriz de Silva era una mujer vulgar!.... La noble fundadora no había hecho más que obedecer el mandato de la Virgen María, á quien tuvo la dicha de contemplar cara á cara; y el hábito de las monjas es una semejanza del en que se presentó á su alma candorosa y abrumada de pesares.

Además, su hermosura, su incomparable hermosura, ¿no fué el tema de todas las conversaciones, y no causó las ansias y desesperación de tantos caballeros? ¿no dió lugar á los celos de una reina? ¿y no cautivó, según dicen malignos historiadores, aun al alma belicosa de Don Juan II de Castilla?

Por otra parte, los principios del monasterio mexicano, nadan en una fragancia de dulces memorias, entre las cuales preside también la hermosura con todos sus hechizos. Las primeras damas que le fundaron, con destino á la educación de niñas indias, según dijimos, fueron enviadas por la Emperatriz Doña Isabel, la mujer más bella de su tiempo: lo era en

tan alto grado, que su esposo, Carlos V, el monarca más poderoso de su siglo, en un arranque de entusiasmo, en un exceso de idolatría, le dió por divisa las Tres Gracias; mas no como las representa la fábula, sino teniendo una en la mano una rosa; otra una rama de mirto, y la última otra de encina con fruto, para simbolizar con este ingenioso grupo, belleza, amor y fecundidad: las gracias ostentaban, por su parte, esta divisa: "Haec habet et superat;" como si el Emperador hubiera querido decir: mi amada posee todo esto y mucho más.

Nada podemos decir acerca del solar donde se edificó el convento; pero mucho sí, del célebre español á quien perteneció recién hecha la conquista de México, y que lo cedió para que en él se fundara el primer asilo de nuestras concepcionistas; Andrés de Tapia fué un hidalgo por mil títulos notable, y de quien la historia hace honorífica mención á cada paso.

Fué natural de Medellín, y por lo mismo, del lugar donde nació Hernán Cortés, á quien acompañó en su expedición á nuestro país, y del cual obtuvo singulares muestras de confianza: en la toma de Zempoala y prisión de Pánfilo de Narváez, figuró en el tercio que mandaba Cristóbal de Olid; reconoció el Popocatépetl después de Ordaz, y antes de Mon-

taño y de Mesa; distinguióse en el sitio de la capital; procuró apaciguar los ánimos durante los trastornos que en el gobierno de la naciente colonia sobrevinieron á la ausencia del conquistador, empeñado en su desastrosa expedición á Hibueras, ó sea Honduras; y por último, tuvo en encomienda la ciudad de Cholula, que cedió después á la corona, en cambio de Atotonilco, figurándose sacar mayores ventajas de este pueblo, en lo que ciertamente padeció equivocación.

Esto y más grabó la historia en nuestros fastos acerca del sujeto que primero tomó á su cargo la protección del monasterio de la Concepción. Acaso él fué también quien tuvo, antes que otro ninguno, la idea de importar de España á nuestro país, la primera Colonia de vírgenes, consagradas al retiro bajo el hábito religioso, por más que el cronista antes citado nos insinúe hasta dos veces que toda la gloria de este hecho debe atribuirse á la orden franciscana, y que "al que planta una parra, de cuyos sarmientos se hacen otras viñas, se le debe, como á primera causa, la honra de sus frutos;" citando en apoyo de esta verdad el ejemplo de Noe, que "plantó después del diluvio la primera parra, y le tuvieron por Dios los gentiles, á quien llamaron Jano, que quiere

decir divino, ofreciéndole perpetuamente pámpanos y racimos."

No entraremos nosotros á decidir sobre este punto verdaderamente accesorio; lo que importa saber es, que todas estas noticias, que ya en tiempo de Simón de Haro formaban un tesoro de doradas tradiciones, hacían aparecer el convento á la imaginación de nuestros jóvenes compatriotas, como un palacio encantado, cuyos muros resplandecían con los colores del iris, dentro de los cuales moraban lejos de los afanes y cuidados del mundo, las inocentes ilusiones, los castos ardores de un amor divino, y en cuyo recinto, poblado de celestiales armonías, el corazón no echaba menos los festivos goces de la juventud, ni las incomparables caricias de una madre, ni las sabrosas consejas del abuelo, referidas en el silencio de la noche y en el seno de la familia, embebida al escucharle. ¿Qué había, pues, de extraño, en que las más garridas doncellas volasen al claustro, como se congregan las mariposas á libar la miel que atesora el seno de una flor?

El espíritu monástico tomaba un vuelo desmedido autorizado por lo ilustre de sus conquistas, por el auxilio eficaz de una aristocracia engreída y desdeñosa, y por la incesante protección que le dispensaba todas las clases de la sociedad, en-

cendidas en una devoción más ó menos ferviente.

Así es que, el monasterio que al principio se vió reducido á cortos tamaños, poco á poco fué invadiendo los lugares circunvecinos, que ocupaba con nuevas habitaciones para otras tantas vírgenes, apartadas de grado ó por fuerza, de las seducciones del mundo; y en breve ya no fué un solo edificio, sino muchos, adunados, con franca entrada de unos á otros, á manera de un palacio monstruoso ó de una ciudad construída en el mismo recinto de otra ciudad.

Cada habitación de las susodichas, capaz de abrigar una familia, pertenecía, no obstante, á una sola monja, y se llamaba humildemente "una celda."

Finalmente, para completar el cuadro que presentaba el convento en aquel período, añadiremos que sus rentas eran sobradas, y que cada año, deducidos los gastos del culto, que se sostenía con pompa, las superioras sacaban de arcas, previa licencia del Reverendo Arzobispo y de la comunidad, una suma respetable de pesos fuertes que imponían á censo en alguna finca bien acreditada.

VII.

Un hallazgo curioso

"Esto y más" acabamos de decir respecto de lo que nos cuenta la historia acerca de Andrés de Tapia. No pensamos agotar todas las noticias que le conciernen, porque sobre haber menester para ello más espacio, sería impertinente, y, por lo mismo, enojoso; pero á su nombre se asocia una aventura no muy vulgar y poco celebrada de los escritores que han cultivado últimamente nuestra historia antigua, y estas circunstancias nos mueven á pensar que el relato de la misma no será acogido con un ademán de displicencia.

Hallábase Cortés con su flota en la isla de Cozumel, después de la salida que hizo de Cuba, con dirección al Continente americano.

Entre sus soldados había algunos de los que le precedieron en aquella expedición, viniendo con Francisco Hernández de Córdoba, y dos de ellos eran Martín Ramos, vizcaíno, y el amable Bernal Díaz del Castillo.

A estos se dirigió pensativo, una vez, preguntándoles qué sentían de las palabras "castilan, castilan," que habían oído

de boca de unos indios de Campeche cuando acompañaron al citado Hernández de Córdoba.

Los interrogados se limitaron á contestar refiriendo minuciosamente la ocasión y circunstancias en que oyeron esas palabras; pero él, más avisado, les dijo haber pensado en ello muchas veces. y que sospechaba estarían algunos españoles en aquellas tierras.—Paréceme. añadió, que será bien preguntar á estos caciques de Cozumel. si saben alguna nueva de ellos.

Hízolo así en efecto, valiéndose de intérprete, y todos á una, los principales de la isla contestaron que habían conocido en la Tierra Firme hombres con barbas, que eran extranjeros. y los tenían por esclavos unos caciques; añadiendo que hacía poco tiempo les habían hablado.

Pero dejemos continuar la narración á Bernal Díaz, testigo presencial de estos hechos:

"E díjoles Cortés (á los principales) que luego los fuesen á llamar con cartas. que en su lengua llaman "amales," y dió á los caciques y á los indios que fueron con las cartas, camisas. y los halagó. y les dijo, que cuando volviesen les daría más cuentas: y el cacique dijo á Cortés, que enviase rescate para los amos con quien es-

taban, que los tenían por esclavos, porque los dejasen venir: y así se hizo, que se les dió á los mensajeros de todo género de cuentas: y luego mandó apercibir dos navíos, los de menos porte, que el uno era poco mayor que bergantín, y con veinte ballesteros y escopeteros y por capitán de ellos á Diego de Ordás, y mandó que estuviesen en la costa de la Punta de Cotoche (hoy cabo Catoche) aguardando ocho días con el navío mayor: y entre tanto que iban y venían con la respuesta de las cartas, con el navío pequeño volviesen á dar la respuesta á Cortés, de lo que hacían, porque estaba aquella tierra de la Punta de Cotoche obra de cuatro leguas, y se parece la una tierra desde la otra y escrita la carta, decía en ella: Señores y hermanos, aquí en Cozumel he sabido que estáis en poder de un cacique detenidos, yo os pido por merced, que luego os vengáis aquí á Cozumel, que para ello envío un navío con soldados, si los hubiéredes menester, y rescate para dar á esos indios con quien estáis; y lleva el navío de plazo ocho días para os aguardar: veníos con toda brevedad: de mí seréis bien mirados y aprovechados. Yo quedo aquí en esta isla con quinientos soldados y once navíos; en ellos voy mediante Dios, la vía de un pueblo que se dice Tabasco ó Potonchan, etc.

Luego se embarcaron en los navíos con las cartas, y los dos indios mercaderes de Cozumel que las llevaban, y en tres horas atravesaron el golfete, y echaron en tierra los mensajeros con las cartas y el rescate, y en dos días las dieron á un español que se decía Gerónimo de Aguilar, que entonces supimos que así se llamaba.... Y después las hubo leído, y recibido el rescate de las cuentas que le enviamos, él se holgó con ello, y lo llevó á su amo el cacique, para que le diese licencia; la cual luego la dió para que se fuese adonde quisiese.

"Caminó el Aguilar adonde estaba su compañero, que se decía Gonzalo Guerrero, que le respondió:

—"Hermano Aguilar, yo soy casado, tengo tres hijos, y tiénenme por cacique y capitán cuando hay guerra: íos vos con Dios, que yo tengo labrada la cara, y horadadas las orejas, ¿qué dirán de mí desque me vean esos españoles ir de esta manera? é ya véis estos mis tres hijitos cuán bonitos son: por vida vuestra que me déis de esas cuentas verdes que traéis para ellos, y diré que mis hermanos me las envían de mi tierra.

"Y asimismo la india, mujer del Gonzalo, habló al Aguilar en su lengua, muy enojada, y le dijo:

—"¡Mira! con que viene este esclavo á

llamar á mi marido; ios vos, y no curéis de más pláticas.

"Y el Aguilar tornó á hablar al Gonzalo, que mirase que era cristiano, que por una india no se perdiese el ánima; y si por mujer y hijos lo hacía, que la llevase consigo, sí no los quería dejar; y por más que le dijo y amonestó, no quiso venir. Y parece ser, aquel Gonzalo Guerrero era hombre de la mar, natural de Palos. Y desque el Gerónimo de Aguilar vido que no quería venir, se vino luego con los dos indios mensajeros adonde había estado el navío aguardándole, y desque llegó, no le halló, que ya era ido, porque ya se habían pasado los ocho días, y aun uno más que llevó de plazo el Ordás, para que aguardase; porque desque vió el Aguilar no venía, se volvió á Cozumel sin llevar recaudo, á lo que había venido: y desque el Aguilar vió que no estaba allí el navío, quedó muy triste, y se volvió á su amo al pueblo donde antes solía vivir.

"Y dejaré esto, y diré cuando Cortés vió venir al Ordás sin recaudo, ni nueva de los españoles, ni de los indios mensajeros, estaba tan enojado, que dijo con palabras soberbias al Ordás, que había creído que otro mejor recado trajera que no venirse así sin los españoles, ni nueva de ellos; porque ciertamente estaban en aquella tierra."

Perdida, según esto, la esperanza de juntarse con ellos, á lo menos por entonces, determinó el conquistador seguir su viaje: dió algunas instrucciones á los isleños, acerca del culto cristiano, y ordenada competentemente la flota, se hizo á la vela con buen tiempo.

Eran las diez de la mañana, y vogaban las naves prósperamente, cuando la tripulación de una de ellas da voces alarmantes; pónense á la capa y disparan una pieza de artillería, cuya detonación pudieron oír todavía los moradores de Cozumel.

Averiguada la causa de este acontecimiento, fué reconocido que el navío capitaneado por Juan de Escalante, donde iba el pan de cazabe, se anegaba y volvía apresuradamente á la isla; por lo cual dispuso Cortés que los demás le acompañasen, arribando todos juntos á la playa, de donde poco tiempo antes se habían separado.

Hecha la relación de este contratiempo, prosigue así Bernal Díaz:

"Cuando tuvo noticia cierta el español que estaba en poder de indios, que habíamos vuelto á Cozumel con los navíos, se alegró en grande manera, y dió gracias á Dios, y mucha priesa en se venir él y los indios que llevaron las cartas y rescate á se embarcar en una canoa, y como la pagó bien en cuentas verdes del rescate

que le enviamos, luego la halló alquilada con seis indios remeros con ella; y dan tal priesa en remar, que en espacio de poco tiempo pasaron el golfete que hay de una tierra á la otra, que serían cuatro leguas, sin tener contraste de la mar; y llegados á la costa de Cozumel, ya que estaban desembarcados, dijeron á Cortés unos soldados que iban a montería (porque había en aquella isla puercos de la tierra), que había venido una canoa grande allí junto del pueblo, y que venía de la punta de Cotoche; y mandó Cortés á Andrés de Tapia y á otros soldados, que fuesen á ver qué cosa nueva era venir allí junto á nosotros, indios sin temor ninguno con canoas grandes, y luego fueron: y desque los indios que venían en la canoa que traía alquilados el Aguilar, vieron los españoles, tuvieron temor, y queríanse tornar á embarcar, é hacer á lo largo con la canoa, y Aguilar les dijo en su lengua, que no tuviesen miedo, que eran sus hermanos: y el Andrés de Tapia como los vió que eran indios (porque el Aguilar ni más ni menos que era indio), luego envió á decir á Cortés, con un español, que siete indios de Cozumel eran los que allí llegaron en la canoa: y después que hubieron saltado en tierra, el español más mascado y peor pronunciado, dijo:

—"Dios é Santa María, y Sevilla.

"Y luego le fué á abrazar el Tapia; y otro soldado de los que habían ido con el Tapia á ver qué cosa era, fué á mucha priesa á demandar albricias á Cortés, como era español el que venía en la canoa, de que todos nos alegramos, y luego se vino el Tapia con el español adonde estaba Cortés; y antes que llegase adonde Cortés estaba, ciertos españoles preguntaba al Tapia, ¿qué es del español? aunque iba allí junto con él, porque le tenían por indio propio, porque de suyo era moreno y tresquildo á manera de indio esclavo, y traía un remo al hombro y una cotara vieja calzada, y la otra en la cinta, y una manta vieja muy ruin, é un braguero peor; y traía atada en la manta un bulto, que eran Horas muy viejas.

"Pues desque Cortés le vió de aquella manera, también picó como los demás soldados, y preguntó al Tapia, que qué era del español? y el español, como lo entendió, se puso en cuclillas como hacen los indios, y dijo: Yo soy: y luego le mandó dar de vestir camisa y jubon, y zaraguelles, y caperuza, y alpargates, que otros vestidos no había, y le preguntó de su vida, y cómo se llamaba, y cuándo vino á aquella tierra?

"Y él dijo, aunque no bien pronunciado, que se decía Gerónimo de Aguilar,

y que era natural de Ecija, y que tenía órdenes de Evangelio; que había ocho años que se había perdido él y otros quince hombres y dos mujeres que iban desde el Darien á la Isla de Santo Domingo, cuando hubo unas diferencias y pleitos de un Enciso y Valdivia, y dijo que llevaban diez mil pesos de oro, y los procesos de los unos contra los otros, y que el navío en que iban dió en los Alacranes, que no pudo navegar, y que en el batel del mismo navío se metieron él y sus compañeros y dos mujeres, creyendo tomar la Isla de Cuba ó á Jamaica; y que las corrientes eran muy grandes, que les echaron en aquella tierra, y que los calachionis (caciques) de aquella comarca los repartieron entre sí, é que habían sacrificado á los ídolos muchos de sus compañeros, y de ellos se habían muerto de dolencia; y las mujeres que poco tiempo pasado había que de trabajo también se murieron, porque las hacían moler, é que á él que le tenían para sacrificar, y una noche se huyó, y se fué á aquel cacique con quien estaba, y que no habían quedado de todos sino él, y un Gonzalo Guerrero, y dijo que le fué á llamar, y no quiso venir.

"E desque Cortés lo oyó, dió muchas gracias á Dios por todo, y le dijo, que

mediante Dios que de él sería bien mirado y gratificado.

El venturoso capitán cumplió su palabra, pues parece que le distinguió en adelante con favores y miramientos que jamás excusaba con personas de quienes podía sacar provecho, y en este caso se hallaba Aguilar. Este, en efecto, prestó importantes servicios en el curso de la expedición, y fué antes de Doña Marina, el intérprete por medio del cual se comunicaron los españoles con los indígenas del Continente americano.

Era valeroso. Desempeñó comisiones de confianza, como fué la de exigir de los cholultecas el juramento de fidelidad á Carlos V, antes de que el ejército invasor se dirigiese la primera vez á México. Estando ya en esta ciudad, pidió á nombre de Cortés, licencia á Moteuczoma, para construir una capilla donde se pudiesen celebrar los divinos oficios, obtenida la cual, y merced á la empeñosa cooperación del mismo rey, que dió indios operarios, y los materiales que eran menester, la fábrica se concluyó en dos días, siendo éste el primer oratorio que los españoles tuvieron en la capital.

Figuró después como actor en el gran drama de la conquista del país; y cuando quedó éste ya sujeto, residió en él por muchos años y murió tullido, logrando.

como Andrés de Tapia y casi todos aquellos aventureros, la fortuna de no perecer en el campo de batalla, y tal vez la de vivir colmados de honores y riquezas en medio de una nación que poco antes consideraban enemiga.

Ignórase si después de la conquista cultivaron su trato Tapia y Aguilar; pero es probable que así fuese, y que el primero no dejara de sonreír al recordar con el segundo las singulares y novelescas circunstancias en que hubo de conocerle. Inagotable sería el caudal de su conversación, en la que se verían admirablemente enlazadas todas sus aventuras y descritos todos los pasos dichosos ó infortunados que en una senda estrecha y sembrada de espinas, tuvieron ambos que dar para llegar á la cumbre de la gloria: comunicarían entre sí los juicios que formaban acerca de las cosas del país, y particularmente del Gobierno de la naciente colonia; se confiarían sus proyectos de futuro engrandecimiento; y acaso Tapia escogería con el buen eclesiástico, los medios más aptos para realizar la fundación del convento de concepcionistas, que fué tal vez en el último tercio de su vida, la idea favorita que le traería constantemente ocupado; participando de la naturaleza de aquellos hombres cuya juventud pasó entre agitaciones, quienes al fin de su

carrera se consagraban regularmente al culto de un pensamiento humanitario ó piadoso, y de una fisonomía tanto más serena, cuanto fueron descabellados ó tumultuosos los proyectos que absorvieron en otro tiempo toda la actividad de sus potencias.

VIII.

También las monjas se pronunciar

Pero basta de digresión.

Y con todo, sin digresiones no formamos la historia que nos hemos propuesto, porque las monjas no la tienen propiamente tal, si no es que por historia se entienda el reflejo de la vida doméstica.

En efecto, con excepción de las noticias tocantes á la erección del instituto, primeras personas que lo abrazaron y auspicios bajo los cuales se verificó tal ó cual fundación perteneciente al mismo, ¿qué le queda al investigador sino el relato, un si es no es abigarrado y grotesco de sucesos tomados de la historia general del país en que se vive, cuando tienen conexión más ó menos íntima con la existencia del monasterio de que se trata?

¿O sería bien zurcir con lo dicho un compendio de la regla que observa la comunidad, una tabla que manifieste el estado de las rentas del convento en diversas épocas, ó un cuadro descolorido de las costumbres de aquélla, siempre las mismas desde los tiempos más remotos?

En cuanto á lo primero, baste decir, que la regla de nuestras concepcionistas es como quien dice nada, todo lo más apetecible, lo más excelente, lo más prodigioso, lo más divino; es, en suma, según expresa su título,—"llave de oro para abrir las puertas del cielo."

Por conquistar esta llave, ¿no habrían desistido los argonautas de la famosa empresa que los condujo á las playas de Colcos?

Por lo tocante á lo segundo, sin entrar en intimidades, sólo indicaremos que el monasterio llegó á encerrar ciento treinta religiosas de velo, según el cronista Vetancurt nos lo ha contado: no concediendo á cada una sino cuatro mil pesos de dote, tenemos la suma de quinientos veinte mil pesos, importe de todos los dotes, que unida á otro tanto, cuando menos, de fondo de manos muertas, componen un millón cuarenta mil pesos; y ya se vé si con un millón de capital no se disfruta una renta pingüe y generosa.

No se crea, por lo expuesto, que siem-

pre fué tan lisonjero el estado de esas rentas; tiempos hubo de aflictiva escasez, en que el hambre pálida solía tiranizar al convento, dando á cada religiosa una limitadísima ración en especie, diariamente, ó suministrándole doce reales para alimentos correspondientes á toda una semana; pero no ha sido esto lo general, y aun en nuestros tiempos de decadencia, cuando los terribles jaques de los gobiernos que se han sucedido en el país han hecho empobrecer el tesoro de las monjas hasta un grado lastimoso, todavía las rentas acudían á éstas en tropel, y con semblante benévolo y sumiso.

Réstanos dar algunas pinceladas acerca del tenor de vida de las hijas de la Concepción, que servirán al mismo tiempo para retratar el que siguen todas las que profesan la misma regla.

Compónese el hábito que usan, de una túnica blanca con escapulario del mismo color, una y otro de estameña, y un manto asimismo de estameña ó paño basto de color de cielo azul. En el manto y escapulario traen una imagen de Nuestra Señora, cercada de los rayos del sol, y coronada de estrellas la cabeza, con guarnición llana y decente, sin ser de oro, piedras ni esmalte: la del pecho está de suerte asida al escapulario, que se puede quitar y poner cuando se quiera, sin trabajo,

mientras que la del manto se halla cosida en él á la parte del hombro izquierdo. Entran como complemento de este vestido, un calzado tosco, un cordón de pita ó cáñamo, y una toca blanca de lienzo, que cubre la frente, mejillas y garganta, y sobre ella un velo negro común, sin adornos ni artificios.

"Por lo que respecta á la distribución de las horas, á las cinco de la mañana se toca á prima, bajan las religiosas á comulgar en los días de obligación, y en los demás las que quieren; y en esto, dar gracias y el desayuno, se gasta hora y cuarto.

"A las seis y cuarto entran á rezar las horas, conviene á saber, prima, tercia, sexta y nona; los lunes se reza un nocturno de difuntos por los bienhechores, y los viernes un nocturno del oficio parvo por los mismos.... Desde Pascua de Resurrección hasta el día de la Exaltación de la Santa Cruz, se reza nona de doce á una, sólo los domingos, y en esta hora entra media de oración, que se tiene antes de rezarla, y en todo este tiempo, de doce á una se guarda silencio, para lo cual anda una celadora con una campanilla.

"De siete á siete y media oyen misa, conforme á la regla.... á las ocho y media se toca á sala de labor, á que asisten

todas, aun algunas, enfermas, que no están del todo impedidas (como son las habituales) por tiempo de una hora, y de ella la media ó tres cuartos es de lección espiritual. Acabada ésta, se retiran á sus celdas unas, otras á sus oficinas, y la que tiene reja, á ella, siendo de advertir que en tiempo de cuaresma y adviento no las hay, ni día de comunión de regla, ni cuando está patente el Divinísimo, ni en estos tiempos van al torno.

"Luego que dan las doce, tocan á refectorio, adonde van todas las no impedidas. Las criadas llevan la comida hasta sus puertas, y allí la reciben y ministran las religiosas que turnan, y hay, entre tanto, lección espiritual.

"A las dos y cuarto tocan á vísperas, comienzan á las dos y media, y acabadas, rezan completas, y los lunes, miércoles y viernes se reza el salmo "De profundis," por los bienhechores....

"A las cinco tocan á maitines, entran al cuarto, rezan laúdes, en lo que se gasta una hora cabal, salen á refrescar un cuarto, y á las seis y media vuelven á entrar á coro, rezan el rosario, que dura hasta las siete; después se tiene media hora de oración; acabada, se reza el "Ave maris stella," y otras devociones particulares de cada una, y regularmente salen á las ocho.

"Se retiran á sus celdas, cenan, y á las nueve tocan á dormir, van al dormitorio todas, á excepción de las que están totalmente imposibilitadas. La prelada da la bendición, que dura un cuarto de hora, según las oraciones que se dicen: ella misma echa el "asperges" en todas las camas, y cerradas las puertas de los dormitorios por la celadora, se entregan las llaves á la prelada.

"De nueve á diez anda una celadora, todo el convento, cuidando del silencio y de que estén cerradas las celdas."

Extractamos estos apuntamientos sobre el método de vida de nuestras monjas, de la "Sinópsis histórica de la fundación y progresos de el sagrado orden de religiosas de la Purísima é Inmaculada Concepción, y del real convento de Jesús María, de México," que dió á luz el Lic. D. Baltazar Ladrón de Guevara; y aunque este opúsculo se refiere á las costumbres observadas por las religiosas, en la época en que se redactaba, esto es, á fines del siglo próximo pasado, podemos afirmar que en el día no se ha introducido variación alguna, porque es sabido, que en establecimientos de esta especie, los usos y costumbres se perpetúan sin alteración por muchos siglos.

Tenemos, pues, descrito un día en el convento, que, eslabonado con otros, for-

ma la historia monótona, tranquila y uniforme de la vida en el claustro, modificada sólo de cuando en cuando por la entrada del confesor para alguna enferma, la elección de abadesa, las visitas del médico ó del prelado diocesano, y en otro tiempo las de llegada ó despedida que hacían á las monjas los virreyes.

Imposible parece que criaturas tan amables, sustraídas á miradas profanas, como flores de un palacio encantado, que se gozan en el retiro como ángeles de paz y de inocencia; vírgenes hermosas enamoradas sólo del cielo, y que viven constantemente embriagadas de amor divino, en medio de una atmósfera que fomenta los sentimientos tiernos y ocasiona los suaves deliquios celestiales; imposible parece, decimos, que criaturas como éstas, que al parecer no tienen de humano más que la figura, hayan dado á entender alguna vez que las miserias y delirios del mundo anidan también en el seno de la observancia religiosa, y que á pesar de la oración y los raptos, á pesar de las dulzuras ascéticas, el corazón humano es el mismo en todas partes.

Concebimos muy bien que hay consecuencia en la conducta de quien dijo:

Siempre el juguete fuí, de mis pasiones.

Fue un poeta desgraciado, escéptico de remate, más escéptico que Byron, su modelo; sí, porque Espronceda sentía clavada la duda en las entrañas, y el gran lírico inglés la alimentó no pocas veces sólo por ostentación ó por sistema: concebimos muy bien que sus acciones fueran casi siempre dictadas por la fiebre de ambición que le devoraba, que declamase contra todo sentimiento noble, juzgando incapaz de virtud á la naturaleza humana, y que buscara la felicidad en el torbellino de los placeres mundanos ó en el contentamiento de las pasiones revolucionarias; concebimos muy bien que las almas del mismo temple sigan sus pisadas; ¡pero las monjas!.... Y no cabe la menor duda: las esposas del Cordero sin mancilla han echado á espaldas alguna vez las sublimes lecciones que les da el Esposo en el seno del retiro; las monjas de la Concepción han intrigado, revolucionado, armado una asonada, empuñado armas mortíferas, puesto manos airadas en la superiora, vociferado, corrido como posesas, como bacantes, en una palabra.... ¡se han pronunciado!

Y este escándalo ha tenido verificativo en el período de más fervor religioso, en pleno gobierno colonial, á principios del siglo décimo octavo, cuando aún ardía el

brasero insaciable de la plazuela de San Diego.

Y no esperaron la llegada de la noche; no se avergonzaron al verse frenéticas, con el rostro contrariado de cólera, y respirando venganza, mientras la luz del sol reflejaba cariñosamente en la torre del convento, mientras la brisa sutil de la mañana mecía los tallos lánguidos de las plantas que cuelgan de las cornizas, mientras llegaban á los claustros las oleadas fragantes del incienso que se quema á eas horas en el templo, ante los altares, y mientras el esmaltado "chupa-rosa" visitaba, saludaba, besaba las flores del jardín, volando de unas á otras, como una centella fosfórica.

No repararon en lo poco que les sentaba el mirar iracundo, la falta de compostura, el desarreglo del hábito y las convulsiones de la rabia substituídas al aire de modestia, de humildad, de santidad inherente á las buenas religiosas; y poseídas de arrebatada demencia, buscan armas, las empuñan y blanden, con unas manos acostumbradas sólo á tocar las cuentas del rosario.

Están resueltas, resueltas á aniquilar al objeto de sus furores; quieren apagar su encono en la sangre de una víctima, de la abadesa, su hermana, su madre, á quien deben amor, sumisión, filial obediencia....

Y estas escenas pasan en el claustro, mientras el mundo las cree en oración implorando favor para los desgraciados pecadores, y vestidas de cilicio y ayunas para aplacar la cólera del Eterno.

¡Hay horas en que el mundo camina dando tras pies como un beodo!

¿Y cuál fué la causa del tumulto monástico?

Jamás llegó á traslucirse para los profanos, impenetrables, como son, los muros de un convento, y hasta el presente nadie la sabe.

Cúbrela el misterio con sus alas de crespón, y todo lo que nos ha llegado de ese acontecimiento, es la nota que de él tomó D. Antonio de Robles en su diario, y es la siguiente:

"Viernes 30 (Setiembre de 1701), como á las nueve del dia, poco más ó menos, fué el señor Arzobispo (el Ilmo. y Excmo. señor Don Juan de Ortega Montañés) en la carroza del provisor, el cual y el canónigo D. Rodrigo Flores, fueron acompañándole al convento de la Concepción, por habérsele dado aviso de que había motín entre las religiosas contra la abadesa, y que la querían matar, como hubiera sucedido, si su Ilma. se hubiera tardado una hora, el cual las sosegó y compuso, con harto trabajo, por estar tan inquietas, que al mismo Arzobispo respon-

dían y hablaban con resolución y claridad.

IX.

Una promesa cumplida

Sin embargo, no se crea que las monjas de la Concepción vivieron siempre entregadas á tan descomunal anarquía, y en obsequio de su bien granjeada reputación, diremos que en la historia del convento puede considerarse el escándalo antes descrito, como un paréntesis odioso, trazado por el genio del mal, aprovechando un descuido del espíritu de observancia religiosa; fué, en suma, el "cuarto de hora" funesto que aqueja á todo mortal en su vida, y en el cual se muestra débil el fuerte, estúpido el sabio y pecador el virtuoso.

Por lo demás, nuestras monjas fueron dechado de religiosas, y aun hubo algunas que vivieron y murieron en opinión de verdaderas santas. Ignoramos sus nombres; pero la tradición nos ha conservado algunos de los hechos que más contribuyeron á fijar su existencia en la memoria y en la veneración de sus hermanas; y aunque envueltos en los dorados

celajes de lo maravilloso, todavía fuera interesante la noticia de todos ellos en un libro especial, contentándonos nosotros con la relación de uno solo, que se refiere á una venerable maestra de novicias.

Poseía esta monja el don de profecía, y hojeaba el gran libro del porvenir, descubriendo los secretos de la existencia, como recorria las páginas de su breviario para hallar las oraciones de su rezo diurno. Veía, además, lo íntimo del corazón humano, con la misma claridad que en un remanso de agua limpia se perciben las arenas brillantes, las guijas aglomeradas caprichosamente y los enjambres de larvas que circulan en torno de las peñas.

Era, por lo tanto, una persona, si bien respetada, temida, muy temida. Centinela siempre alerta para observar la conducta de las religiosas, testigo invisible de todo cuanto pasaba en las celdas y en los más remotos ángulos del monasterio, el simple recuerdo que de ella se hacía, era una amonestación ó un reproche, y lo que menos inquietud causaba, era su presencia en persona.

Con todo, estaba favorecida del cielo, con tanta modestia, con tanta benevolencia, con tanta amabilidad, que de todas las moradoras del claustro era buscada y

solicitada en las aflicciones, en las perplejidades y en todos los cuidados de la vida, como el consuelo más pronto y seguro, como un ángel tutelar, y como el mejor intérprete á la vez que medianero para con Dios.

De aquí nacía la ilimitada confianza que inspiraba á las novicias; confianza más delicada y grata que la que se establece entre una hija inocente y una madre virtuosa y llena de experiencia; confianza que abría enteramente los corazones de una y otras para comunicarse en amoroso abandono sus pensamientos y afectos, y aun sus más insignificantes deseos. En una palabra, la encantadora maestra de novicias era para con ellas, no el mentor severo, inflexible, tiránico y agrio que las desalentara para proseguir por el sendero del bien ponderando los tropiezos de que está sembrado, sino la directora ilustrada, deferente para todo lo que no importaba una trasgresión de los preceptos monásticos, suave en las reprensiones, sencilla en los consejos, humilde al inculcar el amor á la perfección evangélica, y, en suma, no una maestra, sino una verdadera amiga.

Hallándose un día esta buena señora, en conversación con las novicias, pronunció estas palabras:—Luego que haya profesado la que menos tiempo lleva en el

convento, emprenderé yo el viaje que tanto deseo.

No todas las novicias comprendieron el oculto sentido de esta expresión, aunque la mayor parte vió en ella una predicción de la cercana muerte de quien la había proferido. Entristeciéronse algunas y dudaron otras: pero el hecho correspondió á la profecía.

Poco antes de morir la venerable monja, rodeáronla todas las que habian sido sus alumnas, y cada cual le hizo encargos para la eternidad: de esos encargos, que consisten en recomendaciones á fin de alcanzar del Autor del bien tales y cuales auxilios para no naufragar en el tormentoso océano de la vida.

Una sola había permanecido derramando sus lágrimas en silencio, sin atreverse á pedir nada á su madre, en cuyo rostro leía que estaba á punto de expirar; pero ella la animó diciéndole:

—¡Y tú, nada tienes que encargarme para el Esposo!

—Es mucho lo que deseo, y no me atrevo á pedirlo..

—No desaproveches este instante, dime lo que más deseas.

—Pues bien, quisiera saber, como tú, madre mia, el día de mi muerte, con toda la anticipación necesaria para prepararme á ese trance, de una manera especial.

—Yo te prometo venir á anunciártelo, cómo y cuando más convenga á tu eterna salud.

—¡De veras!

—Y morirás conforme á tu deseo; ese deseo que no tienes valor de comunicarme.

Falleció la maestra de novicias: su hábito, los utensilios que le pertenecían, y hasta las flores que la adornaron en su ataúd, se repartieron entre los individuos de la comunidad, como sagradas reliquias.

Pasaban los años, y entre tanto, la monja tímida no olvidaba la promesa de la que fué su maestra.

Pero, ¿cuál era el deseo que no se había atrevido á manifestarle?

Era una puerilidad, si se quiere; pero al fin era un deseo inocente, y de que no tenía que avergonzarse: quería morir escuchando la música tierna, suave y conmovedora del himno que se entona en las profesiones de las religiosas, y que empieza con estas palabras: "Veni sponsa Christi."

Acercábase ya nuestra monja á la vejez, y al entrar un día á coro, notaron sus hermanas que se había detenido á escuchar, como si conversara con ella un espíritu: concluída la oración, se apresuró á pedir licencia á la abadesa, para hablarle á solas: nadie supo de qué trataron en

aquella entrevista; pero lo cierto es que la monja se retiró desde luego á la ermita destinada á ejercicios espirituales más continuos y perfectos, de donde salió pasada una semana, y en la víspera de la profesión de una novicia.

Reflejaba en su rostro una luz serena; distraíase durante la conversación, y sus miradas parecían fijarse en un objeto que no era de este mundo.

Nadie, sin embargo, se acordaba ya, ni de la maestra de novicias, ni de la promesa que había hecho poco antes de expirar; y una y otra hubieran quedado sepultadas para siempre en el olvido, si al día siguiente, cuando se cantaba el "Veni sponsa Christi," durante la profesión de la novicia de que acaba de hablarse, no hubieran visto las monjas reunidas en el coro bajo, que una de ellas, la que acababa de salir de "ejercicios," desfallecía al escuchar las delicadas y apacibles melodías del himno, y que poco á poco vino á tierra, pronunciando distintamente estas palabras:

—Gracias, madre mía; muero, y tu promesa está cumplida.

X.

Transformación.

El recuerdo de la ermita donde se preparó á morir nuestra religiosa amante del "Veni sponsa Christi," nos conduce á buscar ese lugar en el convento, para describirlo, ya que desde el año de 1701, en que acaeció el pronunciamiento de las monjas, hasta su translación al monasterio de Regina en el de 1861, se presenta en su historia un gran vacío que no podemos llenar con la relación de ningún otro hecho ó acontecimiento de importancia. Pero tropezamos con un inconveniente, y es, la incertidumbre respecto á la situación de esa ermita, ahora principalmente cuando la gran manzana que ocupaba la morada de las concepcionistas se vé cruzada por calles para cuya apertura ha sido menester derribar no pequeña parte del edificio.

—¿Quién sabe si la capilla que buscamos está reducida á escombros y nos fatigamos en vano?—Tal era la pregunta que nos hacíamos una tarde, al atravesar por una de las nuevas calles susodichas, procurando estudiar los muros derruídos, páginas desordenadas de aquel gigantesco libro de piedra.

—Mas entremos á esa gran casa de vecindad, que fué nò ha mucho tiempo uno de los más amplios y cómodos departamentos del monasterio.

—Aquí hay algo que ver, nos dijo, sin ser preguntada, una joven que encontramos á la puerta; aquí, pasado el patio, y luego el callejón largo, se llega á un patiecito obscuro donde hay una escalera que casi lo llena todo, y en uno de los lados está una pieza que se conoce fué capilla, porque dentro tiene un retablo, aunque muy viejo, y fuera, junto á la entrada, hay en la pared escritos algunos versos.

Agradecimos la indicación, y pasamos á dar pávulo á la curiosidad, recorriendo aquel edificio y llegando por fin á encontrarnos en el patiecito, frente por frente de la capilla mencionada. Era tal cual se nos había descrito, y los versos son los siguientes:

I.

En qué piensas, mortal, què divertido
Vives en el deleite y el pecado!
Cuál es el fin para que fuiste criado,
Y cuál ha sido el modo en que has vivido?
Como bruto sensual entorpecido,
Vives á los placeres entregado:

¿Es posible que te hayas olvidado,
De tu destino noble y distinguido?
¡Ea! vuelve en tí, recuerda tu nobleza;
Confúndete de haber puesto tu anhelo
En vivir para el polvo y la vileza:
Mira hácia arriba, no mires al suelo,
Que es delirio contrario á tu grandeza,
Buscar el polvo, siendo tuyo el cielo

II.

Pára, detén el paso, caminante;
Mira á dónde has llegado y qué es tu in-
(tento.
De Dios es el auxilio y tocamiento;
Mas quiere que sea tuyo lo restante.
Agua y fuego te pone aquí delante:
Elige lo que quieras; pero atento
A que de esta elección y llamamiento,
Cuenta has de dar en el postrer instante.
¿Qué sabes tú, si aqueste auxilio ha
(sido
Aquel en que tu Dios ha decretado
Que quedes reprobado ó elegido?
¡Oh! no lo pierdas: piensa con cuidado
Cuántos millares de almas se han perdido
Por no haber igual luz aprovechado.

III.

Antes de entrar aquí, medita un tanto,
Qué motivo á esta empresa te dá aliento:

Si es alguno mundano, en el momento
Vuélvete al mundo, tórnate á su encanto:
  Pero si atraída del auxilio santo,
A tratar con tu Dios vienes de intento,
Entra en buena hora, y en tu seguimiento
Venga el dolor, la compunción y el llanto.
  Entra, que aquí las gracias, los favores,
De éste Padre clemente se derraman.
A la medida fiel de los fervores.
  Entra, que aquí son oídos cuantos cla-
(man;
Entra, que aun á los tibios pecadores
Pávulo aquí se dá, con que se inflaman

IV.

¡Mi Dios, mi Padre, mi Pastor pacien-
(te!
Ya entro, ya estoy aquí, ya llegó la hora
En que esta tu criatura pecadora
Vuelve á casa del Padre más clemente:
  Mi Pastora divina, diligente,
La gran María, mi Reina, mi Señora,
Cuya mano tus gracias atesora,
Que me trague el infierno no consiente.
Por salvarme, al redil me ha conducido,
Donde limpias las almas del pecado;
Héme aquí, Padre mío, ya estoy rendido:
  Toca á tí que me vea resucitado,
Cúrame, pues, me miras tan herido;
Gózate de que al pródigo has hallado.

¿Será esta la ermita que buscábamos? No nos atrevemos á asegurarlo, si bien todas las apariencias la señalaban como tal.

En el día, está convertida en la habitación de una familia pobre, y en el mismo caso se encuentran todas, ó casi todas las viviendas que formaban el monasterio. ¿Podrá estar enojado el cielo á causa de esta transformación? ¿No ha sido un positivo adelanto, un acto de verdadera filantropía, el abrir las puertas de los conventos á todos los desvalidos, para que mejorasen de habitación? ¿No ha sido laudable brindarles con una vivienda cómoda y aseada por el mismo precio en que alquilaban esos cuartos de los arrabales, que son unas pequeñas mazmorras, perpétuamente infestadas de exhalaciones pútridas, y por cuyas puertas penetra con dificultad la luz del sol?

Casi todas las viviendas, dijimos, y es la verdad, porque hay algunas habitadas por ricos, que son al mismo tiempo los propietarios de ellas, en virtud de compra autorizada por las leyes de desamortización. Respetamos esas enagenaciones; pero, ¿no hubiera sido más conforme al espíritu del progreso, conceder á los pobres la propiedad de todos los conventos, como la conquista que hubiese hecho para ellos la Reforma?

Como quiera que sea, el conjunto de casas monstruosas de que se componía el convento de la Concepción, va perdiendo de dia en dia su aspecto monacal, y adquiriendo el aire de elegancia que caracteriza los edificios de moderna construcción, porque realmente esas casas se están transformando á gran prisa, y pasados algunos años, no ofrecerán un solo vestigio de lo que fueron.

Sólo queda, como antes, el grandioso templo, con sus portadas de orden corintio y su torre, que es una de las más altas de la ciudad. El adorno de lo interior es digno de verse. En el altar mayor se venera la efigie que representa la Purísima Concepción, de quien la tradición refiere estupendas maravillas, y cuyo origen se pierde en las sombras de la antigüedad. No menos celebridad gozaba el coro alto, por un hecho propio para alimentar temores supersticiosos ó alarmar la credulidad femenil. Dícese que á espaldas del órgano, había en el suelo un punto donde caía de lo alto una gota de agua cristalina, pero sólo de cuando en cuando, y con tal misterio, que nadie pudo jamás descubrir de qué parte de la bóveda se desprendía.

Creyóse alguna vez, que se filtraba por una grieta imperceptible desde abajo: revocó el albañil, con nimia escrupulosidad,

todo el espacio de la bóveda, que se tuvo por conveniente, aunque no halló en ella la más leve abertura; pero la diligencia fué estéril, y la gota singular siguió cayendo, como antes, produciendo un ruído seco y extraño que se oía en el silencio de aquel lugar, como la pisada de un espectro.

No faltó monja á quien fuese revelado que la gota intermitente era un reloj misterioso que medía la duración del convento, el cual sería destruído tan luego como aquélla dejase de caer.

Diremos, para concluir, lo relativo al monasterio de la Concepción, que en el curso de su existencia ha tenido ya otras metamórfosis, y una de ellas fué la que indica la siguiente inscripción, que se vé en la torre, á corta distancia de la cornisa del primer cuerpo:

"En 19 de Octubre de 809, se renovó este convento"

SANTIAGO TLALTELOLCO

I.

Los colegiales.

Mientras las ruinas de que está sembrado el suelo de Tlaltelolco, ministran un nuevo ejemplo de la instabilidad de las cosas humanas, los árboles, siempre verdes y gallardos que en grupos ó en hileras le cubren por varias partes, son la prueba más cumplida de que sólo la naturaleza es grande en sus obras.

Ahí está ese barrio cuyos edificios compitieron en belleza con los de la famosa Tenochtitlán: ahora son escombros, ó, en su lugar, se asientan chozas miserables, paredones informes y de aspecto adusto, cercas de color gris á cuya puerta suele asomar una mujer, con el hambre pinta-

da en el rostro, vestida de harapos y con aire receloso.

¡Y tanta desolación, tanta miseria, bajo el hermoso cielo de México! ¡Tal decadencia, tal abandono, mientras las orillas de las acequias se ven cubiertas de una vegetación secular! ¿Por qué no siempre imita el hombre los procederes de la naturaleza? ¿Cómo sufre indolente que la carcoma de los siglos destruya, pulverice sus obras más queridas, mientras sostiene aquélla las suyas con un continuo alimento?

Tlaltelolco fué, en otro tiempo, un barrio ilustre de la capital, mejor dicho, Tlaltelolco y Tenochtitlán eran dos ciudades gemelas que dormían en un mismo lecho, lecho de grama y flores, en medio de los apacibles arrullos de la laguna. Al presente, mientras la segunda es una reina en todo el esplendor y majestad de su gloria, la primera es una esclava infeliz que va muriendo de consunción y de sed.... ¡sí, de sed!

¡Los moradores de Santiago carecen de agua potable, ó á lo menos, de la suficiente para cubrir sus necesidades con desahogo, y esta es la principal causa de la despoblación de esta parte interesante de México! Pero, ¿cómo es que en este suelo clásico, aún no se han abierto mu-

chos pozos artesianos, si es que el mal no puede remediarse de otra manera?

Echando mano de este arbitrio, pronto veríamos renacer de sus cenizas un barrio que alcanzó tanta prosperidad en siglos anteriores, y donde ahora hacen manida la desolación y la miseria; veríamos poblarse de esmerados y risueños jardines esos eriales que le atraviesan en todas direcciones, cubiertos de eflorecencias salinas, y levantarse edificios decentes en los mismos sitios donde el observador halla con disgusto paredes carcomidas ó montones de escombros.

Y con todo, ese esqueleto de ciudad, observado desde un punto limítrofe, tiene un imán irresistible, un hechizo poderoso.

Estamos colocados cerca de la estación principal del camino de hierro.

Apartemos la vista de esa vasta llanura en que sobresalen algunas casas irregularmente situadas como peñascos erráticos en un desierto, y fijémosla en las hileras de árboles del Perú que orlan las acequias, ó en los fresnos y sauces que se levantan formando grupos en los patios de uno que otro edificio excepcional. Sobre todo, procuremos abarcar con una ojeada el cuadro que se presenta hacia el Norte.

Engalanado con nubes de una blancura de cisne y contrastando suavemente con

ellas su azul claro y luminoso, se ostenta el cielo como una inmensa cortina que sirve de fondo á la cadena pintoresca del Tepeyácac: entre los cerros que la componen, dos hay que llaman la atención, de un modo especial, y son, el que, situado á la izquierda, se alza gentil con su figura cónica y vistosa como el juguete de un titán, y otro de aspecto severo que se presenta á la derecha, hacia el remate oriental de la misma cadena, á cuya falda se vé Guadalupe Hidalgo, como engastada, ó más bien, como un bajo relieve de ciudad.

Recorriendo después el espacio que media entre esa población y Tlaltelolco, se percibe claramente la calzada nueva, donde ahora se asienta el ferrocarril, á lo largo de la cual y fijos en la orilla derecha respecto de nosotros, descuellan de trecho en trecho unos altares aislados, especie de ermitas ó retablos pintados de blanco: son quince y están dedicados á los misterios del rosario, que en otro tiempo se rezaba caminando á pie desde México al Santuario, y haciendo parada delante de cada altar, para ofrecer el misterio correspondiente.

Empezóse á construir esa calzada el 17 de Diciembre de 1675, y se estrenó en 14 de Agosto del siguiente año, siendo costeada por el fiscal Don Francisco Mar-

molejo y el Dr. Don Isidro de Sariñana: corre paralelamente á la antigua, que fué obra de los reyes aztecas, y cuya reparación se hizo después, según hemos dicho, en tiempo del Virrey Don Juan de Mendoza y Luna, marqués de Montes-Claros, bajo la dirección del P. Torquemada, que era á la sazón guardián del convento de Tlaltelolco.

Esta calzada antigua se hace visible desde lejos, por los árboles sombríos, chopos, álamos y fresnos, que, formando dos líneas poco interrumpidas, la limitan de uno y otro lado, y componen una avenida enorme que se extiende en la llanura, cubierta de césped, como una serpiente gigantesca.

Más acá se vé, sobresaliendo de entre las casas contiguas, el hermoso edificio impropiamente llamado "la garita," y no lejos de él, la plaza de Santiago y el Técpan, casa de educación para la niñez desvalida, que merece las atenciones del Gobierno, de nuestros potentados, y de todo el que aspire á unir su nombre al recuerdo de una obra meritoria. En frente, y á la izquierda, está el convento de Santiago Tlaltelolco.

Ahí le tenéis, descollando sobre un conjunto informe de casas edificadas posteriormente, parásitas del monumento, y que sin embargo de ser bien altas, no

pueden privarle enteramente del efecto agradable que produce la gallardía de su figura. Señoréalas á todas graciosamente, la Iglesia, ostentando la serie horizontal de sus bóvedas, llamadas hornacinas, y sus dos torres, incompleta la una, y la otra delgada, esbelta y aérea, como un alminar.

Hay en México iglesias de mayores dimensiones y de formas indudablemente más correctas y elegantes; pero ninguna, sin exceptuar las de Loreto y San Fernando, que por su situación, por los edificios que las rodean, por los árboles cercanos, y por mil otros accidentes que sería prolijo enumerar, ofrezca á la vista una imagen más bella y atractiva que la iglesia de Santiago Tlaltelolco. Y si á esto se agrega el caudal de memorias que atesora, el prestigio infinito que en la mente ejerce la historia, no ya tan sólo del monumento, sino del sitio donde se asienta, tendremos suficiente disculpa en dejar una tarde los placeres con que embriaga al alma la moderna Tenochtitlán, y enderezar los pasos al antiguo reino de Quaquauhpitzahua, para pensar y meditar en medio de ese vasto cementerio de generaciones y en presencia de un templo que guarda los secretos de más de dos ...rias.

...le luego, nos sale al encuentro, do-

minando todos nuestros recuerdos, una imagen risueña, inocente, majestuosa; la representación de la escena tierna y solemne con que se inauguró el colegio de Santa Cruz de Tlaltelolco, destinado á la instrucción superior de niños indios.

Gobernaba en México el primer virrey, el benemérito Don Antonio de Mendoza, á quien todos llamaban el padre de los indios, y era una mañana en que la ciudad aguardaba con ansia la salida de una procesión que había de seguir á la magnífica función que se estaba celebrando en San Francisco.

La población toda se agolpaba á las calles que conducen desde la plazuela de Guardiola hasta la gran plaza de Santiago, saboreando en la imaginación un espectáculo que se creía con razón fuese de los mejores de su especie, y que no se hizo esperar mucho tiempo.

En efecto, á una hora en que el calor del sol no era todavía molesto, se oyó un repique en la iglesia de San Francisco, que anunciaba el fin de la misa, y poco después se vió desfilar la procesión.

Figuraban en ella, además de las autoridades subalternas, civiles y eclesiásticas, el virrey, el Ilmo. señor Zumárraga y el Obispo de Santo Domingo, Don Sebastián Ramírez de Fuenleal, que había sido presidente de la segunda audiencia

de México. Pero lo que más llamaba la atención eran unos cien indios niños, que en dos filas caminaban con la mayor compostura por delante de la comunidad de franciscanos, que aún era poco numerosa, y de los personajes antes mencionados: eran estos niños, hijos de los caciques ó principales señores de los pueblos y provincias de la entonces Nueva-España; y sus deudos los veían pasar en aquellos instantes, por la carrera de la procesión, con un gozo que solía acibarar la tristeza al pensar que, si bien los habían traído para que se educaran, iban en breve á dejarlos al cuidado de manos extrañas, mientras ausentes ellos en su domicilio respectivo, desearían en vano prodigarles las atenciones que sólo se hallan en el seno de la familia.

Mas á pesar de esta consideración, que en ciertos momentos se les presentaba con tintas muy sombrías, ellos eran los primeros en mostrarse satisfechos de la benevolencia con que se trataba á los educandos, y para acreditarlo del modo más explícito, hacían que sus sirvientes fueran delante de la procesión, esparciendo flores y yerbas olorosas.

Poniendo las plantas en esta alfombra natural, llegó al fin toda la concurrencia al gran patio ó cementerio de la iglesia de Santiago, que no era la que hoy está

en pié, como después diremos; y luego que entró en ella, predicó un sermón el P. Fr. Alonso de Herrera, habiendo hecho antes lo mismo en San Francisco, el Dr. Cervantes.

De allí pasaron los colegiales, presididos del virrey, los obispos y los religiosos, al refectorio del convento, donde se les tenía preparada la comida, la cual costeó el señor Zumárraga; y mientras la tomaban unos y otros, escucharon un nuevo sermón, predicado por el P. Fr. Pedro de Rivera. Este discurso sirvió, según dice Vetancurt, de "inicio" ó entrada á los estudios.

Al día siguiente nos encontramos á la juventud asistiendo á sus cátedras; y pasados algunos lustros, la contemplamos iniciada en las buenas letras y en casi todas las ciencias útiles, como la gramática, la filosofía, la medicina, y aun en las artes de mero adorno, como la música. ¡Loor eterno á los primeros que difundieron la luz del saber en nuestro suelo! La gloria ha escrito sus nombres en los fastos de México, y estos nombres jamás se borrarán, porque los guarda contra las injurias del tiempo y del olvido, la gratitud que profesa todo pecho honrado al hombre que emplea el poder en beneficio de sus semejantes. Si todos los virreyes que sucedieron á Don Antonio

de Mendoza, hubieran imitado el hermoso ejemplo que les dejó, y si las virtudes de los primeros religiosos que evangelizaron á nuestro pueblo, hubieran resplandecido en los que les siguieron, no cabe duda que la mano que por tres siglos gobernó la Colonia, sería hoy objeto de nuestras bendiciones, y que la nación toda, y mayormente la raza indígena, le deberían un bienestar y una ilustración que distan mucho de poseer. Mas por desgracia, pronto se cansa el hombre de seguir el sendero del bien: apenas da los primeros pasos, cuando retrocede; y no sin razón ha sido considerada como una de las virtudes más difíciles, la perseverancia

II.

El Colegio de Santa Cruz.

Personas hay imbuídas en la creencia de que la iglesia de Santiago Tlaltelolco fué la primera que se edificó en México. Fúndanse tal vez en una tradición, según la cual, fué levantada la iglesia primitiva de la capital, en el mismo sitio que ocupaba el templo mayor de los aztecas, dedicado á Huitzilopochtli, que, como dice Villaseñor en su "Teatro Americáno," se

asentaba en el barrio de los tlaltelolcas; por lo que el aserto de este autor ha servido para corroborar aquella creencia.

Pero lo cierto en este punto, es, que por los datos que ministran historiadores más antiguos, y á quienes se supone mejor informados, se puede con exactitud fijar el asiento del templo del Marte mexicano, en la superficie limitada actualmente por las calles del Empedradillo, primera de Santo Domingo, de Cordobanes, parte de la de Montealegre, de Santa Teresa, del Arzobispado, y por la línea que corre desde esta última, atravesando el atrio de la Catedral hasta tocar con la primera.

Así que, en el supuesto de que la primitiva iglesia de México haya sido edificada en el sitio que ocupó el templo de Huitzilopochtli, esa iglesia no pudo ser la de Tlaltelolco, sino la de que habla Vetancurt al designar el sitio del primer convento de franciscanos. Pero hay más todavía.

Sigüenza y Góngora, citado por Cabrera, asegura que la primera iglesia de que vamos tratando, fué la que se levantó en el cementerio de la Catedral, destinada á Parroquia, y dedicada al apóstol Santiago, con cuyo nombre fué conocida: esta iglesia vino á tierra cuando se empezó á construir otra de mayores dimensiones,

también Parroquia, que se llamó de Nuestra Señora, y fué erigida en Catedral por el Papa Clemente VII, la cual desapareció asimismo luego que estuvo muy adelantada la obra de la Catedral actual.

Pero Santiago era y es el patrón de las Españas: "¡Santiago y cierra España!" fué siempre el grito de guerra de los hijos del Cid y de Pelayo; y creían firmemente que á las batallas que dieron por resultado la conquista de nuestro país, cooperó el apóstol, como lo había hecho antes peleando, caballero, contra los moros: durante el sitio de México, se le vió, según afirma el buen Cabrera, acompañando á la Virgen de los Remedios, que apretaba los puños, llenos de tierra, para arrojarla después á los ojos de los mexicanos. Hé aquí por qué, en debido homenaje de agradecimiento, dedicaron los conquistadores la primera iglesia de la capital á su protector Santiago. Y una vez derribada, ¿era posible dejar de edificarle otra, para perpetuar sus cultos?

No, en verdad, y esta obligación, impuesta por un sentimiento respetable en sí mismo, fué probablemente la que dió origen á la iglesia y convento de Santiago Tlaltelolco.

Sea de ello lo que fuere, es positivo que esta iglesia y convento se edificaron desde los primeros años que siguieron al

establecimiento de los españoles en Anáhuac, y poco tiempo después de la fundación del monasterio de San Francisco. Que desde entonces la iglesia de Tlaltelolco fué Parroquia, es un hecho que tampoco puede ponerse en duda, si se atiende á que el Cura de San José de Naturales no podía cuidar más que de sus feligreses de Tenochtitlán.

Pero hácia ese mismo tiempo acaecían dos hechos dignos de notarse. Mientras esclavizaban á los indios los bárbaros conquistadores; mientras les negaban la racionalidad, y por lo mismo, la capacidad para ser iniciados en la doctrina del cristianismo; y mientras sostenían unos que era inútil enseñarles las ciencias, conceptuándolos de muy limitado entendimiento, y otros que no era conveniente ilustrarlos, por temor de que se rebelaran contra el gobierno, Fr. Pedro de Gante tenía su famosa escuela de artes, en el sitio donde está ahora el colegio de Letrán, y en el convento de San Francisco, haciéndose sordos los religiosos á los clamores de la ignorancia y la codicia, instruían á la juventud indígena en el idioma latino.

Daba impulso á estas tareas, Don Sebastián Ramírez de Fuenleal, hombre benéfico y amante de los adelantos en la ciencia, ordenando á los franciscanos que

insistiesen en la enseñanza de los naturales, para descubrir la aptitud de éstos y confundir á los que los detractaban; y correspondiendo aquéllos á este afán, lograron que sus discípulos llegaran á ser aventajados latinos.

Justo es mencionar al catedrático que más descolló por sus buenas prendas, en la enseñanza de este ramo de los conocimientos humanos, y fué el P. Fr. Arnaldo de Bassac, ó Bassacio, como entonces se le llamaba, latinizando, ó más bien, castellanizando su apellido transpirenaico. Francés de nación, hijo de una familia ignorada, como las de la mayor parte de los religiosos de aquel tiempo; persona de talento no común, cuya juventud pasó inadvertida de la historia, todo lo que de él sabemos es, que siendo profeso en uno de los conventos de la provincia de Aquitania, vino en el año de 1530 á la del Santo Evangelio de México. Aprendió con suma brevedad la lengua azteca, y llegó á hablarla con tal facilidad y corrección, que admiraba á los mismos indígenas; siendo, por estas prendas, así como por sus buenas costumbres, uno de los que más cautivaban los corazones, desde el púlpito. Consagrado á los ejercicios de la penitencia, vivía en la mayor estrechez, siendo muy severo consigo mismo, aunque afable y complaciente con

os demás. El fué quien en Cuautitlán enseñó, antes que otro ninguno, la música, y puso capilla de cantores. Murió en el convento de Tulancingo, donde fué sepultado su cuerpo.

Pero no obstante el empeño de este y otros religiosos de su orden, porque los educandos aprovechasen en los estudios, todavía se echaba menos alguna más formalidad en la enseñanza, un lugar más á propósito para el recogimiento y la concentración de las facultades intelectuales, circunstancias que tanto ayudan á la sólida instrucción, y sobre todo, una renta fija para el sustento de estudiantes pobres.

A estas necesidades proveyó de remedio la munificencia del primer virrey, fundando el colegio de Santa Cruz en el convento de Santiago Tlaltelolco.

Para dotarlo competentemente, impuso capitales á censo en varias fincas urbanas, y le hizo donación de una hacienda que poseía en el Cazadero. Llámase así el campo que se extiende entre el pueblo de Jilotepec y el de San Juan del Río, y se le aplicó este nombre, á causa de la montería que para dar gusto al mismo virrey Don Antonio de Mendoza, hicieron allí más de quince mil indios, al modo que las hacían sus antepasados, esto es, situándose como un muro viviente,

[illegible]

[illegible] procesión [illegible] sus [illegible] de Nuestra Señora, en [illegible] la iglesia. [illegible] volvían al colegio [illegible] las fiestas, se ha-[illegible] y la oficiaban [illegible] las lecciones que con [illegible] empezaron á recibir los ni-[illegible] en el convento de San

Francisco, vinieron á continuarlas á Santiago Tlaltelolco en un colegio en toda regla, y bajo la dirección de eclesiásticos instruídos y virtuosos, habiendo podido todavía asociarse á esta obra meritoria, el P. Fr. Arnaldo de Bassac, que siguió enseñando gramática latina.

III.

Iglesias primitivas.—Estudiantes célebres.

Se extrañará hoy día, no hallar en la iglesia el coro bajo de que nos habla el P. Torquemada; pero hay que saber que la existente es la tercera de las que se han edificado en el mismo sitio.

La primitiva iglesia de Tlaltelolco fué propiamente una capilla ú oratorio, sobre la cual estaban las viviendas de los religiosos. Hízose después otra más capaz, por los años de 1543, que era de tres naves, según Motolinía, y en la que sin duda estaba el coro bajo de que se ha hablado. Ultimamente se erigió la que hoy existe, debida al sudor de los indios, que trabajaron en la fábrica con la mayor alegría, y sin salario alguno. Dirigió la obra como perito, el P. Torquemada, según

nos informa en el prólogo de su "Monarquía Indiana," y puso mano en ella también el P. Fr. Juan Bautista, guardián que fué del mismo convento, autor de muchos escritos celebrados, y al cual llamaban en su tiempo el Cicerón de la lengua mexicana. Costó este deificio más de noventa mil pesos, y se dedicó en el año de 1609.

Mas no perdamos de vista el colegio.

La obra del virrey Don Antonio de Mendoza, fué dignamente continuada por el sucesor de tan noble caballero, Don Luis de Velasco, el cual, informado de que las rentas del establecimiento no eran ya bastantes para sustentar á los colegiales, cuyo número había crecido, lo puso en conocimiento del emperador, obteniendo por este medio la autorización competente para aumentarlas cada año con doscientos ducados, tomados del real erario.

En cambio de este corto sacrificio por parte del Gobierno, creció lozana la tierna planta de Tlaltelolco, y no defraudó las esperanzas de los que con tanto anhelo la cultivaron al principio: aquellos niños de color obscuro y de tímido mirar, á quienes conceptuaban idiotas los orgullosos castellanos, llegaron á ser, en breve, jóvenes provechosos á la patria, sirviéndole con sus conocimientos, ora

ayudando á escribir las obras que debemos á la pluma de los primeros franciscanos, ora desempeñando cátedras en el mismo colegio donde fueron alumnos, y ora, en fin, ocupando con honra los puestos públicos á que, según su condición, eran llamados.

Sin acudir á muchos ejemplos, sólo citaremos á dos de esos jóvenes, Hernando de Rivas y Don Antonio Valeriano. Fué el primero, natural de Texcoco, y grandemente perito en idioma latino, tanto, que con la mayor facilidad traducía en castellano y mexicano cualquier escrito en latín, atendiendo más al sentido que á la letra. Ayudó al P. Fr. Alonso de Molina, en la composición del vocabulario de la lengua mexicana, y á Fr. Juan de Gaona, en la del libro, escrito en la misma lengua, titulado: "Coloquios de la paz y tranquilidad del alma." Murió en el año de 1597.

Don Antonio Valeriano, natural de Atzcapotzalco, fué varón señalado en conocimientos de latinidad y filosofía, y sucedió en las cátedras á los que habían sido sus maestros. Después de algunos años de profesorado, fué electo gobernador de la parcialidad de San Juan, y desempeñó el cargo por más de treinta y cinco años, con grande aceptación de los virreyes y edificación de los españoles, co-

mo dice Fr. Juan de Torquemada, que fué su discípulo en la lengua mexicana. Voló su fama hasta la Peninsula, y el rey le dirigió una carta en que elogia su talento y se le muestra muy complacido por la conducta que observaba. Murió en el año de 1605, y á su entierro, que fué en la capilla de San José de Naturales, asistió un concurso numeroso, así de indios como de españoles, entre los cuales se hallaron presentes los colegiales de Tlaltelolco, por haber sido el finado su catedrático, según dijimos. Refiérese que dejó varios escritos, tanto en latín, como traducidos del mexicano en español, entre otros, una traducción de Caton, "cosa cierto muy para estimar," como se expresa el historiador antes citado. Suponemos que el Caton de que se trata es Dionisio, que floreció en el siglo tercero de nuestra éra, y que escribió los cuatro libros de "Dísticos morales."

El ejemplo de estos dos indios eminentes, cuyo saber y pureza de costumbres encarecen los historiadores de aquel tiempo, pudo haber sido bastante para convencer á los incrédulos, de que los hijos del país no sólo eran capaces de aprender las ciencias, sino susceptibles de la más esmerada educación literaria; pero hubo, además, hechos ruidosos, que acreditan haber sido menester adquirir ese

convencimiento mediante sacrificios de amor propio, y de ellos referiremos uno muy celebrado en las crónicas.

Fué el caso, que un clérigo recién venido de España, de los que recitaban sin saber, una regla de gramática, como había muchos en aquella época, no pudiendo creer que los indios sabían la doctrina cristiana, ni mucho menos el idioma latino, acertó á pasar un día por Tlaltelolco, á tiempo que salían del aula los estudiantes, y acercándose á uno de ellos, ignorando que lo era, le preguntó si sabía el "Pater Noster."

—Sí, padre, contestó el indio.

—Pues bien, dilo.

El estudiante lo recitó á satisfacción del clérigo; pero insistiendo este en su tema, añadió:

—Ahora dí el Credo.

Obedeció el examinado, y comenzó á decirlo en latín; mas al llegar á las palabras "Natus ex Maria Virgine," replicóle su interlocutor:

—"Natus" no es bien dicho, sino "Nato".... sí, "Nato ex Maria Virgine."

—No, padre, "Natus" es lo que pide la gramática.

—¡Cómo! No puede ser....

—"Reverende pater," dijo entonces el colegial, queriendo traer á su adversario

al terreno de la gramática, "Nato, cujus casus est?"

El reverendo, que ni siquiera entendió la pregunta, confuso y sin saber qué responder, tartamudeó una respuesta, que todo pudo ser, menos congruente, y se despidió del indio, con el rostro encendido de vergüenza.

IV.

Los rectores del Colegio.

Hemos consagrado un recuerdo á los alumnos, y justo es que no nos olvidemos de los maestros.

Ya hemos hecho mención en otra parte, de Fr. Maturino Gilberti, que escribió un tratado de gramática latina para los estudiantes de Tlaltelolco, y del P. Fr. Andrés de Olmos, aunque respecto de este religioso no hemos indicado todavía la parte que tuvo en la enseñanza de los colegiales, que fué grande: baste decir, que durante el tiempo que residió en la capital, antes de partir á misionar entre infieles y mientras se dedicaba á las lenguas mexicana, huasteca y totonaca, que llegó á poseer con perfección, tuvo á cargo la cátedra de latinidad con

gran aceptación de sus prelados y provecho de los estudiantes.

No menos benéfico á estos fue el R. P. Fr. Bernardino de Sahagun. Este insigne religioso, natural de un lugar de España, que tiene por nombre su apellido, hizo sus estudios en Salamanca y tomó el hábito en el convento de aquella ciudad.

Pasó á México en 1529 con Fr. Antonio de Ciudad Rodrigo, y desde luego se hizo estimar por sus raras prendas habiendo merecido no sólo la benevolencia de sus hermanos, sino lo que entonces se consideraba como un bien excelso, la amistad y frecuente trato con el V. Fr. Martín de Valencia. Fué guardián varias veces; pero su amor al estudio le obligó después á renunciar ese cargo y á pretender el de lector en el colegio de Santa Cruz, que consiguió sin dificultad conocida como era de los superiores su aptitud para la enseñanza.

Ya desde la fundación del establecimiento había sido nombrado catedrático juntamente con el doctísimo Fr. Juan de Gaona, y así entonces, como después sobresalió por su amor á la juventud mexicana, á quien con la mayor paciencia hizo aprender á leer y escribir, ex-

tendiendo asimismo su cuidado á instruirla en la música. Pero el ramo que principalmente enseñó, fué la gramática, así como su compañero, la retórica y la filosofía.

Frutos de su talento y laboriosas investigaciones fueron varias obras de que hablan con elogio los cronistas, entre otras, "el arte de gramática mexicana, Sermones para todo el año," en mexicano, "Comentarios al Evangelio, para las misas solemnes del día de precepto, la Historia de los primeros pobladores franciscanos en México, Escuela Espiritual," que fué, según se dice, la primera obra que se imprimió en México, en la imprenta que trajo de España Hernán Cortés, y el "Diccionario trilingüe de español, latin y mexicano," que tuvo en las manos el P. Vetancurt, y que ignoramos si habrá llegado á las de la posteridad.

Pero ninguna de sus producciones ha sido en nuestros días tan celebrada como la "Historia general de las cosas de Nueva-España," y ninguna ciertamente que más merezca serlo, así por su gran mérito y las circunstancias de su formación, como por la mala suerte que corrió en su tiempo, la cual influyó notoriamente para que permaneciese inédita hasta nuestro siglo.

Esta obra fué dividida por el autor en doce libros, de los cuales el duodécimo trata de la conquista de México. Como lo indica su título, abraza una materia importante y muy extensa, que hasta la fecha en que se propuso estudiarla nuestro fraile, había sido vista por sus hermanos con descuido ó por lo menos, con bien poca afición. El le consagró los afanes de la mitad de su vida. En cuanto á los motivos que lo obligaron á tomar la pluma y los medios de que se valió para salir airoso de la empresa con que el tino y escrupulosidad á que era tan inclinado, nadie mejor que él puede informarnos; y así para ese objeto como para dar una muestra de su estilo á quien no le conozca, trasuntaremos la parte conducente del prólogo que puso al principio del libro segundo. Hé aquí cómo se expresa:

"Como en otros prólogos de esta obra he dicho, á mí me fué mandado por santa obediencia de mi prelado mayor, que escribiese en lengua mejicana lo que me pareciese ser útil para la doctrina, cultura y manutenencia de la cristiandad de estos naturales de esta Nueva España, y para ayuda de los obreros y ministros que los doctrinan. Recibido este mandamiento, hice en lengua castellana

una minuta ó memoria de todas las materias que había de tratar, que fué lo que está escrito en los doce libros y la postilla (comentario) y cánticos, la cual se puso de primera tijera en el pueblo de Tepeapulco, que es de la provincia de Colhuacán ó Texcoco: hízose de esta manera. En el dicho pueblo, hice juntar todos los principales con el señor del pueblo, que se llamaba Don Diego de Mendoza, hombre anciano, de gran marco y habilidad, muy experimentado en las cosas curiales, bélicas y políticas, y aún idolátricas. Habiéndolos juntado, propúseles lo que pretendía hacer, y pedíles me diesen personas hábiles y experimentadas con quien pudiese platicar, respondieron que se hablarían acerca de lo propuesto, que otro día me responderían, y así se despidieron de mí. Otro día vinieron el señor con los principales, y hecho con muy solemne parlamento, como ellos entonces lo solían hacer, que así lo usaban, señaláronme hasta diez ó doce principales ancianos, y dijéronme que con aquellos podía comunicar y que ellos me darían razón de todo lo que les preguntase. Estaban también allí hasta cuatro latinos, á los cuales yo pocos años antes había enseñado la gramática en el Colegio de San-

ta Cruz en el Tlaltelolco. Con estos principales y gramáticos también principales, platiqué muchos días cerca de dos (siguiendo el orden de la minuta que yo tenía hecha). Todas las cosas que conferimos me las dieron por pintura, que aquella era la escritura que ellos antiguamente usaban; los gramáticos las declararon en su lengua, escribiendo la declaración al pie de la pintura. Tengo aún ahora estos originales. También en este tiempo dicté la postilla y los cantares; escribiéronle los latinos en el mismo pueblo de Tepeopulco. Cuando fué al capítulo donde cumplió su hebdómada el padre fray Francisco Toral, el cual me impuso esta carga, me mudaron de Tepeopulco llevando todas mis escrituras: fuí á morar á Santiago de Tlaltelolco; allí juntando los principales, les propuse el negocio de mis escrituras y les demandé me señalasen algunos principales hábiles, con quien examinase y platicase las que de Tepeopulco traía escritas. El Gobernador con los alcaldes me señalaron hasta ocho ó diez principales escogidos entre todos muy hábiles en su lengua, y en las cosas de sus antiguallas; con los cuales, y con cuatro ó cinco colegiales todos trilingües, por espacio de un año y algo más encerra-

dos en el colegio, se enmendó de claro, y añadió todo lo que de Tepeopulco traje escrito, y todo se tornó á escribir de nuevo de ruin letra, porque se escribió con mucha prisa. En este escrutiño ó exámen, el que más trabajó de todos los colegiales, fué Martín Jacobita, que entonces era rector del colegio, vecino de Tlaltelolco, del barrio de Santa Ana. Habiendo hecho lo dicho en el Tlaltelolco, vine á morar á San Francisco de México, con todas mis escrituras donde por espacio de tres años las pasé y repasé á mis solas, y las torné en enmendar, y dividílas por libros en doce libros, y cada libro por capítulos y párrafos. Después de esto, siendo provincial el padre fray Miguel Navarro, y general de México el padre fray Diego de Mendoza, con su favor se sacaron en blanco en buena letra todos los doce libros, y se enmendó y sacó en blanco la postilla y los cantares, y se hizo un arte de la lengua mexicana, con un vocabulario apéndiz, y los mexicanos añadieron y enmendaron muchas cosas á los doce libros cuando se iban sacando en blanco; de manera, que el primer cedazo por donde mis obras se pasaron, fueron los de Tepeopulco, el segundo, los de Tlaltelolco, el tercero los de Mé-

xico, y en todos estos escrutinios hubo gramáticos colegiales."

Llamaron muchos á esta obra cuando se estaba formando, "Calepino," figurándose acaso que lo que en ella trataba principalmente el autor era, dar á conocer la lengua mexicana, que conocía perfectamente, al modo que lo hizo aquel políglota con respecto á la romana. A pesar de que la naturaleza del libro de que hablamos no corresponde á esta creencia, puede él considerarse como el tesoro más copioso de las voces y locuciones propias y elegantes del mexicano, siendo aún por solo este título de una utilidad y excelencia indisputables.

Pues bien, Sahagun tuvo el sentimiento de ver que su trabajo era tenido en poco, ó más bien, que se le reputaba peligroso y aún nocivo á los naturales del país. Creyóse erradamente que un escrito en que aparecía la relación fiel y por extenso de los dogmas y ritos de la idolatría azteca, podría hacer infructuosas las tareas de los misioneros enderezadas á desarraigar la superstición y á sembrar la semilla del cristianismo en el entendimiento de los mexicanos, sin reparar en el sabio historiador se encargó en el mismo libro de impugnar

aquellos dogmas absurdos y ritos sanguinarios, presentando así el antídoto al lado del veneno.

La obra fué, pues, acogida con disfavor por parte de los religiosos, y so pretexto de que el traslado de los manuscritos que Sahagun había acopiado, era un gasto exhorbitante para el convento, quedó aquella á medio concluir y arrinconada por espacio de más de cinco años.

En este tiempo hizo el autor un sumario de toda ella, que llevaron consigo á España los padres fray Miguel Navarro y fray Gerónimo de Mendieta, el cual fué á dar á manos de D. Juan de Ovando, presidente del consejo de Indias. Este sujeto hizo de él toda la estimación que merecía, y por encargo suyo luego que vino de comisario general el P. Fr. Rodrigo de Sequera, se recogieron los preciosos manuscritos, que estaban diseminados en varios conventos de la provincia, y se mandó á nuestro historiador que los tradujese en castellano, proveyendo de lo necesario para que se trasuntasen de nuevo, ordenándolos en dos columnas por página, la lengua mexicana en una y el romance en la otra.

Hecho esto, y añadida una columna más destinada á la declaración de los

vocablos mexicanos, señalados por sus cifras, quedó dispuesto el libro en dos volúmenes de á folio y fué enviado á Madrid.

Todo conspiraba á hacer creer que allí sería dado á la estampa; pero lo cierto es que desde entonces volvió á caer en su anterior desgracia, y desconocido por más de dos siglos, aunque no del todo olvidado, sólo hasta fines del anterior amaneció de nuevo en el horizonte literario, merced al laudable empeño de Don Juan Bautista Muñoz. Este literario halló el manuscrito en la biblioteca del convento de Tolosa en Navarra, y de la copia que hizo él de propio puño se sacaron dos, una que publicó lord Kingsborough en 1830 en el tomo sexto de su compilación (de que hay un ejemplar en el Museo Nacional de antigüedades), y otra que costeó para sí nuestro compatriota Don Diego García Panes, que fué la que dió á luz un año antes, en México, Don Carlos María de Bustamante.

El destino singular de esta obra, á quien ni su mucha importancia pudo librar del olvido y de una celebridad tardía, harán en todo tiempo desmayar á los autores cuyas producciones se encuentren en las mismas circunstancias, cuando su

pluma no obedezca otro móvil que el amor á la gloria contemporánea: mas no á los que aspiran á otra especie de renombre, al que otorga reconocida la posteridad á los ingenios cuyos partos se encaminan al bien del linaje humano. En esta segunda categoría está colocado nuestro historiador. Dedicando sus obras al P. Rodrigo de Sequera, le dice, entre otras cosas: "de manera que el sér y valor que tienen y tendrán, á sólo el que las favoreció para que saliesen á luz, se ha de atribuir más que no al autor." Aunque envuelto en un velo de modestia, se percibe en estas palabras el sentimiento que abrigaba el P. Sahagun, del mérito imperecedero de sus escritos; sentimiento que le mantenía firme en el propósito de darlos á conocer, á pesar de la injusticia de sus opositores, y que le vaticinaba el aprecio que haría de ellos la gente venidera, dado que no lograse durante sus días, contrastar esa injusticia. Simpatiza el corazón con un hombre que descansando sólo en su conciencia, aguarda lleno de confianza el fallo de los siglos por venir, y causa admiración ese su empeño en ofrecer al mundo una obra acabada para labrarse una fama póstuma, mayormente si se compara con la frivolidad que distingue á no pocos escritores de nuestro

tiempo, sobrado impacientes por ganar gloria y muy descuidados en saberla merecer.

Después de cuarenta años de enseñar á los colegiales de Tlaltelolco, murió el P. Sahagun á los sesenta de su edad, en el convento de San Francisco, en cuyo templo fué sepultado su cuerpo, acompañándole al sepulcro las lágrimas de los indios y de todos los hombres que estiman en su valor real una vida consagrada al culto de la virtud y de la ciencia.

Para completar el cuadro de los primeros lectores del colegio de Santa Cruz, señalaremos también como uno de ellos al P. Fr. Francisco de Bustamante, natural del reino de Toledo, varón docto, que vino á nuestro país en 1542; enseñó artes y teología en el citado establecimiento; fué provincial y comisario general, dos veces, y habiendo pasado á España á negocios del bien público, según dice Vetancurt, murió en Madrid á primero de Noviembre de 1562. No olvidaremos tampoco á los PP. Fr. Juan de Gaona y Fr. Juan de Focher, éste francés, y aquél natural de Burgos, descollantes ambos en el conocimiento de la lengua mexicana, y autores de varias obras, la mayor parte inéditas; tan casto y modesto el primero, que se le proponía por dechado á las doncellas, y tan docto el segundo, es-

pecialmente en cánones, derecho civil y teología, que aun los sabios le consultaban para oír su parecer; siendo éste tan acreditado, que el P. Fr. Alonso de la Veracruz, fundador de la Universidad de México, al saber la muerte de nuestro fraile, exclamó:—¡Focher es muerto, pues todos quedamos en tinieblas!

Habiendo tratado de los primeros alumnos y lectores que ilustraron el colegio de Santa Cruz de Tlaltelolco, faltaríamos á un deber si pasáramos adelante sin detenernos á contemplar la hermosa figura del mejor guardián del convento de Santiago, del historiador de México, cuya obra ha llegado hasta nosotros acompañada siempre de merecido aplauso, en fin, del autor de los "Veintiún libros rituales y Monarquía Indiana."

V.

Fray Juan de Torquemada

El cronista Vetancurt, sin saberse por qué razón, negó en su "Menologio franciscano" un lugar al religioso cuyo nombre hemos colocado al principio de este capítulo. Toda la noticia que de él nos da, se reduce á que fué hijo de la provincia del Santo Evangelio, y su cronista;

que salió electo provincial en el capítulo celebrado en Xochimilco en 18 de Enero de 1614, y que escribió y publicó la vida del beato Sebastián de Aparicio, así como la historia que acabamos de mencionar, respecto de la cual añade que se valió para formarla, de los muchos escritos de los más antiguos padres, y señaladamente del libro que compuso Fr. Gerónimo de Mendieta, intitulado "Historia eclesiástica indiana," que pasó á manos del P. Fr. Juan Bautista, y de ahí las de nuestro historiador, su discípulo. Pero algunos apuntamientos propiamente biográficos, la indicación siquiera de los lugares donde nació al mundo y á la orden seráfica, esto es lo que no ha hecho Vetancurt, y semejante proceder le ha acarreado la fea nota de envidioso.

Mas no sólo se contentó con ese desdén, sino que obrando con la mayor injusticia, no ha dudado callar un hecho que fué, sin duda, reputado en aquellos tiempos como un timbre para el P. Torquemada; queremos hablar de la parte señaladísima que tuvo éste en la erección de la actual iglesia de Santiago Tlaltelolco: atribuyendo su émulo toda la gloria de ese hecho al P. Fr. Juan Bautista, siendo así que no hizo más que sacar de cimientos el edificio, el cual fué levantado hasta cerrarlo con bóvedas, por el autor

de la Monarquía Indiana. Dirigió él, igualmente, la obra del retablo principal, y—oigamos cómo se expresa:—"sin tener maestros que amaestrasen lo uno ni lo otro, sino yo sólo, que para haber de salir con ello, tuve necesidad de muy grande estudio en cosas de arquitectura; la cual me comunicó el Señor sin haberla estudiado ni sabido, ni aprendido de maestros, que suelen enseñarla, aprovechándome de los libros que de esto tratan."

Esta malquerencia de Vetancurt es tanto más inexplicable, cuanto que él se sirvió de casi todas las noticias importantes sembradas en la Monarquía Indiana para componer en gran parte su "Teatro Mexicano," siendo no pocos pasajes de esta obra, una verdadera copia ó translado de pasajes de aquélla. Y con todo, se atreve á notar de plagiario á Torquemada, por haberse aprovechado, para la formación de su libro, de los escritos de autores que le precedieron en el desempeño del mismo asunto; siendo así que, tomando en tal sentido la palabra plagiario, casi no queda historiador que no lo sea, como observa muy bien el señor García Icazbalceta. Mas la posteridad ha tomado á su cargo la venganza de este agravio á todas luces inmerecido, y dejando á cada uno de nuestros dos historiadores en

el buen lugar que les corresponde, ha inclinado, sin embargo, la balanza de la justicia del lado de Torquemada, y aun no ha faltado autor (Clavijero) que ponga sobre el libro de Vetancurt la misma tacha con que él pretendió afear el de aquél escritor.

Pero sea de ello lo que fuere, lo cierto es que el mal causado por el autor del "Menologio," es acaso irreparable: pudiendo, á no dudarlo, haber derramado abundante luz sobre la vida de Fr. Juan de Torquemada, nos ha dejado en tinieblas, y fuera de las escasas noticias antes dadas, todo lo que sabemos acerca de este buen religioso, es que fué natural de España; que vino niño á México, y tomó el hábito de San Francisco en el convento grande, hacia fines del siglo décimo-sexto; que se dedicó con ardor á recoger todas las tradiciones que pudieran suministrarle material para su preciosa obra; que trabajaba en ella sin desatender las obligaciones de su estado, y que murió siendo guardián del expresado convento. El señor Ramírez, en sus noticias concernientes á Motolinía, fundado en algunos monumentos que consultó, fija el nacimiento de nuestro Torquemada por los años de 1563 ó 1565; su ingreso á la religión franciscana en el mes de Febrero de 1583, y su muerte en el año de 1624,

de donde podemos inferir que alcanzó una edad de cincuenta y nueve ó sesenta y un años.

No obstante esta pobreza de noticias tocantes á la persona del fraile insigne, debemos consolarnos con la idea de que vive en sus obras, vive inmortal en sus escritos, y especialmente en su famosa historia mexicana. En ella es preciso estudiar el objeto del cuadro y al artista que con tanto primor y valentía manejaba el pincel. Todo seduce en esta producción, el asunto y el modo de tratarlo, la materia y la forma; todo en ella da una idea favorable del escritor, y, ¡cosa rara! interesa hasta por lo que á primera vista podría parecer más insignificante, la dedicatoria.

Esta pieza sorprende de la manera más agradable. Cuando las de su género, que se escribían en aquella centuria, dan grima de puro insulsas y rastreras; cuando en la mayor parte ofende, molesta, da vergüenza hallar entretejida la torpe adulación con la más ridícula pedantería, asombra ver en la de Torquemada el sello de una alma noble, la revelación de un carácter independiente, digno y superior á las miserias de su siglo. Cuando hasta los poderosos buscaban á un magnate por mecenas, el humilde fraile no solicitaba para su libro más amparo que el de Dios.

Todos los que escriben libros (dice, hablando con la Divinidad) buscan modos como más honrarlos y ampararlos de los que los calumnian; y unos los dedican á reyes y monarcas poderosos, pareciéndoles que en ellos está su defensa, y otros, á personas de las cuales se reconocen obligados, y en orden, ó de lisonjearlas creyendo que en esto les dan gusto, ó de obligarlas á mayor gratitud y agradecimiento, les desentrañan las vidas y hacen largos procesos en contar las de sus pasados, hasta llegar al tronco y cepa donde comenzó su nobleza; pero al fin dan en laja, pues llegan á término donde se acaban las caballerías, y en el mismo se comienza á descubrir la hilaza de la masa de Adán, donde toda nobleza é hidalguía quedó por el suelo, abatida, y el sambenito de la culpa primera puesto á los pechos, que aunque más se quiera cubrir con hábitos de San Juan, de Calatrava, Alcántara y Santiago, no es posible, por cuanto él campea sobre todos. Y poniéndome á considerar todas estas cosas, hallo por muy cierto, que todas tienen fin, y que no consiguen lo que pretenden los que les dedican sus obras; pues en muriendo el amparador, muere con él también la protección y amparo que les hacía; y no sabemos de ninguno que haya dejado en cláusula de testamento, ni en

vínculo de mayorazgo, á sus sucesores y descendientes, que tomen á su cuidado los libros que en su nombre se imprimieron."

¿Puede apetecerse más dignidad, más elevación de ideas, más delicadeza de sentimientos, y al mismo tiempo una sátira más fina? Esa elevación se ve también patente en el juicio que de la historia en general tenía formado, el cual no dudaría prohijar un filósofo griego ó romano. "Es la historia (dice) un beneficio inmortal que se comunica á muchos: ¿qué depósito hay más cierto y más enriquecido, que la historia? Allí tenemos presentes las cosas pasadas, y testimonio y argumento de las porvenir: ella nos da noticia y declara y muestra lo que en diversos lugares y tiempos acontece; los montes no la estrechan, ni los ríos, ni los años, ni los meses, porque ni está sujeta á la diferencia de los tiempos, ni del lugar. Es la historia un enemigo grande y declarado contra la injuria de los tiempos, de los cuales claramente triunfa. Es un reparador de la mortalidad de los hombres, y una recompensa de la brevedad de esta vida."

Otra de las prendas que resaltan en nuestro autor, es el entrañable cariño que profesaba á los naturales del país; y así es que, enumerando las razones que le

movieron á poner mano en su historia, "otra fué—nos valdremos de sus propias palabras—ser yo tan aficionado á esta pobre gente indiana, y querer excusarlos, ya que no totalmente, en sus errores y cegueras, al menos en la parte que puedo no condenarlos, y sacar á luz todas las cosas con que se conservaron en sus Repúblicas gentílicas, que los excusa del título bestial que nuestros españoles les habían dado."

Como éste, hay innumerables pasajes en su obra, que respiran el mismo afecto, siendo de notarse muy especialmente aquéllos en que se muestra complacido de la conducta de Las Casas, por el celo y perseverancia con que abogaba por la causa de los indios.

En conclusión, la Monarquía Indiana es uno de aquellos libros que debían andar en manos de todos nuestros patricios. Tiene sus pasajes áridos, á veces aun molestos, por hallarse cargados de una erudición pesada; pero estos lunares, que son los de casi todas las producciones literarias de su época, no hacen desmayar al lector, y una vez comenzada la lectura, no se deja fácilmente, sino hasta haber apurado el deleite con que brinda. Buen estilo, locución propia y generalmente esmerada, imágenes de brillante colorido, apreciaciones exactas, jui-

cios filosóficos, sesudos, nobleza de miras, y sobre todo, gran copia de hechos y suma fidelidad en referirlos, hé aquí las cualidades que aseguran á la obra de Torquemada la afición y estima de la posteridad, y por las cuales se ha granjeado el autor el renombre de Tito Livio mexicano. Vivirán uno y otra, mientras haya un lugar donde se hable la lengua de Mariana y de Cervantes, y mientras interese á la humanidad la suerte feliz ó desgraciada de los hijos de Anáhuac.

VI.

El Colegio de San Buenaventura.

Desde el año de 1537, en que tuvo principio en Tlaltelolco el primer plantel literario, hasta el de 1564, en que terminó el gobierno del virrey Don Luis de Velasco, inmediato sucesor, como se ha dicho, de Don Antonio de Mendoza, la juventud mexicana bebió las generosas aguas de la ciencia, dando muestras de lo que era y de lo mucho que podía ser.

Mas con la muerte del segundo de esos bienhechores, faltó la mano que la sostenía en la carrera de su perfeccionamiento: dejó de existir el colegio imperial de

anta Cruz, y dejó de existir, porque los
obernantes que después vinieron, no es-
aban animados de los sentimientos que
brigaron sus antecesores para con la ra-
a subyugada; y en vez de procurar ins-
ruírla, sólc trataron de embrutecerla,
rivándola del beneficio de las luces, para
dormecerla en la esclavitud.

Tenían razón los tiranos. Cuanto más
egradados, cuanto más envilecidos estu-
iesen los indios, eran menos capaces de
ublevarse contra sus opresores, eran más
obernables, tolerarían con más docilidad
os tributos y los trabajos á fuerza: por
so, en lugar de poner en sus manos la
ntorcha de la civilización, amontonaban
ubes sobre su inteligencia; el hombre
ue nada conoce, nada apetece, á nada
spira, abdica su dignidad de sér inteli-
ente y se convierte en máquina; y esto
ra precisamente lo que formaba el nú-
leo de la política que con nuestros com-
atriotas empleaban aquellos bajás: tener
upeditados brutos y no racionales; en
ez de súbditos, instrumentos.

Y es forzoso convenir, que en gran par-
e alcanzaron esa triste gloria; pero tam-
ién debemos confesar que los primeros
irreyes mostraron tendencias más no-
les, más humanas, y dignas ciertamente
le una administración sabia y generosa.
Y lo que en este punto llama la atención

es, que su ejemplo no haya producido en los que les sucedieron, los frutos que eran de esperarse. ¡Qué, la idea de un pueblo oprimido, de un pueblo que desfallece bajo el peso del yugo, no los perseguía como un remordimiento eterno en sus horas de arbitrariedad y durante sus ensueños de codicia! ¡no los hacía sonrojarse de una conducta tan ruin y anticaballerosa, cuando había tantos pechos virtuosos que la censuraban abiertamente, cuando había un Obispo de Chiapas que protestaba contra ella con toda la energía de la conciencia indignada!

El hecho es que á principios del siglo décimo-séptimo, y aun á fines del anterior, ya se notaba en los indios ese estado de postración intelectual que llegó después hasta la más crasa ignorancia, y en muchos hasta la barbarie. Descuidóse enteramente su instrucción por parte del gobierno y por la de los frailes, pues que ya en éstos empezaba á decaer el fervor primitivo. Hubo más: conceptuándolos indignos de civilizarse, todo el empeño que antes se puso en doctrinarlos en las ciencias y en las artes, se convirtió en favor de la juventud española, pareciendo, según indica Torquemada, que los gobernantes tenían por mal empleado el bien que se hacía á nuestros naturales, y por

tiempo perdido el que con ellos se gastaba.

El edificio del colegio de Santa Cruz, ampliado con aulas y esmeradamente cuidado por el P. Sahagun y por el religioso que acabamos de nombrar, permaneció en pie muchos años, y todavía en el de 1605, se le mostraba como uno de los primeros monumentos de la civilización española que mejor hicieran rostro á las injurias del tiempo. Pero los colegiales habían desaparecido, con el favor y protección que al principio se les otorgara, y el establecimiento estaba reducido á una escuela de educación primaria para niños tlaltelolcas y de los barrios inmediatos, donde los religiosos los enseñaban á leer y escribir, juntamente con la doctrina cristiana.

Transcurrió medio siglo, y ya ni esta fantasma del colegio existía: la absoluta falta de rentas, la incuria, las inundaciones, todo conspiró á su ruina, y pocos años después, una casa de estudios tan famosa, se veía convertida en un montón de escombros.

Hácia este tiempo, vino de comisario general de San Francisco, el P. Fr. Juan de la Torre, que era hijo de esta provincia, y fué después obispo de Nicaragua. Advirtió el estado deplorable en que se encontraba un edificio tan estimado en

otro tiempo, y tan digno de celebridad eterna; pero en vez de poner mano en su reedificación, haciendo que, como el fénix, renaciera de sus cenizas, se conformó con erigir otro colegio, más bien convento, cerca del sitio que ocupaba el antiguo, y es el que hasta nuestros días ha subsistido, con el título de San Buenaventura. Componíase de un claustro espacioso con treinta celdas, un refectorio capaz de contener cien frailes, sala "de profundis," cárcel general con asientos altos y bajos, aulas, biblioteca y otras oficinas destinadas á la comodidad de maestros y discípulos. Montó el costo de la fábrica á unos cincuenta mil pesos, y es presumible que los hijos de Tlaltelolco hayan contribuido á la ejecución de la misma, con su trabajo personal.

Demás de esto, el futuro obispo buscó un bienhechor que sustentase con sus limosnas á los estudiantes. Prestóse á desempeñar este papel honroso, el señor Don Pedro de Soto López, síndico general de las provincias, y alguacil mayor del Santo Oficio, imponiendo á censo en varias fincas, cincuenta y ocho mil pesos, para que de los réditos se mantuviesen dos lectores de teología escolástica, uno de moral, y un maestro de estudiantes, de los cuales ocho habían de ser de la pro-

vincia del Santo Evangelio, y ocho de las de Zacatecas, Guadalajara y la Florida

Y aunque en recompensa de este beneficio, le fué concedido á Don Pedro de Soto López el patronato del nuevo colegio, viéndose después sin herederos, lo cedió á esta provincia en 15 de Marzo de 1661, la cual coronó la obra del fundador y del patrono, sosteniendo, reparando y aun hermoseando el establecimiento.

VII.

Restablecimiento y extinción final del colegio.

Pero, como acaba de verse, el colegio de San Buenaventura no era el seminario primitivo; y lejos de conformarse con el instituto de éste, los estudiantes que en él eran educados no pertenecían á la juventud indígena: tampoco eran seglares, sino individuos de la orden franciscana, que salidos del noviciado, entraban en la carrera de los estudios, con objeto de adquirir los conocimientos indispensables para ejercer debidamente el ministerio santo á que estaban llamados.

Todo lo que entonces se hizo en favor de nuestros indios, fué construir, en el

[illegible]

Don Antonio de Mendoza, por cuyas órdenes y con cuyos bienes se erigió el primitivo seminario, según hemos dicho.

"Los colegiales que se mantenían en el colegio, según la gaceta de Diciembre del propio año, eran once, con el residuo de las rentas antiguas y con limosnas del padre comisario general de la orden de N. P. S. Francisco, que se le aplicaron al colegio. Con tan escasos haberes, no es difícil de concebir la falta de formalidad del resucitado colegio de Santa Cruz. Los padres franciscanos tenían grandes simpatías por el establecimiento, y de hecho hicieron muchos y repetidos esfuerzos para sacarlo del abatimiento y miseria en que yacía, particularmente en 1785, en que redoblaron sus instancias; pero todo fué en vano: las inundaciones, las pestes, que despoblaron la parte Norte y Nordeste de la ciudad, la falta de agua potable, la injuria de los tiempos, la falta creciente de recursos, y acaso las mismas causas que indicaba, como hemos visto, el repetido Torquemada, produjeron el abandono y total ruina del Colegio. Ya en 1811, época en que el señor Beristáin escribía, no existía, como él mismo lo asienta, y al presente aún preguntamos dónde estaba el colegio imperial de Santa Cruz, que para muchos de nuestros lectores es desconocido hasta su nombre."

Respecto de esta última noticia, que acabamos de trasuntar de un artículo del señor Berganzo, publicado en el Diccionario de Historia y Geografía, hay que hacer dos advertencias.

Tan cierto es que los franciscanos se interesaron en el restablecimiento y subsistencia del colegio de Santa Cruz, que el R. P. Fr. Fernando Alonso González, coadyuvando á los deseos de Don Juan Olivar Rebolledo, costeó la biblioteca del mismo colegio, contribuyó para los gastos de la conducción del agua al barrio de Tlaltelolco, y pagó el vestido de siete colegiales caciques. Nació este religioso en Medina del Campo; tomó el hábito el año de 1689, y en el de 1700 pasó de misionero á la provincia de Michoacán, en donde permaneció algunos años. Vino después á México, y en el de 1734, á 28 de Diciembre, murió en el convento de Santa María la Redonda.

Debemos también advertir que no es tan difícil determinar la situación del colegio de Santa Cruz, si se tiene en cuenta que desde el principio estuvo anexo al convento de Santiago Tlaltelolco, y que, según nos informan los cronistas, la puerta principal de aquel edificio daba al patio del segundo. Esto supuesto, y admitiendo que el convento de San Buenaventura no sea más que el antiguo, reedificado; si se

os preguntara dónde estaba el colegio e que vamos tratando, ni titubearíamos n responder, y con algún fundamento, ue se asentaba en la superficie que cae l Oeste del sobredicho convento.

En el día, esa superficie forma parte e otra mayor, cercada por una gran taia que se extiende en cuadro, abrazando or el Sur la huerta, el presidio militar, . casa de asilo para mendigos, y por el)este algunos patios, ó más bien, solares bandonados.

La parte principal del convento está estinada al presidio civil. Forman lo resınte, la sacristía, en el piso bajo, y en el lto, todo el claustro, las celdas, el anteoro y la antigua cátedra de filosofía, onde hace poco tiempo se enseñaban las rimeras letras á los niños del barrio. A ; entrada de esa cátedra se ven dos cuaros en la pared, uno en cada lado, reresentando el de la derecha al P. Fr. 'ernando González, y el de la izquierda l R. P. fundador del colegio de San uenaventura. Ambos retratos son de uen pincel, y al pie del segundo se lee sta inscripción:

"El Ilmo. y Rmo. Sr. Dr. Fr. Juan
" de la Torre, hijo de esta provin-
" cia del Santo Evangelio, P. de la
" Santa provincia de Búrgos, predi-

" cador apostólico, comisario gene-
" ral de todas las provincias de esta
" Nueva-España, y obispo de Nica-
" ragua, á cuya solicitud y cuidado
" se hizo la fábrica de este colegio
" de San Buenaventura Tlaltelolco,
" 1661."

La sacristía conserva un tesoro que no se sabe cómo ha podido salvarse entre las vicisitudes del establecimiento: queremos hablar de un mueble precioso, de la cátedra que estaba en el general. Su forma es parecida á la de todas las de su tiempo, entre ellas, la del colegio de San Ildefonso. Es de nogal, y en su hechura puede admirarse una obra maestra de ebanistería.

Además del colegio de San Buenaventura, parece haber existido, hacia fines del siglo pasado, una casa pequeña situada al Sur de ese edificio, y destinada á hospicio de los religiosos que venían de Nuevo-México. Resto de esa casa es el patio que se ve actualmente entre la huerta y el referido colegio, en cuyo centro hay una fuentecita octágona, cubierta de azulejos, que no carece de gracia. Junto á la pared que divide el patio de la huerta está otra fuente, encima de la cual y escrita en la misma pared, se lee esta noticia:

ie acabó este hospicio de la San-
Custodia de la Nueva-México,
31 días del mes de Julio, de or-
n de N. M. R. P, comisario ge-
ral de todas las provincias de es-
reino, Fr. Pedro Navarrete, y
ocurador.... de la dicha Custo-
a, el P. Fr. Juan Miguel Menche-
, año de 1776."

que hoy se llama la huerta, no es
ıe una pequeña parte de la que, se-
·adición tenía el colegio de Santa
y ocupaba toda ó casi toda lá área
se levantan actualmente el presi-
litar y la casa de asilo para mendi-
'o obstante, reducida como está, es
ı de una extensión considerable, y
:ece hallarse mal atendida por las
as que cuidan del edificiò. Vénse
. plantados, varios olivos y algunos
árboles de vistoso follaje, sobresa-
entre todos un fresno secular, de
·a gigantesca, á cuya sombra se
a el observador ver en pie las ve-
es figuras de Sahagun y Torque-

VIII

El Santo Cristo del Milagro.

Pero ya es tiempo de que entremos á la iglesia.

Su forma es la de una cruz latina, como la de casi todos nuestros templos, y se respira cierto bienestar bajo de esa nave tan bella y espaciosa.

Desde luego llama la atención el coro, por tres pinturas á la aguada, que representan pasajes de la vida del beato Sebastián de Aparicio: son de figura oval y de gran tamaño. Había otras de las mismas dimensiones en el convento de San Francisco, y por tradición se sabe que todas fueron traídas de Roma, donde sirvieron para adornar la Basílica de San Pedro el día de la beatificación del virtuoso lego.

El retablo mayor, de una arquitectura al gusto del siglo décimo-sexto, fué también obra del insigne Torquemada, como hemos indicado, y costó, según dice, veintiún mil pesos, y aun más, si se tiene en cuenta que los oficiales trabajaron en él de balde. Ostenta cuadros en que lució el pincel del célebre Baltasar de Echave ó Chávez, único en su arte, como entonces se le llamaba.

Este retablo, así como los que adornan
ı dos pilastras laterales, fueron dorados
nuevo á mediados del siglo décimo-
tavo, según consta de la noticia escrita
lado de la portentosa imagen de un
n Cristóbal colosal que está pintado en
pared, hacia la puerta que da al Norte.
é aquí esa noticia:

"A expensas solicitadas y aplica-
" das por N. M. R. P. Fr Manuel
" de Nájera, siendo comisario gene-
" ral de esta Nueva-España, se reto-
" có esta imagen; se revocó y blan-
" queó toda esta iglesia, por dentro
" y fuera, y se doraron de nuevo el
" retablo mayor y los dos laterales
" de sus pilastras, año de 1763."

Además de esos retablos, posee otros
iglesia, en uno de los cuales se venera-
ı un Crucifijo, por el que en vano he-
os preguntado en nuestros días, pero
ı alcanzó gran celebridad en otro tiem-

ı motivo de esa celebridad se justifica,
fué nada menos que un milagro, y
do.
allá por los reinados
e IV, en cierto día
, dando voces:—¡el
el Señor está sudan-

do! vengan a verlo, vengan á verlo! decia entre gozoso y espantado.

Acudieron los vecinos en tropel, y la modesta habitación del indio se vió en pocos instantes invadida por una muchedumbre, ávida de contemplar la maravilla. En la pieza de ésta habitación, destinada á oratorio, que los naturales llaman "santo calli," sobre un altar engalanado con flores, se hallaba una estátua gigantesca de Jesús, un corpulento Crucifijo, como le llama Cabrera; y en efecto, algunas gotas como de sudor, se dejaban percibir en varias partes de la efigie.

Uno de los españoles, que al olor de la novedad se había mezclado entre los espectadores, después de observar atentamente el prodigio, dijo en voz baja á uno de aquéllos:

—¡Vaya un clima éste, donde hasta los santos sudan el quilo!

—¡Calla! respondió el otro; si es que el Crucifijo acaba, sin duda, de salir del "temaxcalli!"

Por fortuna de estos pillastres, "esprits forts" de su época, y acaso descendientes de portugués ó de judío, no acertó á encontrarse oculto entre la turba algún auxiliar del Santo Oficio.

Los demás concurrentes creyeron á pie juntillas que milagrosamente sudaba el Crucifijo, y los más devotos, que eran

unos españoles mocetones y robustos, determinaron, sin consultar el parecer del dueño, cargar con la estátua y transladarla procesionalmente á la iglesia de Santa Catarina Mártir. Opónense los indios; insisten aquéllos en su determinación, indicando la necesidad de que á la imagen se dé el debido culto; no se persuaden los otros, y amenazan á los ladrones con un severo castigo; búrlanse éstos de la amenaza, y aquí de Dios!

Divídense en dos bandos los circunstantes, y arremeten unos contra otros, con ardor diabólico. Al principio todo fué confusión y vocería; llovían palos y puñadas; caían los combatientes y se levantaban con mayor brío; se extremecía la pieza; volaban los muebles, como armas arrojadizas, y, sin embargo, la victoria quedaba indecisa.

Triunfan los españoles, al cabo de una hora de combate: sálense á la calle formando un grupo por encima del cual se alzaba el disputado Crucifijo; pero este paso fué su perdición. Corren tras ellos los indios, armados de palos y piedras: dispónense los españoles á una nueva pelea, apiñándose en derredor de la efigie, como un batallón que defiende su bandera; pero una granizada de piedras, lanzada por sus contrarios, los obliga á dejar

caer la presa, y á poner pies en polvorosa.

Quedó el campo por los indios.

Mas, ¡cuál fué su asombro, cuando, al levantar el Crucifijo, advirtieron que tenía en la garganta del pie derecho una herida que sangraba!

Esta herida fué causada por el golpe de una piedra inicua.

Arrepentidos los vencedores, de su mal proceder, aplicaron una venda á la herida, y condujeron devotamente el Crucifijo á la iglesia de Santiago, donde procuraron desagraviarle, de cuantos modos les fué dable; y colocado en un altar suntuoso, empezó á ser conocido desde entonces con el nombre de "El Santo Cristo del Milagro."

Pero á este milagro sucedió otro no menos insigne. Había enfrente del altar, donde fué puesto el Crucifijo, una estátua de San Antonio de Padua, en ademán de ver al niño Jesús, que sostenía en la mano izquierda; mas apenas observa colocado en su altar el Santo Cristo, cuando, alzando los ojos hácia él, queda en esta actitud para siempre, con admiración de los arrepentidos tlaltelolcas.

IX.

Una ojeada á la Historia Antigua.

Viniendo ahora á lo exterior de la iglesia, no se puede prescindir de mirar y examinar las puertas, que son de una hechura laboriosa y agradable. La fachada principal del edificio, que da al Poniente, tiene una portada sencilla y de buen gusto. El cornisamento del primer cuerpo descansa sobre cuatro pilastras dóricas, dos á cada lado de la puerta, las cuales dejan ver en los intercolumnios un nicho con su estátua correspondiente; apóyase el del segundo en otras tantas pilastras jónicas, y el del tercero, en igual número de pilastras de orden corintio. Se vé, por lo mismo, que el arquitecto siguió en la obra, y por lo que hace á la especie de pilastras, la gradación que pide la naturaleza, colocando arriba las más ligeras, respectivamente á las de abajo. Lo que sí no puede perdonársele, es que haya puesto por remate del tercer cuerpo un fróntis semicircular, siendo todos los de esta figura un aborto del arte, ya degenerado. Esta falta se evitó en la portada que corresponde á la entrada lateral de la iglesia, cuyo fróntis, de forma triangular, os-

tenta encima un águila, con las alas extendidas.

Él aspecto de todo el edificio es severo é imponente; y según lo reforzado de los muros, señaladamente de los que forman la parte inferior de las torres, no parece sino que el P. Torquemada intentó construir un edificio perdurable.

Observado desde el cementerio, y á unos cien pasos de distancia al Norte, se presenta en majestuoso aislamiento, sin más compañía que la de un árbol del Perú, que por su postura especial, con el tronco inclinado y las ramas colgantes, parece como agobiado bajo el peso de los siglos.

A la sombra de este árbol, quizá contemporáneo de la primera iglesia, y el único de los que en otro tiempo alegraban el cementerio, hemos contemplado la puesta del sol en una tarde de primavera.

Un enjambre de abejas que poblaba el follaje libando la miel de las flores, y platicando armoniosamente, comunicaba al ánimo una melancolía apacible, haciéndonos recordar el sauce y el "levi susurro" de Virgilio.

Por otra parte, la soledad, el cielo limpio de toda nube, y el astro del día, mudo testigo de las dichas y miserias de tantas generaciones, invitaban á recorrer con

el pensamiento los sucesos de que habían sido teatro aquellos sitios, y á remontarse hasta las risueñas fábulas que presiden al establecimiento de los tlaltelolcas.

Cuando los aztecas venían peregrinando en busca de las encantadas regiones donde, según su oráculo, debían fijar su imperio, llegaron á un lugar llamado Cohuatlicámac, en que permanecieron tres años.

Estando juntos un día en el campamento que tenían formado, aparecieron dos "quimillis" ó envoltorios, en medio de ellos, y movidos de la curiosidad, se dieron prisa en desatar uno, para saber lo que contenía.

No fué vana su diligencia: el quimilli atesoraba en lo más interior, una piedra preciosa, á manera de esmeralda; pero excitada la codicia de todos, cada cual la quiso para sí ó su familia, y en último, caso, para toda su parentela. Resultó de aquí, que se formasen dos bandos, que por disputarse el hallazgo, se vieron á pique de venir á las manos.

En tal conflicto acudió á poner paz Huitzíton, que hasta allí los había ido acaudillando, y dirigiéndoles la palabra, les echó en cara su poca cordura en contender por la alhaja descubierta en el envoltorio, sin averiguar siquiera lo que el

otro contenía, que por ventura podía ser algo más precioso.

Convencidos de la fuerza de una observación tan juiciosa, dieron treguas á la disputa, y quedándose los de un bando con la piedra, se pusieron los del otro á desatar el envoltorio hasta entonces intacto. Concluída la operación, hallaron sólo dos palos.

No conformes con este resultado, iban de nuevo á emprender la contienda con los poseedores de la piedra; pero Huitzíton, que estimaba en más el segundo hallazgo, y que á toda costa quería mantener unidos á los miembros de aquella gran familia, se presentó á calmarlos, indicándoles que mayor tesoro eran los palos que poseían, pues que dotados de una virtud inestimable, les servirían de mucho en el discurso de su peregrinación.

Preguntado cuál era la virtud que tanto ponderaba, tomó los dos palos, y restregándolos uno contra otro, sacó fuego de ellos.

Comprendieron, á vista de este fenómeno, que hasta entonces había sido para todos un secreto, que su caudillo tenía razón; pero, como es fácil preverlo, renació la disputa, quizá con más ardor, que al principio, á causa de los palos, y aunque el prudente Huitzíton logró que no tomara cuerpo, quedaron indispuestos los

ánimos, y los de un bando permanecieron enemistados con los del otro, para siempre.

Hé aquí el origen de la división de la gente azteca en dos tribus ó parcialidades, y de las disensiones que después turbaron la armonía de su sociedad. Reputábanse nobles los que se apropiaron la esmeralda, y los dueños de los palos, plebeyos.

Pasaron los años, y cuando ya unos y otros habían llegado al valle de Anáhuac, término de su viaje; establecidos ya en la isleta situada en medio de la laguna, aunque harto mal acomodados por lo mezquino del terreno, un día en que la tribu de los nobles se mostraba altamente disgustada de esa estrechez, sucedió que varios sujetos pertenecientes á ella vieron levantarse hacia el Norte, y de entre los carrizos y espadañas, una columna de polvo á manera de remolino, que se perdía en el cielo.

Asombrados del caso, pues que ciertamente no podía producirse polvo donde no habían visto más que agua, enderezaron los pasos hacia el lugar en que se verificaba: llegan, mas ¡cuál es su admiración al ver una isleta formada de un terreno arenisco y que parecía estar convidando pobladores! Hallan, además, en

la parte más elevada, una flecha, una culebra enroscada, y una rodela ó "chimalli."

Persuadidos de que la presencia de estos objetos era una insinuación divina, volviéronse á participar á la tribu de los suyos todo lo ocurrido, resultando de aquí que se separase de la de los plebeyos para establecerse definitivamente en el lugar nuevamente descubierto. Era éste elevado hacia el centro, de donde disminuía en altura gradualmente, hasta la orilla, por lo que, y atendiendo á la materia de que se componía, le llamaron "Xaltelolco," ó sea "montón de arena."

Una vez fabricadas las primeras casas, para agrandar el terreno, empezaron los nuevos pobladores á formar al rededor chinampas, que con el tiempo se fueron asentando; y aumentando el número de ellas sobremanera,, llegaron á componer mediante este arbitrio, una gran superficie, que desde esa época adquirió el nombre de Tlaltelolco, el cual significa, según los historiadores, "montón de tierra artificial, ó hecho á mano." De aquí también les vino á los habitantes de ese lugar el nombre de Tlaltelolcas, así como por otra razón el de tenochcas ó mexicas, y hoy mexicanos, á los de la isla situada al Sur, llamada Tenochtitlán.

Separados unos de otros, los tlaltelol-

cas se constituyeron en nación independiente, y deliberaron entre sí acerca del gobierno que les convenía. Escogida la forma monárquica, pidieron rey al señor de Atzcapotzalco, de quien eran tributarios, el cual les dió á Quaquauhpitzahuac, su hijo segundo, que los gobernó por muchos años, hermoseando la ciudad con buenos edificios, huertas y jardines, y extendiendo sus dominios por medio de las conquistas que hizo, de varios pueblos comarcanos, entre otros, los de Coacalco, Xaltocan y Tenayocan, hoy Tenayuca.

Muerto este rey, entró en su lugar Tlacatécatl ó Tlacatéutl, que siguió la política de su antecesor, y conquistó los pueblos de Coyohuacan y Aculhuacan

El tercer rey de Tlaltelolco fué Quauhtlatohuátzin, que aspirando á hacerse dueño de México, murió en la guerra que se suscitó por este motivo entre sus vasallos y los hijos de aquella ciudad.

El cuarto señor que gobernó á los tlaltelolcas fué Moquihuix, de funesta memoria. Era hombre de perversas inclinaciones. Casó con la hermana de Axayácatl, rey de México, y observó con ella una conducta tan cruel y villana, que puso á su cuñado en la necesidad de reprenderle con acrimonia, y al fin, de hacerle la guerra, en que pereció el primero. Peleaban en ella con terrible furia, mexica-

nos y tlaltelolcas, mientras el monarca de los últimos los contemplaba desde lo alto del templo: indignados éstos, le afeaban su cobardia, dándole voces para que bajase á participar de los peligros de la batalla; pero sordo á su llamamiento, se mantuvo en la posición que había elegido, hasta que, perdida toda esperanza de victoria, se dejó caer, ó le precipitaron, según otros afirman, muriendo de resultas del golpe. Con la muerte de este mal soberano, acabó el señorío de Tlaltelolco, y la ciudad pasó desde entonces á ser un barrio de Tenochtitlán, en cuya categoría se conservó hasta la conquista del país por los españoles.

Los hijos de este barrio eran más valientes y tenaces en la pelea, que sus vecinos, como lo acreditaron durante el sitio que puso á México Hernán Cortés: ganada esta ciudad en tres días, refugiáronse los tenochcas á Tlaltelolco, donde todos juntos resistieron todavía al invasor, por más de noventa días, hasta que acosados del hambre y la peste, hubieron de rendirse.

Después de la conquista recobraron los hijos de Tlaltelolco una sombra de su pasado señorío. El gobierno español conservó hasta cierto punto la independencia de las dos antiguas parcialidades, dando á cada una su gobernador, escogido

de entre los caciques ó principales, y éstos funcionarios se sucedieron sin interrupción hasta la consumación de nuestra independencia. El primer gobernador de Tlaltelolco fué Don Pedro Temile, que auxilió á los castellanos en las conquistas de Guatemala y Honduras, y el último, Don Francisco Soria, de quien hay todavía parientes en el barrio.

Sin embargo de la unión de las dos tribus bajo una misma soberanía, y del concierto de las voluntades para rechazar al invasor extranjero, así antes como después de la conquista, insistieron en su anterior enemistad, que se perpetuó de padres á hijos, como una triste herencia; y hasta hoy, se conserva memoria de los terribles encuentros que tenían á veces los vecinos de Tlaltelolco con los de Santa María la Redonda, por un puente situado en este último barrio, conocido todavía con el nombre de "Puente de las Guerras."

Por tradición se sabe, que el sitio que al presnte ocupan la iglesia de Santiago, el Técpan y la Alameda ó proyecto de Alameda que se vé en la plaza, era el mismo donde se establecieron primitivamente los nobles propietarios de la esmeralda, y que fué agrandado después, merced á sus afanes.

En él estuvo el célebre mercado, ó gran

plaza, rodeada de portales, según la describen los historiadores, donde cada cinco días se juntaban comerciantes venidos de todos los pueblos del imperio, y aun de los países más lejanos, como Guatemala. En él estuvo, asimismo, el templo dedicado á Huitzilopochtli, no el mayor, que, como hemos dicho, se hallaba en Tenochtitlán, sino otro, que fué incendiado durante el cerco que pusieron á la ciudad las huestes españolas.

Sobre el área donde se asentaba este teocalli, fueron levantadas las iglesias primitivas de Santiago, así como la que hoy está en pie, dedicada al mismo santo.

Ya se sabe lo bastante acerca de ellas. Como la más antigua del barrio, era parroquia, continuaron siéndolo también las posteriores, y todavia á mediados del siglo décimo octavo, hablando Cabrera sobre la última, hace mención del cura ministro y de los otros religiosos que en ella asistían. El cementerio actual es probablemente el mismo donde se congregaban para asistir á los divinos oficios, los primeros mexicanos, convertidos al cristianismo, entre los cuales se hallaría el célebre Juan Diego.

Tal fué el resultado de la correría que hicimos por el campo de la historia de Tlaltelolco durante los momentos que pasamos al pie del árbol consabido, mien-

tras el sol se abismaba detrás de las desiguales cimas de la cordillera.

Apareció después el crepúsculo, tinta melancólica, luz dudosa é ideal, que hermosea apaciblemente el semblante de la naturaleza. Las lomas del Tepeyácac nadaban en una atmósfera sonrosada, y el Popocatépetl apenas se dejaba entrever, cubierto por una cortina de nubes, como se oculta en el porvenir un gran pensamiento, velado por la ignorancia y preocupaciones de la edad presente.

Acercábase la noche, envolviendo los objetos con su manto de sombras y silencio, cuando un ruído sordo y no interrumpido nos hizo convertir los ojos hacia el Tecpan: pasaba la locomotora por el camino de hierro; ¡pasaba rápida, incansable, triunfante, ávida de espacio, como el espíritu de la civilización, como el genio del progreso!

¡Ah, si las sombras de Quauhtemoc y de Mendoza contemplaran este espectáculo! nos dijimos en un instante de delirio. Mas basta ya de interrogar á lo que fué, añadimos, mirando el rastro de vapor que en pos de sí dejaba la locomotora: la antigua México se pierde más y más cada día en el desierto de la eternidad, como esa nube efímera se va disipando en el espacio silencioso. Nuestra herencia es el

porvenir. Lo pasado merece un saludo, es verdad; más el porvenir es la esperanza de la nación; en él reside toda su vida y el tesoro imperecedero de su felicidad: ¿será concedido á nuestra generación hacer esa conquista?....



SANTA CLARA

I.

La dedicación de la Iglesia.

En la tarde del 22 de Octubre de 1661, los habitantes de la ciudad de México se agolpaban á las calles de Tacuba y del Empedradillo, impacientes por gozar de un espectáculo que excitaba vivamente la curiosidad en aquellos tiempos.

La segunda de las calles sobredichas, llamada entonces "Plazuela del Marqués del Valle," por el palacio de Cortés, que la limitaba hacia el Poniente, era en especial digna de observarse, á causa de la muchedumbre que en ella se agitaba, y del adorno suntuoso de los edificios contiguos, entre los cuales se distinguía el mismo palacio antes mencionado.

Era éste un alcázar almenado, especie de fortaleza gótica, con dos soberbios bastiones, uno en la esquina de la calle de Plateros, y otro en la de Tacuba, que le daban un aspecto imponente. En su fachada sombría, adusta y parca en ornamentos arquitectónicos, aparecía una série de balcones, cuyos balaustres toscos se ocultaban á la sazón bajo enormes cortinas de terciopelo carmesí bordadas de oro, con un gusto aristocrático. La del balcón principal ostentaba el escudo de armas de la familia, de la cual no había ya en México, más que ramas colaterales, pues que la línea recta masculina se había extinguido en Don Pedro Cortés Ramírez de Arellano, IV marqués del Valle; por lo que el mayorazgo había pasado al duque de Terranova, á virtud del casamiento de éste con Doña Estefanía Carrillo de Mendoza y Cortés, sobrina de Don Pedro.

Hallábase ausente la marquesa; mas no por eso escaseaban concurrentes al palacio, y en la tarde á que nos referimos, poblaban los balcones damas y caballeros de lo más granado de la nobleza mexicana, brillando las primeras por la hermosura y la pompa regia de los trajes. Con todo, no podían ufanarse de una excelencia que estaba lejos de ser exclusivamente suya, supuesto que tenían rivales no

menos bellas y galanas en los balcones de las casas de la calle de Tacuba. El adorno en ésta era también más profuso y vistoso; y el sol, que ya declinando al ocaso la inundaba en un torrente de encendida luz, daba animación, inquietud, alborozo, á todos los objetos, haciendo aparecer bajo formas transparentes y fantásticas, las cortinas pendientes de los balcones, las flámulas y gallardetes de todos colores, que en continuo vaivén colgaban de la parte superior y saliente de los edificios, los arcos de ramas verdes y frescas que á manera de puentes unían una acera con la otra, y por último, el río de gente que ora avanzando, ora retrocediendo, ora arremolinándose en las bocacalles, producía un rumor confuso, incesante, amenazador como el de una avenida.

Pasada media hora, tomó incremento aquel rumor, al dejarse oír un repique estrepitoso, que no bien había comenzado en la Catedral, cuando se le asoció el de las campanas de las demás iglesias.

Al mismo tiempo empezó á salir de la metropolitana la procesión más grave y numerosa que hasta entonces había recorrido las calles de la capital. Todas las cofradías con sus estandartes, toda la clerecía, los músicos de coro de la catedral, y una multitud de personas de la más al-

ta categoría, hé aquí lo que formaba esa espléndida procesión, la cual en dos filas paralelas se fué extendiendo por las calles antedichas. La mayor parte de estas personas llevaba vela en mano. En el suelo se regaban flores y ramas de oloroso mastranzo. A lo último iban los canónigos, y tras ellos, bajo de palio, conducía al Santísimo Sacramento el Dr. Don Juan de Poblete, Deán del Cabildo eclesiástico de México, y Arzobispo electo de Manila. Cerraban esta gran comitiva, el virrey, que lo era el conde de Baños, y la real audiencia con las demás autoridades subalternas.

Al llegar el sagrado huésped al templo de Santa Clara, en medio de una lluvia de rosas y panes de plata voladora, las puertas, que hasta ese momento habían estado cerradas, se abrieron de par en par, dejando salir siete niñas ricamente vestidas á la mexicana, las cuales empezaron á ejecutar una graciosa danza al son de una música tierna y sencilla.

Tras esto, dos de esas ninfas de Anáhuac recitaron una loa, cuyo asunto era dar la bienvenida al Santísimo Sacramento; y colocado que fué en el altar mayor, se procedió inmediatamente al oficio de vísperas, que terminó ya casi al anochecer.

En la mañana de aquel mismo día, ha-

bía sido bendecida la iglesia, con las ceremonias que prescribe el ritual romano, por el P. Fr. Alonso Bravo, guardián del convento grande de San Francisco, y después obispo de Nicaragua. Su adorno interior era, para aquellos tiempos, maravilloso, y la ciudad toda acudía á contemplarlo y admirarlo, sin cesar de aplaudir al insigne artífice á cuyo ingenio y destreza era debido: Llamábase éste, Pedro Ramírez, arquitecto y escultor famoso, á quien daban el dictado de maestro de maestros, y que se había granjeado esta reputación no sólo por la obra del templo que á la sazón se estrenaba, sino por la del convento grande de San Francisco, y la de casi todos los de México.

Al siguiente día cantó la misa el Dr. Don Juan de Poblete, y predicó el Dr. Don Francisco de Siles, canónigo por oposición, de Sagrada Escritura, cuyo sermón fué en extremo celebrado.

En los otros días del octavario tuvieron á su cargo las funciones correspondientes las comunidades religiosas de Santo Domingo, San Agustín, el Carmen, la Merced, la Compañía de Jesús, San Diego y San Francisco; predicando en ellas, y por el orden que sigue, Fr. Cristóbal Téllez, Fr. Nicolás de Acuña, Fr. Fernando de la Madre de Dios, Fr. Alonso de Sedeño, el P. Luis de Legaspi, Fr.

Diego de Astudillo, y Fr. Alonso Bravo, todos sujetos de gran saber y excelentes disposiciones oratorias.

Tal es, en sinópsis, la solemnidad con que se verificó la dedicación de la iglesia de Santa Clara.

II.

Dónde estuvo al principio el Monasterio.

Ochenta y dos años antes del suceso referido, esto es, en 1579, á eso de las diez de la mañana del 4 de Enero, había una selecta y numerosa concurrencia en la ermita de la Santísima Trinidad, situada donde hoy está la iglesia del mismo nombre.

Las miradas todas se fijaban en el señor Don Martín Enríquez, virrey entonces de Nueva-España, que ostentando un magnífico vestido á la moda de aquel tiempo, eclipsaba á las demás autoridades y palaciegos que le acompañaban. Asistían, igualmente, el comisario general de San Francisco, Fr. Rodrigo de Sequera, el Dr. Don Pedro Farfán y varias otras personas notables, tanto eclesiásticas como seglares. ¿Qué motivo las había llevado á aquel lugar?

Es de saberse que el pequeño edificio

anexo á aquella ermita, conocida años antes bajo la advocación de San Cosme, San Damián y San Amaro, se había establecido desde 1568, un beaterio, de que fueron fundadoras una noble señora, viuda de un sujeto cuyo nombre no ha podido averiguarse, y cinco hijas suyas, á las cuales se asociaron después varias doncellas pertenecientes á las primeras familias mexicanas. Ignóranse, asimismo, los nombres que tenían en el siglo la señora y sus hijas, pero no los que adoptaron cuando ya en 1570 se resolvieron á entrar de lleno en la vida monástica, bajo el hábito y regla de Santa Clara. Son los siguientes:

Francisca de San Agustín,
María de San Nicolás,
Isabel del Espíritu Santo.
Luisa de Santa Clara,
María de Jesús, y
Francisca de la Concepción.

Desde esa fecha, el número de las novicias fué aumentando más y más cada día, pero sin que se sepa que alguna haya profesado, hasta que en el año de 1579 se tuvo por conveniente que con toda solemnidad hicieran los votos; de manera que la función que atraía á los moradores de México á la ermita de la Santísima Trinidad en la mañana á que nos hemos

referido, era nada menos que la que acompaña á una profesión de monja.

Mas no una, sino veintidós, eran las que iban entonces á profesar.

En efecto, después de la misa y sermón de costumbre, hicieron los votos esas veintidós señoras, en manos de la madre Luisa de San Gerónimo, monja del convento de la Concepción, de donde salió para desempeñar en el nuevo de Santa Clara el cargo de abadesa, dejando el hábito y regla con que profesó, y adoptando el hábito y regla que la mudanza de su situación exigía. En 6 de Enero del mismo año, profesaron otras cuatro novicias.

Pasaron las religiosas casi todo ese año en la ermita de la Santísima Trinidad; pero hallándose incómodas, por la estrechez de la vivienda, dispusieron trasladar el convento á un edificio más holgado, y así lo verificaron en 22 de Diciembre, pasándose á unas casas que compraron hacia la esquina de las calles de Vergara y Tacuba, en las cuales permanecieron hasta nuestros días. Ese sitio fué llamado antiguamente en lengua mexicana, "Pepétlan," que significa "fábrica de esteras ó petates," porque en él se hacían y vendían esos utensilios.

No será por demás, añadir que nuestras monjas quedaron desde la fundación

del convento, sujetas á los religiosos franciscanos de la capital, y que su primer vicario fué el P. Fr. Bernardino Pérez, religioso docto y de buenas costumbres

---

III.

Desenfado español.

Pero antes de pasar adelante en la historia del nuevo monasterio, tenemos que retroceder á los tiempos del primitivo, para referir dos hechos que le conciernen, y en que figura el beato Sebastián de Aparicio.

Ya dijimos en otro lugar, que el caritativo lego renunció sus bienes, en favor de las monjas de Santa Clara, y que se dedicó á servirlas en clase de donado. Véamos ahora. cómo se efectuó esa renuncia.

Hallábase un día, cuando aún era seglar, con algún desasosiego, pensando que nada había hecho para agradar á Dios, y servir á sus semejantes. En tal disposición de espíritu, acudió á pedir consejo á un religioso de Tlalnepantla:—Padre, le dijo, ¿qué debo hacer para considerarme como discípulo de Cristo?

—Vé, le contestó con el consejo del

Evangelio; vé y vende lo que tienes, y dálo de limosna.

—¿A quién le parece será bueno darla?

—A las monjas de Santa Clara, que son hoy las más pobres.

—Pues, délo por hecho, respondió Aparicio, sin titubear.

Y en efecto, dentro de pocos días vendió dos haciendas que tenía en el valle de México, un hato de ovejas y un negro esclavo, en que consistían todos sus bienes; y reservando sólo una pequeña porción de dinero para sustentarse, hizo donación de lo demás, que montaba á veinte mil pesos. al convento de que vamos tratando.

A este paso, siguió el de vestirse con el tosco sayal de San Francisco, y dedicarse á servir á las religiosas en la clase antes indicada. Su mayor afición era entonces, el desempeño de las labores de sacristía, poniendo gran diligencia en que todo lo concerniente al culto estuviese perfectamente arreglado Hizo más: por lograr la satisfacción de ayudar á misa, empleó muchas horas en aprender de memoria las oraciones que corresponde saber al ayudante; y cuando ya creía haberlo conseguido, se presentó una vez resueltamente, á desempeñar el papel que tanto ambicionaba. Al principio, todo caminó á maravilla: el sacerdote rezaba y él

respondía como era debido; pero al decir aquél "orate fratres," nuestro Aparicio notó, con sentimiento, que la memoria le era infiel. No obstante, con un aplomo admirable, aunque no sabía qué responder, se volvió al coro, donde las monjas asistían al santo sacrificio, y les dijo en alta voz: "madres, Deo gracias;" expediente famoso que dió no poco que reír.

IV.

La Iglesia.—Incendios.

Bosquejamos ya la solemnidad con que se dedicó y bendijo el templo del convento de Santa Clara, y justo es no retardar la noticia de su erección y costo, así como la de las calamidades que le han sobrevenido después.

"No se cierren mis ojos hasta que yo eche cimientos y levante paredes," decía á menudo el buen anciano Antonio Arias Tenorio, sujeto de noble alcurnia y dueño de una cuantiosa hacienda, que vivía en la capital hacia fines del siglo décimo sexto. Con tal expresión significaba el deseo vehemente de que se edificase alguna iglesia á su costa.

Hacia ese mismo tiempo se translada-

ron, como hemos visto, las monjas de Santa Clara al sitio de la calle de Tacuba; y no teniendo caudales suficientes que destinar á la obra del templo, que desde luego pensaron levantar junto á las casas donde moraban, solicitaron persona que los tuviese y quisiera aprontarlos para ese objeto, ofreciéndole en debida gratitud el patronato con las ventajas y preeminencias consiguientes. Arias Tenorio, que no deseaba otra cosa, aprovechó la coyuntura, y el asunto quedó en breve arreglado, extendiéndose las escrituras respectivas.

En virtud de este compromiso, se procedió á abrir los cimientos del edificio, y en 13 de Octubre de 1601 se puso la primera piedra, gobernando la Iglesia el Papa Clemente VIII, siendo Rey de España Felipe III, comisario general de San Francisco el P. Fr. Pedro de Pila, y abadesa del convento de Santa Clara la madre Flora Angela de San Miguel.

La obra adelantó muy lentamente. Con todo, habría llegado á su término desde entonces, si Arias Tenorio no hubiera muerto cuando apenas se había construído poco más de la mitad, en lo que se gastaron sesenta mil pesos. Pero los herederos del patrono distaban mucho de hallarse animados del mismo celo por el acrecentamiento del culto, y en conse-

cuencia, abandonaron la obra que aquél había comenzado con tanto afán, si bien es creíble que para ello hubo, además, otra razón, cual fué la de haberse disminuído el caudal; siendo exacto lo que á este respecto dice Vetancurt, que las haciendas que se distribuyen en herederos van á menos, y en las Indias no llegan á los nietos, porque si el padre es rico, el hijo es caballero, y el nieto pordiosero.

Muchos años pasaron sin que las monjas lograsen medio de continuar la fábrica del templo, y acaso habría permanecido hasta el día sin concluirse, si el Licenciado Juan de Ontiveros Barrera no hubiera dejado en su testamento la cantidad de cincuenta mil pesos para ese objeto, mediante la cual consiguieron ver coronada la obra, estrenándose ésta en el día que ya hemos señalado.

Desde entonces acá, los sucesos más notables que nos recuerda esta iglesia, son los dos incendios que en ella se han verificado, siendo el primero á las ocho y media de la noche del 20 de Septiembre de 1677: prendió el fuego en la sacristía, comunicándose de un brasero que quedó allí olvidado, al cajón de los ornamentos; pero cesó pronto, merced á la eficacia de dos religiosas, que salieron por la cratícula, á apagarlo.

Acaeció el segundo incendio, en Abril

de 1755, y acerca de él hallamos la siguiente relación en el diario de Don José María de Castro Santa-Anna:

"Al amanecer del 5, en el convento de religiosas de Señora Santa Clara, de la filiación de los observantes, se reconoció un voraz incendio, que ya tenía abrasado el coro alto y bajo, impidiendo el paso para la torre, recalando á la iglesia y convento, de suerte que fué preciso que las criadas saliesen á la calle á pedir socorro, y á las iglesias inmediatas á que tocasen las campanas; acudieron los alarifes, crecido número de albañiles, las guardias de infantería y caballería, alcaldes de corte y ordinarios, é innumerable concurso, y no siendo dable atajar el incendio, desampararon las religiosas, niñas y criadas, el convento, y en forlones y á pie, acompañadas de la religión de los observantes, fueron conducidas á la iglesia de nuestro padre San Francisco, á donde las pasó á visitar el Ilmo. señor Arzobispo, quien amorosamente las consoló; y de allí las pasaron al convento de religiosas de Santa Isabel, de la misma filiación; el incendio tomó tanto cuerpo, que abrasó toda la iglesia, arruinando sus hermosos colaterales é imágenes, á excepción del altar mayor, que muy poco padeció: libertóse el Divinísimo Sacramento y el Copón, que pasaron á la iglesia de religiosos be-

tlemitas: en el convento se experimentó un grande estrago, consumiendo el primer patio con todas sus celdas, maltratando otras; se libertó el archivo, el tesoro, ornamentos y alhajas de sacristía; la pérdida se consideraba de gran suma: S. E. (el virrey) concurrió á dar distintas providencias; varios sujetos y personas caritativas han pasado á visitar á las religiosas, á quienes se les ha ministrado con abundancia todo lo necesario para su manutención: restituído su Ilma. á su palacio arzobispal, envió á las religiosas mil pesos para sus precisas urgencias; el Conde del valle de Orizava les envió una amplia comida para más de cuatrocientas personas, en que se enumeran ochenta y seis religiosas, cuatro novicias, y las restantes niñas y criadas: la religión betlemítica se ocupó en guardar en el convento todas las celdas y oficinas en donde no llegó el incendio, y por un portillo que abrieron, hicieron conducir á su convento todas las alhajas, escritorios, cajas y camas de las religiosas, para de allí remitírselas, y que cada una reconociese lo que le pertenecía: quédanse dando las más prontas providencias, á fin de ver el modo de habilitar la ruina, que generalmente ha causado gran compasión."

El día 7 del propio mes, ya empezaron á hacerse efectivas algunas de esas pro-

videncias, como se vé por esta noticia, tomada del mismo diario:

"Los reverendísimos padres comisario general y provincial de la orden seráfica, determinaron que en el ínterin que las religiosas claras se mantienen en el convento de Santa Isabel, se les ministre diariamente por la provincia del Santo Evangelio, seis carneros y cien tortas, para ayuda de su manutención: asimismo dichos reverendos padres pasaron acompañados de los más peritos maestros de alarife, á reconocer la iglesia y convento para su habilitación, y á proporcionarles viviendas en que puedan asistir, sin que les perjudique la obra, la que luego principiaron; y para los gastos precisos de ello, dicho reverendo padre provincial, en compañía del síndico general Don Miguel Alonso de Ortigosa, salieron á recoger entre los sujetos de esta República, y en el primero juntaron 5,600 pesos; continuaron la diligencia, y se tiene por cierto lograrán cuanto se necesita, respecto al amor con que todos miran al seráfico padre y sus hijos, lo que se ha experimentado en estos días en las abundantes comidas que han llevado á las religiosas de las casas de los mariscales, coronel Rivascacho, Correo Mayor y otras."

En el siguiente mes, pudieron ya las monjas transladarse á la morada provi-

al que se les construyó en su mismo
vento. El diario antes citado nos su-
istra una descripción de ella y de las
unstancias que acompañaron al acto
a translación:

Con grande exigencia procuraron los
erendos prelados de la orden seráfica,
ue con abundancia de operarios se fa-
asen viviendas cómodas en el conven-
de Señora Santa Clara, á sus religio-
con separación de la reedificación de
o alto y bajo, claustros y oficinas que
ninó el incendio; formóseles coro alto
la tribuna de la capilla mayor de su
sia, y el bajo, en la que era antes sa-
tía, condenando la puerta que caía á
, sirviendo la del presbiterio para ma-
irse; blanqueóse la mitad de la igle-
dividiéndose con un tabique, y que-
dole una de las puertas principales:
iéronse cuatro retablos y un campanil,
cae á la calle de Vergara, en donde
eron tres campanas; y la mañana del
á las seis, la religión seráfica, en com-
ia de la betlemítica, en cuya iglesia
depositó el Diviníssimo la mañana del
ndio, transladaron en devota proce-
á Su Majestad á la referida iglesia de
ta Clara, y teniendo aprontados cre-
número de forlones en el convento
Santa Isabel, pasaron al suyo á las re-
endas madres claras: afectuosas fue-

ron las expresiones al tiempo de la des-
pedida de unas y otras religiosas, por los
especiales favores que recibieron en el
hospedaje de un mes y cinco días, y tier-
nas y lamentables al tiempo que entraron
en su convento, viendo la ruina que cau-
só en él y en su iglesia el fuego, que no
se ha podido averiguar su principio ni
causa: el Ilmo. señor Arzobispo les en-
vió este día una espléndida comida, y no
fué menor la que recibieron de las reli-
giosas isabeles: correspondiente fué la ce-
na con que las obsequiaron las religio-
sas de San Juan de la Penitencia, de la
misma filiación: los reverendos padres de
la Sagrada Compañía de Jesús de la Casa
Profesa, sus vecinos, les enviaron una
crecida porción de chocolate labrado, y
doce arrobas de azúcar, y otras muchas
personas de esta ciudad manifestaron con
varios regalos la voluntad que les profe-
san."

Sin embargo de la actividad que se des-
plegó en la prosecución de la obra, casi
un año pasó para que se llegara á ver
concluída en parte. Hé aquí lo que á este
respecto nos dice el mismo Castro Santa-
Anna:

"El 18 (Marzo de 1756) se bendijeron
los hermosos y bien adornados coros al-
to y bajo de religiosas de Santa Clara, y
asimismo la mitad de su iglesia, que se

hallaba dividida, por el estrago que causó en ella y dichos sus coros, el incendio del año próximo pasado, cuya fábrica ha tenido considerables costos, y los que continúan en la fábrica de su convento, y al anochecer, estrenaron los coros las religiosas, con una tierna y devota procesión de penitencia, suplicando á su Divino Esposo las liberte en lo de adelante. de semejantes ruinas."

Como se ha podido muy bien advertir, no sólo en la iglesia, mas también en el convento, halló pasto la voracidad de las llamas, causando una pérdida difícil de repararse en poco tiempo. Por desgracia, carecemos de datos para seguir la historia de la reedificación hasta la conclusión de la obra. El diario de que nos hemos servido, termina en el año de 1758, y por él ya no sabemos más, sino que la fábrica continuaba sostenida con los productos de algunas loterías destinadas á ese objeto. Las gacetas de México, que empezaron á publicarse en 1784, nada dicen sobre el paricular. Con todo, no será muy aventurado colocar la conclusión de la obra de que vamos hablando, en uno de los años que abraza el período de 1758 á 1784, quedando desde entonces el monasterio, en el estado que guardó hasta el presente siglo.

Desapareció el campanil que daba á la

calle de Vergara, y le substituyó el actual, que mira á la de Santa Clara, no ya con tres, sino con muchas más campanas.

Quien no conozca la iglesia de que se trata, debe saber, que está situada de Oriente á Poniente; á este viento el altar mayor, y á aquél los coros de las religiosas. Tiene dos puertas, que dan á la calle antiguamente llamada de Tacuba, y hoy de Santa Clara. Hacia la esquina que forma esta última con la de Vergara, se vé una capillita, ó, más bien, pequeña rotonda, no de mala apariencia, que, según el bajo relieve que ostenta arriba de la entrada, parece haber estado dedicada á la Purísima Concepción. Al presente, está convertida en albergue de una vendedora de fruta y aguas frescas: mas no así la iglesia, que, sin embargo de no hallarse ya al cuidado de las monjas, sigue destinada al culto católico.

V.

Religiosas Célebres.

Pasando al convento, hoy convertido en casa de vecindad, con ventaja de los pobres, empezaremos por decir que, aten-

dida su amplitud, justifica la pintura hiperbólica que de él hizo Balbuena en el terceto siguiente:

La gran clausura de la Virgen Clara.
Que encierra una ciudad dentro en sus (muros.
Y un cielo en su virtud y humildad para.

El departamento principal, aunque de una arquitectura tosca y caprichosa, llama la atención, por lo muy plano de los arcos de sus corredores, así como por cierto efecto agradable de perspectiva. Vése en el medio una fuente, á que dan sombra algunas higueras, muy antiguas, si juzgamos por su estatura gigantesca.

Esa fuente recuerda un hecho que figura en el repertorio de las maravillas del convento.

Martín López de Gaona y Doña Petronila Niño, naturales de México, poseían una joya de grande estima, una hija linda, como una rosa blanca. Llevados del espíritu de su tiempo, hicieron por inclinarla al estado monástico, pintándoselo como el "non plus ultra" de la felicidad; pero la muchacha, que se veía hermosa y dueña de una fortuna no despreciable, sin contradecir abiertamente á sus padres, procuraba darles á entender que no había nacido para el claustro. En efecto,

aunque no descuidaba las prácticas de devoción, á que su piadosa madre era muy aficionada, el vestido elegante, la gracia del tocado, las lecturas amenas y algunas otras ocupaciones divertidas propias de sus quince abriles, consumían gran parte de su tiempo, con sentimiento de sus progenitores, que en tal género de vida no podían hallar alimento á las esperanzas que abrigaban.

Con todo, no las perdían enteramente, cuando notaban que entre los pasatiempos de la señorita, había uno á que mostraba singular predilección, y era visitar los monasterios de religiosas, entre las cuales contaba no pocas amigas.

—¡Ah, si al menos quisieras entrar de niña en alguna clausura!, le dijo una vez Doña Petronila, suspirando.

—Joven soy todavía, señora, y tiempo habrá para pensarlo con madurez. No será milagro que un día de estos os vaya saliendo con que me meto monja; que para entrar de niña, mejor me estoy en casa, á vuestro lado, donde tengo todo lo que más puedo apetecer en esta vida, comodidades, buena crianza, ejemplos de virtud, y, lo que yo más estimo, amor, cariño, el cariño de mis padres á que otro ninguno puede compararse. No pensemos por hoy más en esto, y vamos, si lo tenéis á bien, á visitar el convento de las

madres claras, ya que nos han concedido permiso.

Con semejante respuesta, la buena señora, que en aquel instante, no las tenía todas consigo, sonriendo placentera, cedió á la indicación de su hija, y se dirigieron al convento de Santa Clara. Llegan á la portería; pasan al claustro, y mientras la señora se entretiene con las monjas graves platicando sobre la depravación de costumbres de la juventud, haciendo la apología de los antiguos tiempos, y sosteniendo que el mundo progresa sólo en malicia y no en nada bueno, la niña se divierte vagando por los corredores y observando los cuadros colgados á la pared, que representan vidas de santos, é imágenes visibles de los suplicios que en el infierno esperan á los réprobos.

En esto andaba, cuando de repente, con la voluptuosidad de una mariposa, se encamina al centro del patio principal: ¿qué le ha llamado la atención? ¿qué ha picado su curiosidad de niña? La fuente; la fuente, en cuyas aguas limpias como la inocencia, y transparentes como un pecho franco, se retrata el cielo azul y la blanca nube que pasea, por la extensión tranquila, con la majestad de una reina. Quiere gozar de este espectáculo; quiere oír cerca de sí el ruído sabroso que forma el li-

gero chorro al caer sobre el agua represa, desatándose en hilos de perlas y en traviesas armonías; quiere escuchar la voz del agua; pero quiere también contemplar su hermosura en el líquido cristal. Acércase, da una mirada en torno de sí, por asegurarse de que no la ven, y en seguida.... Pero, ¡qué le ha sucedido! ¡por qué, pálida y reflexiva, permanece inmóvil como una estátua, como el genio de la meditación!

Al inclinarse sobre la fuente, vió su imagen, sí, pero no como la esperaba.... ¿Estaré soñando? se decía con asombro. Vuelve á inclinarse, y retrocede espantada: ella era, la misma, la misma belleza, los mismos atractivos; pero se vé en hábito de religiosa.... ¿Podía resistir á un aviso semejante?

En este hecho ve la indicación del camino por donde la llama el cielo. Días después entraba al noviciado, y pasado un año, la tenemos de religiosa profesa, bajo el nombre de Sor Isabel de San Diego.

La alegría de los padres se deja á la consideración del piadoso lector.

Véamos ahora el reverso de la medalla.

La madre María Isabel de Jesús quiso desde su primeros años, ser monja; pero se lo estorbaron siempre sus padres, ins-

pirándole por cuantos medios estaban á su alcance, afición al matrimonio, como el estado más conforme á su calidad y fortuna. Logró conocerla un joven, y prendado de su mucha hermosura y demás cualidades que la recomendaban, la pidió para casarse. Como él, por su parte, llenaba para marido de la niña, las condiciones apetecidas por los padres, se vió en breve, dueño del tesoro que ambicionaba.

Era la primera noche que iba á pasar en compañía de su mujer; el amor abrasaba su corazón, con la idea de una dicha embriagadora, y cuando terminado el baile y los festejos correspondientes, se quedó á solas un momento en su recámara, oye una voz misteriosa que le hace estremecer....

Nadie supo lo que expresó esa voz imponente; pero lo cierto es que el mancebo se presentó al día siguiente en el Arzobispado, solicitando una entrevista con el provisor, de la cual resultó la separación de los consortes, entrando la joven al convento de Santa Clara, para vestir el hábito de religiosa, como había anhelado toda su vida.

Además de estas dos monjas, hubo en el monasterio otras muchas que vivieron y murieron en olor de santidad, llegando á diez y siete las que ocuparon la pluma

de Vetancurt, en cuyo Menologio puede leerse la historia de todas y cada una.

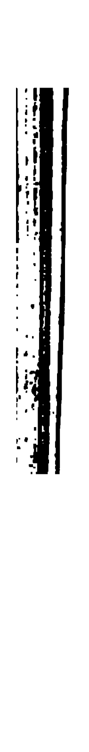
Al presente, las religiosas de Santa Clara se hallan en el convento de San Juan de la Penitencia, como consecuencia de la disposición del Gobierno, por la que fueron transladadas unas comunidades de religiosas á los edificios que otras habitan.

La regla que siguen estas monjas es la de Santa Clara, mitigada por las constituciones del Papa Urbano IV, de donde les ha venido el nombre de urbanistas, con que en otras partes son conocidas, dado que en la República se les llama vulgarmente "claras." Con la misma advocación que este monasterio, hay otros dos, que también administraban los religiosos de la provincia del Santo Evangelio, uno en la ciudad de Puebla, y otro en Atlixco ó villa de Carrión. En uno y otro han florecido religiosas notables, por la elevación de espíritu y la pureza y austeridad de costumbres.

Volviendo al convento de México, nos parece oportuno añadir, por si el recuerdo tuviere algún agrado, que en el sitio de enfrente, y hacia la esquina de la calle del Factor, estuvo situada la casa de

Quauhtemótzin, último Rey mexicano. Hé aquí por qué en los documentos correspondientes á los años que siguieron inmediatamente á la conquista, encontramos que esa calle era llamada, corrompido el vocablo, de Guatimuz ó Guatimoza.

———





SAN COSME

I.

La Ribera.

México es nuestra ciudad histórica por excelencia, y el suelo que pisamos es tan clásico como el recinto de Aténas ó el que ciñen las Siete Colinas. Desde que era corte de los reyes aztecas, desde que se llamaba la gran Tenochtitlán, hasta nuestros días, en que tiene el modesto nombre de capital de la República, ha sido y es el centro de la civilización de los pueblos que habitan el Anáhuac; el lago de luz á cuyo seno vienen á parar los raudales de la ciencia; el punto donde hallan eco mil y mil sucesos; el espejo portentoso que reproduce la imagen de las glorias y desdichas de la patria, y finalmente, el archivo de todas nuestras tradiciones.

Por eso cuando al rayo de la luna se recorren sus calles dilatadas, el espectáculo de los muros iluminados y de las sombras que empañan los del lado opuesto, como una gasa mortuoria, infunde en el ánimo un vivo afecto hacia lo desconocido: ¿quién no se ha dicho entonces, interrumpiendo un instante su paseo solitario, cuál ha sido la historia de esta ciudad, cuál será su suerte después de un siglo?

Pero Dios se ha reservado la llave del porvenir; la curiosidad, empeñada en descubrir lo que sucederá, y la importancia para satisfacerla, hacen desesperar. Hé aquí por qué, desprendiéndose el alma de esta idea inquieta y abrumadora, se acoge á la tradición, y reclinada en su seno, fija la vista en el dominio de las pasadas edades, recuerda y medita. La brisa de la noche susurra entonces al oído palabras misteriosas que escuchamos como si fueran el suspiro salido del sepulcro donde yacen los primitivos moradores del valle de México; la imaginación puebla las calles con la vida de otros siglos; vemos á los aztecas en el esplendor de su gloria; asistimos á las escenas de la conquista de la ciudad por los castellanos; pasan á nuestros ojos las generaciones que les siguieron, dejando la huella de su existencia en los monumentos gran-

diosos que por todas partes nos rodean; y entregados al mágico poder de la ficción, en cada sombra procuramos entrever un secreto, y cada edificio bañado con la claridad de la luna, nos dice en voz baja: yo guardo una conseja

En efecto, la historia íntima del pueblo mexicano, la parte de vida más preciosa, la vida inmortalizada de los hombres que nos han precedido en este suelo, es un depósito sagrado que atesoran nuestros monumentos, por insignificantes que parezcan algunos á los ojos de la vulgaridad ó de la ignorancia. En cada uno hallamos el origen de una institución benéfica, el sello de la piedad y caridad de nuestros mayores, la personificación del espíritu religioso de otras épocas y el dejo agradable de otras costumbres en lo general más sencillas, ya que no más inocentes. Tal es el fruto que recoge quien con detenimiento y sin prevenciones injustas estudia á México monumental: tal es el que hemos procurado alcanzar en el paseo que de un convento á otro emprendimos hace días, en compañía del lector.

Durante este paseo, apenas ha habido calle en donde los ojos no se hayan detenido á contemplar con agrado alguna página interesante de nuestra historia ó de nuestra tradiciones populares. Quedamos, no ha mucho tiempo, en presencia del

convento de Santa Clara, y de la ca-
donde se asentó el palacio de Cuauhtémoc; y si el resultado de las investigaciones hechas entonces no fué muy satisfactorio, nos prometemos hallar más pávulo á la curiosidad, si no más interés, en el camino que vamos á seguir desde ese sitio al convento de San Cosme, hoy hospital militar, y en otro tiempo casa de recolección de franciscanos.

Desde luego nos llama la atención el colegio de Minería ó Escuela de Minas, como generalmente le nombran los extranjeros. ¿Quién puede pasar frente á ese edificio, sin quedar cautivado por la impresión que causa su arrogante y majestuosa arquitectura? Vémosle todos los días, y todos los días hallamos en él algo que admirar, algo que seduce y absorbe las potencias: los fundadores, y los que después de ellos le han conservado y mejorado, no deben haber sentido gastar el millón y medio de pesos que la obra ha tenido de costo, desde fines del siglo pasado, en que se comenzó, hasta el presente; y Tolsa, el gran arquitecto que le levantó, pudo muy bien haber dicho al verle concluído:—aquí se encierran todos los primores de mi arte, este edificio es mi pensamiento, con toda su elevación y hermosura, y él es la herencia que deja mi númen á los siglos venideros.

En la acera opuesta, una casa de aspecto serio y de formas altivas y correctas como las facciones de un romano, atrae la vista sin dificultad: fué un colegio de jesuitas, y hoy es el Hospital de San Andrés.

Ved más allá el palacio del mariscal de Castilla, haciendo esquina á la calle del Puente de la Mariscala: tomó nombre esta calle, del puente colocado sobre la acequia que en otro tiempo atravesaba por aquellos sitios, y de una de las poseedoras del título antes mencionado.

"La dignidad de mariscal de Castilla, fué instituída por el Rey Don Juan I, en 1382, y con ocasión de la guerra de Portugal: el primero que la obtuvo fué Fernando Alvarez de Toledo, señor de Valdecorneja: el oficio del mariscal de Castilla, es asistir al rey en los consejos de guerras, campañas y desafíos, aposentar los ejércitos en los alojamientos, para lo que tiene jurisdicción sobre los maestres de campo: han llegado los soberanos á crear hasta seis mariscales en Castilla." El "Diccionario de Historia y Geografía," que nos ministró esta noticia, omite la que era de esperarse tocante al sujeto condecorado con esta dignidad en nuestro país, y cuya familia representó durante el gobierno colonial un papel importantísimo. Esta familia poseyó grandes

riquezas y desplegó siempre un lujo que igualaba, si no excedía, al de la casa de los condes de Santiago, modelo de la aristocracia mexicana. Su palacio, coronado de almenas, amplio y cómodo, construído para hacer rostro á todas las injurias del tiempo, aunque de arquitectura tosca y ramplona, era el centro de lo que hoy llamaríamos "buen tono;" y á los bailes y saraos que animaban sus salas, adornadas con boato régio, concurría lo más galano de la sociedad de aquellos tiempos, el valor, el talento, la hidalguía y la belleza. Aun hay memoria, gracias al diario de Castro Santa-Anna, del festejo que hizo un mariscal de Castilla en la noche del 7 de Mayo de 1758, para obsequiar al virrey marqués de las Amarillas y á la virreina, á quienes convidó á ver pasar desde su casa la procesión con que vino esa tarde Nuestra Señora de los Remedios á la capital.

Hallábase el palacio vistosamente aderezado: la señora mariscala había convidado á muchas damas principales, para que la acompañasen á cortejar á la virreina, que así ella, como su esposo, vinieron de San Angel, sólo con objeto de presenciar el acto religioso antes dicho. Concluído éste, "se les ministró á sus excelencias un especial y exquisito refresco, de todo género de dulces, masas, frutas

de horno, quesos, canutos y bebidas heladas, sirviendo el refresco á sus excelencias y las señoras, los caballeros parientes de dicha casa, siguiendo después un festejo de los principales músicos y todo género de instrumentos, que duró hasta las once de la noche, á cuya hora se restituyeron sus excelencias á San Angel... y al día siguiente remitió á la Excma. señora virreina, la señora mariscala, una hermosa fuente de plata, llena de exquisitos dulces, y en medio una hermosa piña de plata de martillo, y en los lados dos jarras de la misma especie, con pulidos ramos; otra fuente más pequeña, llena de bucaritos de Guadalajara, exquisitamente guarnecidos, cuyo obsequio estimó mucho dicha Excma. señora."

Se vé, por esto, cuán rumbosa era la corte de México, y cuán sobrada razón tenían los grandes de España en aspirar al virreinato, que tantos goces y utilidades les proporcionaba. Mas apartemos la vista de esa escena de costumbres del siglo décimo-octavo, y fijémosla en el templo que se levanta pasado el palacio del mariscal, rumbo al Poniente.

Allá por los años de 1525 y 1526, cuando apenas empezaba á poblarse esta parte de la ciudad, había en la calzada de Tacuba, ó "camino que va á Tacuba," como entonces se decía, tres árboles secos, que

se divisaban á distancia como espectros silenciosos y pensativos. Junto á ellos se edificó una iglesia, y en ella fundó Hernán Cortés una archicofradía de nobles, con el título de la Cruz, formando estatutos y constituciones que fueron aprobadas por Fr. Domingo de Betanzos, vicario general del reino, por auto de 30 de Marzo de 1527. En el mismo año y el siguiente, se concedió á los cofrades un sitio para que fabricasen ermita ú hospital anexo á la Iglesia. Venérase en ella el Señor de la archicofradía, que por estar siempre cubierto con siete velos, le llama el vulgo el Señor de los Siete Velos. Esta iglesia, que fué erigida en parroquia desde el año de 1568, y que hace fachada al Poniente, formada en la mayor parte de sillares, y de orden dórico, es la que conocemos con el nombre de la Santa Veracruz.

Separado de esta iglesia por un espacio de cincuenta metros, se halla el templo de San Juan de Dios, en situación inversa á la de la misma, de manera que las fachadas se miran: los edificios tienen aproximadamente la propia forma, y las propias dimensiones: y al verlos con sus erguidas torres y el uno frente al otro, como si se contemplasen, no pueden menos de representarse á la fantasía como dos gigantes petrificados un momento antes de venir á las manos.

Con más detenimiento hablaremos después, de la iglesia de San Juan de Dios y por ahora entremos á la Alameda. La capital es deudora de este paseo, al virrey Don Luis de Velasco el II, que lo mandó formar, en parte, del terreno conocido entonces con el nombre de "tiánguis de Juan Velázquez." Era este sujeto, según nos informa Alamán, un indio principal que tenía su casa por allí; y antes que se fundase San Francisco, todas las mercedes de solares que se hicieron en la calle de este nombre, se designan con el de "la calle que va al tiánguis de Juan Velázquez."

Pero la Alameda, en su principio, ocupaba un espacio menor que el que hoy abraza: á la parte de Oriente había una extensa superficie donde se construyeron casas, y en las que pertenecían á Doña Catarina de Peralta, viuda de Don Agustín Villanueva y Cervantes, fundó esta señora en el año de 1600 el convento de Santa Isabel, al cual consagraremos en breve algunos recuerdos. Por el lado del Poniente tampoco llegaba hasta el límite que tiene actualmente, y entre la línea que la terminaba y la iglesia de San Diego, se extendía una plazuela donde estaba el quemadero de la inquisición, no exactamente en el medio, sino mas cerca de la parte donde después se fabricó el

acueducto de la Tlaxpana. Años después, adquirió la extensión que hoy ocupa, y fué por mucho tiempo el único paseo que disfrutó la población. Recién consumada la independencia de nuestro país, cuando fué separada de la plaza la estátua de Carlos IV, donde se asentaba sobre un magnífico pedestal en medio de un zócalo rodeado de balaustrada de piedra, los restos de ésta, así como las cuatro rejas que correspondían á otras tantas puertas que daban entrada á ese recinto, se transladaron á la Alameda, donde las rejas desempeñan el mismo papel, colocadas en los ángulos de ella; y todavía hoy presentan las letras M. G., cifras del nombre Miguel de la Grúa, que era el del marqués de Branciforte, autor del monumento erigido al monarca, su bienhechor. El Ayuntamiento ha mandado poner últimamente en las puertas que dan frente á Corpus Christi y á Santa Veracruz, las dos rejas con que se cerraban las entradas al cementerio del convento de San Francisco.

Prosiguiendo nuestro camino, llegamos al templo y hospital de San Hipólito. Toda la calzada de Tacuba, pero muy especialmente este monumento, trae á la memoria un suceso escrito en nuestros fastos con caractéres indelebles: queremos hablar de la retirada, ó, más bien,

fuga de Cortés con su ejército, verificada la noche del 30 de Junio ó madrugada del primero de Julio de 1520. Todos sabemos las desastrosas circunstancias que imprimieron un carácter tan terrible á ese suceso, cuyo sólo recuerdo en mejores días hizo temblar más de una vez á los conquistadores, y que ha sugerido el expresivo nombre de "noche triste," para denotar el tiempo en que tuvo cabida.

Pues bien, cerca del sitio donde la matanza fué más horrible durante esa célebre jornada, un español llamado Juan Garrido, vecino de México, fundó una ermita que llevó primero su nombre, y después el de "Los Mártires," pues por tales eran tenidos los conquistadores que morían en las guerras, á que los inducía su sórdida codicia. Llamóse en seguida de San Hipólito, "y de ella, dice Alamán, tomó el nombre la hermandad que fundó en 1567 el venerable Bernardino Alvarez, por haberse establecido su hospital, contiguo á aquella capilla que le sirvió de iglesia. El objeto de esta fundación era recoger en el hospital á los convalecientes y ancianos que no tenían medios de subsistencia, y también á los dementes, para cuya asistencia no había establecimiento alguno. Extendió también el fundador su celo caritativo, al cuidado de los polizones ó jóvenes que venían de Espa-

ña, faltos de auxilios y conocimientos, para cuya conducción desde Veracruz, donde morian muchos, por carecer de recursos para hacer el viaje, estableció una récua, y llegados á esta capital, les buscaba ocupación ó destino. La primera fundación, bajo el título y advocación de la Ascensión del Señor, se hizo en la casa que para ello donaron Miguel Dueñas y su mujer, Doña Isabel de Ojeda, en la calle de la Celada, lindando con la que era del escribano Antonio Alonso, en que después se construyó el convento de San Bernardo. La fecha de la escritura de esta donación, es de 2 de Noviembre de 1566. Este sitio pareció estrecho para su objeto al fundador, por lo que prefirió el inmediato á la mencionada capilla de los Mártires, cuyo patronato tenía el ayuntamiento, y siendo ésta de adobe, y muy maltratada, se transladó poco después el depósito, á una sala baja que se había construído en el hospital, la que sirvió de iglesia mientras se fabricaba la nueva, que hizo el ayuntamiento de sus fondos, á instancias del virrey conde de Monterrey, y se dedicó en el año de 1739."

En esta misma iglesia se celebraba anualmente, el 13 de Agosto, una función solemne, en conmemoración de la toma de la capital por los españoles, á que

asistían el virrey, audiencia, arzobispo y demás autoridades, tanto civiles como eclesiásticas, viniendo á caballo y acompañando el pendón que conducía el alférez real de turno. Este mismo paseo se hacía la tarde del 12, con ocasión de la asistencia á las vísperas.

De la calle de San Hipólito se pasa á la del Puente de Alvarado.... ¡el Puente de Alvarado! Tenemos que volver á contemplar el cuadro de la "Noche Triste."

Era ya el momento en que el primer albor, suave como la sonrisa de un ángel, y consolador como la esperanza, asomaba por encima de las montañas de Oriente, tiñendo de nácar los cielos y acariciando la diadema de hielo del Popocatépetl y de la Mujer Blanca.

A favor de esta claridad serena, se ofrecía á los ojos un espectáculo de sangre y desolación: la calzada de Tlacópan, faja blanquecina y prolongada, "via-crucis" de los invasores, estaba sembrada de cadáveres, y por toda ella no se oía más que una armonía dolorosa, el concierto fúnebre y siniestro que formaban los ayes de los heridos y el estertor de los moribundos. El ambiente estaba tranquilo, y la brisa había plegado sus alas para detenerse á escuchar.... Pero, ¿qué causa esa gritería, producida repentinamente

allá á lo lejos? Un arrogante adalid, sólo, herido, y cuando ya los suyos están en salvo, se halla en un trance horrible cerca de la segunda cortadura hecha en la calzada para impedir el paso á las huestes españolas. Ha perdido su hermosa yegua alazana, con la cual se hubiera abierto paso entre el enemigo y pasado el foso á nado; pero sólo conserva su lanza, no le queda más que su valor, el valor, que jamás desfallece en las almas de su temple; no tiene tiempo que perder; rompe por entre la turba de mexicanos, sedientos de su sangre; y apoyándose en la lanza para levantarse, hace un esfuerzo sobrehumano; se le ve un instante suspenso en el aire y cae en seguida al otro lado de la cortadura... ¡Verdaderamente que este hombre es hijo del sol, es "Tona tiuh!" exclaman á una, poseídos de espanto, los aztecas, al presenciar esta hazaña, y suspenden toda hostilidad.

Años después, sobre la acequia que pasaba cortando la calzada hácia el lugar donde comienza la arquería del acueducto de la Tlaxpana, hubo de colocarse un puente que se llamó "Puente del salto de Alvarado," y ahora tiene este nombre toda la calle que se extiende hasta la de Buena Vista.

Es de advertir que esa arquería se prolongaba aún no ha muchos años, hasta

la entrada de la calle del Puente de la Mariscala. Construyóse, para obviar los inconvenientes que se seguían, de que el agua delgada viniese á la ciudad por la antigua atargea mandada fabricar en el cabildo de 7 de Octubre de 1524. Cada arco tuvo de costo mil pesos, y la obra se acabó á mediados del siglo décimo-séptimo.

Desde la calle de Buena Vista comienza propiamente el barrio de San Cosme, es decir, la parte más amena, más salubre y agradable de la ciudad. A la izquierda tenemos la casa de la señora Doña Victoria Rul de Pérez Gálvez, que no sin razón es reputada por uno de los edificios mejor construídos y de más bella arquitectura. Su fachada es única en México, y sus puertas y ventanas, ordinariamente cerradas, le dan cierto aire severo y misterioso que cautiva el ánimo, haciendo recordar las mansiones silenciosas y aristocráticas que representan un papel tan importante en el orbe de las novelas: es el "palazzo" de un príncipe italiano.

A la derecha se disfruta la vista de un cuadro risueño. Después de pasear las miradas por las hileras de fresnos que pueblan las calles, y por algunos jardines perfectamente cultivados, se fijan con placer en las casas del señor Hidalga, arquitec-

to distinguido, y las cuales, como suyas, y edificadas bajo su dirección, pueden proponerse como muestra de un gusto delicado.

Pasada "la Garita," además de la casa de Polidura, á uno y otro lado de la calzada, no faltan edificios graciosos y elegantes que observar, sobre todo si dando rienda suelta á una curiosidad muy disculpable, se penetra con la vista en lo interior de ellos, para formarse idea del cuadro que ofrece la vida de sus moradores.

Esto es fácil, aprovechando el medio con que brindan las ventanas situadas á poca altura, y francamente abiertas á tales y cuales horas del día. Tiestos con plantas coronadas de flores engalanando los corredores y patios; huertas y jardines primorosos, matizados, hechiceros, como el ramillete de una ninfa; en las habitaciones, buenos muebles, aseo, bienestar, alegría, y aun lujo, hé aquí el espectáculo que, con raras excepciones, se goza recorriendo los edificios de que hablamos.

Sí, ¿queréis respirar un aire puro, balsámico, lleno de vida: queréis distraeros de una idea enojosa, deponer la molestia, la desazón, que regularmente ocasionan los negocios, y recobrar el vigor de espíritu necesario para volver á ellos con

más aptitud; queréis espaciaros por un cielo menos reducido que el que os dejan libre en la ciudad los edificios, y ver árboles, sembrados y hermosas casas de campo? Venid á San Cosme: este barrio es la poesía de México; desde Buena Vista hasta la casa de los Mascarones, tenéis un perpétuo idilio, ó, más bien, una série de armonías apacibles, exquisitas, seductoras; una colección de páginas siempre interesantes, perfumadas de amor, de tiernas ficciones y de memorias imperecederas. Aquí tiene la hermosura su mansión predilecta, y para ostentarse en todo su esplendor, no se vale de costosas galas, ni de afectados y prosaicos atavíos que reprueban á una voz el arte y la naturaleza; aquí, por el contrario, lográis contemplarla en ese traje de elegante y simpática sencillez, que sólo un gusto muy refinado sabe estimar; y si al pasar junto á la ventana donde se asienta como una reina, os dirige una mirada, sentís que os envuelve una atmósfera embriagadora en que se respira un amor inefable, y conserváis en lo íntimo del corazón, el encanto de esa mirada, como la impresión que causa un rayo de la luna. deslizándose por entre el follaje de los árboles de un soto.

El barrio de San Cosme es, por otra parte, el esfuerzo grandioso de la ciu-

dad para cimentarse en mejor sitio; es la aspiración á un aire menos infecto y á un terreno menos ocasionado á inundaciones. Los conquistadores tuvieron, además, otra mira al poblar ambos lados de la calzada, cual fué la de proporcionarse un paso seguro hasta la tierra firme, por entre dos líneas de edificios, en caso de haber necesidad de una salida como la de la "Noche Triste." Para conseguir ese objeto, mandaron ensanchar la calzada, y señalaron solares en uno y otro lado, que concedieron á los principales sujetos avecindados en la capital, con obligación de fabricar casas continuadas sin interrupción, ó, según la expresión usual en aquel tiempo, "con casa muro por delante y por las espaldas."

Realizado en gran parte este designio, como la calzada, aun después que se le dió mayor anchura, estuviese bañada de una y otra orilla por las aguas del lago, con toda propiedad pudo decirse que las casas edificadas en ella se hallaban en "la ribera," conociéndose al presente con tal nombre, todo el barrio, dado que ya desapareció el motivo.

Reflexionando en la singular disposición de este barrio, no puede menos de pensarse que sería bien curiosa la vista que en aquella época ofrecería México, observado desde cierta altura. Ocupaba

el lago una grande extensión del valle, y la ciudad, asomando en medio de las aguas, era una ondina que al bañarse negligentemente en presencia del cielo y de la cordillera, tenía extendido un brazo, para asirse de la tierra firme.

II.

Historia del Convento.

Llegamos por fin al término de nuestro paseo, el establecimiento religioso que por tantos años ha sido testigo de los principios y transformaciones de esta parte de la ciudad, viviendo absorto en medio de un espectáculo de animación, engrandecimiento y mejora. Para encerrar en breve espacio los principales hechos, concernientes á su fundación y progresos, no podemos hacer cosa mejor que trasuntar el siguiente pasaje del "Diccionario de Historia y Geografía," copiado en él de otra obra que no conocemos.

"El convento de San Cosme, de padres franciscanos recoletos, fué en sus principios, hospital para indios forasteros. Lo fundó el Ilmo. señor Don Fr. Juan de

Zumárraga, y por falta de rentas, no pudo subsistir.

"Habiendo venido el año de 1581, la segunda misión de religiosos franciscanos de la reforma de San Pedro Alcántara, para pasar á fundar á Filipinas, los señores virreyes, conde de la Coruña, y Don Pedro Moya de Contreras, actual arzobispo, les dieron este hospital para hospicio, y mantuvieron su posesión hasta el año de 1593.

"Fundado el convento de San Diego, de esta provincia de México, se pasaron á él los descalzos, y entonces pidieron el hospital los observantes, para ayuda de parroquia, hasta el año de 1667. El 7 de Mayo de este año, celebró capítulo provincial la provincia del Santo Evangelio, y se resolvió á dar cumplimiento á las patentes de los superiores, en que se mandaba erigir en esta provincia, casa de recolección, como las hay en las provincias de la regular observancia, y determinaron poner la primera en el convento de San Cosme. El padre comisario general, Fr. Fernando de Rúa, llevó en procesión, desde el convento grande, á los RR. PP. Fr. José de Trujillo, guardián, Fr. Francisco de Sala, vicario y maestro de novicios, cuatro predicadores, tres novicios y tres legos, que todos abrazaron voluntariamente la recolección.

"Luego que dejaron ese hospicio los padres descalzos de San Diego, y entraron en él los de la regular observancia, para ayuda de parroquia, un caballero nombrado, Don Agustín Guerrero, que tenía una casa y huerta contigua al hospital, la dió á los religiosos, y ofreció labrarles mejor iglesia, dando el patronato.

"En efecto, se lo dieron y se comenzó á fabricar la iglesia, con el nombre de Nuestra Señora de la Consolación. Murió el patrono, cesó la fábrica, y quedó imperfecta la obra. Erigido en casa de recolección, se reconvino á Don Diego Guerrero, sucesor en el patronato, para que cumpliendo lo estipulado concluyese la obra: no pudo ejecutarlo, y renunció el patronato para que el guardián y religiosos pudiéran elegir nuevo patrono. Eligieron á Don Domingo Cantabran (Cantabrana le apellidan Vetancurt y el Lic. Robles), á cuyas expensas se concluyó la iglesia, convento y noviciado, y él y sus sucesores son patronos.

"La iglesia está situada de Oriente á Poniente: á este viento el altar mayor, y á aquél la puerta principal. Está muy bien adornada, y se dedicó el día 13 de Enero de 1675, bajo el mismo título de Nuestra Señora de la Consolación, cuya milagrosa imagen está colocada en el re-

tablo mayor. Para con el vulgo conserva todavía la iglesia y el convento, el primer nombre de San Cosme y San Damián, y algún tiempo fué conocida con el nombre de los "Descalzos Viejos."

"Luego que se fundó esta recolección, se transladó la ayuda de parroquia al sitio en que estaba una ermita dedicada á San Lázaro, distante un cuarto de legua de San Cosme, al mismo rumbo del Poniente, en el pueblo que hoy llaman San Antonio de las Huertas Este se había fundado poco antes, de orden del virrey, marqués de Mancera, y se le había dado el título de Villa de Mancera, que no subsistió. Administraron los padres franciscanos observantes en este pequeño pueblo, hasta el año de 1769, en que de orden de S. M. entregaron al ordinario el curato primitivo de Señor San José, de que era ramo esta doctrina.

"En la corte se halla un cuaderno que trata menudamente de esta recolección, que escribió y entregó al regidor Beye Cisneros el P. Fr. José Díaz, guardián que fué de dicha recolección."

Acaba de verse que además de los padres Fr. José Trujillo y Fr. Francisco de Sala, hubo cuatro predicadores, tres novicios y tres legos, todos fundadores de la casa de recoletos cosmistas. Bueno

será no ignorar sus nombres, que son los siguientes:

Predicadores: Fr. Cristóbal Infante, Fr. Francisco de Ibarra, Fr. Luis Castro, y Fr. Antonio Aguado.

Novicios: Fr. Andrés de Borda, Fr. Antonio del Villar, y Fr. Antonio Rodríguez.

Legos: Fr. José de la Concepción y Mesa, Fr. Juan de Guzmán, y Fr. Juan de San Antonio.

El sentimiento que presidió á la erección del convento y conclusión de la segunda iglesia, fué respetable, fué la gratitud. Don Domingo de Cantabrana, noble caballero, natural de Santo Domingo de la Calzada, recién venido á México, y andando una vez por el camino de Tacuba, al caer de la tarde, vió repentinamente cubrirse el cielo de nubes tempestuosas: desatóse en seguida un terrible aguacero; y no teniendo entonces el caballero alguna casa en el barrio, donde refugiarse, llamó á las puertas del convento, que se le abrieron sin tardanza, siendo después obsequiado por los religiosos durante la noche, con los agasajos que su pobreza les permitía usar. No echó á las espaldas aquel humilde, pero cordial hospedaje, y en retribución, determinó levantar á su costa la iglesia y convento de que vamos hablando, habiendo llega-

do la hidalguía de su comportamiento, hasta el grado de rehusar el patronato que merecidamente le correspondía; de manera que no es exacto lo que á este respecto se asienta en el pasaje antes copiado. Consta así, de un cuadro que se halla en la iglesia, colgado á uno de los muros laterales que dan al Presbiterio, y representa á San José sostenido por un grupo de ángeles, debajo del cual están de rodillas algunos religiosos, con tres seglares: uno de éstos es Cantabrana, que designa el patronato en el Santísimo Patriarca, y otro, el escribano, que extiende la escritura respectiva. En la parte inferior de la pintura, obra de Don José de Alzíbar, artista distinguido y discípulo de Ibarra, se ven las siguientes líneas, que explican el asunto:

"Habiendo dado fenecimiento á la fábrica de esta iglesia, el capitán Don Domingo de Cantabrana, en la que trabajó, no sólo con mucha parte de su caudal, sino también con la asistencia personal; guiado sólo del auxilio de Dios y de la Divina Inspiración, para darle entero cumplimiento á su religiosa acción y caritativa obra, cuando el R. P. guardián Fr. Joseph de Ortiz, los PP. Discretos y el síndico, que era actual Don Jo-

seph de Quesada Cabreros, trataba con licencia del R. P. Ministro Provincial, que entonces era, de darle la posesión y patronato, que tan de justicia se le debía al dicho capitán Don Domingo de Cantabrana; mostró el desinterés y cristiano celo que tuvo para tal obra, que era, no por fin temporal, sino sólo por el aumento del culto divino, exaltación y gloria del glorioso Patriarca Señor San Joseph, pidiendo á los dichos PP. y síndico, que en su lugar admitiesen al Santo Patriarca por patrón, y renunciando jurídicamente el tal derecho, en su nombre y de sus herederos, lo admitieron los PP. así unánimes "ad perpetuam rei memoriam," y otorgó el síndico este contrato, firme é irrevocable: en testimonio de lo cual, así el patrón, como los PP. y síndico, en presencia de escribano público y testigos, pusieron la escritura en manos de este Santísimo Patriarca, como más largamente consta de la escritura que se guarda en el archivo de este convento de Nuestra Señora de la Consolación, vulgo de San Cosme, extramuros de la ciudad de México, fecha á 11 de Enero del año de 1675. Movido del mismo amor, culto y devoción al Santísimo Patriarca Señor

San Joseph el señor Doctor y Maestro, Don Agustín de Quintela, actual síndico de este convento, "ad perpetuam rei memoriam," hizo pintar este lienzo y altar, á su costa; reiterando la entrega del patronato de esta iglesia, como síndico, al Santísimo Patriarca Señor San Joseph, el año de 1762, á 19 de Febrero del mismo año."

Cantabrana hubo de quedar muy satisfecho de esta acción, así como de la belleza del templo, el cual es de una hechura soberbia. No tiene más que una nave espaciosa esbelta, y de bóveda tan elevada, que al levantar los ojos para contemplarla, se siente sublimado el espíritu, como á la presencia de todo objeto ó imagen que sugiere la idea de lo infinito. Los arcos y bóveda que sostienen el coro, llaman también la atención, por su muy poca corvatura.

Volviendo al Presbiterio, frente por frente del muro donde está el cuadro poco antes descrito, se halla el monumento sepulcral del virrey marqués de Casafuerte, magnífico para el mal gusto del tiempo en que se construyó, según dice, con razón, Alamán. Fué este virrey, uno de los pocos hombres dignos de gobernar Nació en la ciudad de Lima, y por es-

pacio de cincuenta y nueve años que sirvió á la corona en distintos puestos, descolló por su capacidad y por otras prendas no comunes. Su buen manejo en el gobierno de nuestro país, le granjeó la confianza de Felipe V, que á la sazón ocupaba el trono de España, mereciendo se le otorgasen amplias facultades y se le prolongara el virreinato hasta su fallecimiento. En su tiempo, se levantaron los magníficos edificios de la casa de moneda (hoy Palacio de Justicia) y la aduana de México; se practicaron las visitas de los presidios de las provincias internas, comisionándose para ello al brigadier Don Pedro de Rivera, que arregló todo lo concerniente al mejor servicio de tan importantes establecimientos; y se estrenó el año de 1730, en el coro de la metropolitana, la reja de metal de China, que tanto admiran los inteligentes, la cual fué construída en la ciudad de Macao, según los dibujos que se remitieron de México. Finalmente, murió el marqués de Casafuerte, dejando una memoria agradable á la posteridad, así por los relevantes servicios que prestó en el gobierno, como por las muchas fundaciones piadosas á que destinó su caudal.

El monumento á que nos referimos poco antes, es una especie de alto relieve figurando un pedestal, sobre que descan-

san cuatro pilastras que sostienen una pieza á manera de fróntis. En los espacios que dejan entre sí estas pilastras, se ven unas láminas de mármol, con las siguientes inscripciones:

I.

Don Juan Acuña, marqués de Casafuerte, murió siendo virrey de este reino, en 17 de Marzo de 1734. Está sepultado en este presbiterio.

II.

Vivere non desiit
Qui mori didicit, ut aeternum viveret.
Assuetus Dei timori
Nihil habuit ultra, quod in bello timeret.
Nec hostes prius vicit,
Quam sui victor de venere triumpharet.
Novo impositus orbi
Exemplo potius, quam imperio eminuit.
Non tan coelibem quam coelitem crederes
Qui núllo potuit auro corrumpi,
Modesto corporis cultu.
Dignior est visus, quem colerent, omnes
Mortales: demun hic posuit exuvias
Et heredem sui nominis.
Ingentium memoriam meritorum
Scripsit

III.

Descansa aquí, no yace, aquel famoso
  Marqués, en guerra y paz esclarecido,
  Que en lo mucho, que fué, lo merecido
  No le dejó qué hacer á lo dichoso:
Ninguno en la campaña más glorioso,
  Ni en el gobierno fué tan aplaudido,
  No menos quebrantado que sufrido,
  Vinculó en la fatiga su reposo.
Mayor que grande fué, pues la grandeza,
  A que pudo incitarle regio agrado,
  Fué estudiado desdén de su entereza,
Y es que retiró tanto su cuidado
  De lo grande, que tuvo por alteza
  Quedar entre menores sepultado.

Al pie del cenotafio se halla una losa de mármol de Tecali, que es la que cierra el sepulcro, y contiene otra inscripción en que se enumeran los empleos y dignidades que obtuvo en vida el marqués, y que omitimos, por no hacer más difuso este capítulo.

III.

Nuestra Señora de Consolación.

Pero no saldremos de la iglesia sin consagrar una mirada al tabernáculo del altar mayor. En él se encierra una imagen que ha sido por casi dos centurias, según puede congeturarse, el imán de los corazones piadosos, el objeto á quien tributan un culto constante los habitantes de la capital, y señaladamente los vecinos de la Ribera. Esa imagen, que es una estátua de reducido tamaño, representa á la Virgen María sosteniendo con la mano izquierda al niño Jesús, y extendiendo el brazo derecho como para asir algún objeto colocado en el suelo, al cual dirige la vista con interés. En otro tiempo tenía realmente asida la efigie de una niña, en actitud de salvarla de un grave peligro: mas al presente, sólo la tiene esculpida en su vestidura metálica, para memoria de ese hecho.

Cualquiera conoce desde luego á la vista del bello simulacro, que se trata de un portento debido á la Virgen María, y hé aquí lo que nos refiere acerca de él la leyenda.

En el barrio llamado de "Tlaxílpam," empieza en el linde occidental del de

San Juan, y se dilata rumbo á San Diego, vivía una buena señora, dechado de virtudes domésticas, que cifraba todo su amor en una hija única, niña de dos á tres años. María (que este era el nombre de la niña), gustaba sobremanera, como todas las personas de su edad, de divertirse vagueando y corriendo por el patio de la casa. La mirada de la madre tiene que ser tan vigilante y solícita, como la de la Providencia; de otra manera, los hijos, mayormente en la puericia, rara vez dejan de ser acometidos por los infortunios y sinsabores á que los expone su inexperiencia, y esto fué cabalmente lo que pasó con María.

Traveseaba en el patio, cerca del pozo, en cierta ocasión en que la madre había descuidado de ella enteramente; y subiendo á la parte superior del brocal, dió incautamente algunos pasos, se distrajo, y cayó de golpe en el agua.

Por de pronto no la echó menos la madre, entretenida, como estaba, en sus quehaceres; mas pasado algún tiempo, salió al patio, y advirtiendo que no estaba allí, comenzó á llamarla á voces. Inútil fué esta diligencia: la niña no podía responder, la niña se había ahogado.

Traspasada de dolor y fuera de sí, la señora, tan luego como supo con evidencia lo sucedido, cayó en seguida en un

estado de inmovilidad que revelaba el más cruel desaliento, y en él permaneció durante algunos minutos. Alzó después los ojos al cielo; paseó la vista por la bóveda azul; se engolfó en la inmensidad tranquila, silenciosa, esplendente; y aunque al contemplarla sintió oprimido el corazón con un pesar inefable, y derramó lágrimas sin tasa, poco á poco se fué serenando, como si su alma bebiese en el empíreo la paz, la resignación, el valor y fortaleza que había menester para triunfar en aquel horrible trance. Á la desesperación muda, al dolor intenso que la abatía ó la exaltaba hasta el delirio, sucedió una melancolía dulce, suave, como la fragancia del nardo, y la idea religiosa cruzando su mente como un rayo de la luna, llenóla de consuelos celestiales y despertó en ella la fe, la fe ardiente y sencilla, la fe que sostuvo al discípulo de Jesús sobre las desenfrenadas olas del Océano.

El nombre de la niña, María, resonó en lo íntimo de su sér, como una armonía deliciosa: María es la estrella del mar, el amparo del náufrago;—ella será también mi refugio y mi esperanza, se dijo con aire de triunfo la afligida madre, y corre á su habitación, y vuelve, trayendo consigo una pequeña imagen de María.
 desgracia no raciocina, la desgracia

cuando es extrema, ni duda ni filosofa, es crédula y candorosa, porque su alimento es la fe.

Aquella madre desolada, movida de un espíritu superior á la humana flaqueza, ata una cinta á los brazos de la efigie y la baja hasta el fondo del pozo, donde yacía flotando el inanimado cuerpo de su hija.

No salió fallida su esperanza. El autor de la vida quiso, por intercesión de María, volver á animar el cadáver de la niña; y un momento después, quedó asombrada la buena señora, al ver el agua del pozo hervir, y levantarse hasta el brocal, á manera de una ola, trayendo encima á la divina estátua, que conducía de la mano á la niña, viva y sin lesión alguna.

El milagro se hizo público, y teniéndose por más decoroso que la imagen se venerase en alguna iglesia, y no que continuase en la casa de la señora, suscitóse disputa entre varias de las iglesias circunvecinas, alegando unas la cercanía del lugar donde se verificó el portento, y otras la jurisdicción á que pertenecía, como otros tantos derechos para poseer aquel tesoro. Convínose en decidir la contienda por la suerte, y ésta favoreció al convento de San Cosme.

Desde entonces empezó á ser conocida esta imagen, con el nombre de "Nuestra

Señora de Consolación," y ocupando el tabernáculo del altar mayor, ha sido también desde entonces el objeto de la devoción del vecindario. Llamóse, asimismo, "Nuestra Señora del Valle," bien porque la casa en que estuvo pertenecía al marqués del Valle, bien porque los labradores del valle cercano la invocaban en la seca que los campos padecían, ó, lo que parece más cierto, porque en Sevilla la Vieja, hay, según dicen, una imagen con el título "del Valle," que hizo un milagro semejante al referido.

Acerca de este milagro, no seremos nosotros los que pretendiendo sujetarle á examen, aplicándole el lente de la crítica, ni mucho menos burlarse de la tradición, que le ha consagrado por cierto; pues aunque poco ó nada aficionados á lo maravilloso, comprendemos que es tan fácil al entendimiento desdeñar lo que no concibe, como le es imposible fijar límites á la omnipotencia divina.

IV.

Algo más acerca del convento.

Si de la iglesia pasamos al cementerio, nos hallamos agradablemente sorprendidos á la vista de dos fresnos eminentes, insignes, en especial uno de ellos, digno rival del "árbol bendito" de Tacubaya. Contemporáneos del convento, mientras éste va caducando, si se permite decirlo, crecen ellos lozanos y majestuosos, convidando al paseante á gustar frescura y solaz bajo su copa.

La sombra de estos gigantes del reino vegetal, se derrama por casi todo aquel sitio, poco frecuentado, comunicándole un aspecto severo y triste, que sienta bien á la mansión de los finados. Así es que no causa extrañeza ver al pie de la cerca que separa del bullicio aquel recinto fúnebre, dos tumbas sencillas y aisladas, una de las cuales encierra juntamente los restos de un padre y de su hija, habiendo muerto el primero en 14 de Junio y la segunda en 12 de Agosto de 1837. Ignoramos el nombre de la hija; mas no el del padre, que ocupa un lugar distinguido en nuestro fastos: este sujeto fué Don Rafael Mangino, uno de nuestros hombres públicos más notables, por su honradez,

talento é instrucción, en materias de hacienda. La otra tumba ofrece la particularidad de estar aprisionada bajo una poderosa reja, á manera de jaula. Carece de epitafio, y hasta ahora no hemos podido averiguar cuyas son las cenizas que encierra. Las inscripciones sepulcrales debían quedar reservadas para los muertos ilustres, y señaladamente para aquellos que en vida ejercitaron altas virtudes ó sobresalieron por heróicos hechos, cuya memoria interesa á la humanidad que se conserve, como una lección digna de ser imitada. Aun en este caso fuera de desearse que no se diese cabida á esas pomposas rel ciones sugeridas por la vanidad de los vivos, y que no hacen más que infundir sospechas respecto de los elogios que en ellas se prodigan: la memoria de un grande hombre, vive en la historia como en su propio dominio y en la tumba que guarda las reliquias de un finado verdaderamente ilustre, basta grabar su nombre. Por lo que mira á la existencia cuyas modestas virtudes sólo brillaron en el recinto del hogar doméstico, descubrirla á los ojos del vulgo es exponerla á la profanación: el corazón de los que la aman la guardará como un perfume, y si la echa en el olvido, ¿para qué es el epitafio inscripto en la losa de su tumba?

Dejemos el cementerio

El convento, aunque espacioso, es un modelo de mal gusto en punto á construcción, y no parece sino que el arquitecto se propuso hacer alarde de que sabía reproducir perfectamente en sus obras la infancia del arte. Con todo, la vista de los carcomidos muros del edificio, excita recuerdos agradables. En él se albergaron los religiosos que vertieron después su sangre en el Japón, en defensa de la fe, y entre ellos, San Felipe de Jesús; floreció en él Fr. Pedro Bautista, buen religioso, célebre predicador, á quien Vetancurt llamó santo; y en él vive en honrosa pobreza, consagrado á las tareas de su santo ministerio, el último de los recoletos cosmistas, Fr. Ignacio, sujeto muy justamente querido de los vecinos de la Ribera, y de todas las personas que le tratan, pues en él hallan un amigo que para hacer bien no atiende á clases ni á opiniones políticas: carácter propio del ministro evangélico.

Finalmente, tanto cuanto la iglesia es hermosa por su parte interior, así es mezquino y adusto su aspecto por de fuera, mayormente si se compara con las casas de las bellas colonias de "Los Arquitectos" y de "Santa María," en medio de las cuales representa el papel de un ídolo azteca colocado entre estátuas esculpidas por Fidias y Cora.

SANTA ISABEL

I.

Las fundadoras.

Poco antes hemos visto que la señora Doña Catarina de Peralta, fundó el convento de Santa Isabel, en las casas que le pertenecían, y están ubicadas en una parte del sitio que se llamó Tiánguis de Juan Velázquez. Fué al principio su intención, que le habitaran vírgenes descalzas de la primera regla de Santa Clara; mas considerando la poca salubridad de aquellos lugares, y la falta de limosnas con que las monjas pudieran mantenerse, resolvió después que el monasterio fuera de urbanistas, y así se fundó, con bula de Clemente VIII, datada á 31 de Marzo de 1600.

Dispuesta la clausura y las demás oficinas necesarias, siendo comisario general de San Francisco el R. P. Fr. Pedro de Pila, y provincial de la provincia del Santo Evangelio, el P. Fr. Buenaventura de Paredes, en procesión solemne salieron del convento de Santa Clara el 11 de Febrero del siguiente año, seis religiosas fundadoras cuyos nombres se expresan á continuación:

María de Santa Clara—abadesa.

Beatriz de San Juan—vicaria,

Catalina de San Gerónimo—maestra de novicias,

Ana de Jesús,

Ana de San Francisco, y

Ana de San Bernardo.

Con la entrada de algunas jóvenes al nuevo monasterio para vestir el hábito, aumentó el número de las religiosas, hasta el grado de que en poco tiempo se contaban ya en él cincuenta y dos. Doña Catarina de Peralta les dejó capitales para que con las rentas atendiesen á su manutención, reservando para sí y sus sucesores el patronato, con el privilegio perpétuo de nombrar dos capellanas de entre sus parientas más cercanas; pero habiendo muerto pocos años después sin sucesión, pasó el patronato á la provincia del Santo Evangelio, según lo dejó ordenado testamento.

A los religiosos de la misma provincia quedaron desde entonces sujetas estas monjas, y el hábito que usan es igual al de las de Santa Clara, así como la regla que siguen. Erigióse el convento bajo la advocación de Santa Isabel, Reina de Hungría.

En él se hospedó, según Vetancurt, la V. M. Gerónima de la Asunción, que vino de Toledo, con la V. M. Juana de San Antonio, para ir á fundar en Manila el convento de religiosas de la primitiva regla de Santa Clara: emigraron con ellas y para el mismo objeto, las MM. Leonor de San Buenaventura y María de los Angeles, una y otra del convento de que tratamos.

II.

Las dos Iglesias.

La primera iglesia de nuestro convento se formó de dos salas bajas y de las altas que les correspondían. Pero un edificio de tal estructura no podía subsistir mucho tiempo sin amenazar ruina, y en breve fué menester llenarles de puntales para estorbar que las paredes, ya hendidas por varias partes, viniesen á tierra.

En tal extremo deparó Dios á las monjas dos bienhechores, en los capitanes

Don Diego del Castillo y Don Andrés de Carbajal y Tapia, quienes levantaron a su costa la hermosa iglesia de bóvedas que duró hasta nuestros días. Ignoramos el costo total de la fábrica: pero si sabemos que Carbajal aprontó treinta mil pesos para comienzo, y que para la conclusión, dejó después, en testamento, cincuenta mil. Castillo desembolsó, probablemente, iguales sumas.

Hecho el diseño y abiertos los cimientos respectivos, el señor arzobispo Don Fr. Payo Enríquez de Rivera, vestido de pontifical y asistido del deán y del comisario general de San Francisco, en 6 de Agosto de 1676, puso la primera piedra, para que sobre ella se levantara la fábrica, la cual se concluyó en poco menos de cinco años.

Edificáronse, además, dos capillas, en lo interior del monasterio: una llamada de Belén, y la otra que cae á un jardín, dedicada á Nuestra Señora de Guadalupe.

Bendijo la iglesia el señor obispo de Troya, Don Fr. Juan Durán, mercedario, que pasó después á China: á ese acto asistieron cuatro capellanes de coro, el maestro de ceremonias y cincuenta religiosos franciscanos, teniendo verificativo en la tarde del jueves 24 de Julio de 1681.

El sábado 26, día de Santa Ana, se ó la iglesia á los fieles y empezó la

fiesta de la dedicación, que duró siete días más, con la misma solemnidad que en el primero.

El cronista antes citado nos da una idea de la parte interior del templo en el siguiente pasaje: "El adorno de colaterales es precioso. Al lado del Evangelio uno del glorioso San José, con sus retablos de pincel de sus misterios, hermosa talla en que se excedió el artífice; al lado de la epístola, uno aunque más pequeño, por lo curioso grande, de Santa Rosa de Lima, hechizo de las Indias; adelante uno de San Lorenzo, que á sus expensas y á todo costo dedicó el señor Don Gonzalo Suárez de San Martín, presidente de la real audiencia, y comisario de la Santa Cruzada, cuyo cuerpo descansa debajo del altar: otro de San Antonio, con pinceles de sus milagros, que se lleva los ojos: junto al coro uno de una Santa Verónica, admirable hechura, todo de láminas ricas y relicarios grabado, que á expensas de los obreros se dedicó; otro enfrente de la cofradía de la Santa Cruz, y Destierro de la Virgen, que subiendo á los arcos de las bóvedas, se ha levantado con la grandeza de su arquitectura y composición corintia, con la atención de los curiosos."

La anterior descripción se contrae al adorno del templo, tal como era al prin-

cipio, y como fué muchos años después. Ultimamente era muy diverso, y presentaba el mismo carácter que el de toda las iglesias, cuyo interior se ha transformado, según el gusto dominante en México, malo en lo general.

Como esta iglesia, á lo que parece, está destinada á venir abajo dentro de muy poco tiempo, bueno será que no se eche en olvido su situación y tamaños. La única nave de que se compone, corre de Norte á Sur; á este rumbo se halla el altar mayor, y al opuesto, el coro de las religiosas: tiene cuarenta y tantos metros de largo, sin comprender el coro, que tiene unos catorce. Su latitud es de doce á catorce metros.

Aunque la torre ha desaparecido bajo la mano de fierro de la demolición, todavía conserva el templo, en gran parte, su forma exterior primitiva, y se sostiene firme contra los rigores de su mala estrella, como un guerrero, que mutilado en el campo de batalla, persiste en combatir con ánimo imperturbable

En cuanto al convento, basta saber que está convertido en varias casas de particulares, amplias y cómodas, como debe suponerse, y de una fisonomía agradable y enteramente mundana, en especial las que dan á la Alameda.

III.

Flores exquisitas.

Costumbre muy antigua fué en los místicos, llamar á los conventos de monjas, floridos vergeles, huertos cerrados y jardines celestiales donde se deleita el Esposo: expresiones tomadas ó imitadas del Cantar de los Cantares, y aplicadas con más ó menos acierto y oportunidad. No se extrañe, pues, que apadrinando por un momento semejante estilo, y consecuentes con él, llamemos nosotros flores exquisitas á las religiosas de Santa Isabel, que descollaron por la perfecta observancia de la regla, y aun por cierto linaje de virtudes propias del claustro, referidas y celebradas en las crónicas.

En este caso están las madres Josefa de San Andrés, María de San Antonio, Micaela de San Gerónimo y otras muchas de quienes da algunas noticias Vetancurt. Las dos primeras fueron hijas de uno de los bienhechores del convento, Don Andrés de Carbajal y Tapia. Vivieron ambas en suma pobreza, por ajustarse más á su divino modelo, Jesucristo, y ajenas al espíritu de vanidad que pudieran haber engendrado en ellas las cuantiosas riquezas de su padre. De María de San Antonio se refiere, que estando apestado el convento, pidió á Dios que si la plaga era

castigo, en ella lo ejecutara, privándola de la vida, con tal de que se doliese de sus hermanas afligidas. Fuéle concedido lo que pedía, y dijo á las religiosas que muriendo, cesaría la peste, como se verificó.

En cuanto á la madre Micaela de San Gerónimo, se sabe que era cercana parienta de San Pedro Alcántara, y excelente religiosa, pues no parece sino que con la sangre había heredado del Santo lo perfecto, según se expresa el autor del Menologio. Se sabe, además, que perdió la vista, y que á pesar de eso, nunca faltó del coro, porque en él le concedía Dios el ver el rezo, para su consuelo, sin percibir otra cosa. Murió de más de noventa años, en el de 1678, á 28 de Marzo, habiendo sido de las primeras que profesaron después de la fundación del convento.

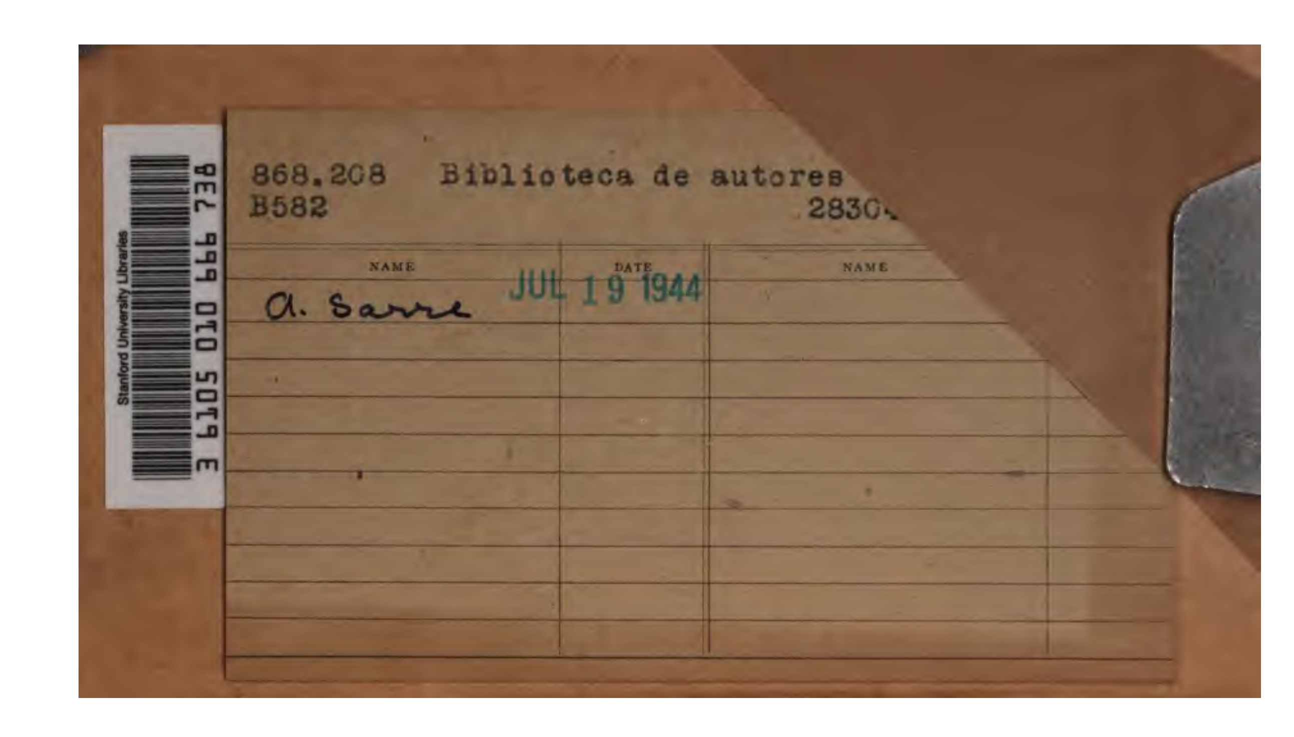
Viniendo ahora á las religiosas que en nuestros tiempos han florecido en Santa Isabel, sólo diremos que es probable haya habido entre ellas algunas semejantes á las de que hemos hablado, y á las cuales sólo hace falta un biógrafo. Con respecto á la comunidad actual, tuvo la mala suerte de habitar un edificio situado en una de las mejores calles, y, por lo mismo, haciendo, como otras, su viaje, de orden suprema, se encuentra hoy en el convento de San Juan de la Penitencia.

INDICE DEL TOMO II.

SAN FRANCISCO

(Continúa.)

LA CONCEPCION



Stanford University Libraries
3 6105 010 666 738
868.208 Biblioteca de autores
B582 2830
NAME
DATE
NAME
A. Sarre
JUL 19 1944

